



1020026807

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Adg. _____

Procedencia _____

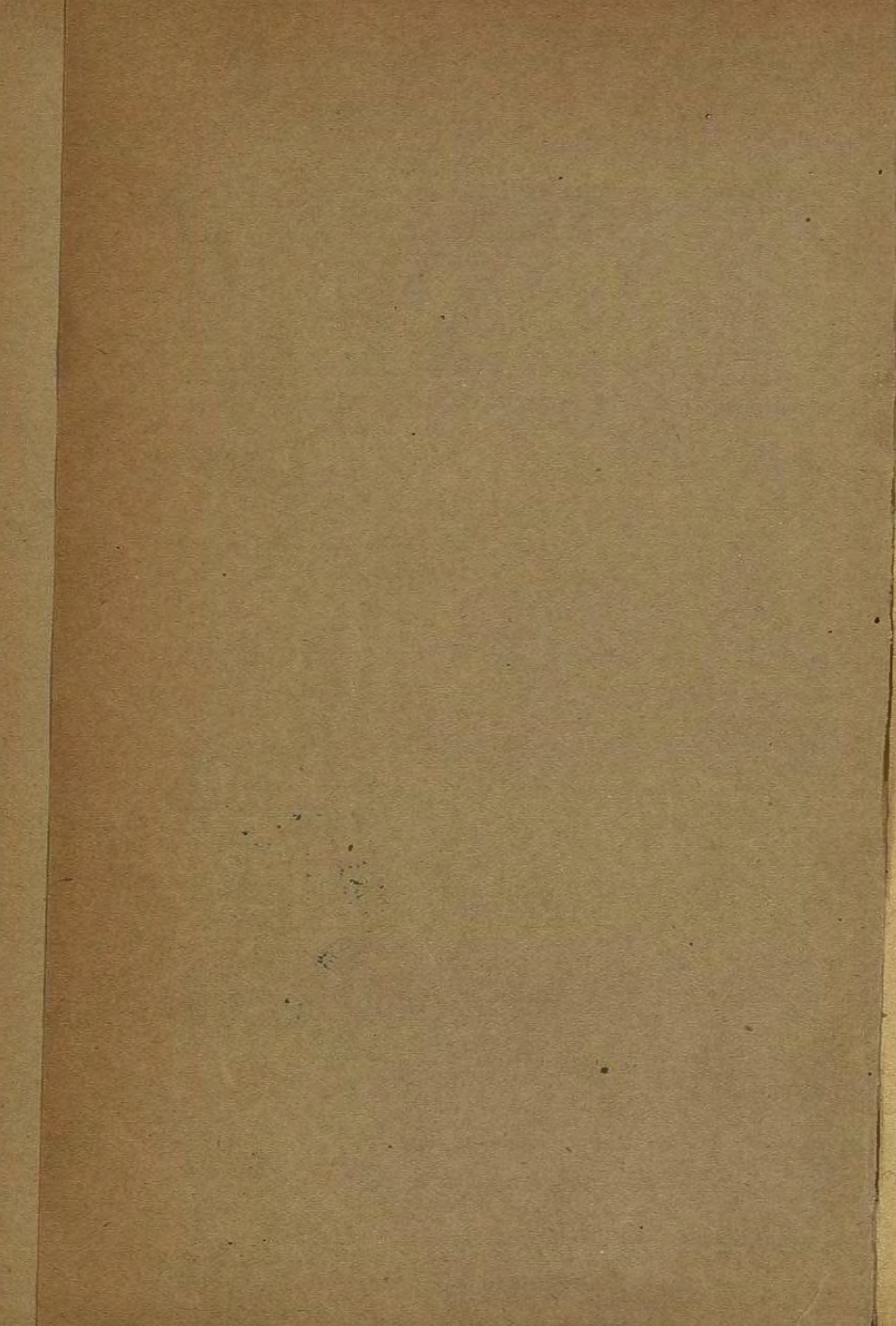
Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo _____

N
S 213 L
30733
- 8 -
24



291
JORGE SAND

LEONI LEONE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

D. EUGENIO DE OCHOA

(De la Academia Española)

Ilustración de J. Cabrimety



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

Daniel Cortezo y C.^a - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1888

85915

30733

843

S.

PQ 2407

L 28



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LECOA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I



STÁBAMOS en Venecia; el viento y la lluvia habían ahuyentado hacia ya largo rato á los paseantes y á las máscaras de la plaza y de los muelles. Estaba la noche oscura y silenciosa; sólo se oía á lo lejos la voz monotoná del Adriático que estallaba sus olas en los islotes, y también de vez en cuando los gritos de los cuartos vigilantes de la fragata que guarda la entrada de la Giudecca, cruzándose con las respuestas de la goleta de ronda. Era en el interior de los palacios y de los teatros una hermosa noche de carnaval; pero fuera, todo estaba triste, y sólo la luz de los faroles se reflejaba en las húmedas losas del pavimento, sobre el cual resonaba de tarde en tarde el paso precipita-

do de alguna máscara rezagada, embozada en su larga capa.

Estábamos solos los dos en una de las salas del antiguo palacio Nasi, situado en el muelle de los Esclavones y convertido actualmente en posada, la mejor de Venecia. Algunas velas de cera que brillaban sobre las mesas y el resplandor de la chimenea, iluminaban aquel inmenso salón, y la oscila-

ción de las llamas ponía al parecer en movimiento las divinidades alegóricas pintadas al temple en el techo. Julieta se sentía indispuesta y no había querido salir; tendida en un sofá y envuelta en su capa forrada de armiño, parecía sumergida en un ligero sueño, mientras yo andaba de arriba á abajo sin que resonaran mis pasos sobre la muelle alfombra, fumando abundantes cigarrillos de papel.

Nosotros, los españoles, conocemos un estado del alma que, según mi opinión, nos es peculiar; este estado se reduce á una especie de quietud grave que no excluye, como en los pueblos tudescos y en los cafés del Oriente, el trabajo del pensamiento. Nuestra inteligencia no se embota durante esos largos éxtasis en que se nos ve sumergidos; cuando andamos pausadamente fumando un cigarro, durante horas enteras en un pequeño espacio dado, sin separarnos de él ni una línea, es cuando se efectúa más fácilmente en nosotros lo que pudiéramos llamar la digestión de la inteligencia. En aquellos momentos es cuando se forman las grandes resoluciones, y las pasiones irritadas se apaciguan entonces para producir acciones enérgicas;—nunca está un español más sereno que cuando medita algún gran proyecto ó siniestro ó sublime. Por lo que á mí hace, digería yo á la sazón mi proyecto, pero nada tenía esto de heroico ni de terrible. Luego que hube dado sobre unas sesenta vueltas por el cuarto y fumado hasta media docena de cigarrillos, tomé una resolución decisiva; paréme junto al sofá, y sin curarme en lo más mínimo del sueño de mi amiga,

—Julieta—la dije—¿quieres casarte conmigo?

Abrió Julieta los ojos y me miró sin responderme: creí que no me había oído y reiteré mi pregunta.

—Ya lo he oído—respondió con tono de indiferencia y volvió de nuevo á su obstinado silencio.

Creí entonces que mi pregunta le había desagradado, lo que me causó no menos despecho que pesar; mas por respeto á la gravedad española, tuve buen cuidado de no manifestarlo, y proseguí mis paseos por el cuarto.

Á la séptima vuelta me detuvo Julieta, diciéndome:

—¿Y á qué fin?

Dí otras tres vueltas, tiré luego el cigarro y cogiendo una silla, me senté junto á ella.



—La situación en que te encuentras en la sociedad—la dije—debe serte muy penosa.

—Bien sé—respondió levantando su hermosa cabeza y fijando en mí sus ojos azules, donde la apatía luchaba siempre al parecer con la tristeza;—sí, bien sé, querido Alejo, que la sociedad me infama con un título indeleble... con el título de manceba.

—Ya le borraremos, Julieta; mi nombre purificará el tuyo.

—¡Orgullo de los grandes!—repuso lanzando un triste suspiro; y luego, volviéndose de repente hacia mí, y asiendo mi mano, que llevó á sus labios, como por efecto de un impulso involuntario:—¿De veras? ¿Y sería posible que te casaras conmigo, Bustamante? ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué comparación me obligas á hacer!!...

—¿Qué quieres decir, Julieta?—la pregunté; pero no me respondió, y derramó un torrente de lágrimas.

Aquellas lágrimas, cuya causa conocía yo harto bien, me hicieron daño; pero logré refrenar la especie de furor que me inspiraban, y volví á sentarme junto á ella.

—¡Pobre Julieta!—la dije.—¿Será posible que esa herida no se cierre jamás?

—Me has permitido que llore cuanto quiera—respondió con seriedad;—esa es la primera de nuestras condiciones.

—Llora, pobre afligida—la dije;—pero luego escucha y respóndeme.

Enjugó al punto sus lágrimas y puso sus manos sobre las mías.

—Julieta—la dije—tú deliras cuando te tratas de manceba. ¿Qué importa la opinión y las groseras palabras de algunos necios? No, no; tú eres mi amiga, mi compañera, mi querida...

—Sí, sí—dijo—soy en efecto tu querida, y eso es lo que me deshonra. Yo debería de haber muerto antes de legar á un noble corazón como el tuyo, la posesión de un corazón medio apagado.

—Ya procuraremos avivar sus cenizas, Julieta mía; déjame esperar que aún oculta alguna chispa, y que yo podré encontrarla.

—Sí, sí, lo espero, lo deseo—dijo apretándome la mano con vehemencia.—Sí, seré tu esposa... ¿pero á qué fin? ¿Te he de

amar más por eso? ¿Te creerás tú acaso entonces más seguro de mí?

—Sabré que eres más feliz, y eso bastará para que lo sea yo también.

—¡Más feliz! ¡Oh! te engañas; ya lo soy en cuanto puedo serlo. ¿Por qué había de hacerme más feliz el llevar tu noble apellido?

—Porque te pondría á cubierto de los insolentes desdenes de la sociedad.

—¡La sociedad! ¿Qué me importa su fallo? Ni aun sé á punto fijo lo que se entiende por la sociedad.

—Sé que has vivido hasta aquí como la doncella encantada en su globo de cristal, y sin embargo yo te ví en otro tiempo derramar amargas lágrimas, que te arrancaba la triste situación en que te hallabas entonces, y por eso me propuse ofrecerte mi condición y mi nombre, apenas conquistase tu afecto.

—No me has comprendido, Alejo, si has creído que me hacía llorar la vergüenza. No; no había lugar para ella en mi alma; otros muchos dolores la llenaban y la hacían insensible á todo lo que venía de fuera. Si entonces me hubieras amado, yo hubiera sido feliz, aunque me hallara cubierta de infamia á los ojos de lo que llamas tú la sociedad.

Imposible me fué reprimir un estremecimiento de cólera; púseme en pie para perderla de vista, pero ella me detuvo.

—Perdóname—me dijo con voz doliente;—perdóname si te aflijo; pero es empresa superior á mis fuerzas el no hablar de eso.

—Pues bien, Julieta—le respondí reprimiendo un doloroso suspiro,—habla de eso, si eso puede aliviar tu dolor. ¿Pero es posible que no puedas lograr olvidarle? ¿Cuando todo lo que te rodea tiende á hacerte concebir otra vida, otra felicidad, otro amor!!...

—¿Todo lo que me rodea?—dijo Julieta con profunda agitación.—¿Pues no estamos en Venecia?

Esto diciendo se levantó y se acercó á la ventana; su falda de tafetán blanco formaba mil pliegues en torno de su delicada cintura. Sus cabellos negros se escapaban de entre las grandes agujas de oro cincelado que apenas los sujetaban, y caían sobre sus espaldas y sus hombros bañándolos en un

mar de seda perfumada. Estaba tan hermosa con sus mejillas apenas coloradas y su sonrisa entre tierna y amarga, que olvidé lo que me decía y me acerqué á ella para estrecharla entre mis brazos: pero acababa de entreabrir las cortinas de la ventana, y mirando al trasluz de los cristales en que empezaban á brillar los húmedos rayos de la luna,

—¡ Oh Venecia! ¡ Cuán mudada estás! —exclamó.—¡ Cuán hermosa te vi yo en otro tiempo, y cuán desierta y desolada me pareces en el día!

—¿ Qué dices, Julieta? — exclamé interrumpiéndola.—¿ Ya otra vez habías estado en Venecia? ¿ Por qué no me lo dijiste?

—Porque conocía que tenías deseos de ver esta hermosa ciudad, y porque sabía que una palabra mía te hubiera impedido venir... ¿ Para qué había de hacerte mudar de resolución?

—Sí, lo hubiera hecho—respondí dando en el suelo un fuerte taconazo.—Aunque hubiéramos estado á la entrada de esta ciudad maldita, hubiera hecho virar la barca hacia una orilla que no hubiera infestado ese recuerdo. Sí, te hubiera llevado, aunque fuera á nado, en mis brazos, si hubiera tenido que escoger entre semejante travesía y esta casa, donde á cada paso encuentras tal vez ardientes vestigios de tu amor! Pero... ¡ Oh! dime, Julieta, dime por amor de Dios, dónde podré refugiarme contigo contra lo pasado?... Nómbrame una ciudad, enséñame un rincón de Italia á donde no te haya arrastrado ese aventurero!...

Yo estaba pálido y trémulo; Julieta se volvió lentamente, me miró con frialdad, y volviendo á dirigir los ojos á la ventana,

—¡ Venecia! —dijo—mucho te amamos en otro tiempo, y aún hoy no te veo sin profunda conmoción, porque él te idolatraba, te invocaba doquiera en sus viajes, te llamaba su querida patria, porque tú fuiste cuna de su noble casa, y uno de tus palacios lleva todavía el mismo nombre que él!

—Por la muerte y la eternidad—dije á Julieta bajando la voz—que hemos de dejar mañana mismo esta amada patria.

—Vos podéis dejar mañana á Venecia y á Julieta—me respondió con glacial serenidad; —en cuanto á mí, yo de nadie recibo órdenes, y saldré de Venecia cuando quiera.

—Ya creo comprenderos, señora—dije con indignación;—
Leoni está en Venecia.

Estas palabras hirieron á Julieta como una chispa eléctrica.

—¿Qué dices? ¿Leoni está en Venecia?—exclamó en una especie de delirio, echándose en mis brazos.—Repite lo que has dicho, repite su nombre, oiga yo al menos una vez su nombre!

Entonces derramó un mar de lágrimas, y sofocada por los sollozos casi perdió el sentido. Coloquéla en el sofá, y sin pensar en darle más auxilios, empecé de nuevo á andar por la estancia como un insensato. Al verla en aquel estado, se apaciguó de pronto mi furor, como se acalla el mar cuando pliega sus alas el jaloque; un amargo dolor sucedió á mi arrebatado y eché á llorar como una mujer.



n medio de aquel violento pesar, me detuve á algunos pasos de Julieta y la miré. Tenía la cara vuelta hacia la pared, pero un espejo de quince pies de alto que tenía enfrente me permitía ver su rostro. Estaba pálida como la muerte, y sus ojos estaban cerrados como en el sueño; traslucíase aún más cansancio que dolor en la expresión de su semblante, y aquella era precisamente la situación de su alma; el desaliento y la indiferencia superaban en ella al último hervor de las pasiones. Esta seguridad me daba alguna esperanza.

Llaméla cariñosamente y me miró con muestras de asombro, como si su memoria perdiese la facultad de conservar los hechos al mismo tiempo que perdía su alma la fuerza de sentir el dolor.

—¿Qué quieres—me dijo—y por qué me despiertas?

—¡Julieta!—exclamé—te he ofendido! ¡Perdóname!

—No—dijo pasándose una mano por la frente y presentándome la otra;—no has herido más que mi orgullo. ¡Oh! yo te lo suplico, Alejo; acuérdate de que nada poseo, de que vivo de tus dádivas, y piensa que me humilla la idea de mi

dependencia. Has sido bueno y generoso conmigo, lo sé; me colmas de atenciones, me cubres de pedrerías, me inundas en lujo y magnificencia... Sin ti yo hubiera muerto en algún hospital de indigentes ó estaría encerrada en una casa de locos. Sé todo esto; pero acuérdate, Bustamante, de que lo has hecho á pesar mío, de que me tomaste medio muerta, y me socorriste sin que yo lo deseara; acuérdate de que yo quería morir, y de que tú pasaste muchas noches junto á mi cabecera, sujetándome las manos con las tuyas, para impedirme que me matara; acuérdate de que he rehusado por mucho tiempo tu protección y tus beneficios, y ten presente que si los acepto en el día, es tanto por debilidad y cansancio de la vida cuanto por afecto y gratitud hacia ti, que me pides de rodillas que no te los rehuse. El papel más noble es el tuyo ¡oh amigo mío!, lo conozco; pero, ¿es culpa mía que seas tú generoso? ¿Y se me debe acusar seriamente de envilecerme, cuando, sola y desesperada, me confío al más generoso corazón que existe sobre la tierra?

—Amada mía—la dije estrechándola entre mis brazos—con esas palabras respondes admirablemente á las viles injurias de los miserables que te han desconocido. Pero, ¿por qué me dices eso? ¿Crees tú tener necesidad de justificarte conmigo de la felicidad que me has dado, la única felicidad verdadera que he gozado en mi vida? Yo debiera justificarme porque soy el culpable. Sé cuanta resistencia me han opuesto tu altivez y tu desesperación; lo sé, y nunca debiera olvidarlo. Cuando tomo contigo un tono de autoridad, soy un loco á quien es preciso disculpar, porque la pasión que me inspira trastorna mi razón y subyuga mis fuerzas. Perdóname, Julieta, y olvida un instante de cólera. ¡Ah! Yo no sé hacerme amar; tengo en mi carácter una aspereza que te disgusta; te hiero cuando empezaba á curarte, y con harta frecuencia destruyo en una hora la obra de muchos días.

—No, no, olvidemos esta desavenencia—interrumpió Julieta abrazándome;—por un poco que me afliges tú, te aflijo yo cien veces más. Tu carácter es á veces imperioso; mi dolor es siempre cruel. Pero no creas sin embargo que es incurable; tu bondad y tu amor acabarán por vencerle. Muy ingrato había de ser mi corazón si no aceptara la esperanza que le ofreces. Otra vez hablaremos de ese enlace, y puede que

tal vez me hagas consentir en él; y con todo, confieso que temo esa especie de dependencia consagrada por todas las leyes y por todas las preocupaciones; ese estado es honroso, pero es insoluble.

—En todo eres cruel, Julieta. ¿Temes ser mía para siempre?

—No, seguramente que no; no te aflijas, haré lo que quieras; pero dejemos eso por hoy.

—Pues bien; concédeme otro favor en lugar de ese. Consiente en salir mañana de Venecia.

—De todo corazón. ¿Qué me importa Venecia ni nada en este mundo? No me creas, cuando echo de menos lo pasado; el despecho ó la locura pueden solos hacerme hablar así. ¡Lo pasado! ¡Dios mio! ¿No sabes tú cuántos motivos tengo para aborrecerle? ¡Mira cómo me ha quebrantado! ¿Cómo quieres que tuviera yo fuerzas para aceptarle aunque la suerte me le ofreciera?

Besé la mano de Julia para darle gracias por el esfuerzo que hacía hablando así, pero yo no estaba convencido, porque aún no me había dado respuesta alguna satisfactoria. Luego proseguí mi melancólico paseo al rededor de la estancia.

Había empezado á soplar el jaloque, y en un instante quedó seco el piso; la ciudad aparecía de nuevo tumultuosa y sonora como lo está generalmente, y por todas partes se oían mil festivos rumores; ya el ronco cantar de los gondoleros, ya los chillidos de las máscaras que salían de los cafés y embromaban á todo el que pasaba, ya el batir de los remos en los canales. El cañón de la fragata despertó los ecos de las lagunas, que le respondieron como una descarga de artillería. El tambor austriaco mezclaba también su redoble á aquella algazara, y la campana de San Marcos extendió por los vientos su lúgubre sonido.

Una honda tristeza se apoderó de mí. Las velas, consumiéndose, pegaban fuego á sus galas de papel verde, y despedían un lívido resplandor sobre todos los objetos; todo tomaba para mis sentidos formas y sonidos imaginarios. Julieta, tendida en el sofá y embozada entre sedas y armiño, me parecía una muerta envuelta en su mortaja; los cantos y las carcajadas que se oían á lo lejos, resonaban en mis oídos

como gritos de desesperación, y cada góndola que se deslizaba bajo el puente de mármol situado al pie de mi ventana, se me figuraba un ahogado reluchando contra las olas y la agonia. No tenía yo, en fin, más que ideas de muerte y desesperación en la cabeza y no podía levantar el peso que sofocaba mi corazón.

Logré serenarme por fin y hacer más cuerdas reflexiones; conocí que á pesar de todos los sacrificios en mi favor que imponía á Julieta la gratitud, su corazón estaba casi tan enfermo como en los primeros días. Inexplicable me parecía verle lamentar con tanta constancia y amargura un amor tan miserablemente colocado, y busqué la causa de esta anomalía en la impotencia de mi afecto. Es necesario, me decía yo, que mi carácter le inspire alguna invencible repugnancia que no se atreva á confesarme; tal vez la vida que llevo le es antipática, y sin embargo he conformado mis gustos á los suyos. Leoni la llevaba sin cesar de un pueblo á otro; dos años hace que yo la hago viajar por toda Europa sin fijarme en ningún sitio, ni tardar un solo instante en dejar el punto en que veo la menor señal de fastidio en su rostro. Y con todo está triste, esto es indudable; nada la divierte, y para que se digne sonreír alguna vez, tiene que violentarse mucho. Nada de lo que agrada á las demás mujeres tiene el menor imperio sobre esa profunda aflicción; es una roca que nada mueve, un diamante que nada puede mellar. ¡Pobre Julieta! ¡Qué vigor hay en tu debilidad! ¡Qué resistencia tan invencible hay en tu energía!

Insensiblemente llegué á punto de manifestar mis ansias en alta voz. Incorporóse Julieta apoyándose en un brazo, é inclinado el cuerpo hacia adelante, me escuchaba tristemente.

—Escucha— le dije acercándome á ella;—ahora me ocurre una nueva causa de tu mal, y es que le he comprimido demasiado, que te le he hecho encerrar demasiado en tu corazón; he temido cobardemente ver esa llaga, cuyo aspecto me partía el alma, y tú, por generosidad, me le has ocultado. Descuidada así y abandonada, tu herida se ha ido enconando por momentos, cuando yo hubiera debido atenderla y suavizarla todos los días. Mal he hecho, Julieta; es preciso dar respiro á tu dolor, es preciso que lo deposites en mi seno; háblame de tus males pasados, cuéntame tu vida á cada ins-

tante, nómbrame mi enemigo; sí, es preciso. Hace un momento me dijiste una palabra que no olvidaré jamás; me pediste que te hiciese al menos oír su nombre. Pues bien; pronunciamos juntos ese nombre maldito que te quema la lengua y el corazón; hablemos de Leoni.



Al ver brillar en los ojos de Julieta una involuntaria alegría, sentí oprimido mi pecho; pero vencí mi pesar y le pregunté si aprobaba mi proyecto.

—Sí— me dijo con tono serio;—creo que tienes razón. Mira; muchas veces tengo el pecho lleno de sollozos; el temor de afligirte me impide exhalarlos, y así aglomero en mi alma tesoros de dolor. Si me atreviera á esplayar mis penas contigo,

creo que sufriría menos; mi dolor es como un perfume que se guarda eternamente en un vaso cerrado: abierto el vaso, pronto se exhala el perfume. Si yo pudiera hablar continuamente de Leoni, contarte hasta las menores circunstancias de nuestro amor, siempre tendría á la vista el bien y el mal que me ha hecho, al paso que ahora muchas veces me parece injusta tu aversión, y disculpo en el fondo de mi alma ofensas tuyas que si las oyera en boca de otro me indignarían.

—Pues bien—le dije—yo quiero oírlas de tu boca. Nunca he sabido los detalles de esa funesta historia, y quiero que tú me los reveles, que me cuentes tu vida toda entera; conociendo mejor tus males, acaso aprenderé mejor á mitigarlos. Dímelo todo, Julieta; dime por qué medios logró ese Leoni hacerse amar tanto; dime qué hechizo, qué secreto tenía él para hacerse idolatrar, porque ya estoy cansado de buscar el inaccesible camino de tu corazón. Ya te escucho, habla.

—Sí, lo deseo—me respondió;—eso me dará algún alivio; pero déjame hablar y no me interrumpas con ninguna muestra de pesar ó de despecho, porque contaré las cosas como han pasado; porque contaré el bien y el mal; cuánto he sufrido y cuánto he amado.

—Lo dirás todo y yo lo oiré todo—le respondí.

Hice poner nuevas luces en los candeleros, eché más leña en la chimenea, y Julieta me habló en estos términos:

III



ABES que soy hija de un riquísimo joyero de Bruselas; mi padre era hábil en su profesión, pero por lo demás poco instruído. De simple jornalero que fué en su juventud, había llegado á poseer un gran caudal que el buen éxito de su comercio aumentaba de día en día. Á pesar de su poca cultura, frecuentaba las casas mejor acomodadas de la provincia, y mi madre que era muy linda y tenía talento ocupaba un lugar distinguido en la opulenta sociedad de los comerciantes.

Mi padre era cariñoso y apático, disposición que aumentaba en él por días con su riqueza y su bienestar. Mi madre, más activa y más joven, gozaba de una independencia ilimitada y sacaba todo el partido posible de sus bienes de fortuna y de los placeres de la sociedad. Era buena, sincera y tenía mil bellas prendas; pero era naturalmente inconsiderada y su hermosura, que respetaban los años de un modo admirable, prolongaba su juventud á

costa de mi educación: me amaba en verdad con ternura, pero sin prudencia ni discernimiento.

Orgullosa de mi belleza y de los frívolos talentos que me había hecho adquirir, no pensaba más que en llevarme á todas partes y en lucirme, por decirlo así; sentía una dulce, si bien peligrosa vanidad, en cubrirme á cada instante de nuevos aderezos y en mostrarse conmigo en los parajes más públicos. Ahora me acuerdo de aquellos tiempos con dolor, y al mismo tiempo con placer; muy tristes reflexiones he hecho después sobre el fútil empleo de mis primeros años, y sin embargo, todavía lamento con amargura aquellos tiempos de felicidad é imprevisión que hubieran debido no empezar jamás ó no acabar jamás. Aún me parece ver á mi madre con su regordete y gracioso talle, sus manos tan blancas, sus ojos tan negros, su sonrisa tan coqueta, y sin embargo tan bondadosa, que



á la primera ojeada se veía que nunca había conocido ni pesares ni oposición alguna á sus deseos, y que era incapaz de causar á nadie el menor disgusto. ¡Oh! sí, mucho me acuerdo de ella! Mucho me acuerdo de nuestras largas mañanas consagradas á meditar y disponer nuestros trajes de baile; de nuestras tardes empleadas en otro tocado tan prolijo, que apenas nos quedaba una hora para presentarnos en el paseo. Aún me figuro ver á mi madre con sus vestidos de raso, sus pieles, sus largas plumas blancas y todo el ligero edificio de sus blondas y de sus lazos. Después de haber acabado de vestirme, se olvidaba de sí propia un momento para ocuparse exclusivamente en mí. No dejaba de fastidiarme algún tanto desatar veinte veces mis borceguíes de raso negro para deshacer un ligero pliegue, ó bien probar una docena de pares de guantes á fin de hallar uno cuyo rosado matiz le pareciese á mi pobre madre bastante puro para mí. Aquellos guantes me venían tan ajustados, que casi siempre acababa

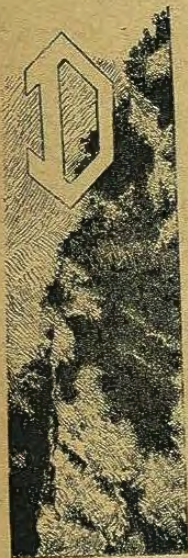
por romperlos después de infinitos apuros para probármelos; era preciso volver á empezar, y siempre hacíamos terrible destrozo antes de elegir los que debía yo tener puestas una hora y dejárselos luego á mi doncella; pero me habían acostumbrado de tal modo desde mi infancia á mirar estas fruslerías como las más importantes ocupaciones de la vida de una mujer, que fácilmente me resignaba al fastidio que me producían. Salíamos á la calle en fin, y todos se volvían para mirarnos. Estaba yo acostumbrada á oír nuestro nombre en boca de todos los galanes, y á ver caer sus miradas sobre mi frente impasible. Esta mezcla de frialdad y de inocente descaro constituye lo que se llama la buena crianza de una señorita. Por lo que hace á mi madre, es seguro que sentía un doble orgullo en ostentarse y ostentar á su hija; yo era un reflejo, ó por mejor decir, una parte de su persona, de su hermosura, de su riqueza; mi cara, que se parecía á la suya, le recordaba como á los demás, la frescura apenas alterada de su primera juventud; de modo que al verme andar ligera y esbelta junto á ella, creía verse dos veces, pálida y delicada como estaba á los quince años, brillante y hermosa como estaba á la sazón. Por nada del mundo hubiera ella ido á parte alguna sin mí, porque se hubiera creído incompleta y como vestida á medias.

Después de comer, empezaba de nuevo las graves discusiones sobre el traje de baile, sobre las medias de seda, sobre las flores para la cabeza. Mi padre, que no se ocupaba todo el día más que en los asuntos de su comercio, hubiera preferido pasar toda la noche tranquilamente con nosotros; pero era tan bueno, que ni siquiera advertía el completo abandono en que le dejábamos. Dormíase él en su poltrona mientras nuestros peluqueros se devanaban los sesos para comprender las sabias combinaciones de mi madre. Cuando llegaba el momento de subir al coche, despertábamos al buen señor, que iba con admirable paciencia á sacar de sus arcas magníficas pedrerías que había hecho engastar con arreglo á sus dibujos: él mismo nos las ceñía al cuello y á los brazos, y se complacía en admirar su brillante efecto. Aquellos aderezos estaban destinados á ser vendidos, por lo que muchas veces oíamos en derredor nuestro á las mujeres envidiosas hacer sobre nuestro tocado maliciosas observaciones; pero mi ma-

dre se consolaba diciendo que las más principales señoras usaban nuestros desechos, y á fe que no le faltaba razón.

En medio de semejante género de vida, crecía yo sin curarme del presente ni del porvenir, sin hacer esfuerzo alguno sobre mí misma para formar ó robustecer mi carácter. Yo era naturalmente sencilla y confiada como mi madre, y como ella me dejaba llevar por la corriente del destino. Sin embargo, yo era menos alegre, sentía con menos vivacidad el atractivo de los placeres y de la vanidad; parecía que faltaba en mí la poca fuerza que tenía ella, el deseo y la facultad de divertirse: yo aceptaba una suerte tan llevadera sin conocer su precio ni compararla á otra alguna; yo no tenía idea de lo que son las pasiones, porque realmente me habían educado como si nunca debiera conocerlas. Mi madre se había criado del mismo modo, y le iba bien, porque era incapaz de sentir las y nunca había tenido necesidad de vencerlas. Habían aplicado mi inteligencia á estudios en que el corazón no tenía que hacer ningún trabajo sobre sí mismo: yo tocaba el piano con brillante facilidad, pintaba perfectamente á la aguada; pero no había en mí la menor chispa de aquel fuego sagrado que da la vida y la hace comprender. Yo quería á mis padres, pero no sabía lo que es querer más ó menos; escribía muy bien una carta á cualquiera de mis amigas, pero así desconocía el valor de las expresiones como el de los sentimientos. Las quería por costumbre; era buena con ellas por bondad y por dulzura natural, pero no atendía en lo más mínimo á su carácter, no examinaba nada; no hacía ninguna distinción razonada entre ellas. Á las que iban á verme con más frecuencia es á las que quería más.

IV



IEZ y seis años tenía yo cuando llegó Leoní á Bruselas. La primera vez que le vi fué en el teatro, en el que me hablaba con mi madre en un palco bajo, muy inmediato á las lunetas donde estaba él con los jóvenes más elegantes y ricos. Mi madre fué la primera que me le hizo reparar, porque la buena señora andaba siempre á caza de un marido para mí, y le buscaba entre los jóvenes más elegantes y gallardos. Esto era todo para ella; el linaje y la riqueza no la seducían sino como los accesorios de cosas más importantes á sus ojos, la figura y los modales. Un hombre superior medianamente vestido no le hubiera inspirado más que

desdén: era preciso que su yerno tuviese un corbatín perfecto, fraques hechos en París, y aquella especie de insignificante palabrería que tanto ayuda á brillar en los salones.

Yo, por mi parte, no hacía ninguna comparación entre unos y otros; descansaba ciegamente en la elección de mis padres, y ni deseaba ni temía casarme.

Mucho agradó Leoni á mi madre; verdad que su figura no puede ser más hermosa, y que posee el secreto de estar holgado, natural y airoso con sus vestidos ajustados y sus modales de dandy (1). Esto no obstante, es seguro que no sentí al verle ninguna de aquellas conmociones romanescas que hacen presagiar su futuro destino á las almas ardientes; miréle un instante por obedecer á mi madre, y no le hubiera vuelto á mirar si no me hubiera ella obligado á hacerlo con sus continuas exclamaciones y la curiosidad que manifestó de saber su nombre. Un joven, conocido nuestro, á quien llamó para pedirle noticias suyas, le respondió que era un noble veneciano, amigo de uno de los primeros comerciantes de la ciudad; que parecía ser riquísimo y que se llamaba Leone Leoni.

Esta respuesta entusiasmó á mi madre; justamente el comerciante amigo de Leoni daba al día siguiente un gran baile al que estábamos convidadas. Ligera y crédula como lo era en sumo grado, bastóle á mi madre haber oído decir superficialmente que Leoni era rico y noble, para poner los ojos en aquel extranjero; aquella misma noche me habló de él, y me encargó que hiciese todo lo posible para cautivarle. Sonreí al oírla y me dormí exactamente á la misma hora que las otras noches, sin que el recuerdo de Leoni acelerara ni un segundo los latidos de mi corazón, porque estaba yo demasiado acostumbrada á oír formar para mí semejantes proyectos, para que me causase éste notable impresión. Mi madre decía que era yo tan juiciosa que no se me debía tratar como á una niña;—la pobre señora no conocía que era ella mucho más niña que yo.

Vistióme al día siguiente con tanto cuidado y primor, que todos á una voz me proclamaron la reina del baile; pero esto al principio no sirvió de nada absolutamente: por ninguna parte veíamos á Leoni, y mi madre creyó que había salido ya sin duda de Bruselas. Incapaz de moderar su impaciencia, preguntó al dueño de la casa qué había sido de su amigo el veneciano.

(1) Es voz inglesa, pero adoptada ya en casi todas las lenguas, para expresar lo que llamamos un lechuguino ó petimetre. Tan castellana es aquella palabra por lo menos como esta última. (N. del T.)

—¡ Ah !—dijo Mr. Delpech —¿ ya ha reparado usted en mi veneciano ?

Echó sonriendo una ojeada sobre mi espléndido tocado y comprendió.

—Es un arrogante mozo—añadió,—de ilustre cuna y muy á la moda en Londres y en París ; pero no debo ocultar que es un desafortado jugador, y que si no le ve usted por ahí es porque prefiere las cartas á las mujeres.

—¡ Jugador !—dijo mi madre—¡ qué vicio tan feo !

—¡ Ya !—repuso Mr. Delpech—pero cuando hay medios para sostenerle !...

—En efecto—dijo mi madre ; y esta observación la convenció hasta el punto de no volver á pensar en la pasión de Leoni al juego.

Pocos momentos después de esta breve conversación, entró Leoni en el salón donde estábamos bailando. Vi que Mr. Delpech le hablaba al oído mirándome, y que Leoni me buscaba con los ojos, hasta que guiado sin duda por las indicaciones de su amigo, me descubrió entre el gentío y se acercó á mí para verme mejor. Conocí entonces que seguramente me estaban haciendo hacer un papel algo ridículo, porque ciertamente había un no sé qué de irónico en la admiración de su mirada, y por primera vez de mi vida me sonrojé y me sentí corrida.

Aquel sonrojo se convirtió en una especie de dolor, cuando ví que al cabo de algunos instantes volvió Leoni á la sala de juego ; me pareció verme escarnecida, desdeñada, y todo el despecho que sentí por ello recayó sobre mi madre. Como nunca me había sucedido semejante cosa, no pudo menos de admirarse de ver mi ceño.

—Vamos—me dijo también algo enojada,—yo no sé lo que tienes, pero te pones fea. Vámonos.

Levantábase para irse conmigo, cuando cruzó Leoni la sala con rapidez y fué á sacarla para el primer wals. Este incidente inesperado le devolvió su alegría ; púsome en las manos sonriendo su abanico, y desapareció con él en el torbellino de los bailarines.

Como mi madre era aficionadísima á bailar, nos acompañaba siempre á los bailes una tía mía, hermana de mi padre y mayor que él, que me servía de Argos cuando no baila-

ba yo al mismo tiempo que mi madre. M.^{te} Ágata—así se llamaba mi tía,—era una soltera algo machucha, de un carácter igual y frío; más sensatez tenía ella sola que toda la familia junta, pero no estaba exenta de cierta propensión á la vanidad, que es el escollo de todos los que de nada llegan á ser algo. Aunque la pobre señora hacía un triste papel en la sociedad, nunca se quejaba de la obligación de acompañarnos á ella, pues de este modo tenía ocasión de lucir en su edad madura algunos riquísimos trajes que no había tenido medios de procurarse en su juventud. Hacía pues mi tía gran caso del dinero, pero no era igualmente accesible á todas las seducciones del mundo; conservaba allá en el fondo de su alma un odio inveterado á los nobles, y no perdía ocasión de denigrarlos y ponerlos en ridículo, cosa que solía hacer con bastante gracia.

Astuta y penetrante, acostumbrada á no obrar por sí y á observar las acciones de los demás, fácilmente conoció la causa de mi pasado enojo. La natural propensión de mi madre á hablarlo todo, le había puesto al corriente de sus intenciones acerca de Leoni, y el semblante juntamente amable, altivo y burlón del veneciano, le revelaba muchas cosas que no comprendía mi madre.

—Mira, Julieta—me dijo acercándoseme al oído,—ahí tienes un gran señor que se está burlando de nosotras.

Estas palabras me causaron un estremecimiento doloroso; lo que me decía mi tía estaba completamente de acuerdo con mis presentimientos: aquella era la primera vez que veía yo clara y distintamente en el semblante de un hombre el desprecio á nuestra clase. Mi madre me había acostumbrado á reirme del que las mujeres nos manifiestan sin rebozo, y á mirarlo como una prueba de envidia; pero nuestra hermosura nos había preservado hasta entonces del desdén de los hombres, por lo que al punto me convencí de que Leoni era el más insolente que existió jamás; llegó á inspirarme un verdadero odio, y cuando después de haber dejado á mi madre en una silla, vino á sacarme para el primer rigodón, rehusé su oferta con insultante altanería. Su rostro manifestó tanta sorpresa, que bien conocí hasta qué punto contaba él con ser bien recibido; aquel triunfo de mi orgullo me causó una sensación deliciosa, y me senté junto á mi madre declarando que

estaba cansada Leoni se separó de nosotras haciendo un profundo saludo á la manera de los italianos, y echándome una mirada de curiosidad en que siempre se traslucía lo burión de su carácter.

Atónita mi madre en vista de mi conducta, empezó á temer que fuese yo capaz de tener una voluntad mía: empezó por hablarme con dulzura, esperando que al cabo de algún tiempo consentiría en bailar, y que Leoni me sacaría de nuevo; pero me obstiné en no menearme de mi asiento. Al cabo de una hora oímos repetidas veces entre el confuso rumor del baile el nombre de Leoni; un joven dijo á otro al pasar junto á nosotras que Leoni perdía seiscientos luíses (1).

—¡ Bravo!—dijo mi tía con sequedad.—¡ Bien hará en buscar una novia que tenga buen dote!...

—¡ Oh! para nada lo necesita—repuso otro.—¡ Es tan rico!—Ahora está bailando—añadió una dama—y cierto que no parece nada desazonado.

Leoni bailaba en efecto, y su semblante no revelaba la menor inquietud. Acercóse luego á nosotras, echó algunos cumplimientos á mi madre con la soltura de un hombre de la alta sociedad, y procuró luego hacerme hablar dirigiéndome algunas preguntas indirectas, pero guardé un obstinado silencio y él se alejó con aire indiferente. Desesperada mi madre, salió conmigo del baile.

Por primera vez de mi vida me regañó, y yo también por primera vez la puse ceño; mi tía me dió la razón, y declaró que Leoni era un fatuo y un calavera. Mi madre, que nunca se había oído contradecir de aquel modo, echó á llorar, y yo por mi parte hice otro tanto.

Con estas pequeñas desazones empezaron el influjo de Leoni y el del funesto destino á que me reservaba, á turbar el profundo sosiego en que siempre había yo vivido. No te diré con los mismos detalles lo que pasó en los días siguientes; no conservo de ello un recuerdo muy exacto, y el principio de la ciega pasión que llegó á inspirarme, me parece siempre como un sueño incomprensible en que no puede poner orden alguno mi corazón: lo cierto es que Leoni se mostró picado,

(1) Moneda de oro del valor de cuatro duros. (N. del T.)

sorprendido y como dominado por mi frialdad, y que al instante empezó á tratarme con un respeto que lisonjeaba mi orgullo ofendido. Veíale todos los días en los bailes, en el teatro y en los paseos, y no tardó en desvanecerse mi aversión en vista de las extraordinarias y humildes atenciones que me prodigaba. En vano mi tía procuraba avivar el desapego que su petulancia me inspiró al principio, porque no hallaba ya en sus modales ni en sus palabras nada que me ofendiese; hasta me parecía que había perdido su rostro aquella expresión de sarcasmo que tanto me desagradó la primera vez que le ví. Sus miradas tomaban de día en día una suavidad y una ternura indecibles; no parecía ocupado más que en complacerme, y sacrificando su afición á las cartas, pasaba las noches enteras bailando con mi madre ó conmigo, ó hablando con nosotras. Pronto le ofreció mi madre nuestra casa: mi tía me anunciaba que hallaría en nuestra familia mil motivos para reirse de



nosotros, y que, aunque aparentara lo contrario, le darían frecuentes ocasiones de echarla de gracioso á costa nuestra con sus amigos. Vino á vernos, y para colmo de desdichas, mi padre, que se hallaba en la puerta de su tienda, le hizo entrar por ella en nuestra casa; aquella casa que nos pertenecía era hermosísima, y mi madre la había hecho decorar con un gusto exquisito; pero mi padre, que no se complacía más que en las ocupaciones de su comercio, no había querido en manera alguna llevar á otra parte sus armatostes de perlas y de diamantes. Era por cierto un espectáculo magnífico

el que presentaba aquella cortina de brillantes pedrerías detrás de las anchas puertas de cristal que la protegían, y seguramente que no le faltaba razón á mi padre para decir que no podía hallar decoración más espléndida para un cuarto bajo. Mi madre, que nunca había tenido hasta entonces más que algunos chispazos de ambición para acercarse á la nobleza, no había visto con gran disgusto su nombre grabado en grandes letras de extras debajo del balcón de su alcoba; pero cuando desde aquel balcón vió entrar á Leoni en la fatal tienda, nos creyó perdidas, y fijó en mí sus ojos con profunda ansiedad.



V

En los primeros días que precedieron á éste, había yo sentido en mí como la revelación de una altivez que antes no conocía. Sentíla avivarse en aquel momento, é impelida por un movimiento irresistible, quise ver en qué tono hablaba Leoni en el mostrador de mi padre, porque como tardaba en subir, supuse con razón que le había detenido para enseñarle, según costumbre, las maravillas de su trabajo. Bajé intrépidamente á la tienda y entré aparentando alguna sorpresa de hallarme con Leoni. Aquella tienda me estaba vedada en todo tiempo por mi madre, cuyo más vivo temor era que me tomaran por una tendera; pero, á pesar de todo, solía yo hacer mis escapatorias para ir á dar un beso á mi pobre padre que no tenía mayor placer que el de recibirme en ella.

Apenas me vió entrar, rompió en una exclamación de alegría, y dijo á Leoni:

—Mire usted, mire usted, señor barón, todo eso no vale nada: aquí tiene usted mi mejor diamante.

El rostro de Leoni reveló una emoción deliciosa; sonrió enternecido á mi padre, y á mi apasionado. Jamás habían encontrado mis ojos una mirada como aquella, y así me puse encendida como la grana; un sentimiento de alegría y de ternura desconocida trajo una lágrima á mis párpados, mientras me daba mi padre un beso en la frente.

Quedamos algunos instantes sin hablarnos, hasta que Leoni, volviendo á anudar la conversación, halló medio de decir á mi padre todo lo que podía halagar su amor propio de artista y de comerciante. Aparentó que hallaba el mayor placer en hacerse explicar por medio de qué trabajo se sacan las piedras preciosas de un guijarro en bruto para darles el brillo y la transparencia; él mismo dijo sobre el particular cosas muy interesantes, y dirigiéndose á mí, me dió algunos detalles mineralógicos que podían estar á mis alcances. Confundida quedé del talento y la gracia con que sabía realzar y ennoblecer nuestra condición á nuestros propios ojos: hablónos de los trabajos de platería que había tenido ocasión de ver en sus viajes, y nos ponderó, sobre todo, las obras de su compatriota Cellini (1), á quien puso al nivel de Miguel Ángel. Atribuyó en fin tanto mérito á la profesión de mi padre, y dió tantos elogios á su habilidad, que casi dudé si era la hija de un laborioso artesano ó de un hombre de genio.

Aceptó mi padre esta última hipótesis, y encantado de la labia del veneciano, le llevó al cuarto de mi madre. Tuvo Leoni durante aquella visita tanto tacto, y habló de todo con tanto tino y talento, que quedé fascinada escuchándole; ja-

(1) El célebre Benvenuto Cellini, platero y escultor de tanto mérito, que en 1774 se vendió en Italia una taza de plata cincelada por él por el valor de ochocientos luises de oro. Es falso que Cellini fuese veneciano como decía Leoni; aquel admirable artista nació en Florencia en 1500, y murió en la misma ciudad en 1570. Escribió en 1568 dos tratados sobre el modo de trabajar en oro y en mármol;—era inimitable en el arte de engastar las piedras preciosas, de esculpir en bronce figuras de bajo-relieve y en todo lo relativo á su profesión. Dedicóse en fin á la escultura en mármol y á fundir estatuas de varios metales. Aún se admira un crucifijo de mármol que hizo para la capilla del palacio Petti y otras obras que excitaron la envidia de los más famosos escultores de su tiempo. Su extraordinario talento le granjeó la protección del papa Clemente VII, quien le confió la defensa del castillo de San Angelo, sitiado por el condestable de Borbón, en la que se portó con no menos prudencia que valor; él mismo refiere en su vida que mató de un tiro de alconete al condestable de Borbón.—(N. del T.)

más había yo ni aun concebido la idea de un hombre semejante. Los que me habían designado como aquellos que pasaban por los más amables, eran tan insignificantes y nulos en comparación de Leoni, que me parecía estar soñando. Era yo demasiado ignorante para apreciar todo el saber y la elocuencia de Leoni, pero le comprendía instintivamente; todo en él me seducía y me dominaba.

Seguramente, Leoni es un hombre dotado de facultades extraordinarias. Al cabo de pocos días logró excitar en la ciudad un buen humor general; Leoni posee todos los talentos, todas las seducciones. Si asistía á un concierto, después de haberse hecho rogar un poco, cantaba ó tocaba todos los instrumentos con una superioridad evidente sobre los músicos de profesión; si consentía en pasar la noche en una reunión de familia, sin diversión ni etiqueta, hacía dibujos preciosos en el álbum de cada señora. En un momento bosquejaba retratos llenos de chispa ó caricaturas graciosísimas; improvisaba ó declamaba en todas las lenguas; sabía todos los bailes característicos de Europa, y los bailaba todos con una gracia hechicera; todo lo había visto, conservado en la memoria, juzgado, comprendido; todo lo sabía; leía en el universo como en un libro abierto. Representaba admirablemente comedias y tragedias; organizaba compañías de aficionados, y él era el jefe de orquesta, el primer galán, el que hacía las decoraciones, el que las pintaba, el apuntador, el tramoyista. Siempre se hallaba al frente de todas las partidas de campo y de todas las diversiones; verdaderamente podía decirse que el placer seguía sus huellas, y que todo, con su presencia, tomaba nuevo aspecto. Todos le escuchaban con entusiasmo y le obedecían ciegamente; creían en él como en un profeta, y si hubiera prometido traer la primavera en mitad del invierno le hubieran creído capaz de cumplirlo. Al cabo de un mes de estar él en Bruselas había cambiado realmente el carácter de los habitantes; el placer reunía á todas las clases, allanaba todos los caracteres, destruía todas las rencillas, confundía todas las categorías; no pasaba un día en que no hubiese cabalgatas, fuegos artificiales, comedias caseras, conciertos, bailes de máscaras. Leoni era desprendido y aun rumboso: los jornaleros hubieran armado por él un motín: sembraba beneficios á manos llenas, y hallaba oro

y tiempo para todo; sus caprichos llegaban á ser al instante los caprichos de todos; las mujeres estaban locas por él, y los hombres se sentían de tal modo subyugados por su ascendiente, que no se acordaban de tenerle envidia.



¿Cómo en medio de semejante entusiasmo hubiera yo podido permanecer insensible á la gloria de ser galanteada por el hombre que fanatizaba á toda una provincia? Leoni nos consagraba todos sus obsequios, por lo que mi madre y yo éramos las mujeres más de moda en el pueblo. Siempre presidíamos con él á todas las diversiones; él nos ayudaba á os-

tentar un lujo desenfadado; dibujaba nuestros tocados y componía nuestros trajes de capricho, porque de todo entendía, y aun en caso de necesidad creo que hubiera podido hacer nuestros vestidos y nuestros turbantes. Por estos medios logró granjearse el cariño de toda la familia; mi tía fué la más difícil de conquistar. Mucho tiempo resistió al torrente de la seducción, y nos afligió con sus tristes observaciones.—Leoni, decía ella, era un hombre de pésima conducta, un jugador incorregible; ganaba y perdía todas las noches el capital de veinte familias, y sería capaz de devorar el nuestro en dos horas. Pero Leoni tomó á su cargo la difícil empresa de catequizarla, y logró apoderarse de su vanidad con singular talento. Pronto desaparecieron todos los obstáculos; mi padre le ofreció mi mano con un dote de dos millones. Mi tía, sin embargo, hizo observar que era preciso tomar informes más circunstanciados sobre los medios y condición de aquel extranjero, observación á que sonrió Leoni y prometió que presentaría sus títulos de nobleza y de propiedad en menos de veinte días; por lo demás, miró muy por cima la redacción del contrato, que se extendió con la mayor liberalidad y franqueza por parte de mi familia; ni siquiera sabía él al parecer lo que yo le llevaba. M. Delpech y, por lo que habían oído á éste, todos los nuevos amigos de Leoni, aseguraban que era cuatro veces más rico que nosotros, y que casándose conmigo, lo hacía sólo por amor. Yo, por mi parte, fácilmente me dejé persuadir; nunca había sido engañada, y no me figuraba los falsarios y los estafadores más que bajo los harapos de la miseria y las apariencias de la ignominia...

Un sentimiento doloroso oprimió al llegar á este punto el corazón de Julieta. Calló por un momento, y me miró con ojos desencajados.

—¡Pobre niña!—la dije—Dios hubiera debido protegerte.

—¡Oh!—dijo frunciendo ligeramente sus cejas de ébano—acabo de pronunciar unas palabras horribles... ¡Dios me las perdone! No tengo odio en el corazón, y no acuso á Leoni de ser un malvado; no, no, porque no puedo avergonzarme de haberle amado. Es un infeliz á quien es preciso compadecer. ¡si supieras!... Pero todo te lo diré, todo.

—Prosigue tu historia—la dije;—bastante culpable es Leoni; tú no le acusas más de lo que él merece.

Julietta prosiguió de este modo :

—La verdad es que él me amaba de veras, y me amaba sólo por mí; bien lo probó el tiempo. No menees la cabeza, Bustamante; Leoni es un cuerpo robusto, animado de un alma inmensa; todas las virtudes y todos los vicios, todas las pasiones culpables y santas hallan cabida en su corazón al mismo tiempo. Nadie ha querido juzgarle imparcialmente: bien lo decía él, yo sola le he conocido y le he hecho justicia. Su lenguaje era tan nuevo para mí, que me tenía como encantada; acaso la absoluta ignorancia en que yo había vivido de todo lo relativo á los misterios del corazón, hacía que me pareciese aquel lenguaje más delicioso y extraordinario de lo que hubiera parecido á una joven más experta; pero creo (y otras mujeres lo creen también) que ningún hombre en el mundo ha sentido y expresado el amor como Leoni. Superior á los otros hombres, así en el mal como en el bien, hablaba otra lengua, tenía otras miradas, tenía también otro corazón. Me acuerdo de haber oído decir á una francesa que un ramillete en la mano de Leoni tenía más perfume que en cualquiera otra, y lo mismo sucedía en todo; él daba lustre á las cosas más sencillas y rejuvenecía las menos nuevas; le rodeaba un prestigio al que ni podía ni deseaba sustraerme. Empecé, en fin, á amarle con toda mi alma. Desde aquel momento me sentí crecer á mis propios ojos. Ya fuese obra de Dios, de Leoni ó del amor, lo cierto es que se desarrolló un alma fuerte en mi débil cuerpo; cada día se revelaba á mi mente un mundo de pensamientos nuevos. Una palabra de Leoni hacía nacer en mí más sensaciones que los frívolos discursos que había yo oído antes en toda mi vida, y estos progresos míos le causaban á él alegría y orgullo. Quiso darme nuevo impulso y me trajo libros, de los que sólo miró mi madre la cubierta dorada, el tafilite y las estampas; apenas hizo alto siquiera en los títulos de las obras que iban á trastornar mi cabeza y mi corazón. Eran sin embargo aquellas obras, hermosos y castos libros, casi todos escritos por mujeres sobre historias de mujeres: Valeria, Eugenia Rothelin, Mademoiselle de Clermont, Delfina. Aquellas apasionadas y patéticas lecturas, aquellos bosquejos de un mundo ideal para mí, elevaron mi alma, pero la abrasaron: me hice novelesca, que es el carácter más desgraciado que puede tener una mujer.

VI



RES meses habían bastado para esta mudanza; ya estaba á punto de efectuarse mi boda con Leoni. De todos los papeles que había prometido presentar, sólo habían llegado su fe de bautismo y su ejecutoria de nobleza; en cuanto á las pruebas de su opulencia, las había pedido á otro abogado, y como no llegaban, y esta dilación retardaba nuestro enlace, ya no conocían límites su pena y su despecho. Una mañana fué á vernos con aire desesperado; nos enseñó una carta sin sello que

acababa de recibir por una ocasión particular, en la que le anunciaban que había muerto su apoderado, y que su sucesor, habiendo hallado todos los papeles en completo desorden, tenía que trabajar mucho para examinarlos, y necesitaba una ó dos semanas por lo menos antes de poder enviar á su Señoría los documentos que reclamaba. Aquel contra tiempo tenía á Leoni furioso y desolado; estaba seguro, decía,

de morir de impaciencia antes del fin de aquel horrible plazo, y esto diciendo, se dejó caer sobre un sillón derramando un torrente de lágrimas.

¡No! aquellas lágrimas no eran fingidas;—no sonrías, Alejo!—Dile la mano para consolarle, la sentí bañada en su llanto, y herida en el mismo instante de una conmoción simpática, empecé también á sollozar amargamente.

Mi pobre madre no pudo soportar aquel doloroso espectáculo, y fué llorando á buscar á mi padre que estaba en su tienda.

—Es una odiosa tiranía, le dijo, trayéndole adonde estábamos nosotros. —¡Ved esos pobres muchachos! ¿Cómo podéis dilatar su felicidad, viendo lo que sufren? ¿Queréis matar á nuestra hija por respeto á una vana formalidad? ¿No llegarán lo mismo esos papeles, y no serán igualmente válidos ocho días después de la boda? ¿Qué teméis? ¿Tomáis á nuestro amado Leoni por un impostor? ¿No conocéis que vuestro empeño en tener las pruebas de su riqueza es injurioso para él, y cruel para Julieta?

Mi padre, aturdido por aquellas reconvenções, y sobre todo por mis lágrimas, juró que nunca había pensado en llevar las cosas tan á punta de lanza, y que haría cuanto yo quisiera; dióme mil besos, y me habló como se habla á una criatura de seis años cuando se cede á sus caprichos para apaciguar sus gritos. Llegó en esto mi tía y me habló con menos mimo; hasta me dijo cosas que me ofendieron.—Una doncella honesta y bien criada, decía, no debía mostrar tanta impaciencia por pertenecer á un hombre.—Bien se conoce, la respondió mi madre, enteramente montada en cólera, que tú nunca has podido pertenecer á ninguno.—Mi padre no podía sufrir que se faltase al respeto á su hermana; púsose pues de su parte, é hizo observar que nuestra desesperación era una simpleza, y que ocho días pronto pasarían. Yo estaba mortalmente ofendida de la impaciencia que me atribuían, y procuraba contener mis lágrimas, pero las de Leoni ejercían sobre mí una influencia magnética, y no me era posible serenarme. Púsose él entonces en pie, los ojos húmedos de llanto, las mejillas encendidas, y con un tono de esperanza y de ternura, se dirigió á mi tía; cogió sus dos manos en una de las suyas, las de mi padre en la otra, y se echó á sus pies suplicándoles que

no se opusiesen por más tiempo á su felicidad. Sus ademanes, su acento, su rostro, tenían un poder irresistible; aquella era además la primera vez que mi pobre tía veía un hombre á sus pies. Todas las resistencias quedaron vencidas; ya se habían publicado las amonestaciones, todas las diligencias preparatorias estaban ya hechas, y el día de nuestra boda se fijó para la semana siguiente, sin hacer cuenta de los papeles que no llegaban.

El día siguiente era un martes de carnaval, en que debía dar Mr. Delpech un baile magnífico. Leoni nos había pedido que nos disfrazásemos de sultanas, para lo cual nos hizo un precioso dibujo á la aguada de los trajes que debíamos llevar, y que nuestras costureras copiaron con toda exactitud.



El terciopelo, el raso bordado, el cachemir, abundaban en nuestros vestidos; pero la cantidad y belleza de las pedrerías era lo que nos aseguraba un triunfo incontestable sobre todas las damas del baile. Casi todas las joyas de la tienda de mi padre se emplearon en nosotras; los rubíes, las esmeraldas, las turquesas rielaban en nuestros trajes; llevábamos randas y garzotas de brillantes, ramilletes admirables, engastados en piedras preciosas de todos colores; mi corpiño y hasta mis zapatos estaban bordados de perlas finas; un collar de estas perlas de extraordinaria hermosura me servía de cinturón y me caía hasta las rodillas. Llevábamos grandes pipas y puñales guarnecidos de amatistas, ópalos y granates;—mi traje completo valía lo menos millón y medio de reales.

Leoni se presentó con nosotras con un magnífico traje de turco; estaba tan galán y tan majestuoso con aquel disfraz, que la gente se subía encima de las sillas para vernos pasar. Mi corazón latía con violencia, mi orgullo rayaba ya en delirio. Lo que menos me ocupaba era mi traje; la hermosura de Leoni, su esplendor, su superioridad sobre todos los demás, la especie de culto que le tributaban... y pensar que todo aquello era mío, que todo aquello estaba á mis pies! Bastante era para trastornar una cabeza menos joven que la mía. Aquel fué el último día de mi esplendor! Oh! ¡á costa de cuánta miseria y abyección he pagado después aquellos vanos triunfos! Mi tía iba vestida de judía, y nos seguía llevando en las manos abanicos y pebetes de perfumes; Leoni, que quería conquistar su amistad, había compuesto su traje con tanto artificio, que casi iba poetizado el carácter de su fisonomía grave y marchita. Ella también estaba entusiasmada, la pobre Ágata! ¿Á qué se reduce la razón de las mujeres?

Dos ó tres horas hacía que estábamos en el baile; mi madre bailaba, y mi tía estaba en conversación con las venerables damas que componen lo que se llama en Francia la tapicería de un baile. Leoni estaba sentado junto á mí, y me hablaba en voz baja con una pasión, de la que cada palabra suya comunicaba una chispa á mi sangre. De pronto, espiró la voz en sus labios; quedó pálido como un difunto, y le ví consternado como si se le hubiera aparecido un espectro.

Seguí la dirección de su delirante mirada, y ví á algunos pasos de donde nosotros estábamos una persona cuyo aspecto á mí también me fué desagradable; era éste un joven llamado Henryet, que había pedido mi mano el año anterior. Aunque era rico y de buena familia, mi madre no le había creído digno de mí, y le había dado una respuesta negativa, pretextando mi mucha juventud; pero al principio del año siguiente renovó con empeño su solicitud, y aun corrieron voces por el pueblo de que estaba perdido de amores por mí, cosa en que no me digné reparar, y mi madre, que le tenía por hombre de poco más ó menos, puso fin á sus pretensiones con una franqueza algo brusca, de lo que manifestó más dolor que despecho: inmediatamente se puso en camino para París. Desde entonces mi tía y mis amigas me habían hecho

algunas reconvenções sobre mi indiferencia para con él, porque era, según decían, un excelente joven, de una instrucción sólida y de un carácter muy noble; aquellas reconvenções, sin embargo, me cansaban de veras.

Su inesperada aparición en medio de la felicidad que me halagaba al lado de Leoni me fué desagradable, y me pareció una especie de nueva reconvenção; volví la cabeza y aparenté que no le veía; pero no pude menos de observar la extraña mirada que lanzó á Leoni. Apretó éste mi brazo de repente, y me suplicó que fuése con él á tomar un helado en una pieza inmediata, añadiendo que le incomodaba el calor y le hacía sufrir de los nervios; yo le creí, y consideré la mirada de Henryet como la expresión de sus celos. Pasamos á una galería donde había poca gente, y en la que estuve un rato con Leoni, apoyada en su brazo. Estaba agitado, pensativo; le pregunté qué tenía, y me respondió que aquello no era nada, que se sentía un poco indispuerto.

Empezaba ya á tranquilizarme, cuando advertí que Henryet nos seguía. No pude menos de manifestar á Leoni el disgusto que me causaba aquella circunstancia.

—Á fe mía—le dije en voz baja—que ese hombre nos sigue como un remordimiento. Casi estoy por dudar que sea en efecto un hombre, pues más parece un alma en pena que vuelve del otro mundo.

—¿Qué hombre?—respondió Leoni estremeciéndose.—¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¿Qué nos quiere? ¿Le conoces por ventura?

Díjeme en pocas palabras todo lo que había sucedido, y le pedí que hiciese como que no reparaba en la ridícula tenacidad de Henryet; pero Leoni no me respondió; sólo noté que su mano, con que tenía asida la mía, se ponía helada como la muerte, un temblor convulsivo corrió por todo su cuerpo, y creí que iba á desmayarse; pero todo aquello fué cosa de un momento.

—Sufro terriblemente de los nervios—me dijo;—creo que voy á tener necesidad de ir á acostarme. Me quema la frente; este turbante pesa lo menos cien libras.

—¡Oh!—exclamé—si te vas ya, esta noche va á parecerme eterna y este baile insoportable. Prueba primero á ver si puedes descansar un poco en una pieza más retirada; te qui-

tarás el turbante, y pediremos algunas gotas de éter que te calmen la agitación de los nervios.

— ¡Sí, tienes razón, Julieta mía, ángel de mi vida, hermosa mía! Al fin de la galería hay un gabinetito donde probablemente estaremos solos; un instante de descanso me aliviará.

Esto diciendo, me llevó al gabinete con pasos precipitados; más que otra cosa, parecía que iba huyendo. Oí algunas pisadas que seguían las nuestras; volví la cabeza y ví á Henryet que se nos acercaba cada vez más, y que al parecer nos perseguía; creí realmente que se había vuelto loco. El terror que Leoni no podía ya disimular, acabó de poner en total confusión todas mis ideas; un temor supersticioso se apoderó de mí, mi sangre se heló en mis venas, y me fué imposible dar un paso más. En aquel momento nos alcanzó Henryet, y puso una mano que me pareció metálica sobre el hombro de Leoni; quedó éste como herido del rayo, y le hizo con la cabeza una señal afirmativa, como si hubiera adivinado una pregunta ó una orden en aquel espantoso silencio. Entonces se alejó Henryet, y me pareció que mis pies se desclavaban del suelo; tuve fuerzas para seguir á Leoni al gabinete, y caí desplomada sobre un sofá, tan pálida y tan consternada como él.

VII



ERMANECÍO algún tiempo así, y luego de pronto, echando el resto de sus fuerzas, se arrojó á mis pies:

—Julieta—me dijo—estoy perdido si no me amas con delirio.

—¡Cielos! ¿qué significa esto?— exclamé fuera de mí echándole los brazos al cuello.

—¡Y tú no me amas así!—prosiguió con angustia;— estoy perdido, ¿no es verdad?

—Te amo con todo mi corazón— exclamé llorando;—¿qué he de hacer para salvarte?

—¡Ahl tú nunca consentirás en ello —repuso profundamente abatido.—

¡Soy el más desgraciado de los hombres! Tú eres la única mujer á quien he amado en mi vida, Julieta... y en el momento de poseerte, te pierdo para siempre. ¡Alma mía, vida mía!...

¡Oh, ya no me queda más recurso que la muerte!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamé—¿no puedes hablar?

¿No puedes decirme lo que exiges de mí?

—No, no puedo hablar—respondió;—un horrible secreto, un misterio espantoso pesa sobre mi vida entera, y nunca podré revelártele. ¡Para amarme, para seguirme, para consolarme, sería preciso ser más que una mujer, más que un ángel tal vez!...

—¡Para amarte! ¡Para seguirte!—le dije.—¿No seré tu esposa dentro de algunos días? ¡Entonces, una sola palabra tuya, por grandes que sean mi dolor y el de mi familia, bastará para que yo te siga al fin del mundo si tú lo exiges!

—¿De veras, Julieta? ¿Será posible?—exclamó ciego de alegría.—¡Me seguirás! ¿Lo dejarás todo por mí?... ¡Pues bien! Si me amas hasta ese punto, estoy salvado; ¡partamos, partamos ahora mismo!...

—¡Cómo! ¿Estás en ti?—le dije.—¿Estamos ya casados por ventura?

—¡Nosotros no podemos casarnos jamás!—me respondió con voz ronca y breve.

Aquellas palabras me dejaron muda de asombro.

—Y si no quieres amarme, si no quieres huir conmigo—prosiguió—ya no me queda más que un partido que tomar: ¡el de matarme!

Pronunció Leoni estas palabras con tono tan resuelto, que no pude menos de estremecerme de pies á cabeza.

—Pero ¿qué sucede?—le dije;—¿es esto un sueño? ¿Qué puede impedir que nos casemos cuando todo está decidido, cuando ya te ha dado mi padre su palabra?...

—Una frase del hombre que está enamorado de ti y que puede impedir que seas mía.

—¡Yo le aborrezco y le desprecio!—exclamé.—¿Dónde está? ¿dónde está, que quiero hacerle conocer la infamia de esa villana obstinación, de esa venganza tan odiosa?... Pero ¿qué puede él contra ti, Leoni? ¿No eres tú tan superior á sus ataques que no baste una palabra tuya para reducirlos á la nada? ¿Tu virtud y tu honor no son puros como el oro? ¡Oh!... Ya creo adivinar... ¡estás arruinado! Los papeles que esperas no traerán más que malas nuevas; Henryet lo sabe y te amenaza con decírselo á mis padres. Su conducta es infame; pero nada temas; mis padres son buenos y adoran en mí; me echaré á sus pies, los amenazaré con meterme en un convento; tú les suplicarás también como ayer y los convencerás,

no lo dudes. ¿No soy yo bastante rica para los dos? Mi padre no querrá condenarme á morir de dolor, mi madre intercederá por mí... Los tres tendremos más influjo sobre él que mi tía para convencerle. Leoni, no te aflijas; esa circunstancia no puede separarnos; es imposible que nos separen. Si mis padres fueran avaros hasta ese punto, entonces sí que huiría contigo...

—¡Huyamos, huyamos al instante!—me dijo Leoni con voz sombría;—huyamos, porque serán inflexibles. Otro obstáculo hay además de mi ruina; una cosa infernal, Julieta mía, y que no puede decirse. ¿Eres buena, eres generosa? ¿Eres la mujer que se había creado mi imaginación y que yo creía haber hallado en ti? ¿Eres capaz de heroísmo? ¿Comprendes las grandes acciones, los inmensos sacrificios? ¡Veamos, veamos! Julieta, ¿eres una mujer amable y linda de quien voy á separarme con pena, ó eres un ángel que me ha enviado el Señor para libertarme de la desesperación? ¿Conoces tú cuánto es bello y sublime sacrificarse por un objeto amado? ¿No conmueve tu alma la idea de tener en tu mano la vida y la suerte de un hombre, y de consagrarte á ellas toda entera? ¡Ah! Si pudiéramos ponernos yo en tu situación, tú en la mía... ¡con qué placer, con qué delirio te inmolaría yo todos los afectos, todos los deberes!...

—¡Basta, Leonil!—le respondí.—Tus palabras trastornan mi razón. Piedad, Leoni, piedad para mi pobre madre, para mi padre, para mi honor. ¿Quieres perderme?...

—¡Ah! ¡en todo eso piensas!—exclamó.—¡Pero no piensas en mí! ¿Pesas el dolor de tus padres y no te dignas poner también el mío en la balanza? Tú no me amas...

Oculté mi rostro entre mis manos, invoqué á Dios, escuché los sollozos de Leoni... creí que iba á volverme loca.

—¡Pues bien! lo exiges—le interrumpí—y puedes hacerlo. Habla. Dime todo lo que quieras... fuerza será que yo te obedezca, porque, ¿no manejas tú mi voluntad y mi alma á mi albedrío?

—No podemos perder un solo instante—respondió Leoni:—es preciso que de aquí á una hora nos hayamos puesto en camino, ó tu fuga será imposible. Un enemigo encarnizado nos persigue, pero si tú quieres, podemos burlar su vigilancia. ¿Lo quieres? ¿Lo quieres?

Esto diciendo me estrechó con delirio entre sus brazos, mientras su pecho exhalaba hondos gritos de dolor; yo le respondí, sí, sin saber lo que decía.

—Pues bien, vuelve al instante al baile—me dijo—y no muestres la menor agitación; si te preguntan, di que te has sentido un poco indispuesta, pero no te dejes llevar á tu casa. Baila, si es preciso; sobre todo, si te habla Henryet, sé prudente; no le irrites; piensa que todavía por espacio de una hora mi suerte está en sus manos. De aquí á una hora volveré disfrazado con un dominó, en el que traeré esta cinta para que me conozcas. Tú me reconocerás, ¿no es verdad? Entonces me seguirás, y sobre todo procura estar serena, impasible. Esto es indispensable, Julieta; ¡piénsalo bien! ¿Te sientes con fuerzas para ello?

Púseme en pie, y tuve que comprimir con ambas manos los latidos de mi corazón; un ardor febril abrasaba mi frente y mi garganta, y me parecía que estaba soñando.

—¡Vamos, vamos, ánimo!—me dijo.

Y habiéndome dejado en el salón del baile, desapareció. Mi madre me andaba buscando; conocí de lejos su inquietud, y para evitar sus preguntas, acepté al instante un rigodón que me pidió no sé quién.

Bailé, y no sé cómo no caí muerta al fin del rigodón; ¡tales esfuerzos tuve que hacer sobre mí misma para sostenerme! Cuando volví á mi asiento, había salido ya mi madre á valsar; me había visto bailar, estaba tranquila, y no pensaba ya sino en divertirse lo más que podía. Mi tía, en vez de hacerme preguntas sobre mi ausencia, empezó á reñirme, de lo que me alegré mucho, porque así no tenía necesidad de mentir. Una de mis amigas me preguntó inquieta y asombrada qué tenía, y por qué estaba tan alterado mi semblante, á lo que respondí que acababa de darme un fuerte ataque de tos.

—Es preciso que descanses—me dijo—y que no bailes más.

Pero yo estaba decidida á evitar las miradas de mi madre, porque temía su inquietud, su ternura y mis propios remordimientos. Vi su pañuelo que había dejado sobre una silla, le cogí, le acerqué á mi rostro, y cubriéndome la boca con él, le devoré á besos convulsivos; mi amiga creyó que volvía á darme la tos, y aparenté en efecto que tosía. No sabía yo cómo llenar aquella hora fatal de la que apenas había pasado

la mitad; observó mi tía que yo estaba muy constipada, y aconsejó á mi madre que nos retiráramos; aquella amenaza me aterró, y acepté al punto la mano que me presentó un nuevo bailarín; pero cuando estuve en medio del salón, ví que me había comprometido para un vals. Como casi todas las señoritas solteras, yo no valsaba nunca en público; pero al reconocer al que ya me tenía en sus brazos, el siniestro semblante de Henryet, el terror me impidió retirarme, seguí su impulso, y aquel rápido movimiento, aquel insoportable mareo acabaron de trastornar mi cerebro. Preguntábame yo á mí misma si todo lo que pasaba en derredor mío no era una visión, si no estaba yo más bien tendida en mi cama, agitada por una horrible pesadilla, con calentura, que lanzada como una loca en medio de un vals, con un sér que me causaba horror.

Y luego me acordé de que Leoni iba á venir á buscarme. Miré á mi madre que, ligera y alegre, parecia volar en medio del círculo de los bailarines, y me dije que aquello era imposible; que yo no podía dejar así á mi pobre madre. Observé que Henryet me estrechaba entre sus brazos, que sus ojos devoraban mi rostro inclinado hacia el suyo, y estuve á punto de gritar y huir despavorida; pero me acordé de las palabras de Leoni: «¡Piensa que todavía por espacio de una hora, mi suerte está en sus manos!» y me resigné. Nos detuvimos un momento y me habló; pero no oí lo que me decía, y le respondí sonriendo con una expresión insensata: entonces sentí el roce de un dominó de tafetán en mis brazos y mis hombros desnudos, y no necesité volverme para reconocer la respiración casi imperceptible de Leoni. Pedí volver á mi asiento, y al cabo de un instante, Leoni, cubierto de un dominó negro, vino á ofrecerme la mano. Púseme al punto en pié y le seguí; atravesamos por entre el gentío, y evitamos no sé por qué milagro, las celosas miradas de Henryet y las de mi madre, que me buscaba de nuevo; la audacia con que pasé por medio de quinientos testigos para huir con Leoni, fué causa tal vez de que nadie reparara en ello. Atravesamos el gentío que llenaba el recibimiento; algunas personas que estaban en él poniéndose sus capas, nos reconocieron y se asombraron de verme bajar la escalera sin mi madre; pero aquellas personas se retiraban también y no debían llevar al

baile su observación. Luego que llegamos al patio, se precipitó Leoni llevándome consigo hacia una puertecilla lateral por la cual no pasaban los coches; anduvimos un rato precipitadamente por una calle obscura, luego se abrió una silla de posta, Leoni me metió en ella, me cubrió con una ancha capa forrada de pieles, me puso en la cabeza un gorro de camino, y en un abrir y cerrar de ojos, la casa iluminada de Mr. Delpech, la calle y la ciudad desaparecieron detrás de nosotros.

Veinticuatro horas corrimos á galope tendido sin hacer un movimiento para salir del carruaje: á cada posta, levantaba un poco Leoni la persiana, sacaba el brazo por ella, echaba á los postillones el triple de lo que les debía, retiraba el brazo á toda prisa, y cerraba la ventanilla. Ni un solo instante me aquejaron el cansancio ó la necesidad; yo no sabía lo que me pasaba; no podía verter una lágrima ni pronunciar una sola palabra; al mismo tiempo, parecía que ocupaba más á Leoni el temor de ser perseguido, que el triste estado de abatimiento y dolor en que yo me hallaba. Parámonos al fin cerca de una casa de campo, á corta distancia del camino real; llamamos á la puerta de un jardín, donde después de haberse hecho esperar largo rato, salió á abrirnos un criado. Eran las dos de la madrugada; llegó en fin regañando entre dientes y acercó su linterna al rostro de Leoni; pero no bien le hubo reconocido, cuando empezó el buen hombre á deshacerse en cumplimientos y disculpas por su tardanza, después de lo cual nos condujo á las habitaciones interiores, que me parecieron desiertas y mal amuebladas; sin embargo, me ofreció un cuarto bastante decente. En un momento encendió fuego en la chimenea, me preparó una cama y vino una mujer á desnudarme. Caí entonces en un estado de completa imbecilidad; pero cuando el calor de la chimenea me hubo reanimado un poco, advertí que estaba sólo con un peinador blanco y con los cabellos tendidos al lado de Leoni, que á decir verdad, ni siquiera hacía alto en ello, pues estaba ocupado exclusivamente en guardar en un cofre los ricos trajes, las perlas y los diamantes que nos cubrían pocos momentos antes. Aquellas joyas con que se engalanaba Leoni pertenecían casi todas á mi padre, pues queriendo mi madre que la riqueza de su traje no fuese en nada inferior á la de los nuestros, las había tomado en la tienda y se las había prestado

sin decir nada. Cuando vi todas aquellas riquezas amontonadas en un cofre, sentí una indecible vergüenza de la especie



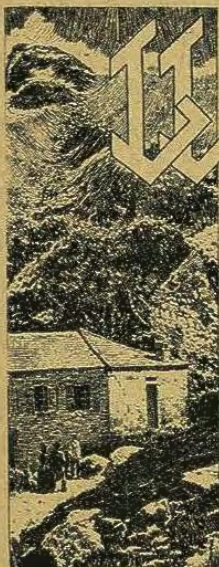
de robo que habíamos cometido, y dí gracias á Leoni porque pensaba en devolvérselas á mi familia. No sé lo que me respondió, porque todas mis ideas estaban entonces en la mayor

confusión; dijome enseguida que podía dormir cuatro horas, y me suplicó que me aprovechase de ellas sin zozobra ni dolor: dicho esto me dió un beso en la frente y se retiró.

No tuve ánimo para ir á aquella cama, y me dormí junto á la chimenea en un sillón. Á las seis de la mañana entraron á despertarme trayéndome chocolate y un traje completo de hombre: almorcé y me vesti con suma resignación. Vino en seguida Leoni á buscarme, y salimos antes del amanecer de aquel misterioso asilo del cual no he conocido jamás ni el nombre ni la situación exacta, ni el propietario, así como de otras muchas habitaciones de la misma especie que, durante el curso de nuestros viajes, se abrieron para nosotros á todas horas y en todos los países al solo nombre de Leoni.

Á medida que nos alejábamos de Bruselas, iba recobrando Leoni la serenidad de su porte y la ternura de su lenguaje. Sumisa y encadenada á su voluntad por una pasión ciega, era yo un instrumento cuyas cuerdas hacía él vibrar á merced de su capricho. Si estaba pensativo, yo estaba también melancólica; si estaba alegre, olvidaba yo todos mis pesares y mis amargos remordimientos para sonreír á sus impulsos de buen humor; si me hablaba apasionado, olvidaba yo el desorden de mi cerebro y el doloroso abatimiento de mi alma, y hallaba en mi profunda debilidad nuevas fuerzas para amarle y para repetirle que le amaba.

VIII



EGAMOS á Ginebra, donde no nos detuvimos más que lo absolutamente necesario para descansar; luego nos internamos en el fondo de la Suiza, donde perdimos todo temor de ser perseguidos y descubiertos. Desde el momento de nuestra fuga, no aspiraba Leoni más que á llegar conmigo á algún agreste y pacífico retiro y á pasar en él una dulce existencia de amor y de poesía en una eterna soledad. Realizóse por fin este delicioso sueño de ventura, cuando hallamos en uno de los valles del lago Mayor, una quequera de las más pintorescas y que estaba además en una situación admirable. Por poquísimos dinero la hicimos arreglar con toda especie de comodidades interiores, y la alquilamos á principios de Abril; en ella pasamos seis meses de una felicidad como la de los ángeles, y por la que toda mi vida daré gracias á Dios, aunque me la ha hecho pagar muy cara. Estábamos absolutamente solos y lejos de toda relación con la sociedad; toda nuestra servidumbre se reducía á dos

jóvenes recién casados que aumentaban nuestro contento con el espectáculo del que gozaban ellos. La mujer cuidaba de la casa y nos servía de cocinera, y el marido llevaba á pastar una vaca y dos cabras que componían todo nuestro ganado, con cuya leche hacía el queso.

Teníamos costumbre de madrugar mucho, y cuando el tiempo estaba hermoso, almorzábamos á algunos pasos de la casa en un jardincillo cuyos árboles, abandonados á la dirección de la naturaleza, extendían por todos lados pomposas ramas menos ricas de frutos que de flores y de follaje; luego íbamos á pasearnos por los valles ó subíamos á la cumbre de las montañas. Poco á poco fuimos tomando la costumbre de dar largos paseos, y cada día descubríamos un sitio nuevo, porque eso tienen de delicioso los países de montañas, y es que se puede explorarlos mucho tiempo antes de conocer todos sus secretos y todas sus bellezas. Cuando emprendíamos nuestras más largas excursiones, Juan, nuestro digno mayor-domo, nos seguía con una cesta llena de víveres, y nada era más delicioso que nuestros festines sobre la fresca hierba; Leoni sólo era delicado en la elección de lo que él llamaba nuestro refectorio. En fin, cuando hallábamos en la falda de una montaña, alguna pradera alfombrada de florida hierba, abrigada del viento ó del sol, con un hermoso punto de vista y un arroyo inmediato, embalsamado de plantas aromáticas, él mismo disponía la comida sobre un limpio mantel, tendido por el suelo. Enviaba á Juan á coger fresas y á refrescar el vino en las aguas de algún torrente, encendía con espíritu de vino una lámpara hecha á propósito, y cocía en un momento exquisitos huevos frescos pasados por agua, así como yo, después de los fiambres y de las frutas, le preparaba en la misma máquina un excelente café. De este modo participábamos algún tanto de los goces de la civilización en medio de las románticas bellezas del desierto.

Quando hacía mal tiempo, lo que con frecuencia acontecía á principios de la primavera, encendíamos una gran lumbrada para preservar de la humedad nuestras habitaciones de pino. Nos rodeábamos de biombos que Leoni arreglaba, clavaba y pintaba él mismo, tomábamos muy buen té, y mientras él fumaba en una larga pipa turca, leía yo algo en alta voz; aquello era lo que llamábamos nuestras mañanas flamencas.

Menos animadas que las otras, eran acaso más dulces todavía. Leoni tenía un talento admirable para arreglar la vida, para hacerla grata y llevadera; desde la madrugada ocupaba



la actividad de su inteligencia en hacer el plan del día, en repartir las horas, y una vez dispuesto el plan, venía á comunicármelo. Siempre le hallaba yo admirable, y no nos separá-

bamos de él ni una línea; de este modo el fastidio que persigue siempre á los solitarios, y aun á los amantes aislados, no hallaba cabida en nosotros. Leoni sabía todo lo que era preciso evitar, y todo lo que se debía observar para mantener la paz del alma y el bienestar del cuerpo; dictábamelo con admirable ternura, y sometida á él como una esclava á su señor, jamás me oponía yo á ninguno de sus deseos. Decía entre otras cosas, que la mutua comunicación de pensamientos entre dos seres que se aman es cosa dulcísima, pero que puede llegar á ser la peor de todas si se abusa de ella. Había, pues, arreglado las horas y los sitios para nuestros coloquios; todo el día estábamos ocupados en trabajar; yo cuidaba de la casa, le preparaba platos de dulce, ó le planchaba su ropa blanca; porque Leoni era sumamente sensible á todas estas delicadezas de lujo, y las hallaba doblemente necesarias en el fondo de nuestro retiro. Él, por su parte, atendía á todas nuestras necesidades y remediaba todos los inconvenientes de nuestro aislamiento: sabía un poco de todos los oficios; hacía muebles de ebanistería, clavaba cerraduras, establecía tabiques de madera cubiertos de papel pintado, impedía que hiciese humo una chimenea, enjertaba los frutales, traía una corriente de agua viva al rededor de nuestra vivienda; siempre estaba ocupado en algo útil, y todo lo hacía bien. Cuando le faltaban estos grandes trabajos, pintaba á la aguada, componía países lindísimos con los bocetos que dibujaba en su álbum durante nuestras largas excursiones. Paseaba á veces por el valle componiendo versos, y al instante venía á recitármelos; muchas veces me hallaba en el establo, lleno mi delantal de plantas aromáticas, que tanto gustan á las cabras. Mis dos hermosas protegidas comían en mi falda: la una era blanca sin una mancha, y se llamaba Nieve; aquella era apacible y melancólica; la otra era amarilla como una gamuza, con la barba y las piernas negras, jovencilla, juguetona y traviesa: Gama era su nombre: la vaca se llamaba Margarita; era roja y listada de rayas negras transversales como un tigre. Apoyaba el manso animal su cabeza sobre mi hombro, y cuando Leoni me hallaba así, solía llamarme su Virgen del Establo (1);

(1) Nombre bajo el cual es conocida una admirable Virgen de Murillo.—(N. del T.)

dábame luego mi álbum y me dictaba sus versos, que casi siempre me iban dirigidos; himnos de amor y de felicidad, que me parecían sublimes y que debían serlo. «¿Sepamos—me decía Leoni—si te parecen malos?» Fijaba yo entonces en los suyos mis ojos bañados en lágrimas, y él se reía y me abrazaba con delirio.

Y luego se sentaba en el follaje embalsamado y me leía algunas poesías extranjeras que me traducía con una rapidez y una precisión admirables; durante aquellas deliciosas lecturas, estaba yo hilando en la templada luz del establo. Es necesario conocer la exquisita limpieza de estos establos suizos para no extrañar que hubiéramos escogido el nuestro para sala de reunión. Cruzábale de un lado á otro un rápido arroyo de agna pura que le barría á cada instante y que nos deleitaba con su blando murmullo; varias palomas bebían en él á nuestros pies, y por el pequeño agujero por donde entraba el agua, venían mil atrevidos gorriones á bañarse y á usurpar algunas semillas. Aquel era el sitio más fresco en los días calurosos cuando estaban abiertas todas las ventanas, y el más abrigado en los días fríos cuando las menores rendijas estaban tapadas con paja y heno. Á veces Leoni, cansado de leer, se dormía sobre la yerba recién cortada, y yo dejaba mi labor para contemplar aquel bello semblante que ennoblecía más y más la serenidad del sueño.

Durante nuestros días tan ocupados, apenas nos hablábamos, aunque casi siempre estábamos juntos; nos decíamos algunas dulces palabras, nos hacíamos algunas dulces caricias y nos alentábamos mutuamente al trabajo; pero cuando llegaba la tarde, toda la actividad de Leoni parecía refugiarse en su inteligencia, su cuerpo quedaba indolente, y sin embargo nunca era más amable que en aquellas horas que él había reservado para los dulces desahogos de nuestra ternura. Rendido de las fatigas del día, tendíase muellemente sobre la hierba á mis pies, en un sitio delicioso que había cerca de nuestra morada en la falda del monte. Desde allí contemplábamos la espléndida caída del sol en occidente, la melancólica fuga del día, la llegada grave y solemne de la noche; sabíamos el momento de la salida de cada estrella y sobre qué cima debían empezar á brillar una después de otra sucesivamente. Leoni sabía muy bien la astronomía, pero Juan poseía

herbar.
(1)

(1) Leoni

casi mejor que él esta ciencia á la manera de los pastores, y daba á los astros otros nombres harto más poéticos y expresivos que los nuestros. Cuando Leoni se había reído bastante de su rústico pedantismo, le enviaba á tocar en su caramillo el ranz (1) de las vacas en la cumbre de la montaña; aquellos agudos sonidos tenían, oídos de lejos, una dulzura infinita. Caía entonces Leoni en una honda distracción que se parecía á un verdadero éxtasis; luego, cuando llegaba enteramente la noche, cuando sólo interrumpía el profundo silencio de los valles el grito lastimero de las aves nocturnas, cuando se iluminaban las luciérnagas entre la hierba en torno de nosotros, y mecía sobre nuestras cabezas un aura tibia las copas de los árboles, Leoni parecía salir de su sueño y despertarse á otra vida; su alma se encendía, su apasionada elocuencia me inundaba el corazón; hablaba con entusiasmo á los cielos, al viento, á los ecos, á la naturaleza toda; me estrechaba entre sus brazos, me anegaba en delirantes caricias, y luego, ya más sereno, me dirigía los más suaves y mágicos acentos.

¡Oh! ¿cómo hubiera yo podido no amar á aquel hombre singular en todo, en la adversidad como en la fortuna, en lo bueno como en lo malo? ¡Cuán amable era entonces, cuán hermoso! ¡Qué bien decía á su rostro varonil el tostado color que le daban el aire y el sol del campo, respetando su ancha frente blanca sobre sus cejas de ébano! ¡Cómo sabía amar y cómo sabía decirlo! ¡Cómo dominaba la vida y sabía hacerla hermosa! ¿Cómo hubiera yo podido no tener en él una confianza ciega, cómo hubiera podido no acostumbrarme á una sumisión ilimitada? Todo lo que él hacía, todo lo que él decía era bueno, noble, grandioso; su corazón era generoso, sensible, delicado, heroico; su mayor delicia era aliviar la miseria ó las dolencias de los pobres que llamaban á nuestra puerta. Un día se precipitó en un torrente, poniendo á gran riesgo su vida, por salvar á un joven pastor; toda una noche anduvo errante por entre las nieves en medio de los más espantosos peligros por socorrer á unos viajeros extra-

(1) Hemos conservado este nombre extranjero porque por él es muy conocido el bello canto suizo con que en aquellas montañas reúnen los pastores sus ganados. Ranz es una voz alemana que significa reunión. De este canto sacó mucho partido Rossini en su magnífica ópera de Guillermo Tell.—(N. del T.)

viados, cuyos gritos de amargura y desesperación resonaban á lo lejos. ¡Oh! ¿Cómo, cómo hubiera yo podido desconfiar de Leoni? ¿Cómo hubiera hecho para temer el porvenir? No me digas, Alejo, que fui crédula y débil; aquellos seis meses de amor hubieran subyugado á la mujer más enérgica. Por lo que á mí hace, me abandoné á él con ciego delirio, y el cruel remordimiento de haber abandonado á mis padres, la idea de su dolor, todo se fué desvaneciendo poco á poco, y aun acabó por borrar-se enteramente de mi alma. ¡Oh! ¡cuán grande era el poder que tenía aquel hombre sobre mí!

Calló Julieta y quedó sumergida en tristes meditaciones; dieron en esto las doce de la noche en un reloj lejano y la propuse que fuese á descansar.

—No—me dijo,—si aún no estás cansado de oirme, quiero seguir contándote mi historia y la suya. Conozco que he tomado sobre mí un deber muy amargo para mi pobre corazón, y luego que haya acabado, nada sentiré, de nada me acordaré por espacio de muchos días; quiero aprovechar la fuerza que tengo en este instante.

—Sí, Julieta, tienes razón—la dije;—arranca el acero de tu pecho y luego te sentirás mejor. Pero dime, pobre Julieta, dime ¿cómo la singular conducta de Henryet en el baile, y la cobarde sumisión de Leoni á una mirada de aquel hombre, no dejaron en tu ánimo algún temor ó alguna duda por lo menos?

—¿Qué temor podía quedarme?—respondió Julieta.—Yo estaba tan poco iniciada en las cosas de la vida y en las infamias de la sociedad, que nada comprendía en aquel misterio. Leoni me había dicho que tenía un secreto terrible, y yo me imaginaba mil novelescos infortunios. Era entonces la moda en literatura presentar personajes heridos de las más extrañas é inverosímiles maldiciones; los teatros y las novelas no producían más que hijos de verdugos, espías heroicos, asesinos y presidiarios virtuosos. En una ocasión leí el *Federico Styndall*; en otra el *Espía* de Cooper; ten presente además que yo era entonces muy joven, y que mi amor era superior á mi débil razón. Imaginéme pues que la sociedad, injusta y estúpida, había herido de terrible anatema á mi amado por alguna sublime imprudencia, por alguna falta involuntaria ó á consecuencia de alguna feroz preocupación; no te ocultaré

tampoco que mi pobre cabeza de diez y siete años halló un atractivo más en aquel impenetrable misterio, y que mi alma de mujer se exaltó á la idea de aventurar su destino todo entero, para aliviar un hermoso y poético infortunio.

—Leoni debió conocer esa disposición novelesca y aprovecharse de ella—dije á Julieta.

—Sí—me respondió,—lo hizo; pero si se tomó tanto trabajo para engañarme, fué porque me amaba, porque quería obtener mi amor á cualquier precio.

Quedamos un rato en silencio, y Julieta prosiguió su historia.

IX



EGÓ el invierno, cuyos rigores nos habíamos propuesto soportar antes que abandonar nuestro amado retiro. Leoni me decía que nunca había sido tan feliz, que yo era la única mujer á quien había amado jamás, que quería renunciar al mundo para vivir y morir en mis brazos. Su afición á los placeres, su pasión por el juego, todo se había desvanecido, todo lo había olvidado para siempre; y ¡ah! ¡cuánto agradecía yo á aquel hombre tan brillante, tan festejado por todos, el que renunciara sin sentimiento á los atractivos de una vida de esplendor y de diversiones para ve-

nir á encerrarse conmigo en una cabaña! Y está seguro, Alejo, de que Leoni entonces no me engañaba. Si es cierto que motivos muy poderosos le obligaban á ocultarse, no lo es menos que fué feliz en aquel retiro y que me amó de veras; porque, en efecto, ¿hubiera podido fingir aquella serenidad durante seis meses, sin que se alterase ni un solo

día? ¿Y por qué no me hubiera amado? Yo era joven, hermosa, lo había abandonado todo por él, y le idolatraba. Sí, yo no me hago ilusión sobre su carácter, Alejo; todo lo sé, y te lo diré todo. El alma de Leoni es muy negra y muy hermosa, muy vil y muy grande; el que no tenga fuerza para aborrecer á aquel hombre, tendrá que amarle y que ser su víctima.

Pero empezaron con tanto brío los rigores del invierno, que nuestra permanencia en el valle llegó á ser sumamente peligrosa: en pocos días llegó la nieve hasta la colina, y se puso al nivel del techo de nuestra quesera, amenazando sepultarla y hacernos morir de hambre en ella. Leoni se obstinaba en que nos quedáramos; quería hacer provisiones y arrostrar el peligro; pero Juan aseguró que nuestra ruina era indudable, si no tocábamos á retirada y lo más pronto posible; que en diez años no se había visto un invierno semejante, y que cuando llegara la época del deshielo, los témpanos arrastrarían nuestra vivienda como una pluma, á menos de algún milagro patente de San Bernardo ó de Nuestra Señora de los Aludes (1).

—Si yo estuviera solo—me decía Leoni—esperaría el milagro y me reiría de los aludes; pero cuando tú participas de mis peligros, me falta el valor. Mañana saldremos de aquí.

—Preciso será que lo hagamos—le dije;—¿pero dónde iremos? Al instante me descubrirán y me llevarán por fuerza á casa de mis padres.

—Mil medios hay de burlar la vigilancia de los hombres y de las leyes—respondió Leoni sonriendo;—ya hallaremos alguno, no te apures. Tenemos todo el universo á nuestra disposición.

—¿Y por dónde empezaremos?—le pregunté, violentándome para sonreír también.

—No lo sé todavía—dijo;—¿pero qué importa? Estamos juntos, ¿dónde podremos ser desgraciados?

—¡Ah! ¿Dónde hemos de ser tan felices cómo aquí?

—¿Quieres que nos quedemos?—me preguntó.

—No—le respondí—ya no podríamos serlo; en presencia

(1) Llámanse así los grandes pedazos de nieve que se desprenden de la cumbre de las montañas. Es voz de que usa Capmany.—(N. del T.)

del peligro, siempre temblaríamos el uno por la vida del otro.

Hicimos los preparativos del viaje, uno de los cuales se redujo á que pasara Juan todo el día quitando la nieve que obstruía el camino por donde debíamos pasar. Durante la noche me sucedió una aventura que me dió que discurrir para mucho tiempo.

En lo mejor de mi sueño, sentí un frío vivísimo y me desperté; busqué á Leoni junto á mí, pero no le hallé; su sitio estaba frío, y por la puerta del cuarto, medio entreabierta, penetraba un viento colado que me helaba. Esperé algunos instantes, pero como Leoni no volvía, me incorporé algo asustada, y al fin me levanté y me vestí á toda prisa; esperé todavía un poco, antes de decidirme á salir, temiendo dejarme dominar por alguna inquietud pueril, mas como su ausencia se prolongaba, un invencible terror se apoderó de mí, y salí apenas vestida haciendo un frío de quince grados. Temí que Leoni hubiera acudido, según su costumbre, á socorrer á algunos infelices extraviados entre la nieve y estaba resuelta á buscarle y á seguirle: llamé á Juan y á su mujer, pero dormían tan profundamente que no me oyeron. Entonces, devorada de inquietud, me adelanté hasta el borde de la pequeña llanura empalizada que rodeaba nuestra quesera, y distinguí á alguna distancia sobre la nieve un débil resplandor, en el que creí reconocer el de la linterna que llevaba Leoni en sus generosas excursiones. Corrí al punto hacia aquel lado tan aprisa como lo permitía la nieve en que me hundía hasta las rodillas, procuré llamarle, pero el frío me hacía dar diente con diente, y el viento me daba de cara interceptando mi voz. Acerquéme, en fin, á la luz y pude ver á Leoni perfectamente; estaba inmóvil en el mismo sitio en que le ví al principio y tenía un azadón en la mano, me acerqué aún más, y como mis pasos resonaban apenas sobre la nieve, llegué junto á él sin que lo advirtiera. La luz estaba encerrada en su cilindro de metal, y no salía más que por una rendija opuesta á mí y dirigida hacia él.

Ví entonces que había apartado la nieve y cavado la tierra con su azadón; estaba metido hasta las rodillas en un agujero que acababa de abrir.

Aquella singular ocupación, á semejante hora de la noche

y en medio de un temporal tan rígoroso, me causó un terror ridículo. Leoni parecía agitado por una impaciencia extraordinaria; de cuando en cuando miraba en torno de sí con sobresalto, y tanto me aterró la expresión de su semblante,



que me escondí temblando detrás de una peña; creí que si me veía en aquel momento, sería capaz de matarme. Todas las fantásticas y desatinadas historias que yo había leído, todos los extraños comentarios que yo había hecho sobre su secreto, se me agolparon entonces en la imaginación; creí

que iba á desenterrar un cadáver, y estuve á punto de desmayarme, pero no tardé en tranquilizarme algún tanto, viéndole seguir cavando y sacar en breve un cofre sepultado en la tierra. Miróle con atención, examinó si estaba violentada la cerradura, púsolo luego á un lado del hoyo, y empezó en seguida á echar en él la tierra y la nieve sin tomarse mucho trabajo por ocultar los vestigios de su operación.

Cuando le ví ya próximo á volver á la quesera con su cofre, temí que advirtiese mi imprudente curiosidad, y huí lo más aprisa que pude; tiré en un rincón mis vestidos húmedos y me volví á meter en la cama, resuelta á aparentar un sueño profundo cuando él volviese; pero tuve tiempo para serenarme completamente, pues tardó más de media hora en volver.

Mi imaginación se perdía en comentarios sobre aquel misterioso cofrecillo, sepultado sin duda en la montaña desde nuestra llegada, y destinado á acompañarnos como un talismán de salvación ó como un instrumento de muerte. Parecióme que no debía contener dinero porque era bastante voluminoso, y Leoni le había levantado con una sola mano y sin hacer mucha fuerza; acaso contenía papeles de que dependía su existencia entera. Lo que más me confundió, es que estaba segura de haber visto ya aquel cofrecillo en otra parte, pero me era imposible recordar en qué circunstancia; en aquella última, sin embargo, su forma y su color se grabaron en mi memoria como por una especie de necesidad fatal. No pude en toda la noche apartarle de mis ojos, y de él ví salir en mis sueños una multitud de objetos singulares; ya cartas que representaban extrañas figuras, ya armas ensangrentadas; luego flores y plumas y alhajas y también huesos descarnados, víboras, montones de oro, cadenas y argollas de hierro.

Me guardé muy bien de hacer preguntas á Leoni sobre su aventura, y de hacerle sospechar mi descubrimiento, porque muchas veces me había dicho que el día en que descubriese su secreto acabaría toda relación entre nosotros, y aunque me agradecía con toda su alma que hubiese creído en él ciegamente, con toda seriedad me había dado á entender que la menor curiosidad por parte mía le sería odiosa. Salimos al día siguiente en machos, y tomamos caballos de posta en el pueblo mas inmediato.

Llegamos así á Venecia, y nos apeamos en una de aquellas

casas misteriosas que Leoni parecía tener á su disposición en todos los países; aquella era sombría, destartalada y como escondida en un barrio desierto de la ciudad. Díjome que aquella casa pertenecía á un amigo suyo que se hallaba ausente á la sazón; y me rogó que no me aburriese demasiado en ella por un día ó dos, añadiendo que razones importantes le impedían presentarse inmediatamente en la ciudad, pero que dentro de veinticuatro horas todo lo más me vería perfectamente alojada, y no tendría que quejarme de mi permanencia en su patria.

Acabábamos de almorzar en una sala húmeda y fría, cuando se presentó un hombre de mala facha, pobrementemente vestido y con cara enfermiza, diciendo que Leoni le había enviado á llamar.

—Sí, sí, amigo Tadeo—respondió Leoni levantándose con precipitación;—sea usted muy bien venido, pero pasemos á otra pieza para no fastidiar á esta señora con negocios pesados.

Una hora después vino á verme Leoni; parecía agitado, pero contento, como si acabara de alcanzar una victoria.

—Tengo que dejarte por algunas horas—me dijo—para hacer preparar tu nueva habitación. Mañana dormiremos en ella.

X



o en aquel día estuvo fuera de casa, y al siguiente salió muy temprano; parecía estar sumamente ocupado, pero nunca le había yo visto tan alegre, lo que me dió ánimo para aburrirme otras doce horas, y desvaneció la triste impresión que me causaba aquella casa fría y silenciosa. Por la tarde, con objeto de distraerme un poco, me puse á reconocerla, y ví que era en efecto muy antigua; algunos restos de antiguos muebles, pedazos de rancios guadamaciles, y varios cuadros medio roídos por las ratas ocuparon mi atención, pero un objeto más interesante para mí me sumergió en otros pensamientos. Al entrar en el cuarto en que había dormido Leoni, ví en el suelo el famoso cofrecillo, que estaba abierto y

enteramente vacío, lo que me quitó del corazón un peso enorme; — ¡ya había volado el desconocido dragón encerrado en aquel cofre! ¡ya no pesaba sobre nosotros el terrible destino que á mi entender representaba! — Vamos, me dije sonriendo, ya está vacía la caja de Pandora, y la esperanza ha quedado para mí.

Iba ya á retirarme, cuando puse el pie sobre un pedazo de algodón en rama, entre varios pedazos achuchados de papel de seda; sentí bajo mi pie algo duro, y lo cogí maquinalmente. Encontraron mis dedos el mismo cuerpo sólido entre el algodón, y habiéndole quitado me encontré una aguja de oro guarnecida de soberbios brillantes, que reconocí al instante por pertenecer á mi padre, y por haberme servido el día del último baile para sujetar una banda sobre mi hombro dere-



cho: esta circunstancia me hirió tan al vivo, que no volví á pensar en el cofre ni en los secretos de Leoni; sólo sentí una vaga inquietud por aquellas joyas que me había llevado en mi fuga, y en que no había vuelto á ocuparme, creyendo que Leoni se las había devuelto á mi familia inmediata-

mente. El temor de que no se hubiera acordado de dar este paso me heló la sangre en las venas; y cuando volvió Leoni, lo primero que le pregunté con ingenuidad, fué si había devuelto sus diamantes á mi padre, cuando salimos de Bruselas.

Echóme Leoni una mirada extraña, como si quisiera penetrar hasta los más recónditos secretos de mi alma.

—¿Por qué no me respondes?— le dije. —¿Te admira mi pregunta?

—¿Qué diablos estás ahí hablando?— repuso sin inmutarse.

—Es que hoy— le dije— entré en tu cuarto por pasar el rato, y me encontré esto en el suelo, por lo que empecé á temer que en medio de nuestros viajes y en la agitación de nuestra fuga, te hubieses olvidado absolutamente de devolver todas las otras joyas. Yo entonces no estaba siquiera para preguntártelo, tal era la confusión en que me hallaba:

Esto diciendo, le presenté la aguja de oro sin mostrar la más remota sospecha, por lo que cogiéndola él con la mayor impavidez:

— Á fe mía — me dijo — que no sé en qué consiste esto. ¿Dónde te la has encontrado? ¿Estás segura de que pertenece á tu padre, y de que no se la ha olvidado alguno de los que han ocupado esta casa antes que nosotros?

— Segura; ahí tienes junto á la marca un sello casi imperceptible. Con un antejo podrías reconocer la cifra de mi padre.

— Pues señor, sea — me dijo; — esta aguja se habrá quedado en alguno de nuestros cofres de camino, y la habré dejado caer esta mañana sacudiendo algunas ropas. Por fortuna es la única joya que se nos ha quedado por inadvertencia; todas las demás se las he enviado á una persona de toda confianza con dirección á Mr. Delpéch, que se las habrá entregado exactamente á tu familia. No creo que esta merezca la pena de que la enviemos; antes bien sería reavivar el dolor de tu madre por poquísimos dinero.

— Sin embargo, siempre valdrá dos mil duros por lo menos — le respondí.

— ¡Como tú quieras! Guárdala hasta que hallemos una ocasión para remitirla. Pero veamos. ¿Estás pronta? ¿Has cerrado ya los cofres? Una góndola está amarrada á la puerta y tu casa te espera con impaciencia; ya están sirviendo la cena.

Media hora después nos detuvimos á la puerta de un magnífico palacio.

Estaban las escaleras cubiertas de ricas alfombras de paño color de amaranto; las barandas, de mármol blanco, se veían cubiertas, á pesar de que estábamos en el rigor del invierno, de naranjos en flor y de esbeltas estatuas que parecían inclinarse hacia nosotros para saludarnos. El conserje y cuatro criados con librea salieron á ayudarnos á desembarcar; tomó Leoni el hacha encendida de uno de ellos, y levantándola en alto, me hizo leer sobre la cornisa del peristilo, en letras de plata sobre campo azul, esta inscripción: *Palazzo Leoni*. — ¡Ob amado mío! exclamé. — Con que en efecto no nos habías engañado? ¡Eres rico y noble, y estoy en tu palacio!

Recorrí todo el interior del edificio con una alegría infantil;

era en efecto uno de los más hermosos de Venecia. El ajuar y las tapicerías, nuevos y flamantes, habían sido copiados sobre los antiguos modelos, de modo que las pinturas de los techos y la antigua arquitectura, estaban en perfecta armonía con los nuevos accesorios. Nuestro lujo de comerciantes y de hombres del Norte es tan mezquino, tan calculado, tan vulgar, que jamás había yo podido formarme ni aun remota idea de semejante elegancia. Corría yo por las inmensas galerías como por un palacio encantado; todos los objetos tenían para mí formas inusitadas, un aspecto nunca visto; preguntábame á mí misma si estaba soñando ó si era real y verdaderamente la señora de todas aquellas maravillas. Y además todo aquel esplendor feudal me rodeaba de un nuevo prestigio. Nunca había yo comprendido el placer ó la ventaja de ser noble; en Francia ya no se sabe lo que es serlo; en Bélgica no se ha sabido nunca. Pero en Italia, la poca nobleza que queda es todavía fastuosa y altiva; nadie derriba los palacios, antes bien se los deja arruinarse. En medio de aquellas paredes cargadas de escudos de armas y de trofeos, bajo aquellos techos cincelados, en frente de aquellos antecesores de Leoni, pintados por Ticiano y el Veronés, unos graves y severos bajo sus mantos forrados de armiño, otros elegantes y airosos bajo su ropilla de raso negro, comprendía yo la vanidad del nacimiento, que puede ser tan amable y tan brillante cuando no decora á un necio. Toda aquella atmósfera de aristocracia decía tan bien á Leoni, que aun hoy me sería imposible figurármelo plebeyo: era en verdad á no dudarlo el descendiente de aquellos caballeros de barba negra y manos de alabastro, cuyo tipo ha inmortalizado Van-Dyck: tenía su perfil aguileño, sus facciones nobles y delicadas, su alta estatura, y su mirada juntamente irónica y afectuosa. Si aquellos retratos hubieran podido andar, hubieran andado como él; si hubieran podido hablar, hubieran tenido su acento. ¡Y qué! le decía yo estrechándole entre mis brazos; ¿eres tú, mi señor Leone Leoni, eres tú el mismo que estabas el otro día en aquella quesera entre las cabras y las gallinas, con una azada en el hombro y una blusa (1) ceñida al cuerpo?

(1) Esta voz está tan admitida en castellano, que no creemos necesario explicar lo

¿Eres tú el mismo que ha vivido seis meses de ese modo con una pobre mujer sin nombre y sin talento, y que no tenía otro mérito que el de amarte? ¿Y vas á tenerme á tu lado, vas á amarme siempre y á decírmelo todos los días como en nuestro retiro? ¡Oh! esa suerte es demasiado feliz para mí; yo nunca había aspirado á tanto, y ese porvenir me aterra al mismo tiempo que me hechiza.

—No tienes de qué aterrarte, amada mía—me dijo sonriendo con dulzura;—siempre serás mi compañera y mi reina. Ahora vamos á cenar; tengo que presentarte dos convidados; arréglate el cabello, ponte elegante, y cuando te llame mi esposa, no des la menor señal de sorpresa.

Hallamos una cena exquisita en una brillante mesa cubierta de plata, cristales y porcelanas. Leoni me presentó con toda gravedad sus dos convidados, que eran también venecianos, de buena figura, elegantes en sus modales y, aunque muy inferiores á mi amado, un si es no es parecidos á él en la pronunciación y en todo. Preguntéle en voz baja si eran parientes suyos.

—Sí—me respondió riendo y en alta voz;—son primos míos.

—Seguramente—añadió el que llamaban el marqués Lorenzo de...;—todos somos primos.

Al día siguiente, en vez de dos convidados, tuvimos cuatro ó cinco diferentes en cada comida; en menos de ocho días nuestra casa se vió inundada de amigos íntimos, que me arrebataron por cierto muchas dulces horas que hubiera podido pasar con Leoni, y que tuve que repartir con todos ellos; pero Leoni, después de tan larga ausencia, tenía sumo placer en volver á ver á sus amigos, y en pasar una vida alegre; yo no podía formar ningún deseo contrario á los suyos, y me complacía además en verle agradablemente entretenido. Es seguro que la sociedad de aquellos hombre era en extremo deliciosa; todos ellos eran jóvenes ó elegantes, alegres ó ingeniosos, amables ó decidores. Dedicábamos todas las mañanas á los placeres de la música, y por las tardes nos paseábamos en góndola por los canales; después de comer íbamos al tea-

que significa; pero por si alguno de nuestros lectores no la conoce, diremos que se da este nombre á un saco ó túnica de lienzo con mangas, que llega hasta la mitad del muslo, y que usan los trabajadores.—(N. del T.)

tro y á la vuelta cenábamos, después de lo cual Leoni y sus amigos se ponían á jugar. No me gustaba nada presenciar esta última diversión, en la que pasaban todas las noches de mano en mano inmensas sumas, y como Leoni me había permitido que me retirara después de cenar, nunca dejaba yo de hacerlo así.

Poco á poco fué aumentando de tal modo el número de nuestros conocidos, que ya llegó á causarme enojo y fastidio, pero no quise manifestarlo; porque aquella vida disipada, cada día era al parecer más del gusto de Leoni. Todos los elegantes de todas las naciones residentes en Venecia venían á nuestra casa á beber, á jugar, á tocar y á cantar; los mejores cantores de los teatros venían con frecuencia á mezclar sus voces á nuestros instrumentos y á la voz de Leoni, que no era ni menos bella, ni menos hábil que la suya; pero á pesar de todos los atractivos de aquella sociedad, cada vez sentía yo más la necesidad del reposo. Verdad es que todavía de vez en cuando pasábamos solos algunas horas deliciosas; los elegantes no venían todos los días, pero nuestra reunión cuotidiana se componía de una docena de personas que nunca faltaban á nuestra mesa. Tanto las apreciaba Leoni, que no podía yo menos también de mostrarme amable con ellas, y á decir verdad, aquellos hombres eran tan superiores á todos los demás que nos rodeaban, que parecían otros tantos vivos reflejos de Leoni. Todos ellos tenían entre sí aquella especie de aire de familia, aquella conformidad de ideas y de lenguaje que me llamó la atención desde el primer día; observábase en ellos además un no sé qué de sutil y refinado que no tenían los otros, ni aun los más principales. Su mirada era más penetrante, sus respuestas más prontas, su continente más reposado y señoril, su prodigalidad de mejor gusto. Todos tenían una especie de autoridad moral sobre una parte de aquellos recién venidos, y les servían de modelo y de guía, primero en las cosas pequeñas, y luego en las grandes. Leoni era el alma de todo aquel cuerpo, el jefe supremo que imponía á aquella brillante asociación masculina la moda, el buen tono, los gastos y los placeres.

Aquella especie de imperio le agradaba, lo que no me sorprendía; aún más abiertamente le había yo visto reinar en Bruselas, y aun participé entonces de su orgullo y de su glo-

ria; pero la felicidad de la quesera me había iniciado á más íntimas y puras alegrías. Yo las echaba muy de menos, y no podía menos de decírselo.—Y yo también, me decía, yo también echo muy de menos aquella temporada de delicias, superiores á todas las pompas y vanidades del mundo. Pero Dios no ha querido cambiar para nosotros el curso de las estaciones, y no hay felicidad eterna, así como no hay primavera eterna; esta es una ley de la naturaleza, á la que no podemos sustraernos. No dudes que todo está arreglado lo mejor posible en este mundo tan malo; no tiene el corazón del hombre más vigor, que duración los bienes de la vida; sometámonos pues: las flores se doblan, se marchitan, renacen todos los años; el alma humana puede renovarse como una flor, cuando conoce sus fuerzas y no abusa de ellas. Seis meses de felicidad no interrumpida era mucho, amada mía; tanta felicidad nos hubiera hecho morir, si hubiera continuado ó hubiéramos abusado de ella: el destino exige que bajemos de nuestras etéreas cimas y vengamos á respirar un aire menos puro en las ciudades. Aceptemos esta necesidad, y creamos que nos conviene. Cuando vuelva la primavera, volveremos á nuestras montañas, ansiosos de gozar nuevamente todos los bienes de que hemos estado privados aquí; conoceremos entonces mejor el precio de nuestra serena intimidad, y aquella estación de amor y de delicias de que nos hubieran desencantado los rigores del invierno, volverá más hermosa que la pasada primavera.

—¡Oh, sí!—le dije echándole los brazos al cuello—¡volveremos á Suiza! ¡Oh! ¡cómo te agradezco que lo desees y me lo prometas! Pero dime, Leoni, ¿no podríamos vivir aquí con menos pompa y más solos? Ya no nos vemos más que al trasluz de las llamaradas del ponche, ya no nos hablamos más que en medio de los cantos y de las carcajadas. ¿Por qué tenemos tantos amigos? ¿No nos bastaríamos el uno al otro?

—Julietta mía—me respondió—los ángeles son niños, y tú eres uno y otro. Tú no sabes que el amor es el empleo de las más nobles facultades del alma, y que es menester cuidar nuestras facultades como las niñas de nuestros ojos. Tú no sabes, vida mía, lo que es tu propio corazón; buena, sensible y cándida, crees que es un eterno manantial de amor; pero el mismo sol no es eterno. ¿Ignoras tú que el alma se cansa

como el cuerpo, y que es preciso cuidarla del mismo modo? Déjame á mí, Julieta, déjame alimentar el fuego sagrado en tu corazón, porque tengo mucho interés en conservarme tu amor, y en impedir que se desgaste demasiado. Todas las mujeres son como tú; se dan tanta prisa á amar, que luego de pronto se les acaba el amor sin saber por qué.

—¡Ingrato!—le respondí:—era eso lo que me decías por la noche en la cumbre de la montaña? Me pedías entonces que no te amase demasiado: ¿me creías capaz de cansarme de amarte?

—No, angel mío, no—decía Leoni besándome las manos—ni ahora tampoco lo creo. Pero escucha los consejos de mi experiencia; los objetos exteriores tienen sobre nuestras más íntimas sensaciones un influjo contra el cual luchan en vano las almas más enérgicas. Allá en nuestro valle de la Suiza, rodeados de un aire puro, de naturales perfumes y melodías, podíamos y debíamos ser sólo amor, sólo poesía, sólo entusiasmo; pero acuérdate de que aun allí reprimía yo ese entusiasmo, tan fácil de perder, tan imposible de hallar ya una vez perdido. Acuérdate de nuestros días lluviosos en que ponía yo una especie de riguroso empeño en ocuparte, para preservarte de la reflexión y de la melancolía, que es su consecuencia inevitable, porque no dudes que el examen demasiado frecuente de nosotros mismos y de los demás es la más peligrosa de las investigaciones: á toda costa es preciso desechár esa necesidad egoísta que nos hace socavar á cada instante nuestro propio corazón y los de los demás, como un codicioso labrador que deja exhausta la tierra á fuerza de exigir que le produzca demasiado. Es preciso saber hacerse insensible y frívolo á veces; estas distracciones, estos descansos sólo son peligrosos para los corazones indolentes y flojos; un alma ardiente debe apetercerlos y buscarlos, para no consumirse á sí misma: un alma bien templada es siempre bastante rica de sensaciones. Una palabra, una mirada bastan para hacerla palpitar en medio del ligero torbellino que la arrebatá, y para hacerla volver más fogosa y tierna al sentimiento de su pasión. Aquí, créeme, Julieta mía, necesitamos movimiento y variedad; estos grandes palacios son hermosos, pero son tristes; el musgo marino roe sus cimientos, y el agua límpida que los refleja se ve con frecuencia acompa-

ñada de vapores que caen en forma de lágrimas. Este lujo es austero, y estos vestigios de nobleza que te agradan no son más que una larga serie de epitafios y de sepulturas que es preciso ceñir de flores. Es preciso llenar de seres vivos esta mansión sonora, en que tus mismas pisadas te aterrarian si estuvieses sola; es preciso arrojar el oro por las ventanas á ese pueblo que no tiene por lecho más que las frías losas de los puentes, para que el espectáculo de su miseria no nos entristezca el alma en medio de nuestra opulencia. Déjate alegrar por nuestras carcajadas y arrullar por nuestros cantores: sé bondadosa y descuida del porvenir; yo me encargo de arreglar tu vida y de hacértela grata, cuando no pueda hacértela deliciosa. Sé mi esposa y mi querida en Venecia; algún día serás mi ángel y mi sífide en las montañas de la Suiza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols 1625 MONTERREY, MEXICO

XI



on estas y otras razones calmaba mis inquietudes, y me arrastraba cándida y aletargada al borde del precipicio, y yo le agradecía en el alma el trabajo que se tomaba para persuadirme, cuando con una sola palabra podía hacerme obedecer. En seguida nos abrazábamos con ternura, y volvíamos al magnífico salón donde nos esperaban nuestros amigos para separarnos.

Sin embargo, á medida que se iba deslizando nuestra existencia de este modo, no se tomaba Leoni los mismos afanes para hacérmela amar; hacía menos caso del disgusto que me causaba, y cuando se lo decía, no procuraba convencerme con tanta dulzura.

Un día llegó al punto de estar conmigo brusco y amargo; ví que le cansaban mis quejas, y resolví no volver á hablar de ellas, pero desde entonces empecé á sufrir realmente y á creerme infeliz. Esperaba con resignación que Leoni tuviese tiempo de volver á ocuparse en mí, y verdad es que en aquellos momentos era tan bueno y cariñoso que casi me aver-

gonzaba y me acusaba á mí misma de haber sufrido tanto: mi valor y mi confianza se reanimaban por algunos días, pero estos días de consuelo eran cada vez más raros.

Leoni, viéndome dulce y sumisa, me trataba siempre con cariño, pero no se curaba ya de mi melancolía, y sin embargo, me corroía el fastidio; Venecia me era cada vez más odiosa; sus aguas, su cielo, sus góndolas, todo me desagradaba en ella. Durante la noche, que pasaba Leoni jugando con sus



amigos, bajaba yo sola y triste por la azotea del palacio, vertiendo

amargas lágrimas, y entonces me acordaba con honda pesadumbre de mi patria, de mi alegre infancia, de mi madre tan buena y tan sencilla, de mi pobre padre tan tierno y tan bondadoso, y hasta de mi tía con sus minuciosas impertinencias y sus largos sermones; parecíame que no podía soportar aquel país, que deseaba huir de él, ir á arrojarme á los pies de mis padres y olvidar para siempre á Leoni; pero si se abría alguna ventana debajo de mí, si Leoni cansado del juego y del calor salía un momento al balcón para respirar la fresca brisa de los canales, yo me vencía sobre la baranda para verle, y mi corazón palpitaba como en los primeros días de mi pasión, cuando penetraba en los umbrales de la casa paterna. Si la luz de la luna caía sobre él y me permitía distinguir su noble continente bajo el rico traje de capricho que usaba

siempre en el interior de su palacio, mi pecho latía de orgullo y de placer, como el día en que se introdujo en aquel baile de donde salimos para nunca más volver; si su voz deliciosa vibraba en un cántico brillante sobre los sonoros mármoles de Venecia y llegaba hasta mí, sentía yo mi rostro circundado de lágrimas, como por la noche en la cima de la montaña, cuando me cantaba alguna romanza melancólica compuesta para mí por la mañana.

Algunas palabras que oí un día en boca de uno de sus compañeros, aumentaron mi tristeza y mi fastidio hasta un grado insoportable. De los doce amigos íntimos de Leoni, el que más aversión me inspiraba era el vizconde de Chalm, francés que se decía emigrado; era el de más edad de todos ellos y el de más talento tal vez; pero bajo su refinada elegancia se traslucía una especie de cinismo que me indignaba. Era sardónico, indolente y malo; era además un hombre de costumbres relajadísimas, coharde y falso; pero aunque yo no lo sabía, no necesitaba de estas buenas prendas para desagradarme soberanamente. Una tarde en que estaba yo asomada al balcón y que le impedía verme una cortina de seda, oí que decía al marqués Lorenzo de...

—Pero ¿dónde está Julieta?

Aquel modo de hablar de mí, me hizo ponerme encendida como la grana; seguí escuchando y quedé inmoble.

—No sé—respondió el veneciano.—Pero ¡qué diablos! ¿tan enamorado estás de ella?

—No mucho—respondió—pero si...

—Pues... ¿y Leoni?

—Leoni me la cederá uno de estos días.

—¿Cómo? ¿Su propia mujer?

—¿Estás loco, marqués?—repuso el vizconde.—Tan mujer suya es como mía; es una muchachuela que robó en Bruselas, y cuando se cansé de ella, que será muy pronto, yo la acoto. Si la quieres después, ponte en lista.

—Lo agradezco—respondió el marqués;—sé cómo depravas tú á las mujeres, y no me siento con ánimo para sucederte.

No pude oír más; reclinéme medio muerta sobre la haranda, y cubriéndome el rostro con mi chal, sollocé de cólera y de vergüenza.

Aquella misma noche llamé á Leoni á mi cuarto y me quejé á él amargamente del modo insultante con que me habían tratado sus amigos; pero él tomó la cosa con una indiferencia que me clavó un dardo en el corazón.

—Eres una simple—me dijo;—tú no sabes lo que son los hombres; sus pensamientos son indiscretos y sus palabras lo son aún más; los mejores son los calaveras. Una mujer de talento debe reirse de sus pretensiones en vez de enfadarse por tan poca cosa.

Dejéme caer sobre un sillón anegada en llanto.

—¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía!—exclamé.—¡Á qué estado ha llegado tu hija!...

Leoni se esforzó para serenarme, y lo logró con harta facilidad; echóse á mis pies, besó mis manos y mis brazos, me pidió que despreciase aquellas necias palabras y no pensase más que en él y en su amor.

—¿Y qué debo pensar—le dije—cuando tus amigos se lisonjean con la esperanza de recogerme como hacen con tus pipas, cuando te cansan?

—Julietta—respondió—el orgullo ofendido te hace cruel é injusta. He sido libertino, tú lo sabes: muchas veces te he hablado de los extravíos de mi juventud, pero creo que había purificado mi alma el aire de nuestras montañas. Mis amigos viven aún en el desorden en que he vivido yo; ellos no saben, ellos no comprenderán jamás los seis meses que hemos pasado en Suiza. ¿Pero tú deberías desconocerlos y olvidarlos?

Pedíle perdón, derramé lágrimas menos acerbas sobre su frente y sus hermosos cabellos, y procuré olvidar la funesta impresión que me había causado. Esperaba además que daría á entender á sus amigos que yo no era una manceba, y que los obligaría á respetarme; pero ó no quiso, ó no se acordó de hacerlo, porque el día después y todos los siguientes ví las miradas del vizconde fijarse en mí con la mayor impudencia y descaro.

Yo estaba desesperada, pues no sabía cómo sustraerme á los males en que me había precipitado; tenía demasiado orgullo para ser feliz, y estaba demasiado enamorada para renunciar á Leoni.

Entré una noche en el salón á tomar un libro que se me

había olvidado encima del piano; Leoni estaba en junta con sus amigos favoritos, agrupados al rededor de una mesa en un rincón del cuarto poco alumbrado, desde donde no advertían mi presencia. El vizconde parecía estar de humor de incomodar, cosa que le sucedía con harta frecuencia.

—Barón Leone Leoni—dijo con voz seca é irónica—¿sabes, amigo mío, que te pierdes como un hombre?

—¿Qué quieres decir?—repuso Leoni;—aún no tengo deudas en Venecia.

—Pero pronto las tendrás.

—Así lo espero—respondió Leoni con la mayor sangre fría.

—¡Corpo di Baco!—dijo el vizconde—eres el primero de los hombres para arruinarte. ¡Ciento cincuenta mil francos en cuatro meses! Eso se llama ir por la posta.

La sorpresa no me había dejado dar un paso más: inmóvil y conteniendo el resuello, esperaba el fin de aquel diálogo singular.

—¿Ciento cincuenta mil francos?—preguntó el marqués veneciano con indiferencia.

—Sí—repuso Chalm;—el judío Tadeo se los contó en buena moneda á principios del invierno.

—Bien—dijo el marqués;—Leoni, ¿has pagado el alquiler de tu palacio hereditario?

—¡Toma! y adelantado—respondió Chalm.

—¿Pues, se lo hubieran alquilado, sin esa pequeña circunstancia?

—¿Y qué piensas hacer cuando no te quede una peseta?—preguntó á Leoni uno de sus amigos.

—Empeñarme hasta los ojos—dijo Leoni con imperturbable serenidad.

—Más fácil es eso que hallar judíos que nos dejen tres meses en paz—dijo el vizconde.

—¿Y cuando empiecen á importunarte tus acreedores?...

—Tomaré un barquillo, y... y ya me entiendes—respondió Leoni sonriendo.

—¿Y te irás á Trieste?

—No, está muy cerca; á Palermo. Aún no he estado en aquella ciudad.

—Pero cuando se llega á cualquiera parte, es preciso empezar á hacer papelón desde los primeros días.

—La Providencia me ayudará—respondió Leoni;—ella es la madre de los audaces.

—Pero no la de los perezosos—dijo Chalm—y no conozco hombre en el mundo que lo sea más que tú. ¿Qué diablos te has estado haciendo en Suiza con tu quebradero de cabeza durante seis meses?

—Silencio sobre ese punto—respondió Leoni;—la he querido, y romperé el alma al primero que se chancee sobre ello.

—Leoni, empinas demasiado—le dijo otro amigo.

—Puede ser—respondió Leoni;—pero lo dicho dicho.

No respondió el vizconde á esta especie de provocación, y el marqués se apresuró á mudar de conversación.

—¿Pero por qué diablos no juegas?—dijo á Leoni.

—¡Almas de Judas! todos los días juego por complaceros. ¡Á mí, que ahorrezco el juego, me volveréis estúpido con vuestras cartas y vuestros dados y vuestros bolsillos sin fondo y vuestras manos insaciables! Todos sois unos necios; cuando dais un golpe maestro, en vez de descansar y sacar el jugo á la vida, os agitáis hasta que se vuelve la suerte.

—¡La suerte! ¡la suertel!—dijo el marqués—ya sabemos por acá lo que es la suerte.

—Pues yo no quiero volver á probarla; bien escarmentado quedé en París. ¡Cuando pienso que existe un hombre á quien Dios quiera en su misericordia dar á todos los diablos!...

—¡Hola!—dijo el vizconde.

—Un hombre—dijo el marqués—de quien tendremos que deshacernos á toda costa, si queremos recobrar la libertad en la tierra. Pero paciencia; somos dos contra él.

—No tengas cuidado—dijo Leoni—que no he olvidado de tal modo la antigua costumbre de nuestro país, que no sepa quitar de en medio al hombre que nos moleste. Sin aquel diablo de amor que me tenía medio chocho, ya hubiera podido hacerlo en Bélgica.

—¿Tú?—dijo el marqués—tú nunca has trabajado en ese género, y nunca tendrás valor para hacerlo.

—¿Valor?—exclamó Leoni levantándose de su asiento con ojos centelleantes.

—Dejémonos de extravagancias—repuso el marqués con aquella espantosa sangre fría que tenían todos ellos;—entendámonos. Tú tienes valor para matar á un oso ó un jabalí;

pero para matar á un hombre, tienes demasiadas ideas sentimentales y filosóficas en la cabeza.

—¿Quién sabe?—dijo Leoni volviendo á levantarse.

—¿Y no puedes jugar en Palermo?—dijo el vizconde.

—¡Maldito sea el juego! Si pudiera apasionarme por algo, por la caza, por un caballo, por alguna calabresa morena, iría el verano que viene á encerrarme en el Abruzo y pasar algunos meses sin acordarme de vosotros.

—Vuelve á enamorarte de Julieta—dijo el vizconde con ironía.

—No volveré á enamorarme de Julieta—respondió Leoni montado en cólera;—pero te daré un bofetón si vuelves á pronunciar ese nombre.

—Es menester hacerle beber té—dijo el vizconde;—está borracho como una cuba.

—Vamos, Leoni—añadió el marqués apretándole el brazo;—esta noche nos tratas infamemente: ¿qué tienes? ¿No somos ya tus amigos? ¿Dudas de nosotros? Habla.

—No, no dudo de vosotros—dijo Leoni;—antes bien os hago completa justicia; sé lo que valéis todos, y juzgo el bien y el mal sin prevención alguna.

—¡Ah! sería cosa de ver...—dijo el vizconde entre dientes.

—¡Ea, venga ponche, venga!—exclamaron todos los demás;—no es posible que haya buen humor entre nosotros si no acabamos de emborrachar á Chalm y á Leoni. Ya han llegado á los ataques de nervios, y será posible que caigan en un completo letargo.

—¡Sí, amigos míos, sí!—exclamó Leoni—¡el ponche, la amistad! ¡la vida, la dulce vida! ¡Mueran las cartas! Ellas son las que me ponen adusto. ¡Viva el delirio! ¡Vivan las mujeres! ¡Vivan la pereza, el tabaco, la música, el dinerol! ¡Vivan las hermosas niñas y las condesas viejas! ¡Viva el diablo, viva el amor! ¡Viva todo lo que hace vivir! Todo es bueno para el que está bastante bien constituido para aprovecharse y disfrutar de todo.

En esto se pusieron todos en pie, entonando un coro báquico, y yo huí despavorida, subí la escalera con la precipitación de una persona que cree que la persiguen, y caí sin sentido en mitad de mi cuarto.

XII



El día siguiente por la mañana me encontré tendida sobre la alfombra, tesa y helada como por la muerte; aquel mismo día se declaró en mí una calentura cerebral, durante la cual me pareció ver muchas veces á Leoni junto á mi cabecera; pero no pude conversar de él más que una idea muy confusa. Al cabo de tres días estuve fuera de peligro, y entonces venía Leoni con frecuencia á informarse del estado de mi salud y á pasar una parte de la mañana conmigo. Todas las tardes salía del palacio á las seis y no volvía hasta el día siguiente por la madrugada; esto lo supe después.

De todo cuanto yo había oído, sólo comprendía claramente una cosa que era la causa de mi desesperación, y es que Leoni ya no me amaba. Hasta entonces nunca había yo querido creerlo, aunque toda su conducta debía probármelo; resolví pues no contribuir por más tiempo á su ruina, ni abusar más de un resto de compasión y generosidad que le prescribía aún ciertas atenciones hacia mí. Hicele llamar apenas me sentí con fuerzas para soportar

aquella entrevista, y le declaré lo que le había oído decir de mí en medio de la orgía; sobre todo lo demás, no quise hablarle palabra, porque á decir verdad no penetraba yo muy bien aquel tejido de infamias que me habían hecho traslucir sus amigos, ni tampoco quería comprenderlo. En todo consentía, en mi abandono, en mi desesperación, en mi muerte.

Dijele pues claramente que estaba decidida á ponerme en camino dentro de ocho días, y que ya nada quería aceptar de él. Me había quedado con la aguja de mi padre, y su venta me produciría más de lo necesario para volver á Bruselas.

La resolución con que le hablé, sostenida sin duda por la fuerza de la calentura, hizo en Leoni una impresión extraordinaria; quedó en silencio por un buen rato, y se paseó muy agitado por el cuarto; luego exhaló del pecho profundos sollozos, y cayó como ahogado por ellos sobre una silla. Aterrada del estado en que le veía, dejé como á pesar mío la butaca en que me hallaba, y me acerqué á él con sobresalto y cariño; entonces me cogió en sus brazos y apretándome en ellos con frenesí;

—¡No, no, tú no me abandonarás!—exclamó—jamás lo consentiré: si tu orgullo muy justo y muy legitimo no se deja aplacar, me tenderé á tus pies en el dintel de esa puerta y me mataré si pasas por encima de mi cuerpo. No, tú no te irás, porque te amo con delirio; tú eres la única mujer en el mundo á quien he podido respetar y admirar aun después de haberla poseído seis meses. Todo lo que he dicho es una necedad, una infamia y una mentira; tú no sabes, Julieta, ¡oh! ¡tú no puedes conocer todas mis desgracias! ¡Tú no sabes á qué me condena una sociedad de hombres perdidos, á qué me arrastra un alma de bronce, de fuego, de oro y de fango que he recibido del cielo y del infierno reunidos! Si ya no quieres amarme, ya no quiero vivir. ¡Qué no he hecho, qué no he sacrificado, qué no he envilecido para reducirme á esa execrable vida á que me han condenado! ¿Qué horrible dominio se ha encerrado en mi cerebro para que yo halle aún á veces en ella algún atractivo y para que rompa, por seguirla, los vínculos más sagrados? ¡Ah! ¡ya es tiempo de acabar de una vez este suplicio! Desde que estoy en el mundo, no he tenido más que una época verdaderamente feliz, verdaderamente pura, la época en que te poseí y te adoré; aquella

dulce vida borró todas mis iniquidades... ¡Ah! yo hubiera debido quedarme bajo la nieve en nuestro valle de la Suiza, donde hubiera muerto en paz contigo, con Dios y conmigo mismo, al paso que ahora estoy ya perdido á tus ojos y á los míos. ¡Julieta, Julieta! ¡piedad, perdón! conozco que mi alma se hará pedazos si me abandonas. Aún soy joven y quiero vivir, y quiero ser dichoso y jamás lo seré sino contigo. ¿Quieres castigarme con la muerte por una blasfemia, hija de la embriaguez? ¿Y la has creído? ¿Y has podido creerla? ¡Oh! ¡Cuánto sufrí! ¡Cuánto he sufrido en estos últimos quince días! Tengo secretos que me queman las entrañas... ¡si pudiera decírtelos! Pero tú nunca podrías oírlos hasta el fin....

—Los sé—le dije,—y si me amaras, todo lo demás me sería indiferente.

—¡Los sabes!—exclamó mirándome con ojos desencajados.—¡Los sabes! ¿Qué sabes?

—Sé que estás arruinado, que este palacio no es tuyo, que has devorado en cuatro meses una suma inmensa; sé que estás acostumbrado á esta vida aventurera y á estos desórdenes. Ignoro cómo destruyes y restableces tan pronto tu caudal, pero creo que el juego es tu perdición y tu recurso; creo que te rodea una sociedad funesta, y que luchas contra horribles consejos; creo en fin que estás en el borde de un abismo, pero que aún puedes evitarle.

—¡Pues bien! sí, todo eso es verdad—exclamó;—¡todo lo sabes! Y en efecto, ¿me lo perdonarías?

—Si no hubiera perdido tu amor—le dije—creería no haber perdido nada dejando este palacio, este fausto y esta sociedad que aborrezco. Por muy pobres que fuéramos, siempre podríamos vivir como vivimos en nuestra quesera, ya sea allí, ya en otra parte, si estás cansado de la Suiza. Si me amaras todavía no estarías perdido, porque no pensarías ni en el juego, ni en la intemperancia, ni en ninguna de las pasiones que has celebrado con tus amigos en un brindis infernal; ¡si me amaras, pagaríamos con lo que te queda todo lo que puedes deber, é iríamos á sepultarnos y á amarnos en algún retiro, donde pronto olvidaría yo lo que acabo de saber, donde no te lo recordaría jamás, y donde ese recuerdo no me haría sufrir! Si me amaras...

—¡Oh! te amo, te amo—exclamó;—¡partamos! ¡Salvémosnos, sálvame! Sé mi bienhechora, mi ángel tutelar, como lo has sido siempre. ¡Ven, perdóname!!



Arrojóse á mis pies, y todo lo que puede dictar la más ferviente pasión, todo me lo dijo con tanto fuego que lo creí.. y que siempre lo creeré. Leoni me engañaba, me envilecía y me amaba al mismo tiempo.

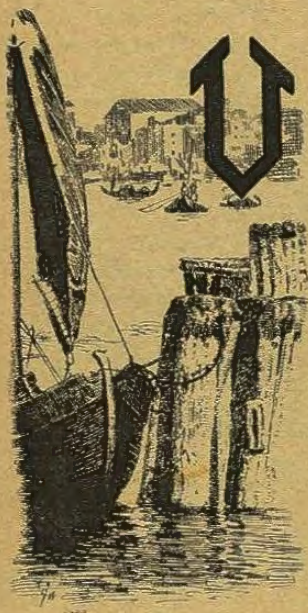
—Escucha—me dijo, luego que estuvimos reconciliados,—

mañana cierro la casa á todos mis comensales y me pongo en camino para Milán, donde tengo que cobrar una cantidad no despreciable que me deben; durante este tiempo cúdate bien; restablece tu salud; pon en orden todas las cuentas de nuestros acreedores, y haz los preparativos de nuestro viaje. Dentro de ocho días, de quince á todo lo más, volveré á pagar nuestras deudas y á buscarte para ir á vivir contigo donde tú quieras y para siempre.

Todo lo creí, en todo consentí; púsose en camino, y cerramos en efecto nuestra puerta á todo el mundo. No esperé á verme enteramente restablecida para ocuparme en ponerlo todo en orden y en revisar las cuentas de nuestros acreedores. Yo contaba con que Leoni me escribiría apenas llegase á Milán, como me lo había prometido; pero pasaron más de ocho días sin que me diese noticias tuyas; al fin me anunció que estaba seguro de cobrar mucho más dinero del que debíamos, pero que tenía precisión de estar ausente veinte días en lugar de quince. Me resigné; pasados los veinte días, una nueva carta me notició que le era absolutamente imposible volver antes del fin del mes. Caí entonces en el más hondo abatimiento; sola en aquel inmenso palacio, donde para evitar las insolentes visitas de los compañeros de Leoni, tenía que esconderme, que bajar las cortinas de mi ventana, y que sostener una especie de sitio, devorada de inquietud, débil y enferma, entregada á las más negras reflexiones y á todos los remordimientos que aviva el aguijón del infortunio, muchas veces estuve á punto de poner fin á mi miserable existencia.

Pero aún no había agotado la copa de mis amargas.

XIII



NA mañana en que creía yo estar sola en el salón, teniendo sobre mis rodillas un libro abierto sin pensar en mirarle, oí ruido junto á mí, y saliendo de mi letargo, ví el odioso semblante del vizconde de Chalm; lancé un grito, y ya iba á mandarle que se retirara, cuando empezó á pedirme mil perdones con aire juntamente respetuoso y burlón, al que no supe qué responder. Dijome que había forzado mi puerta, autorizado por una carta de Leoni que le había dado encargo especial de venir á informarse de mi salud, y á darle noticias de ella: no creí, por supuesto, en aquella excusa, y ya iba á decirselo, cuando empezó á hablar con una impavidez tan impudente, que á menos de llamar á mis criados, imposible me hubiera sido plantarle en la calle como merecía. El hombre estaba decidido á no escucharme.

—Bien veo, señora—me dijo con tono de interés hipócrita—que está usted informada de la cruel situación en que se encuentra el barón. Está usted segura de que mis cortas facultades están á sus órdenes, pero desgraciadamente son muy poca cosa para saciar la prodigalidad de un carácter tan rumbo. Lo que me consuela es que es atrevido, emprendedor,



ingenioso; muchas veces ha restablecido su caudal, y estoy seguro de que le volverá á restablecer: pero usted, señora, tendrá que sufrir algunas privaciones; ¡usted tan joven, tan delicada y tan digna de mejor suerte! Sólo por usted me afligen tan de veras las calaveradas que ha hecho Leoni, y todas las que tendrá aún que hacer antes de encontrar nuevos recursos. La miseria es una cosa horrible á esa edad, señora, y cuando siempre se ha vivido en la opulencia...

Interrumpíle bruscamente porque creí entrever que pensaba

en hacerse un mérito para conmigo de su injuriosa compasión; aún no comprendía yo toda la bajeza de aquel personaje.

Adivinando mi desconfianza, se apresuró á rebatirla; dióme á entender con todo el refinamiento de su lenguaje frío y sutil, que se creía demasiado viejo y muy poco rico para ofrecerme su apoyo; pero que un joven lord opulento y galán, que me había sido presentado por él, y me había hecho algunas visitas, le había confiado la decorosa comisión de tentarme con magníficas promesas. Ni aun fuerzas tuve para responder á aquella afrenta; tan débil estaba y tan abatida, que me eché á llorar sin decir una sola palabra. Creyó el infame Chalm que yo vacilaba en mi resolución, y para decidirme del todo, me declaró que Leoní no volvería á Venecia, que suspiraba cautivo de amor á los pies de la princesa Zagarolo, y que le había dado en fin plenos poderes para tratar conmigo de aquel negocio.

La indignación me dió por fin la presencia de ánimo que necesitaba para llenar á aquel miserable de desprecio y de confusión; pero no tardó en recuperar toda su serenidad.

—Bien veo, señora—me dijo—que han abusado cruelmente de su juventud y de su candor de usted; la han seducido cruelmente, y no me siento con ánimo de dar á usted odio por odio, porque usted me desconoce y me acusa, y yo la conozco y la estimo. Tendré para oír esas acusaciones y esas injurias todo el estoicismo de que debe saher armarse el verdadero cariño, y le diré á usted en qué abismo ha caído, y de qué profunda abyección quiero sacarla.

Pronunció estas palabras con tanta energía y serenidad que casi subyugó con ellas mi crédulo carácter; creí por un momento que, agriada por el infortunio, tal vez había sido cruelmente injusta con aquel hombre sincero. Fascinada por la impudente impavidez de su semblante, olvidé las viles palabras que le había oído pronunciar, y le dejé que se explicara; él por su parte conoció que le era preciso aprovecharse de aquel momento de incertidumbre y de flaqueza, y se apresuró á darme acerca de Leoní informes llenos, por desgracia, de una odiosa verdad.

—Es cosa que me admira—dijo—cómo su sencillo y crédulo corazón de usted ha podido amar por mucho tiempo á un

hombre de semejante carácter. Verdad es que la naturaleza le ha dotado de irresistibles seducciones, y que tiene una habilidad extraordinaria para ocultar sus infamias, y cubrirse con la máscara de la honradez. Todas las ciudades de Europa le conocen por un admirable calavera, y sólo algunas personas en Italia saben que es capaz de cometer todas las iniquidades del mundo por satisfacer sus innumerables caprichos. Hoy le verá usted tomar por modelo á Lovelace (1), mañana al Pastor Fido (2); como es algo poeta, es capaz de recibir todas las impresiones, de comprender y remedar todas las virtudes, de tomar todos los caracteres; cree sentir todo lo que imita, y á veces se identifica de tal modo con el personaje que quiere representar, que siente sus pasiones, y aun tal vez pone en práctica sus virtudes. Pero como el fondo de su alma es vil y corrompido, como no hay en él más que afectación y capricho, de pronto se despierta el vicio en su sangre, y el fastidio que le causa su hipocresía le impele á cometer acciones de todo punto contrarias á las que parecían antes serle naturales. Los que no le han visto más que bajo una de sus faces engañosas, se admiran y le creen loco; los que saben que su carácter se reduce á no tener ninguno verdadero, sonríen y esperan con cachaza alguna nueva invención.

Aunque aquel retrato me indignaba hasta el punto de abrazarme de despecho, parecíame no obstante ver brillar en él algunos toques de una verdad innegable. Miré á Chalm con una expresión insensata; él se dió el parabién de su elocuencia persuasiva, y prosiguió:

—Ese carácter le admira á usted, pero si usted tuviera más experiencia, amiga mía, sabría que es muy común en la sociedad. Para poseerle en cierto grado, es necesario cierta superioridad de inteligencia, y si muchos necios se abstienen de ostentarle, es porque son incapaces de sostenerle. Siempre verá usted á un hombre mediocre y vano circunscribirse obstinadamente á una manera de ser, que querrá hacer pasar por una especialidad y que le consolará de los triunfos ajenos. Confesará sí que es menos brillante, pero se declarará más

(1) Héroe de la conocida novela de Richardson, titulada: « Clarisa Harlowe ». — (N. del T.)

(2) Héroe del poema de este título de Guerini. — (Id.)

sólido y más útil. La tierra no está poblada más que de necios insufribles ó de locos perjudiciales; todo bien considerado, prefiero estos últimos, porque tengo bastante prudencia para no ser su víctima y bastante tolerancia para divertirme con ellos; más vale reír con un malicioso bufón, que bostezar con un hombre honrado y fastidioso. Por eso me ha visto usted en estrecha intimidad con un hombre á quien ni quiero ni estimo. Además, me atraía aquí la afable bondad de usted, su angelical dulzura; usted me inspiraba, señora, una amistad paternal. El joven lord Edwards, que muchas veces la vió á usted pasar noches enteras inmóvil y pensativa en su balcón, me tomó por confidente de la violenta pasión que usted logró inspirarle, le presenté aquí deseando franca y ardientemente que no permaneciese usted por más tiempo en la dolorosa y humillante posición en que la dejaba la traición de Leoni: sabía que lord Edwards tiene un alma digna de la de usted, y que podía ofrecerle una existencia decorosa y feliz... Y hoy vengo, señora, á reiterar mis esfuerzos y á revelar á usted su amor, que usted no ha querido comprender...

Yo entre tanto mordía mi pañuelo de cólera; pero devorada por una idea fija, me puse en pie y le dije con vehemencia:

—Usted sostiene que Leoni le autoriza á hacerme esas infames proposiciones... ¡pruébemelo usted! ¡Sí, sí, pruébemelo usted!

Y esto diciendo, le sacudía el brazo con toda mi fuerza.

—Pardiez, hija mía—me respondió el miserable con su odiosa impasibilidad—bien fácil es probarlo, y no sé cómo usted misma no lo conoce. Leoni ya no la ama á usted; tiene otra querida.

—¡Pruébemelo usted!—repetí exasperada.

—Á eso voy, á eso voy—me dijo.—Leoni necesita dinero, y hay mujeres de cierta edad cuya protección puede ser muy lucrativa.

—Pruébeme usted todo lo que dice—exclamé—ó hago al instante que le arrojen de aquí mis criados.

—Bien—respondió sin turbarse—pero hagamos un convenio. Si he mentado, saldré de esta casa para no volver jamás á poner los pies en ella; si he dicho verdad asegurando que Leoni me autoriza á hablar á usted de lord Edwards, me permitirá usted que vuelva esta noche con este último.

Esto diciendo, sacó de su bolsillo una carta, en cuyo sobre reconocí la letra de Leoni.

—Sí—exclamé arrastrada por un irresistible deseo de conocer mi suerte;—sí, ¡lo prometo!

Desdobló el vizconde lentamente la carta, me la presentó, y leí lo siguiente:

«Querido vizconde: aunque muchas veces me das tales arrebatos de cólera, que de buena gana te patearía, creo en verdad que eres mi amigo, y que tus ofertas de servirme son sinceras. Sin embargo, no me aprovecharé de ellas; mis negocios han tomado un giro estupendo; lo único que me tiene en cuidado es Julieta. Dices bien; en el primer momento va á hacer abortar todos mis planes; pero ¿qué he de hacer? Todavía la conservo el más necio y el más invencible afecto; su desesperación me quita todas mis fuerzas, y no puedo verla llorar, sin echarme al punto á sus pies... ¿Crees que se dejaría corromper? No, tú no la conoces; jamás se dejará vencer por la codicia. ¿Pero crees que el despecho?... Sí, eso es más verosímil... ¿Cuál es la mujer que no hace por despecho lo que no haría tal vez por amor? Julieta es altiva; de esta verdad me he convencido á no dudarle en estos últimos tiempos. Si la hablas mal de mí, si la das á entender que soy infiel, puede que acaso... Pero ¡oh! ¡no puedo pensar en ello sin que se me parta el alma! Prueba, y si sucumbe, la despreciaré y la olvidaré. Si resiste, entonces ¿qué sé yo? allá veremos. Cualquiera que sea el resultado de tus esfuerzos, ó tendré que temer un gran desastre, ó que soportar una cruel amargura del corazón.»

—Ahora—dijo el vizconde luego que hubo acabado—voy á buscar á lord Edwards.

Cubrime el rostro con ambas manos, y quedé por largo tiempo inmóvil y muda; luego de repente me guardé en el pecho aquella execrable carta, y tiré con violencia de la campanilla.

—Que me prepare mi doncella para de aquí á cinco minutos una maleta, y que Beppo traiga la góndola.

—¿Qué quiere usted hacer, hija mía?—me dijo el vizconde asombrado.—¿Á dónde quiere usted ir?

—¡Á casa de lord Edwards probablemente!—le dije con una amarga ironía, cuyo sentido no penetró.—Vaya usted á pre-

venirle—repuse;—dígame usted que ha ganado su salario, y que voy volando á sus brazos.

Empezó entonces á conocer que le escarnecía con furor, y fui á ponerme un traje de camino, y bajé seguida de mi doncella que me traía la maleta. En el momento de entrar en la góndola, sentí una mano agitada que me asía por la capa, me volví y reconocí á Chalm confuso y aterrado.

—¿Á dónde va usted?—me dijo con voz trémula.

Y entonces por fin gocé el triunfo de haber confundido su impavidez de hombre perverso.

—Voy á Milán—le dije—y le hago á usted perder los doscientos ó trescientos zequíes que le había prometido lord Edwards.

—¡Un momento!—dijo furioso el vizconde;—devuélvame usted la carta ó no se irá.

—¡Beppo!—exclamé con la exasperación de la cólera y del miedo, lanzándome hacia el gondolero—¡echa de aquí á ese rufián que me rompe el brazo!

Todos los criados de Leoni me querían ciegamente por la dulzura con que yo los trataba. Beppo, silencioso y resuelto, me cogió por la cintura y me levantó en sus brazos de la escalera; dió al mismo tiempo un puntapié en el último escalón, y la góndola se apartó en el momento mismo en que me dejaba en ella con una destreza y una fuerza extraordinarias. Chalm, arrastrado por el impulso de mi cuerpo á que estaba asido, se vió muy á punto de caer en el canal; mas pronto desapareció lanzándome una mirada que era el juramento de un eterno rencor y de una venganza implacable.

XIV



—Vengo á Milán después de haber viajado día y noche, sin tomarme un solo instante para descansar y reflexionar sobre mi situación: me apeo en la posada donde Leoni me había dicho que vivía, pregunto por él, y todos me miran con asombro.

—No vive aquí, señora—me respondió un criado;—aquí se apeó al llegar, y alquiló un cuartito donde dejó sus efectos, pero nunca viene más que por las mañanas para recoger sus cartas y afeitarse. Luego se va y no vuelve á parecer hasta el día siguiente.

—¿Pero dónde vive?—pregunté. Vi que el criado me miraba con curiosidad, con incertidumbre, y que, ya fuera por respeto, ya por compasión, no podía decidirse á responderme. Tuve la discreción de no insistir, y le hice que me condujera al cuarto que había alquilado Leoni.—Si sabe usted dónde podrá hallársele ahora—le dije—hágame usted el favor de ir á buscarle y decirle que acaba de llegar su hermana.

Al cabo de una hora llegó Leoni con los brazos abiertos, para estrecharme en ellos.

—Espera—le dije retrocediendo—si me has engañado hasta ahora, no añadas un nuevo crimen á todos los que has cometido ya conmigo. Mira, toma ese billete; ¿es tuyo? Si han falsificado tu letra, dímelo pronto porque espero y estoy en brasas.

Echó Leoni los ojos sobre la carta, y quedó pálido como la muerte.

—Dios mío—exclamé—yo esperaba que me habrían engañado, y venía á tu casa segura de hallarte inocente de esta trama infernal. Yo me decía: Me ha hecho mucho mal, ya me ha engañado... pero á pesar de todo, me ama. Si es cierto que le incomoda y le soy perjudicial, hubiera debido decírmelo aún no hace un mes, cuando me sentía con fuerzas para dejarle, al paso que entonces se arrojó á mis pies pidiéndome que me quedara. Si es un intrigante y un ambicioso, no debería detenerme, porque nada poseo, y mi amor en nada le es ventajoso. ¿Con qué derecho podría tacharme ahora de importuna? Una palabra le bastaría para echarme de su lado; sabe que soy altiva, y no debe temer ni mis súplicas ni mis reconvenciones. ¿Por qué había de querer envilecerme?...

No pude proseguir y derramé un torrente de lágrimas.

—¿Por qué había de querer envilecerte?—exclamó Leoni fuera de sí.—Por evitar un remordimiento más á mi conciencia despedazada. ¡Tú no comprendes esto, Julieta! Bien se conoce que nunca has sido criminal!...

Detúvose al llegar á este punto, caí en un sillón y ambos quedamos aterrados.

—Pobre ángel!—exclamó en fin—merecías tú ser la compañera y la víctima de un perverso como yo? Qué habías hecho tú á Dios antes de nacer, pobre niña, para que te arrojara en los brazos de un réprobo como yo, que te hace morir de vergüenza y de desesperación? ¡Pobre, pobre Julieta!

Y él también se echó á llorar amargamente.

—¡Basta!—le dije—sólo he venido á oír tu justificación ó mi sentencia. Eres culpable, te perdono y parto.

—¡Oh! ¡no hables de eso jamás!—exclamó con vehemencia;—borra para siempre esa palabra de nuestras conversaciones.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando quieras dejarme, escápate sin que yo lo sepa ni pueda impedirlo; pero mientras me quede una sola gota de sangre en las venas no lo consentiré. Eres mi mujer, me perteneces, te amo... puedo hacerte morir de dolor, pero no puedo dejarte partir.

—Aceptaré el dolor y la muerte — le dije — si me dices que me amas aún.

—Sí, te amo, te amo—exclamó con sus habituales arrebatos de ternura,—no amo más que á tí, y jamás podré amar á otra.

—¡Desgraciado! Mientes—le dije;—tú obsequias á la princesa Zagarolo.

—Sí, pero la aborrezco.

—¡Cómo!—exclamé llena de asombro.—¿Y por qué la galanteas? ¿Qué vergonzosos secretos se ocultan en todos estos enigmas? Chalm ha querido darme á entender que una vil ambición te encadenaba á esa mujer... que era vieja... que te pagaba... ¡Ah! ¡qué palabras me haces pronunciar!!

—No creas esas calumnias—respondió Leoni;—la princesa es joven, hermosa, y estoy enamorado de ella...

—Me alegro de que me lo confieses—dije lanzando un profundo suspiro;— más quiero verte infiel que envilecido. Ámala, ámala mucho porque es rica ¡y tú eres pobre! Si la amas mucho, la riqueza y la pobreza no serán entre vosotros más que vanas palabras. Así te amaba yo, y aunque nada tenía para vivir más que tus dádivas, no me avergonzaba de ello; ahora me envilecería y te sería insoportable. Déjame partir; tu obstinación en tenerme á tu lado y hacerme morir entre suplicios, es una locura y una crueldad.

—Es verdad—dijo Leoni, con aire sombrío;—querer impedirte sería una infamia.

Y esto diciendo, salió desesperado. Yo me hincé de rodillas sollozando, pedí resolución al cielo, invoqué el recuerdo de mi madre, y me levanté en fin para hacer de nuevo los cortos preparativos de mi viaje.

Luego que cerré los baúles, pedí caballos de posta para aquella misma tarde, y entre tanto, me eché en la cama; estaba tan rendida de cansancio y tan ulcerada por la desesperación, que sentí al dormirme algo parecido á la paz del sepulcro.

Al cabo de una hora me despertaron las ardientes caricias de Leoni.

—En vano quieres partir—me dijo;—no puedo, no puedo consentir en ello. He despedido tus caballos, he hecho subir tus baúles; acabo de pasearme solo por el campo, y he hecho todo lo posible para decidirme á perderte; he resuelto no decirte adiós; he ido á casa de la princesa, he querido figurarme que la amaba... ¡No! ¡la aborrezco y te amo! No te irás.

Aquellas continuas sensaciones violentas me debilitaban así el alma como el cuerpo. Ya empezaba yo á no tener la facultad de raciocinar; el mal, el bien, la estimación y el desprecio iban siendo para mí sonidos vagos, palabras que ya no quería comprender y que me mareaban como una infinidad de números que me hubieran obligado á sumar. No sólo tenía ya Leoni sobre mí un influjo moral sino una fuerza magnética á la que yo no podía sustraerme. Su mirada, su voz, sus lágrimas herían mis nervios tanto como mi corazón; ya no era yo más que una máquina que manejaba él á su antojo.

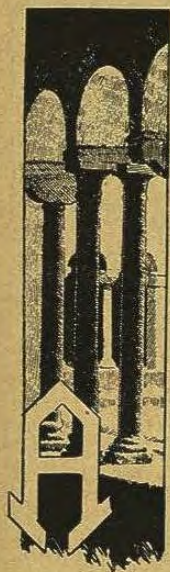
Le perdoné, me abandoné á sus caricias, le prometí cuánto quiso. Me dijo que la princesa Zagarolo, que era viuda, había pensado en darle su mano; que la pasajera y frívola afición que le había manifestado, le había hecho creer en su amor, que se había comprometido locamente por él, y que se veía precisado á andarse con mucho tiento para romper con ella poco á poco, so pena de tener que habérselas con toda la familia.

—Si no se tratase más que de batirme con todos sus hermanos, sus primos y sus tíos — me dijo — me importaría un bledo; pero procederán conmigo cual grandes señores, me delatarán como carbonero (1), y me harán sepultar en un calabozo donde tendré que esperar diez años que se digne la justicia examinar mi causa.

Yo escuché todas aquellas tramoyas con la credulidad de un niño. Leoni no se había ocupado nunca en asuntos de

(1) Individuo de una moderna asociación política en Italia, á manera de nuestros comuneros, francmasones, etc.—(N. del T.)

política, pero aún me complacía yo en persuadirme de que todo lo que había de problemático en su existencia, provenía de alguna grande empresa de esta naturaleza. Consentí en pasar en la posada por hermana suya, en salir poco á la calle y nunca con él; en fin, en dejarle absolutamente libre de separarse de mí á cualquier hora por ir á ver á la princesa Zagarolo.



XV

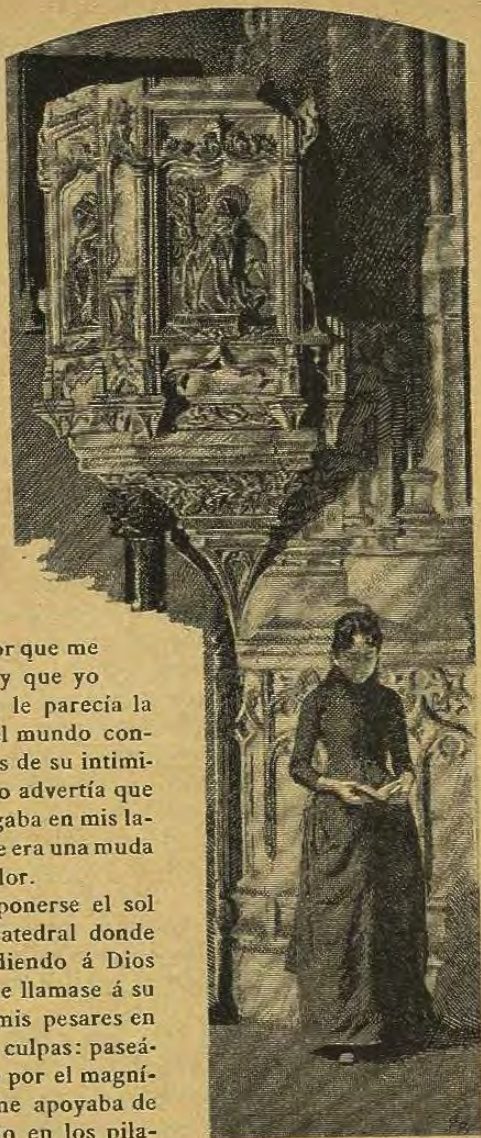
QUELLA vida era horrible, pero la soporté. Nunca había yo conocido hasta entonces los tormentos de los celos, pero entonces los apuré todos y evité á Leoni el disgusto de desvanecerlos, porque á decir verdad ni aun me quedaban fuerzas para manifestarlos.

Resolví dejarme morir en silencio, y me sentía bastante enferma para esperarlo. Más me devoraba aún el fastidio en Milán que en Venecia, porque allí sufría más y tenía menos distracciones. Leoni vivía públicamente con la princesa Zagarolo; pasaba todas las noches con ella en el teatro en su palco, ó en los bailes, de donde se escapaba un momento para venir á verme; luego se iba á cenar con ella, y no volvía á la posada hasta las seis de la mañana, hora en que se acostaba rendido de cansancio y casi siempre con malísimo humor.

Á las doce se levantaba silencioso y distraído, é iba á pasearse en coche con su querida: muchas veces los veía yo pasar, y siempre tenía Leoni con ella aquellas delicadas atenciones, aquellas tiernas y venturosas miradas que tenía con-

migo cuando me galanteaba. Entonces sólo me reservaba sus quejas y la relación de sus disgustos; verdad es también que yo prefería con mucho verle venir á mí adusto y cansado de su esclavitud, que alegre y sereno como le sucedía á veces. Parecía entonces que había olvidado de todo punto el amor que me había profesado y que yo le profesaba aún; le parecía la cosa más fácil del mundo confiarme los detalles de su intimidad con otra, y no advertía que la sonrisa que vagaba en mis labios escuchándole era una muda convulsión de dolor.

Una tarde al ponerse el sol salía yo de la catedral donde había estado pidiendo á Dios con fervor que me llamase á su seno y aceptase mis pesares en expiación de mis culpas: paseábame lentamente por el magnífico claustro y me apoyaba de cuando en cuando en los pila-



res, porque me sentía muy débil. Una calentura lenta me consumía; el fervor de la oración y el aire de la iglesia me habían bañado en un sudor frío, y más que persona viviente parecía yo un espectro levantado del pavimento sepulcral para ver una vez más siquiera los últimos rayos del sol. Un hombre que me seguía hacía largo rato, sin que apenas hiciera yo alto en él, me habló, y al volver la cara sin sorpresa, sin terror y con la apatía de un moribundo, reconocí á Henryet.

En el mismo instante se despertó en mi alma con impetuosidad el recuerdo de mi patria y de mi familia. Olvidé al punto la extraña conducta de aquel joven conmigo, el terrible poder que ejercía sobre Leoni, su antiguo amor tan mal acogido por mí, y el odio que después llegó á inspirarme; sólo pensé en mi padre y en mi madre, y presentándole la mano, le hice mil preguntas; pero él no se apresuró á responderme, aunque mi agitación y mi impaciencia parecían conmoverle profundamente.

—¿Está usted sola aquí—me dijo—y puedo hablar con usted sin exponerme á ningún peligro?

—Estoy sola, nadie me conoce ni se ocupa de mí. Sentémonos en este banco de piedra porque apenas puedo sostenerme, y ¡oh! ¡por amor de Dios, hableme usted de mis padres! Un año entero hace que no he oído pronunciar su nombre.

—¡Sus padres de usted!—dijo Henryet con tristeza.—Ya uno solo la llora.

—Mi padre ha muerto!—exclamé poniéndome en pie.

Henryet no me respondió; caí desfallecida en el banco, y dije á media voz:—¡Dios mío, qué vais á reunirme á él, haced que me perdone!

—Su madre de usted—dijo Henryet—ha estado enferma mucho tiempo; luego ha procurado distraerse, pero había perdido su hermosura, y no ha hallado consuelo en el mundo.

—¡Mi padre muerto!—dije cruzando mis débiles manos.—¿Mi madre anciana y triste! ¿Y mi tía?

—Hace todo lo posible por consolar á su pobre madre de usted probándola que usted no merece su cariño; pero la infeliz no la escucha, y cada día se marchita más y más en la soledad y el fastidio. ¿Y usted, señora?

Pronunció Henryet estas últimas palabras con una frialdad

en la que se entreveía no obstante la compasión bajo el desprecio.

—¡Yo! Yo me estoy muriendo, ya lo ve usted.

Cogióme la mano, y sin poderlo remediar, se le saltaron las lágrimas.

—¡Pobre niña!—me dijo.—El cielo sabe que no ha sido por culpa mía. He hecho todo cuanto he podido para impedir que cayera usted en el precipicio, pero usted lo quiso.

—No hablemos de eso—le dije;—me es imposible hablar de eso con usted. ¿Me hizo mi madre buscar después de mi fuga?

—Su madre de usted la buscó, pero no lo bastante. ¡Pobre mujer! Estaba consternada y no tuvo bastante presencia de ánimo. No hay ningún vigor, Julieta, en la sangre de que está usted formada.

—Sí, es verdad—le dije con indiferencia;—todos éramos indolentes y pacíficos en mi familia; pero dígame usted, ¿esperó mi madre que yo volvería?

—Lo esperó loca y puerilmente; aún hoy es el día en que la está esperando á usted, y la esperará hasta su último suspiro.

Empecé á sollozar y Henryet tuvo la prudencia de dejarme desahogar mi dolor sin decir palabra; creo que él lloraba también. Luego me enjuagué los ojos para preguntarle si había afligido mucho mi oprobio á mi madre, si se había avergonzado de tenerme por hija, y si se atrevía aún á pronunciar mi nombre.

—Siempre le tiene en los labios—dijo Henryet;—á todo el mundo cuenta su dolor, y tanto, que ya todos están hartos de oír esa aventura, y sonríen cuando su madre de usted empieza á llorar, ó bien evitan su presencia diciendo:—Ya viene M.^{me} Ruyter á contarnos por centésima vez el rapto de su hija.

Escuché aquellas palabras sin despecho, y alzando los ojos hacia él, le dije:

—Y usted, Henryet, ¿me desprecia usted acaso?

—Yo ni la amo ni la estimo á usted—me respondió—pero la compadezco, y estoy pronto á servirla en lo que pueda: puede usted disponer de cuanto poseo. ¿Quiere usted que escriba á su madre? ¿Quiere usted que la devuelva á su seno?

Hable usted, y no la contenga el temor de abusar de mi; no procedo en esto por amistad, sino por deber. Usted no sabe, Julieta, cuánto se dulcifica la vida para los que se imponen ciertas leyes y las observan.

Nada le respondí.

—¿O quiere usted quedarse aquí sola y abandonada? ¿Cuánto tiempo hace que la ha dejado á usted su marido?

—No me ha dejado—le respondí.—Antes bien vivimos juntos, y él se opone á mi partida, que yo tenía meditada hace mucho tiempo, pero en la que ya ni aun tengo fuerzas para pensar.

Dicho esto quedé en silencio, y Henryet me dió el brazo hasta la posada, lo que no advertí hasta que llegamos á la puerta de la calle; yo creía ir apoyada en el brazo de Leoni, y me afanaba por concentrar mis penas y disimularlas.

—¿Quiere usted que vuelva mañana á saber lo que usted resuelve?—me dijo dejándome en la portería.

—Sí—le respondí, sin pensar que podía encontrarse con Leoni.

—¿Á qué hora?—me preguntó.

—Á la que usted guste—respondí con una indiferencia estúpida.

Vino en efecto al día siguiente, pocos momentos después de haber salido Leoni; como yo no me acordaba ya de habérselo permitido, mostré tanta sorpresa de hallarme con aquella visita, que se vió en la necesidad de recordarme lo que habíamos hablado el día antes. Viniéronseme entonces á la memoria algunas palabras que había sorprendido cierta noche entre Leoni y sus compañeros, pero cuyo sentido, que encerraba una amenaza de muerte, aunque muy confuso en mi memoria, me parecía aplicable á Henryet, y no pude menos de estremecerme pensando en el peligro á que le exponía.

—Salgamos—le dije con espanto;—aquí no está usted seguro.

Sonrió, y su semblante reveló un profundo desprecio al peligro que yo temía.

—Créame usted—me dijo, viendo que yo iba á insistir;—el hombre de que usted habla no osaría alzar el brazo sobre mí, pues ni siquiera se atreve á mirarme cara á cara.

Yo no podía oír hablar así de Leoni que era, á pesar de todas sus culpas para conmigo, la cosa que yo más amaba en este mundo; supliqué pues á Henryet que no le tratase de aquel modo en mi presencia.

—Confúndame usted á desprecios—le dije;—acúseme de ser una mujer sin orgullo ni corazón, de haber abandonado á los padres mejores que hubo jamás en el mundo, y de haber hollado todos los deberes que impone la sociedad á mi sexo... no me ofenderé; le escucharé á usted llorando, y no por eso le agradeceré menos las generosas ofertas que me hizo ayer; pero déjeme usted respetar el nombre de Leoni, que es el único bien que aún puedo oponer en el secreto de mi corazón al anatema de los hombres.

—¡Respetar el nombre de Leoni!—exclamó Henryet con amarga ironía;—¡respetarle, pobre mujer! Sin embargo, consentiré en ello si quiere usted volverse á Bruselas. Vaya usted á consolar á su madre; éntre usted en la senda del deber, y yo la prometo dejar en paz al miserable que la ha perdido, y á quien podría confundir si quisiera.

—¡Reunirme con mi madre!—respondí.—¡Oh! sí! ¡Mi corazón me lo pide á cada instante; pero volverme á Bruselas... ¡No! Mi orgullo me lo prohíbe. ¡Dios mío! ¿Cómo me tratarían todas aquellas mujeres que tanto me envidiaron en otro tiempo, y que tal vez ahora se alegran de mi humillación?

—Mucho temo, Julieta—me respondió—que no sea esa la única razón que pudiera usted alegar. Su madre de usted tiene una casa de campo donde podrían ustedes vivir juntas, lejos de la implacable sociedad. Con el caudal que ustedes poseen, podrían además pasarlo muy bien en cualquier parte donde no las conocieran, y donde su belleza y su dulzura de usted la granjearían pronto nuevos amigos. Pero usted no quiere separarse de Leoni, confíéselo sin rodeos.

—Lo deseo—le respondí llorando—pero no puedo.

—¡Desgraciada, desgraciada entre todas las mujeres!—dijo Henryet con tristeza.—Usted es buena y cariñosa, pero no tiene altivez ninguna, y el que no tiene un noble orgullo, carece de todo recurso en las cosas de la vida. ¡Pobre y débil criatura! ¡La compadezco á usted con toda mi alma, porque usted ha profanado su corazón, le ha mancillado con el contacto de un corazón infame, ha doblado la cerviz bajo una

mano vil.... la compadezco á usted, Julieta, porque ama á un villano! Imposible me parece que haya podido amarla á usted en otro tiempo, pero también me parece imposible no compadecerla ahora.

—Pero en fin—le dije atónita, consternada de oírle hablar así;—¿qué ha hecho Leoni para que se crea usted autorizado para tratarle de ese modo?

—¿Duda usted de ese derecho, señora? ¿Quiere usted decirme por qué razón Leoni que es valiente (esto no admite duda), y que es el primer espadachín de la tierra, se ha guardado siempre muy bien de provocarme á mí... á mí que en mi vida he tocado una espada, y que le eché de París con una palabra y de Bruselas con una mirada?

—Parece increíble—dije profundamente abatida.

—¿Con que usted no sabe, Julieta, de quién es la querida?—repuso Henryet con energía.—¿Nadie le ha contado á usted las maravillosas aventuras del caballero Leone Leoni? ¿Nunca se ha avergonzado usted de haber sido su cómplice, y de haberse escapado con un pillo, saqueando la tienda de su padre?

Prorrumpí en un grito de dolor, y me cubrí el rostro con las manos, luego levanté la cabeza, y dije echando el resto de mi energía:

—Es falso: yo nunca he cometido semejante baja; tan incapaz es Leoni de cometerla como yo. Aún no habíamos andado cuarenta leguas con dirección á Ginebra, cuando se detuvo Leoni en mitad de la noche, pidió un cofre y metió en él todas sus joyas para devolvérselas á mi padre.

—¿Está usted segura de que lo haya hecho?—preguntó Henryet riendo con desprecio.

—Estoy segura—exclamé;—yo misma ví á Leoni meter los diamantes en el cofre.

—¿Y está usted segura de que ese cofre no le ha seguido en todo el resto del viaje? ¿Está usted segura de que no le ha abierto y desocupado en Venecia?

Estas últimas palabras fueron en fin para mí un rayo de luz tan viva, que no pude menos de comprender en el mismo instante todo aquel odioso misterio; recordé entonces lo que en vano había procurado retener en mis confusas memorias, la primera circunstancia en que ví el tal cofrecillo. En aquel

momento se me representaron al vivo las tres épocas de su aparición, y se hilaron lógicamente entre sí para obligarme á sacar un resultado terrible; en primer lugar, la noche que pasamos en la misteriosa quinta, donde ví á Leoni guardar los diamantes en el cofre; luego, la última noche que pasamos en la quesera suiza, cuando ví á Leoni desenterrar misteriosamente su tesoro confiado á la tierra, y en fin el segundo día de nuestra mansión en Venecia, en que hallé el cofre vacío, y la aguja de diamantes por el suelo envuelta en un pedazo de algodón en rama; la visita del judío Tadeo, y los ciento cincuenta mil francos que, según lo que oí á Leoni y á sus compañeros, le dió inmediatamente después de nuestra llegada á Venecia, coincidían perfectamente con todas mis sospechas.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamé levantando los brazos al cielo y hablando conmigo misma.—¡Todo lo has perdido, todo, hasta el aprecio de mi madre! ¡Todo está emponzoñado, hasta el recuerdo de Suiza! ¡Aquellos seis meses de amor y de felicidad, estaban destinados á ocultar un robo!

—¡Y á burlar las pesquisas de la justicia!—añadió Henryet.

—¡Pero no! ¡no!—repuse delirante y frenética, mirándole como si quisiera desentrañar los más íntimos secretos de su corazón;—¡él me amaba, es seguro que me amaba! No puedo pensar en aquellos tiempos sin adquirir la más completa certidumbre de que me amaba. Leoni era un ladrón que había robado una mujer y un tesoro, y que amaba una y otro.

Henryet se encogió de hombros escuchándome, y yo conocí en efecto que estaba divagando. Quise luego en fin hablar en razón, y me obstiné en saber la causa del incomprendible ascendiente que ejercía sobre Leoni.

—¿Quiere usted saberlo?—me dijo.

Luego reflexionó un instante y añadió:

—Se lo diré á usted, porque puedo decirlo; además, es imposible que usted misma, en un año que ha pasado con él, no lo haya sospechado á lo menos... á bastantes infelices debe haber desplumado en Venecia...

—¿Cómo? ¿él? ¡oh! Mire usted lo que habla, Henryet; bastante culpable es ya.

—Aún la creo á usted incapaz, Julieta, de ser su cómplice,

pero tiembale usted de llegar á serlo, siquiera sea por su familia. No sé hasta qué punto se puede ser impunemente la queda de un bribón.

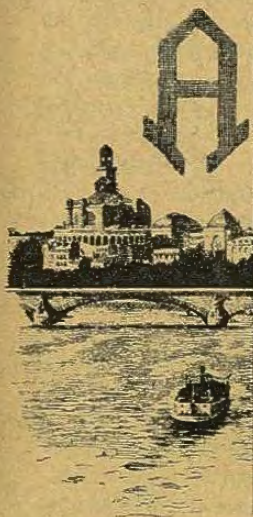
—Me hace usted morir de vergüenza, caballero; esas palabras son crueles. ¡Oh! Acabe usted su obra y desgarre de una vez mi corazón, revelándome lo que le da, por decirlo así, derecho de vida y muerte sobre Leoni. ¿Dónde le ha conocido usted? ¿qué sabe usted de su vida pasada? Yo por mí, nada sé; he visto en él tantas cosas contradictorias, que ignoro hasta si es rico ó pobre, noble ó plebeyo; ni sé si el nombre que lleva le pertenece.

—Esa es la única cosa—respondió Hénryet—que la casualidad le ha quitado el trabajo de robar. Llámase en efecto Leone Leoni, y descende de una de las familias más nobles de Venecia; su padre, que era bastante rico, poseía el palacio que acaba usted de habitar, y amaba con una ternura ilimitada á ese hijo único, cuyas precoces disposiciones anunciaban una organización superior. Leoni fué educado con sumo esmero, y á la edad de quince años recorrió con su ayo la mitad de Europa; en cinco años aprendió con increíble facilidad la lengua, los usos y la literatura de los pueblos que visitó; pero la muerte de su padre le obligó á volver á Venecia con su ayo. Este ayo era el abate Zanini, á quien con frecuencia ha podido usted ver este invierno en su palacio; hombre de una imaginación vivísima, de un tacto exquisito, de una instrucción inmensa, pero de una increíble inmoralidad, y corrompido hasta lo sumo bajo su hipócrita máscara de tolerancia y sano juicio. Naturalmente debía depravar aquel hombre la conciencia de su discípulo y reemplazar en él las nociones de lo justo y de lo injusto, con una supuesta ciencia de la vida que consiste en hacer todas las locuras que divierten, todas las picardías que aprovechan, y en fin, todas las buenas y malas acciones que pueden halagar al corazón humano. Yo conocí á ese Zanini en París, y me acuerdo de haberle oído decir que era preciso hacer el mal para saber hacer el bien; saber gozar en el vicio para saber gozar en la virtud. Este hombre, más prudente, más hábil y más calmoso que Leoni, le es muy superior en su ciencia, y Leoni, arrebatado por sus pasiones ó dominado por sus caprichos, sólo le sigue de lejos, cometiendo mil faltas que deben

perderle en la sociedad y que ya le han perdido; pues es seguro que se halla á la merced de algunos cómplices codiciosos y de algunos hombres de bien cuya generosidad acabará por agotar á fuerza de abusar de ella.

Un frío de muerte helaba mi sangre mientras me hablaba así Henryet, pero hice un esfuerzo para escuchar lo demás...

XVI



los veinte años—prosiguió Henryet—hallóse Leoni al frente de un caudal muy regular y dueño absoluto de sus acciones. Jamás ha podido presentársele mejor ocasión para hacer el bien, pero halló que su patrimonio era muy inferior á su ambición, y mientras llegaba á una opulencia igual á sus deseos por medio de no sé qué proyectos insensatos ó culpables, en dos años devoró toda su hacienda. Su casa, que hizo decorar con el lujo que usted ha visto, fué el centro de reunión de todos los jóvenes disipados y de todas las mujeres perdidas de Italia. Muchos extranjeros, aficionados á la vida ele-

gante, hallaron entrada en ella, y así fué cómo Leoni, relacionado ya por sus viajes con muchos personajes de distinción, estableció en todos los países las amistades más brillantes, y se aseguró las más útiles protecciones.

En aquella numerosa sociedad debieron introducirse, como sucede siempre, intrigantes y bribones. Yo he visto en París, al rededor de Leoni, muchos sujetos que siempre me han

inspirado gran desconfianza, y que si no me engañan mis sospechas, deben formar en el día con él y el marqués de... una afiliación de estafadores de la alta sociedad. Cediendo á sus consejos, á las lecciones de Zanini ó á sus naturales disposiciones, el joven Leoni debió ejercitarse en el arte de hacer trampas en el juego, pues lo cierto es que adquirió este talento en grado eminente, y que probablemente le ha puesto en práctica en todas las ciudades de Europa, sin excitar la menor desconfianza. Cuando se vió absolutamente arruinado, salió de Venecia y empezó á viajar de nuevo en calidad de aventurero; pero aquí pierdo por algún tiempo el hilo de su historia. Zanini, por cuyo conducto he sabido una parte de lo que voy á referir á usted, aseguraba que le había perdido de vista desde aquel momento, y que sólo había llegado á su noticia por una correspondencia muchas veces interrumpida los mil vaivenes de fortuna y las mil diabluras de Leoni en sociedad. Disculpábase de haber formado tal discípulo, diciendo que Leoni sólo había aprendido un lado de su doctrina; pero disculpaba á su discípulo elogiando la increíble habilidad, la fuerza de alma y presencia de espíritu con que había sabido dominar á la suerte y vencer á la adversidad.

Llegó en fin Leoni á París con su fiel amigo, el marqués Lorenzo de... á quien usted conoce, y allí fué donde tuve ocasión de conocerle y de juzgarle.

Zanini le presentó en casa de la princesa de X... de cuyos hijos era ayo: el superior talento de aquel hombre le había puesto hacía ya mucho tiempo, en la sociedad de la princesa, en un pie menos subalterno que el que ocupan los ayos por lo general en las casas de los grandes. Hacía los honores del salón, daba por decirlo así el tono de la conversación, cantaba admirablemente y dirigía los conciertos.

Leoni, merced á su finura y sus talentos, fué perfectamente recibido y festejado en breve con entusiasmo; allí ejerció en ciertas reuniones el imperio que usted le ha visto ejercer en toda una ciudad de provincia. Comportábase en todo con una rumbosidad extraordinaria; jugaba rara vez, pero siempre para perder inmensas sumas que ganaba por lo general el marqués de... Zanini presentó poco después de su alumno á este marqués, el cual, aunque compatriota de Leoni, aparentaba no conocerle ó afectaba cierta aversión hacia él. A todo

el mundo decía en confianza que habían sido rivales en Venecia con cierta dama, y que, aunque olvidados ya uno y otro de su pasión, no por eso habían olvidado su enemistad. Merced á este embrollo, nadie sospechaba que estuviesen de acuerdo para ejercer su industria.

Durante todo un invierno la ejercieron sin inspirar la menor sospecha.

Perdían á veces uno y otro inmensas sumas, pero casi siempre ganaban, y ambos, cada cual por su parte, ostentaban un lujo de príncipes. En una ocasión, uno de mis amigos que perdía considerablemente jugando contra Leoni, sorprendió una imperceptible seña entre él y el marqués veneciano; pero nada dijo, y se limitó á observarlos con atención por espacio de muchos días. Una noche en que habíamos apuntado los dos á un mismo lado y perdíamos siempre, se acercó y me dijo:— Observa á esos dos italianos; estoy persuadido, estoy cierto de que se entienden para hacer trampas. Mañana salgo de París para un asunto que me urge mucho, pero te encomiendo el cuidado de cerciorarte de mis sospechas, y de avisar á nuestros amigos en caso de necesidad. Eres discreto y prudente, y espero que procederás con toda sensatez; en todo caso, si tienes alguna reyerta con esos hombres, no dejes de nombrarme á ellos como el primero que los he acusado, y escríbeme; yo me encargo de batirme con uno de ellos. Déjome sus señas y partió. Examiné á los dos caballeros de industria, y me convencí de que no se había engañado mi amigo; precisamente en casa de la princesa X... adquirí la certidumbre de su mala fe. Cogí al instante del brazo á Zanini, y llevándomele á un rincón:— Conoce usted bien, le pregunté, á los dos venecianos que ha presentado en esta casa?

— Perfectamente— me respondió impertérrito;— he sido ayo del uno, y soy amigo del otro.

— Pues señor, doy á usted la más cordial enhorabuena— le dije;— son un par de pillos. Dile esta respuesta con tanta seriedad, que al instante mudó de color á pesar de su costumbre de disimular, por lo que sospeché que tendría algún interés en sus ganancias, y le declaré que iba á quitar la máscara á sus dos compatriotas.

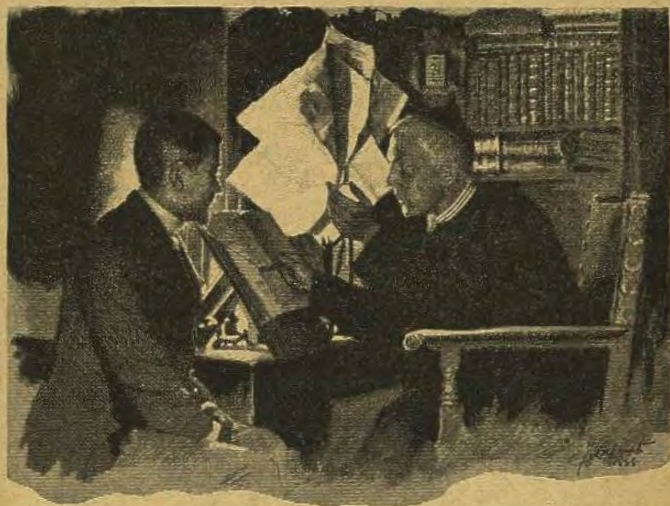
Con esto se turbó enteramente, y me suplicó con empeño que no lo hiciese; trató también de persuadirme de que esta-

ba equivocado, pero por toda respuesta le pedí que me llevase á su cuarto con el marqués, donde me expliqué en pocas pero muy claras razones; el marqués, en lugar de disculparse, se puso pálido como la nieve y se desmayó.

No sé si aquella escena fué una pantomima entre él y el abate para engañarme, pero me suplicaron con tanto dolor, el marqués me mostró tanta vergüenza y remordimiento, que tuve la simpleza de dejarme persuadir; sólo exigí que saliesen de Francia con Leoni inmediatamente. El marqués prometió todo cuanto exigí; pero quise imponer yo mismo de viva voz igual condición á su compañero, y para eso le hice subir al cuarto de Zanini. Hízose esperar largo rato y llegó en fin, no humilde y trémulo como el otro, sino con los puños en ristre y bramando de cólera; sin duda esperaba intimidarme con su insolencia, pero le respondí que estaba pronto á darle cuantas satisfacciones quisiera, mas que empezaría por acusarle públicamente; ofrecí al mismo tiempo al marqués la separación de mi amigo en los mismos términos. Mi firmeza turbó de todo punto á Leoni, y sus compañeros acabaron de convencerle haciéndole conocer que era perdido si se obstinaba; decidióse pues, no sin mucha resistencia y furor, y ambos salieron de aquella casa sin volver á presentarse en el salón. Al día siguiente se pusieron en camino, el marqués para Génova y Leoni para Bruselas.

Quedé solo con Zanini en su cuarto, y le di claramente á entender las sospechas que me inspiraba, y me formé propósito de delatarle á la princesa. Como yo no tenía pruebas seguras contra él, fué menos humilde y me rogó menos que el marqués, pero ví que no estaba menos aterrado que él; el pobre diablo echó mano de todos los recursos de su talento para captarse mi benevolencia y mi discreción. Hícele confesar no obstante que conocía hasta cierto punto las bajezas de su discípulo, y le obligué á que me refiriese su historia, en la que Zanini careció de prudencia, pues hubiera debido sostener obstinadamente que la ignoraba; pero la dureza con que le amenacé que le delataría á la princesa, le hizo perder la cabeza. Dejéle en fin íntimamente convencido de que era un pícaro, pero más circunspecto que los otros, y le guardé el secreto por prudencia, temiendo que con su mucho ascendiente sobre la princesa X... tuviese la habilidad de persua-

dirla de que yo era un impostor ó un visionario, y me hiciese hacer un papel ridiculo; además, me tenía ya muy harto aquella indecente aventura; no volví pues á pensar en ella, y tres meses después salí de París. Usted sabe cuál fué la primera persona que buscaron mis ojos en el baile de Mr. Delpech; yo estaba aún enamorado de usted, y recién llegado á Bruselas, ignoraba que iba usted á casarse. Descubríla á us-



ted en medio del gentío, y cuando me acerqué á saludarla, ví á Leoni á su lado; creí que estaba soñando ó que me alucinaba alguna extraña semejanza. Tomé noticias en el baile, y me cercioré de que el amante de usted era el caballero de industria que me había robado trescientos ó cuatrocientos luíses; entonces no esperé ni aun deseé desbancarle. Suceder en su corazón de usted á semejante hombre, era una idea que desvanecía mi amor; pero juré que no sería víctima de un miserable una niña inocente y una familia honrada. Usted sabe que nuestra explicación no fué ni larga ni verbosa; pero la fatal pasión que él la inspiraba á usted, desbarató los esfuerzos que yo hice para salvarla.

UNIVERSIDAD BENITO JUÁREZ
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

Calló Henryet, y yo, confusa y abatida, incliné la cabeza sobre el pecho; parecíame que ya no podría mirar á nadie cara á cara. Henryet prosiguió en estos términos:

—Leoni se portó como hombre diestro en la materia, robando á su querida á mis ojos, es decir, robando los trescientos mil francos de diamantes que llevaba sobre sí, y escondió su querida y sus diamantes no sé dónde. En medio de las muchas lágrimas que tributó á la memoria de su hija, su padre de usted lloró también un poco sus magníficas pedrerías tan bien engastadas, y aun le sucedió un día decir con sumo candor que lo que más le afligía en aquel robo es que los diamantes serían vendidos por la mitad de su precio á algún judío, y que aquellas joyas tan bien trabajadas serían hechas pedazos y fundidas por el que las adquiriera para no comprometerse. ¡Por Dios que no merecía la pena de hacer un trabajo como aquel, decía llorando, ni de tener una hija y quererla tanto para venir á parar en esto! Parece en efecto que su padre de usted tenía razón, porque con el producto de su rapto no halló medió Leoni para brillar en Venecia arriba de cuatro meses. Alquiló el palacio de sus padres que antes habían vendido sus acreedores, y restableció su nombre en la cornisa del patio interior, no atreviéndose á ponerlo en la puerta principal. Como no es conocido por un verdadero pillo más que entre muy pocas personas, de nuevo fué su casa el centro de reunión de muchos extranjeros de distinción, que sin duda fueron saqueados por sus compañeros; pero acaso el temor de ser descubierto le impedía unirse á ellos, porque pronto se vió arruinado de nuevo. Contentóse sin duda con tolerar el saqueo que ejercían aquellos malvados en su casa, porque está á merced de ellos y no se atrevería á deshacerse ni aun de aquellos á quienes aborrece más. En el día es, como usted sabe, el amante pagado de la princesa Zagarolo; esta señora, que ha sido muy hermosa, está ya muy ajada y condenada á morir en breve de una enfermedad del pecho.... Se cree que dejará todos sus bienes á Leoni, que finge profesarla un amor violento, y á quien ella ama con delirio. Leoni aguarda con impaciencia su testamento; entonces será usted rica, Julieta, él ha debido decírselo á usted. Un poco de paciencia, amiga mía, y reemplazará usted á la princesa en su palco en el teatro, irá usted á paseo en sus

carruajes con sólo tener cuidado de mudarles las armas en las portezuelas; estrechará usted á su amante en sus brazos en el magnífico lecho en que ella muera, y aun podrá usted usar sus trajes y sus diamantes.

Acaso dijo más el cruel Henryet, pero yo no pude oírle, y caí al suelo con horribles convulsiones.....

XVII



UANDO volví en mí, me hallé reclinada en un sofá, sola con Leoní, que me miraba con inquietud y ternura.

—Alma mía—me dijo cuando me vió recuperar el uso de mis sentidos—dime lo que tienes. ¿Por qué te he hallado en un estado tan horrible? Sufres acaso? Qué nuevo pesar te aflige?

—Ninguno—le respondí; y decía verdad, porque en aquel momento de nada me acordaba.

—Tú me engañas, Julieta, alguno te ha afligido. La criada que te estaba asistiendo cuando llegué, me ha dicho que un hombre vino á verte esta mañana, que estuvo mucho tiempo contigo, y que al salir encargó que viniesen á socorrerte... ¿Quién era ese hombre, Julieta?

Yo nunca había mentido en mi vida, por lo que me fué imposible responder, estando decidida á no nombrar á Henryet, Leoní frunció las cejas.

—¡Un misterio!—dijo—¿un misterio entre nosotros? nunca te hubiera creído capaz de ello. Pero tú aquí á nadie conoces... ¡Á no ser!... Si fuera él, no habría bastante sangre en sus venas para lavar su insolencia... Dime la verdad, Julieta,

¿ha venido Chalm á verte? ¿Ha vuelto acaso á afligirte con sus viles proposiciones y sus calumnias contra mí?

—¡Chalm!—le dije;—¿está acaso ese hombre en Milán?

Y sentí un profundo terror que debió pintarse en mi rostro, porque Leoni vió que yo ignoraba la llegada del vizconde.

—Si no es él—dijo hablando consigo mismo—¿quién puede ser ese amigo de hacer visitas que se está tres horas encerrado con mi mujer, y la deja desmayada? Lorenzo no se ha separado de mí en toda la mañana.

—¡Cielos!—exclamé:—¡con que están aquí todos tus odiosos compañeros! Haz por Dios que no sepan dónde vivo, y que yo no los vea.

—¿Pero quién es ese hombre á quien no cierras la puerta de tu cuarto?—dijo Leoni que estaba cada vez más pálido y pensativo.—Julietta, respóndeme, yo lo mando, ¿estás?

Conocí entonces cuán terrible era mi situación, crucé las manos temblando, é invoqué al cielo en mi amargura.

—¡No me respondes!—dijo Leoni.—¡Pobre mujer! poca presencia de ánimo te dió Dios; ¡tú tienes un amante, Julietta! Bien haces, pues yo tengo también una querida. Soy un necio en no poder sufrirlo, cuando tú aceptas la mitad de mi corazón y de mi lecho... pero es seguro que no puedo ser tan generoso, ¡adiós!

Cogió su sombrero, y se puso los guantes con una frialdad convulsiva; luego sacó su bolsillo, lo dejó sobre la chimenea, y sin dirigirme una palabra más, sin echarme una sola mirada, salió de la estancia. Oí alejarse con paso igual y bajar la escalera sin apresurarse.

La sorpresa, la consternación, el miedo, me habían helado la sangre: creí que iba á volverme loca. Púseme el pañuelo en la boca para sofocar mis gritos, y luego, sucumbiendo al cansancio, caí en un abatimiento estúpido.

En mitad de la noche oí ruido en mi cuarto, abrí los ojos, y ví sin comprender lo que veía, á Leoni que se paseaba agitado, y al marqués sentado junto á una mesa, y apurando una botella de aguardiente. No hice movimiento alguno, ni aun me ocurrió la idea de tratar de averiguar lo que estaban haciendo allí, pero poco á poco sus palabras hirieron mis oídos, llegaron hasta mi inteligencia, y tomaron un sentido.

—Te digo que le he visto, y que no me cabe duda —decía el marqués—de que está aquí.

—¡Perro maldito!—respondió Leoni dando patadas en el suelo con toda su fuerza.—¡Ojalá se abra la tierra para liberarme de él!

—¡Bien dicho!—repuso el marqués.—Yo soy de esa opinión.

—Tiene osadía para venir hasta mi propia estancia á atormentar á esa infeliz.

—¿Y estás seguro, Leoni, de que ella no se alegra de que venga?

—Calla, víbora, y no trates de hacerme sospechar de esa desventurada, á quien ya nada queda en este mundo más que mi aprecio.

—Y el amor de M. Henryet—repuso el marqués.

Leoni se dió un fuerte puñetazo en la frente.

—Ya veremos de curarlos de ese amor, sobre todo al flamenço.

—¡Mira, Leoni, que no vayas á hacer alguna botaratadal

—Y tú, Lorenzo, no vayas á cometer alguna infamia.

—¿Y tú llamarías á eso una infamia?... pues te aseguro que no pensamos del mismo modo. ¡Tú estás llevando poquito á poco al sepulcro á la Zagarolo para heredar sus bienes, y no aprobarías que yo quitase de en medio á un enemigo cuya existencia paraliza completamente la nuestra! Te parece cosa muy puesta en razón acelerar con tu generosa ternura, á pesar de la prohibición de los médicos, el término de los males de tu amada tísica...

—¡Llévete el diablo! ¿Si esa buena señora quiere vivir aprisa y morir pronto, por qué se lo he de impedir?

—¡Qué horror!—murmuré á pesar mío, y quedé inmóvil sobre mi almohada.

—Me parece que ha hablado tu mujer—dijo el marqués.

—Está soñando—respondió Leoni;—tiene calentura.

—¿Estás seguro de que no nos escucha?

—¡Sería preciso en primer lugar que tuviese fuerzas para oírnos, y no las tiene por desgracia la infeliz! Está muy mala, pero no se queja. ¡Pobre Julieta! No tiene veinte doncellas que la sirvan, no paga á una turba de cortesanos para que satisfagan sus caprichos de enferma: muere santa y cas-

tamente como una víctima expiatoria entre el cielo y yo.

Esto diciendo, se sentó en la mesa y empezó á llorar amargamente.

—He ahí los efectos del aguardiente — dijo el marqués, acercándose la copa á los labios. — Bien te lo dije que al fin te había de atacar los nervios.

—¡Déjame, animal!—exclamó Leoni dando un fuerte empujón á la mesa que á poco más se cae sobre sobre el marqués; —déjame llorar. Tú no sabes lo que son los remordimientos, tú no sabes lo que es el amor.

—¡El amor!—dijo el marqués con tono teatral, remedando á Leoni;—¡los remordimientos! Palabras son esas muy sonoras y muy dramáticas. ¿Cuándo envías á Julieta al hospital?

—Sí, dices bien—prosiguió Leoni con sombría desesperación—háblame así; lo prefiero. Merezco que me hables así, de todo soy capaz. ¡Al hospital, sí! ¡Era tan hermosa y tan inocente! pero yo llegué, ¡y he ahí donde la he conducido! ¡Ah! ¡quisiera arrancarme el corazón á pedazos!...

—Ea, ea—dijo el marqués,—basta de sentimentalismo por hoy. ¡Qué diablos! Bastante plomo has estado para una vez sola... Hablemos ahora con formalidad.

—Dime: ¿supongo que no pensarás seriamente en batirte con Henryet?

—Muy seriamente—respondió Leoni;—¿no hablas tú seriamente de asesinarle?

—No es lo mismo.

—Lo mismo absolutamente; él no sabe manejar ningún arma, y yo las manejo todas con perfección.

—Excepto el puñal—repuso el marqués—ó la pistola á boca de jarro; además, tú no matas más que á las mujeres.

—Mataré á lo menos á ese hombre—respondió Leoni.

—¿Y crees que consentirá en batirse contigo?

—Aceptaré: es caballero.

—Pero no es loco. Yo presumo que empezará por hacernos prender como ladrones.

—Empezará por darme satisfacción, y si no quiere, yo sabré obligarle á que me la dé. Le plantaré un par de bofetadas en mitad de la calle.

—Y él te las devolverá, llamándote falsario, estafador y pillo.

—Y tendrá que probármelo; á él aquí nadie le conoce, al paso que nosotros hacemos un papel brillante. Le trataré de lunático y de visionario, y cuando le haya muerto, todos creerán que tuve razón.

—Tú no sabes lo que te dices, inocente—respondió el marqués;— Henryet viene recomendado á los comerciantes más ricos de Italia; su familia además es muy conocida y apre-



ciada en el comercio. Él por su parte tendrá también amigos en la ciudad, ó por lo menos algunos conocidos que le crean. Quiero suponer que se bata mañana por la tarde; bien conoces que tendrá tiempo en todo el día para decir á veinte personas que se bate contigo porque te ha visto hacer trampas en el juego, y porque has llevado á mal el que quisiera impedírtelo.

—¡Corrientel Lo dirá y lo creerán; pero le mataré.

—La Zagarolo te plantará en la calle, y hará pedazos su testamento; todos los nobles te darán con la puerta en los hocicos, y la policía te suplicará que vayas á otra parte á lucir tus habilidades.

—Pues bien, ¡me iré á otra parte! Una vez libre de ese hombre, toda la tierra será mía.

—Sí, pero de su sangre saldrá contra ti una lechigada de acusadores; en vez de un solo enemigo, tendrás por enemigos á todos los milaneses.

—¡Oh! ¿qué he de hacer?—dijo Leoni con angustia.

—Darle una cita de parte de tu mujer y calmarle la sangre con un buen cuchillo. Dame ese papelucho que está ahí, y voy á ponerle dos letras.

Leoni sin escucharle abrió una ventana y quedó en profundo abatimiento, mientras escribía el marqués; éste, luego que hubo acabado, le llamó.

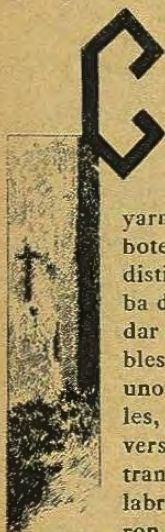
—Escucha, Leoni; mira si me pinto solo para escribir un billete amoroso.

«Amigo mío: ya no me es posible recibir á usted en mi casa; Leoni lo sabe todo y me hace terribles amenazas; sáqueme usted de su poder ó soy perdida. Lléveme usted á casa de mi madre ó póngame en un convento; haga usted de mí lo que quiera, pero libreme por Dios de la horrible situación en que me encuentro. Procure usted hallarse mañana enfrente de la fachada de la catedral á la una de la madrugada, y tomaremos nuestras medidas para mi viaje. Fácil me será ir á ver á usted, porque Leoni pasa todas las noches en casa de la Zagarolo. No extrañe usted que le escriba en una letra tan poco inteligible; Leoni en un arrebato de cólera casi me ha desconcertado la mano derecha. Adiós. — JULIETA RUYTER.»

—Me parece que esta carta está concebida en términos prudentes—añadió el marqués—y que podrá parecer verosímil al flamenco, cualquiera que sea el grado de su intimidad con tu mujer. Las palabras que poco antes la oímos dirigirle en su delirio, nos dan casi la certidumbre de que la ha ofrecido llevarla á su país... La letra es informe, y que conozca ó no la de Julieta...

—Veamos—dijo Leoni con honda atención, é inclinando el cuerpo sobre la mesa. Y en tanto brillaba en su rostro una horrible expresión de duda y de persuasión, pero no ví más: mi cerebro estaba rendido, mis ideas se confundieron, y caí en una especie de letargo.

XVIII



UANDO volví en mí, la mustia luz del quinqué iluminaba los mismos objetos. Fuíme incorporando lentamente, y ví al marqués en el mismo sitio en que le había visto al desmayarme. Todavía era de noche: veíanse aún algunas botellas sobre la mesa, un tintero y algo que no distinguía bien y que parecía un arma. Leoni estaba de pie en la estancia. Procuré entonces recordar su conversación anterior, esperé que los horribles recuerdos inconexos que se me venían uno á uno á la memoria eran otros tantos ensueños febriles, y no supe al principio que entre aquella conversación y la que entonces empezaba, habían transcurrido veinticuatro horas. Las primeras palabras de que pude darme cuenta á mí misma, fueron éstas:

—Alguna desconfianza debía tener, cuando venía tan bien armado.

Esto diciendo, Leoni se limpiaba con un pañuelo su mano ensangrentada.

—¡Bahl eso que tú tienes no es más que un rasguño—dijo el marqués;—peor herido estoy yo en la pierna, y con todo

tendré que bailar mañana en casa de la condesa.... para ahuyentar toda sospecha.... Con que así, véndate la mano y no vuelvas á pensar en semejante aventura.

—Me es imposible pensar en cosa alguna que no sea en esa sangre; paréceme que veo un lago de ella alrededor de mí.

—Tienes unos nervios muy delicados, Leoni; tú no vales para nada.

—¡Canalla!—dijo Leoni en tono de odio y de desprecio;—sin mí eras muerto, porque ya empezabas á huir como un cobarde, y si no me engaño, debes estar herido por detrás. Á no haberte visto perdido, y si tu perdición no hubiera acarreado la mía, jamás hubiera yo atacado á semejante hombre de aquel modo... pero tu feroz obstinación me obligó á ser tu cómplice. Sólo me faltaba cometer un asesinato, para ser digno compañero tuyo.

—No vengas ahora echándola de modesto—repuso el marqués:—cuando viste que se defendía, te convertiste en un verdadero tigre.

—¡Ah! Sí, me regocijaba el corazón verle morir defendiéndose, porque al fin y al cabo le maté cara á cara y sin traición.

—¡Cierto que sí! Él quería dilatar el lance hasta el día siguiente, pero como tú tenías alguna prisa, le despachaste en el acto.

—¿Y quién tuvo la culpa, villano? ¿Por qué te echaste sobre él en el momento en que nos separábamos, habiéndonos dado palabra de volvernos á ver? ¿Por qué apretaste á huir al ver que estaba armado, y me pusiste de este modo en la alternativa de defenderte ó de exponerme á que me delatara al día siguiente á la justicia, por haberle tendido un lazo de acuerdo contigo para asesinarle? Esta es la hora en que merezco ir á un patíbulo, y sin embargo no soy un asesino, porque me he batido con armas iguales, con peligro igual, con valor igual.

—Sí, no se puede negar que se defendió perfectamente, y que uno y otro habéis hecho prodigios de valor. ¡Por Dios que era cosa de ver, que era una escena verdaderamente homérica aquel desafío á cuchillo, y eso que no debo ocultarte que, para un veneciano, manejas esa arma miserablemente.

—Verdad es que no acostumbro á servirme de ella; pero,

ahora que me acuerdo, creo que sería prudente esconder ó hacer pedazos este puñal.

—¡Solemne disparate! amigo mío. Nada de eso; tus criados y tus amigos saben que siempre llevas esa pluma contigo, y si la hicieras desaparecer, sería eso un indicio contra nosotros.

—Verdad es. ¿Y tu cuchillo?

—El mío está virgen de su sangre; mis primeros golpes no le alcanzaron; y luego los tuyos nada me dejaron que hacer.

—¡Ah! ¡verdad es! Tú quisiste asesinarle, y la fatalidad me ha obligado á que cometiera yo la acción que tanto me horro-
rizaba.

—¡Bah, bah! Esas son ganas de hablar; tú ibas muy contento á la cita.

—Es porque tenía en efecto el presentimiento instintivo de lo que iba á hacerme cometer el horrible demonio que me persigue... En fin, ¡á eso estábamos destinados los dos! Ya estamos libres de él. Pero dime ¿por qué diablos le limpiaste los bolsillos?

—Precaución y presencia de ánimo por parte mía. Hallándole despojado de su dinero y de su cartera, naturalmente buscarán al asesino entre el pueblo bajo, y nunca sospecharán de unos hombres como nosotros; la cosa pasará por un asesinato cometido con objeto de robarle, y no por una venganza privada. Ten cuidado de no venderte mostrando una turbación ridícula cuando oigamos mañana referir el lance, y nada tenemos que temer. Acerca la vela, que voy á quemar estos papeles; por lo que hace á la moneda acuñada, es cosa que no compromete á nadie.

—¡Tentel!—dijo Leoni, cogiendo una carta que iba á quemar el marqués con las demás—ahí he visto el apellido de Julieta.

—Es una carta á su madre—dijo el marqués.—Veamos.

«Señora, si aún es tiempo, si no se puso usted ayer en camino al recibir la carta en que la decía que viniese á reunirse con su hija, no lo haga usted; espérela ahí ó salga á recibirla hasta Strasburgo, á donde llegaré con M.^{lle} Ruyter dentro de breves días. Esta infeliz está ya decidida á huir de la infamia y de los malos tratamientos de su seductor; ahora mismo acabo de recibir un billete suyo en que me anuncia por fin

esta resolución: esta noche nos veremos para fijar la hora de nuestra partida. Yo, por mi parte, estoy también decidido á abandonar todos mis asuntos para aprovechar la buena disposición en que ahora se halla, y que acaso podrían destruir en breve las zalamerías de su amante, que aún conserva sobre ella un poder inmenso. Mucho temo que el amor que tiene á este miserable sea eterno, y que el dolor de abandonarle le cueste muchas lágrimas. Con todo, sea usted indulgente y buena con ella: ese es un deber de usted como madre, y no dudo que el cumplimiento de este deber será muy dulce para su corazón. Yo, por mí, soy áspero y explico más fácilmente mi enojo que mi compasión; quisiera ser más persuasivo, pero no puedo ser más amable, y no es mi suerte ser amado.

PABLO HENRYET.»

—Esto te prueba, oh amigo mío—dijo el marqués con tono burlón, presentando la carta á la llama del quinqué, que tu esposa te es fiel y que eres el más feliz de los maridos.

—¡Pobre mujer!—dijo Leoni—¡pobre Henryet! ¡Oh! ¡él la hubiera hecho feliz! ¡él la hubiera respetado y querido á lo menos! ¿Qué horrible fatalidad la ha arrojado en manos de un infame aventurero, impelido á ella por el destino de un extremo á otro del mundo, cuando tenía á mano el corazón de un hombre honrado? ¡Insensata, insensata! ¿Por qué me preferiste!

—¡Bravo!—dijo el marqués en tono irónico.—Sólo falta ahora que hagas algunos versos; un epitafio á la memoria del hombre á quien asesinaste anoche, me parecería cosa de muy buen gusto y nueva sobre todo.

—Sí, se lo haré—dijo Leoni—y el texto será éste:

«Aquí yace un hombre de bien, que quiso hacerse el defensor de la justicia humana contra dos malvados, y á quien la justicia divina hizo morir bajo sus puñales.»

Cayó Leoni en un doloroso estupor, durante el cual repetía á cada instante maquinalmente el nombre de su víctima. «¡Pablo Henryet!—decía—veintidós ó veinticuatro años todo lo más; un semblante apático, pero hermoso; un carácter recto y firme; odio implacable á la injusticia; el orgullo brutal de la honradez, y, sin embargo, un no sé qué de tierno y melancólico. Amaba á Julieta, ¡siempre la amó! En vano lucha-

ba contra su pasión; esta carta me prueba que aún la amaba, y que la hubiera idolatrado si hubiera podido curarla de su insensato amor. ¡Julietta! ¡Julietta! ¡Aún pudieras haber sido feliz y yo le he muerto! te he arrebatado el hombre que aún podía consolarte; tu único defensor no existe ya, y sigues siendo la presa de un miserable bandido.»

—¡Admirable!—dijo el marqués;—es lástima que hagas un solo movimiento con los labios, sin tener un taquígrafo al



lado que perpetúe tus nobles y patéticos exabruptos. Yo me voy á la cama; ¡buenas noches, amigo! ¡Acuéstate con tu mujer, pero múdate de camisa, porque á fe mía que tienes en la pechera sangre de Henryet!...

Salió el marqués, y después de un instante de inmovilidad, se llegó Leoni á mi cama, descorrió las cortinas y me

miró; vió entonces que yo estaba incorporada en mi lecho, y que tenía los ojos abiertos y clavados en él. No pudo Leoni sostener el aspecto de mi semblante lívido y de mi mirada fija en el suyo; retrocedió lanzando un grito de terror, y yo le dije repetidas veces con voz débil y ronca: «¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!»

Cayó de rodillas como herido del rayo, y se arrastró hasta mi lecho con aire suplicante: «¡Acuéstate con tu mujer—le dije, repitiendo las palabras del marqués en una especie de delirio;—pero múdate de camisa, porque á fe mia que tienes en la pechera sangre de Henryet!»

Cayó Leoni de bruces en el suelo, lanzando gritos inarti-

culados; entonces perdí completamente el sentido, y me parece que repetí sus gritos imitando con una estupidez servil la entonación de su voz y las convulsiones de su pecho. Creyó que me había vuelto loca, y levantándose con terror, se acercó á mí; yo pensé que iba á asesinarme y me eché fuera de la cama, gritando: «¡Perdón! ¡perdón! ¡no lo diré!...» Y me desmayé en el momento en que me cogió en sus brazos para levantarme del suelo y darme los auxilios que exigía mi situación.

XIX



DESPERTÉME al fin en sus brazos, y nunca empleó tanta elocuencia, tanta ternura y tantas lágrimas para implorar su perdón. Confesó que era el último de los hombres, pero me dijo que una sola cosa le realzaba á sus propios ojos, y era el entrañable amor que siempre me había tenido, y que ninguno de sus vicios, ninguno de sus crímenes había sido poderoso á amortiguar. Hasta entonces siempre había luchado contra las apariencias que por todas partes le acusaban, había luchado contra la evidencia por conservar mi aprecio; pero entonces, no pudiendo ya justificarse con mentiras, tomó otro tomo, adoptó un nuevo carácter para contenerme y persuadirme; despojóse de todo artificio, más bien pudiera decirse de todo pudor, y me confesó todas las vilezas de su vida. Pero aun en medio de aquel abismo tuvo buen cuidado de hacerme ver y comprender lo bueno que había en él, la facultad de amar, el eterno vigor de un alma en que los más violentos vaivenes, las pruebas más peligrosas no eran bastantes á apagar el fuego sagrado del amor.

—Mi conducta es vil—me dijo,—pero mi corazón es siem-

pre noble. Siempre le desgarran sus extravíos; mi corazón ha conservado tan enérgico, tan puro como en su primera juventud, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, el horror del mal que comete, el entusiasmo de todo lo bello que contempla. Tu paciencia, tus virtudes, tu angélica bondad, tu misericordia infinita como la de Dios, no pueden ejercitarse en favor de un sér que las comprenda mejor y las admire más: un hombre de buenas costumbres y de una conciencia delicada las hallaría más naturales y las apreciaría menos; con un hombre así, además, no pasarías de ser una mujer honrada; pero con un hombre como yo, eres una mujer sublime, y la deuda de gratitud que se aglomera en mi corazón es inmensa como tus sacrificios y tus amarguras. Créeme, Julieta; algo es en el mundo ser amado y tener derecho á una pasión indecible; sobre quién podrías jamás tener este derecho como sobre mí? ¿por quién volverías á comenzar á sufrir los tormentos y la desesperación que has sufrido ya conmigo para adquirirle? ¿Crees tú que hay otra cosa más en la vida que el amor? Yo por mí, no lo creo; ¿y te parece que es cosa fácil inspirarle y sentirle? Millares de hombres viven y mueren incompletos sin haber conocido otro amor más que el de los animales, y muchas veces un corazón capaz de sentirle busca en vano donde colocarle, y sale virgen de todos los halagos terrestres para ir á hallarle tal vez en los cielos. ¡Ah! Cuando Dios nos concede en la tierra este sentimiento profundo, inefable, no se debe, Julieta, esperar ni desear la gloria, porque la gloria es la fusión de dos almas en un beso de amor; y ¿qué importa, cuando la hallamos en el mundo, que sea en los brazos de un justo ó en los de un condenado? Que sea maldito ó adorado entre los hombres el que tú amas ¿qué te importa si él te ama también? Dime, ¿me amas á mí ó amas la opinión que tienen los hombres de mí? ¿Qué has amado en mí desde el principio? ¿Acaso el esplendor que me rodeaba? Si hoy me aborreces, será preciso que en vez de aquel ángel, de aquella víctima consagrada al martirio cuya sangre derramada por mí cae incesantemente gota á gota sobre mis labios, no vea yo en ti más que una niña crédula y débil que me ha amado por vanidad y que me abandona por egoísmo. ¡Julieta, Julieta, piensa en lo que haces si me abandonas! Perderás el único amigo que te conoce, que te aprecia y te venera,

por un mundo que te desprecia ya, y cuya estimación no volverás á conquistar jamás. Sólo te queda un amor en el mundo, ¡ pobre vida mía ! Es preciso que sigas la suerte del aventurero ó que mueras olvidada en un claustro. Si me abandonas, serás tan insensata como cruel ; habrás agotado todos los males, toda la pena y no recogerás los frutos de tu sacrificio, porque, ahora, si á pesar de todo lo que sabes, puedes aún amarme y seguirme, sabe que te amaré con un delirio de que tú no tienes idea, y que ni aun yo mismo hubiera podido sospechar si me hubiera casado contigo honradamente, y hubiera vivido en paz contigo en el seno de la familia. Hasta ahora, á pesar de todo lo que has sacrificado por mí, de todo lo que has sufrido, no te he amado todavía como me siento capaz de amarte. Aún no me habías amado tú tal cual yo soy ; tú amabas á un Leoni imaginario, en quien veías aún cierta grandeza y cierta seducción ; esperabas que algún día llegaría á ser el hombre á quien amaste en un principio ; y no creías, ¡ infeliz ! que estrechabas en tus brazos á un hombre absolutamente perdido. Y yo... yo me decía : No me ama más que condicionalmente, ó por mejor decir, no me ama á mí, sino al personaje que represento ; cuando vea mis facciones sin máscara, huirá de mi tapándose los ojos, y el amante á quien estrecha ahora en sus brazos, la causará horror. No, no es la mujer y la querida que yo había soñado y que mi alma ardiente pide al cielo ; Julieta forma parte todavía de esa sociedad de que soy enemigo, y ella también será mi enemiga cuando me conozca. No puedo fiarme de ella, no puedo depositar en el seno de ningún sér viviente la más odiosa de mis angustias, la vergüenza que tengo de lo que hago todos los días. Sufro, y me roen el alma los remordimientos ; ¡ si existiera una criatura capaz de amarme sin pedirme que dejara de ser quien soy ! ¡ si pudiera tener una amiga que no fuese un acusador y un juez !... Esto me decía yo á mí mismo, Julieta ; esta amiga pedía yo al cielo ; pero pedía que fueras tú y no otra, porque tú eras lo que más amaba yo en este mundo antes de comprender todo lo que nos faltaba que hacer á entrambos para amarnos verdaderamente.

¿ Qué podía yo responder á semejante discurso ? Nada ; re-
ducíame pues á mirarle con ojos estupefactos, asombrada de

hallarle todavía hermoso y amable, de sentir á su lado la misma conmoción profunda, el mismo deseo de sus caricias, la misma gratitud á su amor. Su abyección no dejaba ninguna huella sobre su noble frente, y cuando sus rasgados ojos negros flechaban su llama á los míos, yo me sentía deslumbrada y encantada como antes; todas sus manchas desaparecían y hasta las señales de la sangre de Henryet, todo quedaba borrado, y yo todo lo olvidé para unirme á él con nuevas promesas, con juramentos frenéticos, insensatos; entonces vi en efecto que se reavivaba su amor, ó más bien que se renovaba, como él me lo había anunciado. Abandonó ó punto menos á la princesa Zagarolo, y pasó todo el tiempo de mi convalecencia á mis pies con la misma ternura, los mismos cuidados y las mismas delicadezas que me habían hecho tan feliz en Suiza; hasta me atreveré á decir que aquellas pruebas de ternura fueron más vivas y me dieron más orgullo y elegancia; que aquella fué la época más feliz de mi vida, y que nunca amé más á Leoni. Estaba íntimamente convencida de todo lo que me había dicho; ya no podía yo además temer que me quisiese por interés, pues ya nada podía darle en este mundo; dependía absolutamente de él, y estaba sujeta á todos los azares de su suerte; en fin, sentía una especie de orgullo en no mostrarme inferior á lo que esperaba de mi generosidad, y su gratitud me parecía mayor que mis sacrificios.

Entró una noche en mi cuarto muy agitado, y estrechándome mil veces á su corazón:

—Julietta mía—me dijo,—mi hermana, mi esposa, mi ángel, es preciso que seas buena é indulgente como Dios, es preciso que me des una nueva prueba de tu celestial dulzura y de tu heroísmo. Es preciso que vengas á vivir conmigo en casa de la princesa Zagarolo.

Retrocedí muda de asombro, y como conocí que ya no estaba en mi mano negarme á nada, empecé á temblar como un reo en presencia del suplicio.

—Escucha—me dijo,—la princesa está sumamente mala; como la veo poco hace algún tiempo, por causa tuya, la tristeza ha agravado su mal en términos que los facultativos le dan apenas un mes de vida. Una vez que ya lo sabes todo... puedo hablarte sin rebozo de ese infernal testamento; trátase pues de una herencia de muchos millones en que tengo por

rival á toda una familia ansiosa de aprovecharse de mis errores para dejarme por puertas en el momento decisivo. El testamento en mi favor existe con todos sus requisitos; pero un instante de despecho puede hacerlo nulo. Estamos arruinados, y sólo nos queda este recurso; si le perdemos, será preciso que vayas tú á un hospital y que yo me haga capitán de bandoleros.

—¡Dios mío!—le dije—¡Vivimos en Suiza con tan poco! ¿por qué ha de ser para nosotros la riqueza una necesidad? ¿Ahora que nos amamos tanto, no podemos vivir felices sin cometer nuevas infamias?...

Hizo Leoni por toda respuesta un movimiento de contracción con las cejas que revelaba la pena, el fastidio y el temor que le causaban mis reconvenciones; callé pues al punto, y le pregunté en qué era necesaria mi presencia al buen éxito de su empresa.

—Porque la princesa en un arrebato de celos, bastante fundado, se ha empeñado en verte. Mis enemigos han tenido buen cuidado de informarla de que paso todas las mañanas con una mujer joven y linda que ha venido á buscarme á Milán; por mucho tiempo he logrado hacerla creer que eres hermana mía; pero de un mes á esta parte, viendo que la abandono enteramente, ha empezado á concebir algunas dudas, y no cree ya en tu enfermedad que he alegado como disculpa de mis ausencias. Hoy en fin, me ha declarado que si la abandono en el estado en que se encuentra, no creerá más en mi cariño, y procurará olvidar el suyo.

«Si tu hermana está enferma, y no puede pasar sin ti—me dijo—tráela á mi casa, y mis doncellas y mis médicos la asistirán; podrás verla á todas horas, y si realmente es tu hermana, yo la querré como si lo fuera mía también.»

En vano he querido oponerme á tan extraño capricho; la he dicho que eras pobre y muy altiva, que nada en el mundo te haría consentir en aceptar su hospitalidad, y que era en efecto poco decoroso y hasta ridículo que fueses á habitar á casa de la querida de tu hermano; pero nada ha querido escuchar, y responde á todas mis objeciones:—Bien veo que me engañas;—no es tu hermana.— Si te obstinas, Julieta, somos perdidos;—¡ven, ven, yo te lo suplico, amada mía, ven!

Tomé sin responder palabra mi chal y mi sombrero, y mientras me disponía para salir, caían lentamente copiosas lágrimas por mis mejillas, que Leoni enjugó con sus labios estrechándome otras mil veces entre sus brazos y llamándome su bienhechora, su ángel tutelar, su única amiga.

Crucé temblando los inmensos salones de la princesa. Al ver la riqueza de aquel palacio, sentí oprimido mi corazón con un peso indecible, y recordé las duras palabras de Henryet: «Cuando ella muera, usted será rica, Julieta, heredará su lujo, dormirá en su lecho, y aun podrá ponerse sus vestidos.»

Al pasar por junto á los lacayos, tuve que bajar los ojos porque me parecía que me miraban con odio y con envidia, y me sentí más vil que ellos. Leoni me apretaba el brazo con el suyo, y viendo que todo mi cuerpo temblaba y que apenas podía sostenerme:—¡Ánimo, ánimo! me decía en voz baja.

Llegamos en fin á la alcoba; la princesa estaba recostada en una butaca, y nos esperaba al parecer con impaciencia. Era una mujer de como hasta treinta años, muy delgada, de tez sumamente amarilla, y vestida con regia elegancia, aunque en traje de casa; debía haber sido hermosísima en su primera juventud, y tenía una fisonomía en extremo agradable. La blancura de sus carrillos hacía que pareciesen todavía mayores sus rasgados ojos, cuyo blanco, vitrificado por la consunción, semejava al nácar de las perlas; sus cabellos sutiles y largos, eran de color negro reluciente, y parecían débiles y enfermos como toda su persona.

Prorrumpió al verme en una ligera exclamación de alegría, y me presentó una mano azulada y transparente que me parece estar viendo todavía; una seña de Leoni me hizo comprender que debía besar aquella mano, y me resigné.

Leoni se hallaba sin duda en una situación algo embarazosa, y con todo su naturalidad y su impavidez me confundieron: hablaba de mí á la princesa como si nunca hubiera podido descubrir su engaño, y la ponderaba su ternura delante de mí como si me hubiera sido imposible escuchar sus palabras con dolor ó con celos. Conocíase que la princesa conservaba aún ciertos visos de desconfianza, y conocí por sus palabras y sus miradas que me estaba estudiando para confirmar sus sospechas ó para destruirlas. Como mi natural

dulzura excluía toda especie de odio, pronto adquirió gran confianza en mí, y celosa como lo era hasta lo sumo, fácilmente se persuadió de que era imposible que consintiese una mujer en hacer el papel que yo estaba haciendo: una aventurera hubiera podido aceptarle, pero la expresión de mi semblante desmentía esta conjetura. Acabó la princesa por tomarme un cariño ciego; nunca quería que saliese de su cuarto, y me colmaba de regalos y de caricias. No dejó su generosidad de humillarme algún tanto, y tuve tentaciones de rehusar sus dádivas; pero el temor de disgustar á Leoni, me hizo soportar esta nueva mortificación. Lo que tuve que sufrir en los primeros días, y los esfuerzos que hice para doblegar hasta aquel punto mi orgullo, son cosa que sólo Dios y yo sabemos; pero aquellas penas fueron mitigándose con el tiempo, y la situación de mi ánimo llegó á ser tolerable. Leoni me manifestaba á hurtadillas una gratitud apasionada y una ternura delirante; á pesar de sus caprichos, de su impaciencia y de todo lo que me hacía sufrir su amor á Leoni, llegué á querer muy de veras á la princesa. Su corazón era más bien ardiente que tierno, y su carácter más bien pródigo que generoso; pero tenía en su trato una dulzura irresistible; la gracia que chispeaba en su lenguaje aun en medio de los más vivos dolores, el tacto con que sabía escoger palabras ingeniosas y tiernas para darme gracias por mis desvelos, ó pedirme que olvidara sus arrebatos, sus delicadas atenciones, su coquetería, que la seguía hasta el sepulcro, todo en ella tenía un carácter de originalidad, de nobleza y de elegancia, que hacían tanta más impresión en mí, cuanto nunca había yo visto de cerca á ninguna mujer de su clase, y no estaba acostumbrada á aquel irresistible atractivo que les da el trato continuo de la buena sociedad. Poseía la princesa este halago en tan alto grado que no pude resistir á él, y me dejé dominar á merced de su albedrío; era tan maliciosa y tan amable con Leoni, que no me admiraba de que estuviese enamorado de ella, y acabé en fin por acostumbrarme á ver las caricias que se hacían y á escuchar sin indignación sus palabras de ternura. Había en verdad ocasiones en que tenían bastante gracia y talento uno y otro para que hallase yo cierto placer en escucharlos, y Leoni encontraba medio de dirigirme algunas indirectas tan delicadas que casi me sentía á veces feliz

con mi odiosa humillación. No tardó en desvanecerse el odio que me manifestaban al principio los lacayos y los subalternos, merced al cuidado que tuve de repartir entre ellos todos los regalos que me hacía su señora: hasta llegué á granjearme el cariño y la confianza de los sobrinos y de los primos;



una sobrina muy linda, á quien la princesa se obstinaba en no recibir, fué por fin admitida á su presencia por mi mediación, y la agradó en extremo. Entonces la supliqué que me permitiese regalar á aquella amable niña un rico aderezo que me había obligado á aceptar aquella misma mañana, y este acto de generosidad la obligó á hacer á su sobrina un presente mucho más considerable. Leoni, que no era nada pequeño ni mezquino en su codicia, vió con placer los socorros pres-

tados á una huerfanita pobre, y los demás parientes empezaron á creer que nada tenían que temer de nosotros, y que nuestro cariño á la princesa era verdaderamente noble y desinteresado; cesaron pues enteramente las tentativas de delación contra mí, y por espacio de dos meses pasamos una vida muy tranquila en la que me admiraba de ser casi feliz.

XX



o único que me inquietaba seriamente era ver siempre á nuestros alrededores al marqués Lorenzo de... que había logrado introducirse, no sé cómo, en casa de la princesa, y la divertía con sus cáusticas y maldicientes habladurías; luego se llevaba á Leoni á las otras habitaciones donde tenía con él largas conferencias de las que siempre salía Leoni con malísimo humor.—Aborrezco y desprecio á Lorenzo, me decía muchas veces; es el pícaro más redomado que calienta el sol; es un hombre capaz de todo.—Pedía yo entonces que rompiera de una vez con él; pero á esto me respondía:—Eso es imposible, Julieta; tú no sabes que cuando dos malvados se han unido una vez, no se separan más que para enviarse mutuamente al patíbulo.—Estas siniestras palabras estaban tan poco en armonía con aquel hermoso palacio, en medio de nuestra apacible vida y casi á los oídos de aquella princesa tan amable y confiada, que al escucharlas toda la sangre se me helaba en las venas sin saber por qué.

Empeoraba en tanto de día en día la situación de nuestra

enferma, y pronto llegó el momento en que debía sucumbir infaliblemente. Vímosla irse apagando poco á poco, pero no perdió ni por un solo instante su presencia de ánimo, su humor festivo y sus amables discursos.

—¡Cuánto siento—decía á Leoni—que Julieta sea tu hermana! Ahora que voy al otro mundo, fuerza será que renuncie á tu amor, y no puedo ni desear ni exigir que me seas fiel después de mi muerte. Desgraciadamente harás mil calaveradas, y te enamorarás de alguna mujer indigna de ti. No conozco en el mundo mujer que te merezca más que tu hermana; es un ángel, y solo tú eres digno de ella.

Imposible me era resistir aquellas amables lisonjas, y mi cariño á aquella mujer iba siendo más vehemente á medida que la muerte la desprendía de nosotros. No quería yo creer que nos fuese arrebatada con toda su razón, toda su serenidad y en medio de una intimidad tan dulce; preguntábame á mí misma cómo haríamos para vivir sin ella, y no podía figurarme vacío entre Leoni y yo su gran sillón dorado, sin que mis ojos se cubriesen de lágrimas.

Una noche en que la estaba leyendo en alta voz no sé qué poeta italiano, mientras Leoni, sentado en la alfombra, la calentaba los pies con una paletina de ricas pieles, recibió una carta, la leyó rápidamente, lanzó un grito, y cayó desmayada.

Mientras yo volaba en su auxilio, cogió Leoni la carta y se enteró de su contenido: aunque la letra estaba desfigurada, fácilmente reconoció la mano del vizconde Chalm. Reducíase la tal carta á una delación contra mí, con varios detalles circunstanciados sobre mi familia, sobre mi rapto, sobre mis relaciones con Leoni, todo acompañado de mil odiosas calumnias contra mi carácter y mis costumbres.

Al grito que lanzó la princesa, Lorenzo, que andaba siempre á nuestro alrededor como un genio maléfico, entró no sé cómo, y Leoni, llevándole á un rincón de la estancia, le enseñó la carta del vizconde. Cuando se acercaron á nosotros, el marqués estaba muy sereno y tenía, como de costumbre, una sonrisa burlona en los labios; Leoni, sumamente agitado, le miraba con ansiedad como para pedir consejo.

La princesa seguía desmayada en mis brazos; el marqués al verlo, se encogió de hombros.

—Tu mujer es muy necia—dijo en voz bastante alta para que yo lo oyese;—su presencia aquí ya no sirve más que de estorbo; con que así puedes despacharla, diciéndola que vaya á buscar auxilio; todo corre por mi cuenta.

—¿Pero qué harás?—dijo Leoni con suma ansiedad.

—No tengas cuidado—respondió Lorenzo;—tengo yo hace mucho tiempo preparado un papelillo que llevo siempre conmigo... Pero echa de ahí á Julieta.

Leoni me pidió que fuese á llamar á las doncellas; obedecí y recliné suavemente la cabeza de la princesa sobre un almohadón, pero cuando iba yo á salir del cuarto, no sé qué fuerza magnética me detuvo y me obligó á volverme... Ví al marqués acercarse á la enferma como para socorrerla; pero su semblante me pareció tan odioso, el de Leoni tan pálido, que no tuve valor para dejar á aquella moribunda sola con ellos. No sé qué confusas ideas me pasaron por la cabeza; me acerqué temblando al lecho, y mirando á Leoni con terror:—¡Cuidado! ¡cuidado! le dije.—¿De qué?—me respondió con asombro, y es el caso que, á decir verdad, ni yo misma lo sabía, y que me avergoncé de la especie de locura que acababa de mostrar; las irónicas miradas del marqués acabaron de turbarme. Salí y volví un momento después con las doncellas y el facultativo, el cual halló á la princesa con una horrible crispación de nervios, y dijo que sería preciso hacerla tragar en el acto una cucharada de la poción calmante. En vano quisieron abrirle la boca.—Que esa señora se encargue de ello—dijo una de las doncellas designándome—la princesa no toma nada más que de su mano, y nunca rehusa las medicinas que le da.—Probé en efecto y la moribunda cedió lentamente; por efecto de la costumbre, me apretó la mano con suavidad al volverme la cuchara, luego extendió violentamente los brazos, se incorporó en su cama como si fuera á lanzarse en mitad del cuarto, y cayó muerta en su sillón.

Aquella muerte repentina me hizo una impresión tan terrible, que perdí el sentido y tuvieron que sacarme de la estancia. Estuve enferma algunos días, y cuando recobré mi razón, Leoni me anunció que ya me hallaba en mi casa; que se había abierto el testamento, y que no se había hallado en él la menor duda; que éramos propietarios de un soberbio patrimonio y de un palacio magnífico. Y á ti sola te debo todo

esto, Julieta mía—me dijo—y te debo además la dulzura de poder pensar sin vergüenza ni remordimiento en los últimos instantes de nuestra amiga, cuya amargura han mitigado tu sensibilidad, tu paciencia y tu angelical dulzura. ¡En tus brazos ha muerto esa rival á quien otra hubiera aborrecido! ¡y tú la has llorado como si hubiera sido una hermana! ¡Oh, eres buena, demasiado buena, sábelo Dios! Ahora goza del fruto de tu resignación; mira cuán feliz soy viéndome rico, y pudiendo darte todo el bienestar que necesitas.

—Calla, calla—le dije—ahora es cuando más me avergüenzo y sufro más. Mientras esa mujer estaba ahí, y la sacrificaba yo mi amor y mi orgullo, me consolaba conociendo que la tenía cariño, y que me inmolaba por ella y por ti; ahora no veo más que lo bajo y odioso de mi situación. ¡Cómo deben despreciarnos todos!

—Te engañas mucho, amada mía—dijo Leoni;—todos nos saludan y nos atienden porque somos ricos.

Pero no gozó Leoni mucho tiempo de su triunfo; los coherederos que llegaron de Roma, furiosos contra nosotros, habiendo sabido los detalles de aquella muerte tan repentina, nos acusaron de haberla acelerado con el veneno, y pidieron, para aclarar sus dudas, que se desenterrase el cadáver; procedióse á la operación, y á la primera ojeada conocieron los médicos señales evidentes de un activo veneno.

—Somos perdidos—me dijo Leoni entrando en mi cuarto;—Ildegonda ha muerto envenenada, y todos nos acusan. No hay que preguntar quién ha cometido ese abominable crimen; ha sido Lorenzo, ó, por mejor decir, Satanás bajo la forma de ese infame. Mira cómo nos sirve; él está en seguridad, y nosotros nos hallamos en poder de la justicia.... ¿Te sientes con valor para saltar por la ventana?

—No—le dije;—soy inocente y nada temo; si eres culpable, ¡huyel!

—No soy culpable, Julieta—dijo echándome á su seno con vehemencia,—no me acuses cuando no me acuso yo; ya sabes que no suelo ser indulgente conmigo mismo.

Nos prendieron y nos encerraron en un calabozo; entablóse contra nosotros una causa criminal, pero fué menos larga y menos grave de lo que esperábamos; nuestra inocencia nos salvó. En presencia de tan horrible acusación, hallé en mí

toda la energía que da una conciencia pura; mi juventud y mi aire de sociedad me granjearon la benevolencia de los jueces desde el primer momento, y pronto quedé absuelta. El honor y la vida de Leoni estuvieron por más tiempo en peligro; pero era imposible, á pesar de todas las apariencias, hallar una sola prueba contra él, porque realmente no era



culpable, antes bien (y todas sus respuestas lo indicaban), aquel crimen que le imputaban le llenaba de horror; salió puro en fin de aquella acusación. De todos los lacayos hubo sospechas, y nadie pensó, ni aun remotamente, que el marqués fuera el culpable; parecía que no tenía el menor interés en aquella muerte, y había salido de Milán, sin que nadie hiciese alto en la singular coincidencia de aquella especie de fuga, con la muerte de la princesa. Pero apenas salimos de la cárcel, volvió á presentarse en el palacio é intimó á Leoni la orden de repartir con él la sucesión; declaró que todo se lo

debíamos á él, que á no haber sido por su osadía y la prontitud de su resolución, seguramente la princesa hubiera anulado el testamento. Leoni le hizo las más horribles amenazas, pero no por eso se asustó el marqués, pues tenía para ponerle á raya el asesinato de Henryet, cometido á su vista por Leoni, y podía arrastrarle á su pérdida; Leoni furioso se sometió á pagarle una suma considerable. Empezamos en seguida á ostentar un lujo desenfrenado, en términos de que arruinarse de nuevo, fué negocio para Leoni de seis meses. Veía yo sin pesadumbre disiparse aquellos bienes que había adquirido con vergüenza y dolor, pero me aterraba por Leoni la idea de la miseria que se nos acercaba á pasos agigantados; estaba persuadida de que no podría soportarla, y de que, para salir de ella, se precipitaría en nuevos extravíos y en nuevos peligros. Desgraciadamente era imposible hacerle tener un poco de juicio y de previsión; siempre respondía con caricias, ó con cuchufletas, á mis súplicas y á mis reconvenciones. Tenía quince soberbios caballos ingleses, mesa franca para toda la ciudad, y una comparsa de músicos á sus órdenes; pero lo que más aceleró su ruina, fué las enormes cantidades que tuvo que repartir entre sus antiguos compañeros para impedir que cayesen sobre él, y convirtiesen su casa en una caverna de bandoleros. Había obtenido de ellos que no ejercieran su industria en su casa, y para decidirlos á salir del salón cuando empezaban á jugar sus tertulianos, tenía que pagarles todos los días una especie de barato. Aquella intolerable dependencia le daba tentaciones á veces de huir del mundo, y de ir á esconderse conmigo en algún pacífico retiro; pero debo decir también que esta idea le aterraba aún más, porque el afecto que yo le inspiraba no era ya bastante activo para llenar su existencia toda. Siempre estaba cariñoso conmigo; pero, lo mismo que en Venecia, me abandonaba con frecuencia para saciarse de todos los placeres de la riqueza: hacía fuera de casa la vida más disoluta del mundo, y tenía una multitud de queridas de alto tono, á quienes hacía regalos magníficos, y cuya sociedad lisonjeaba su insaciable vanidad. Vil y sórdido para adquirir, era despilfarrado y espléndido en su prodigalidad; su voluble carácter mudaba con todos los vaivenes de su suerte, y con ellos mudaba también el amor que me tenía. En la agitación y el pesar que le causa-

ban los reveses de la fortuna, no teniendo más que á mí en el mundo para compadecerle y amarle, volvía á mí con delirio; pero en medio de los placeres me olvidaba y buscaba en otra parte más vivos goces. Yo sabía todas sus infidelidades; ya fuera por pereza, ya por indiferencia, ya por confianza en mis infatigables perdones, ni aun se tomaba el trabajo de ocultármelos, y cuando le echaba en cara la poca delicadeza de semejante modo de proceder, me recordaba mi conducta con la princesa Zagarolo, y me preguntaba si se había agotado ya mi misericordia. Lo pasado me encadenaba ya pues irremisiblemente á la paciencia y al dolor; pero lo más injusto, lo más cruel que había en la conducta de Leoni, es que creía como cosa indudable que debía yo hacer todos aquellos sacrificios sin sufrir, y que una mujer podía adquirir la costumbre de habituarse al tormento de los celos.

Recibí en ésto una carta de mi madre que había recibido en fin noticias mías por conducto de Henryet, y que, al ir á ponerse en camino para reunirse conmigo, había caído peligrosamente enferma. Pedíame en su carta que fuese á asistirle, y me prometía recibirme sin reconvenciones y con gratitud; aquella carta era mil veces demasiado dulce y bondadosa. Yo la bañé con mis lágrimas, pero me parecía, á pesar mío, algo intempestiva; las expresiones que empleaba en ella rayaban ya en chocantes á fuerza de ternura y de humildad; en fin, ¿por qué he de ocultarlo? no era aquello el perdón de una madre generosa, sino la súplica de una mujer enferma y aburrida. Púseme al instante en camino, y la hallé á las puertas de la muerte; me dió su bendición, me perdonó y murió en mis brazos, recomendándome muy particularmente que la hiciese enterrar con un vestido que siempre le había gustado mucho.

XXI



ANTAS fatigas, tantos dolores habían casi de todo punto agotado mi sensibilidad, de modo que apenas lloré la muerte de mi pobre madre; encerréme en su cuarto luego que sacaron el cuerpo, y allí quedé triste y abatida por espacio de muchos meses, ocupada únicamente en pensar en lo pasado, sin cuidarme en lo más mínimo del porvenir. Mi tía, que al principio me recibió muy mal, se sintió por fin conmovida en vista de aquel mudo dolor, que estaba más en armonía con su carácter que la expansión de las lágrimas; me prodigó en silencio algunas atenciones delicadas, y cuidó de que no me dejase morir de hambre. La tristeza de aquella casa que yo había visto tan lujosa y animada, convenía á la triste situación de mi alma. Veía entonces de nuevo los muebles que me recordaban los más frívolos incidentes de mi in-

fancia; comparaba aquellos tiempos en que un rasguño en mi dedo era la más terrible catástrofe que podía afligir á mi familia, con la vida infame y sangrienta que había llevado después. Veía por una parte á mi madre en el baile, y por otra á la princesa Zagarolo envenenada en mis brazos y por mi misma mano; el sonido de la música pasaba en mis sueños en medio de los

quejidos de Henryet asesinado, y en la oscuridad de la prisión, donde por espacio de tres meses de angustias había es-



perado todos los días una sentencia de muerte, veía llegarse á mí, en medio del esplendor de las arañas y del perfume de las flores, mi fantasma vestido de crespón de plata y cubierto

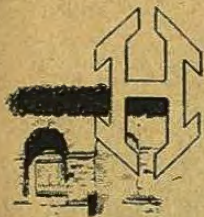
de espléndidas pedrerías. Á veces, fatigada de estos confusos y espantosos sueños, descorría las cortinas, me acercaba al balcón y tendía los ojos sobre aquella ciudad donde había sido tan feliz y tan cortejada, sobre aquel paseo donde había excitado tantas admiraciones y envidias. Mas pronto advertí la insultante curiosidad á que daba origen mi semblante pálido; parábase la gente bajo mis ventanas, se formaba en grupos para hablar de mí, señalándome casi con el dedo, y yo entonces me retiraba, corría las cortinas, iba á sentarme junto al lecho de mi madre, y permanecía allí inmóvil y desalada hasta que venía mi tía con su rostro apático y sus silenciosas pisadas á cogerme del brazo y llevarme á la mesa. Su conducta conmigo, en aquella circunstancia de mi vida, me pareció la más generosa y bien calculada del mundo; yo no hubiera escuchado consuelos; no hubiera podido tolerar las reconvenções, no hubiera creído en señales de estimación; el afecto mudo y la delicada compasión de mi tía me llegaron muy al alma. Aquella figura grave que pasaba silenciosa en derredor de mí, como un espectro, como un recuerdo del tiempo pasado, era lo único que no podía ni afligirme ni atorrarme; cogía yo á veces entre las mías sus manos secas y las estrechaba sobre mis labios durante algunos minutos, sin pronunciar una sola palabra, sin exhalar un suspiro. No respondía ella nunca á esta caricia, pero se estaba quieta sin impaciencia y no apartaba su mano de mis besos; mucho era para ella.

Ya no pensaba yo en Leoni más que como un terrible recuerdo que procuraba ahuyentar con todas mis fuerzas; volver con él era una idea que me hacía estremecer como la vista de un suplicio. No tenía yo ya bastante vigor para amarlo ó aborrecerle; nunca me escribía, y ni siquiera hacía yo alto en ello, pues no había contado jamás con sus cartas. Un día recibí una en que me anunciaba nuevas calamidades; habíase hallado un testamento de la princesa Zagarolo, cuya fecha era más reciente que la del nuestro. Uno de sus criados en quien tenía suma confianza, había sido depositario de aquel documento desde su muerte hasta aquel momento. Había hecho la princesa aquel testamento en la época en que Leoni la había abandonado casi del todo por asistirme á mí en mi enfermedad, y cuando había tenido más dudas sobre

nuestra fraternidad ; luego había pensado en hacerle pedazos cuando se reconcilió con nosotros, pero como estaba sujeta á mil caprichos, había querido conservar los dos testamentos, á fin de tenerlos siempre á mano por lo que pudiera suceder. Leoni sabía en qué mueble estaba guardado el suyo, pero del otro sólo tenía noticia Vincenzo, el confidente de la princesa, el cual debía, según ella se lo mandara, destruirle ó conservarle ; la infeliz no se esperaba una muerte tan violenta y tan repentina. Vincenzo, á quien Leoni había colmado de dádivas, y con quien estaba muy bien avenido en aquella época, no habiendo además podido saber la última resolución de la princesa, conservó el testamento sin decir nada á nadie, y nos dejó sacar partido del nuestro. Hubiera podido enriquecerse por aquel medio, amenazándonos con publicar su testamento reservado, ó vendiendo su secreto á los herederos naturales ; pero no era interesado ni malo. Dejónos gozar de la herencia sin exigir ni aun más salario del que ya tenía ; pero cuando dejé á Leoni, empezó á estar siempre de malísimo humor, y es de advertir que Leoni era brutal con sus criados, y que sólo mi indulgencia podía hacer que continuasen en su servicio por mucho tiempo. Un día se encolerizó Leoni hasta el punto de poner la mano en aquel anciano, que sacó al instante el testamento del bolsillo y le declaró que iba á presentarle á los parientes de la princesa : no hubo amenazas, súplicas, ni afectos que pudiesen aplacar su resentimiento. Llegó en esto el marqués y se resolvió emplear la fuerza para arrancarle el fatal papel ; pero Vincenzo que, á pesar de su avanzada edad, era hombre de muchas fuerzas, le tiró al suelo, le pateó grandemente, y amenazó á Leoni con arrojarle por el balcón si se acercaba á él ; en seguida completó su venganza sin piedad. Fué Leoni al punto desposeído de sus bienes y condenado á presentar todo lo que se había comido de la herencia ; es decir, tres cuartas partes de ella por lo menos ; incapaz de pagar, en vano intentó fugarse ; fué metido en una cárcel, desde donde me decía no todos los detalles que acabo de referir, y que no supé hasta mucho después, sino en pocas palabras el horror de su situación. Si no acudía yo en su auxilio, era muy posible que gimiese toda su vida en el más horrible cautiverio, porque ya ni aun tenía medios para procurarse el bienestar de que hubiéramos podido ro-

dearnos en la época de nuestra primera reclusión: sus amigos le abandonaban y se daban tal vez el parabién de verse libres de él. Carecía absolutamente de todo recurso en una especie de calabozo húmedo, donde ya le devoraba la fiebre: la justicia había vendido todas sus alhajas y hasta sus ropas, y apenas tenía con qué guarecerse del frío.

Al instante me puse en camino. Como nunca había sido mi intento establecerme en Bruselas y sólo me detenía allí con preferencia á otro punto cualquiera la pereza del dolor, hacia medio año, fui convirtiendo poco á poco en dinero todo mi patrimonio: muchas veces había formado el proyecto de emplearle en fundar un hospital de arrepentidas y en él tomar el velo de religiosa. Otras veces había pensado en poner aquel dinero en el banco de Francia, reduciéndole á una renta inalienable á nombre de Leoni, que le preservase para siempre de la necesidad y de las bajezas que eran en él su consecuencia inmediata; pensaba no quedarme más que con una módica pensión vitalicia, é ir á encerrarme sola en el valle de la Suiza, donde el recuerdo de mi felicidad pasada me hubiera ayudado á sobrellevar el horror de la soledad. Pero cuando supe la nueva desgracia en que había caído Leoni, sentí despertarse en mi alma con más energía que nunca mi amor y mi desvelo verdaderamente fraternal por su suerte; puse todo mi capital en casa de un banquero de Milán, y sólo me quedé con lo necesario para duplicar la renta que había legado mi padre á mi tía, lo que hice dejándola, con gran satisfacción suya, la casa que habitábamos y en que ella había pasado la mitad de su vida. Tomadas estas disposiciones, me puse en camino para reunirme con Leoni. No me preguntó mi tía dónde iba; bien lo sabía la infeliz: no procuró hacerme mudar de resolución; no me dió gracias por mi generosidad; sólo me apretó la mano. Pero, al volver la cara, vi deslizarse lentamente sobre sus rugosas mejillas las primeras lágrimas que la había visto derramar en su vida.



ALLÉ á Leoni en un estado horroroso; estaba macilento, lívido y casi loco. Aquella era la primera vez que se había visto realmente miserable y abatido: hasta entonces no había hecho mas que ver desmoronarse poco á poco su opulencia, buscando y hallando al mismo tiempo los medios de restablecerla. Sus desastres en este género habían sido grandes; pero la industria y la suerte nunca le habían dejado por mucho tiempo entregado á las privaciones de la indigencia: su fuerza moral no le había abandonado jamás, pero quedó vencido cuando le abandonó su fuerza física. Halléle en un estado de irritación nerviosa que se parecía á la

rabia. Salí por fiadora de su deuda, y no fué difícil presentar las pruebas de mi solvencia, pues las llevaba conmigo; no entré pues en su prisión mas que para sacarle de ella. Tan violenta fué su alegría que fué preciso llevarle en brazos al coche; estaba desmayado.

Fuímos á establecernos en Florencia, donde le proporcioné todas las comodidades que pude con mis cortas facul-



tades, pues me quedó muy poco después de haber pagado todas sus deudas. Consagré desde entonces todos mis desvelos en hacerle olvidar los sufrimientos de su prisión; su robusto cuerpo se restableció muy en breve, pero su ánimo quedó enfermo; los terrores de la obscuridad y las angustias de la desesperación habían hecho una impresión profunda en aquel hombre activo, emprendedor, acostumbrado á los



goces de la riqueza ó á las agitaciones de la vida aventurera. La inacción le había quebrantado, le había dejado continuamente expuesto á miedos pueriles, á terribles violencias. No podía ya soportar la menor oposición á sus deseos, y lo más cruel era que me hacía pagar á mí todas las que yo no podía evitarle; ya había perdido aquella energía de voluntad que le hacía mirar impávido el más precario porvenir. Entonces le aterraba la idea de la pobreza, y todos los días me preguntaba con qué recursos podríamos contar cuando se acabaran los que aún teníamos, y yo no sabía qué responderle, porque no menos que á él, me aterraba la idea de nuestra próxima miseria. Llegó en efecto este cruel momento; entonces me dediqué á pintar á la aguada pantallas de quinqués y de cbi-

meneas, abanicos, cajas de tabacos y otros pequeños muebles de madera de Spa: trabajando doce horas al día, ganaba treinta ó cuarenta reales. Aquello hubiera bastado seguramente para mis necesidades, pero para Leoni era la más profunda miseria. Siempre deseaba á la vez mil cosas imposibles, y se quejaba con amargura, con furor, de no ser rico; muchas veces me reconvenía exasperado porque pagué sus deudas y no me escapé con él llevándonos todo el dinero, y me veía precisada para apaciguar su rabia, á probarle que me hubiera sido imposible sacarle de la cárcel cometiendo aquella villanía. Asomábase á la ventana y maldecía con horribles juramentos á los ricos que pasaban en coche; me enseñaba sus vestidos raídos y me decía con un acento imposible de reproducir:—¿Con que no puedes darme otros? ¿Con que no quieres dármelos?—Acabó por repetirme con tanta frecuencia que yo podía sacarle de aquella miseria y que tenía el egoísmo y la crueldad de dejarle en ella, que le creí loco, y renuncié á la empresa de hacerle entender la razón: nada le respondía cuando tocaba este punto, y le ocultaba mis lágrimas que no hacían más que irritarle; creyó que yo comprendía abominables sugerencias, y calificó mi silencio de feroz indiferencia y de obstinación imbécil. Muchas veces me trató indignamente, y aun me hubiera muerto si no hubieran venido á socorrerme. Verdad es que, cuando se le pasaban aquellos arrebatos, se arrojaba á mis pies y me pedía perdón llorando como un niño; pero yo evitaba en lo posible aquellas escenas de reconciliación, porque el enternecimiento causaba una nueva sacudida á sus nervios, y provocaba la repetición de la crisis. Cesó en fin aquella irritabilidad, y á ella sucedió una especie de desesperación sombría y estúpida, más horrible todavía; mirábame con ojos adustos, y parecía abrigar contra mí un oculto rencor y terribles proyectos de venganza. Á veces despertándome en mitad de la noche, veíale en pie junto á mi lecho, echándome siniestras miradas; creía que iba á asesinarme y prorrumplía sin poder remediarlo en gritos de terror, pero él se encogía de hombros y se volvía á su cama riendo con expresión insensata.

Esto no obstante, yo le amaba aún, no ya tal cual era, sino á causa de lo que había sido y de lo que aún podía volver á ser. Había momentos en que yo esperaba que se efectuaría

en él una feliz mudanza y que saldría de aquella crisis renovado y corregido de todas sus malas inclinaciones, porque á decir verdad, ya ni procuraba al parecer satisfacerlas, ni echaba de menos ni deseaba cosa alguna. Casi siempre tenía clavados los ojos en mí con una expresión tan extraña, que me daba miedo el verle; y ó no me atrevía á hablarle, pero imploraba su compasión con miradas suplicantes. Entonces me parecía que sus ojos se humedecían de lágrimas, y creía oír exhalar de su pecho un imperceptible suspiro; luego volvía la cabeza como si hubiera querido ocultar ó sofocar su dolorosa agitación, y quedaba en una especie de inercia profunda. Yo me imaginaba que hacía entonces saludables reflexiones, y que pronto me abriría su corazón para decirme que había entrado en él el odio al vicio y el amor á la virtud.

Todas mis esperanzas se desvanecieron cuando ví de nuevo á nuestros alrededores al marqués Lorenzo de... Nunca entraba este hombre en mi cuarto porque sabía el horror que me inspiraba su presencia, pero pasaba por debajo de nuestras ventanas, y llamaba á Leoni ó daba un golpecito en mi puerta de cierto modo para avisarle; entonces Leoni salía con él, y estaba mucho tiempo fuera de casa. Un día los ví pasar muchas veces por delante de mi ventana, acompañados del vizconde de Chalm. Leoni es perdido, dije para mí, y yo también: algún nuevo crimen va á cometerse á mi presencia.

Volvió Leoni por la noche bastante tarde, y al separarse de sus compañeros en la puerta de la calle, le oí pronunciar estas palabras:—Pero le diréis que estoy loco, absolutamente loco, y que á no ser por eso, jamás hubiera consentido..... Bien debe ella saber que la miseria me ha hecho perder la razón.—No me atreví á pedirle ninguna explicación, y le serví su modesta cena, de que no probó ni un bocado; púseme á atizar el fuego convulsivamente y me pidió éter; bebió una gran dosis, se metió en la cama, y me pareció que se quedaba dormido. Todas las noches me quedaba yo trabajando hasta que me rendían el sueño y el cansancio; aquella noche me senti tan cansada, que me dormí al dar las doce. No bien me había acostado cuando oí un leve rumor, y me pareció que Leoni se vestía para salir. Llaméle y le pregunté qué hacía.—Nada, me dijo; me cansó de estar en la cama y voy á levantarme; espérame;... pero temo la luz, porque ya

sabes que me ataca los nervios y me da terribles dolores de cabeza; apágala.—Cubrí al instante el quinqué con la pantalla y bajé la mecha, pero sin apagarla.—¿Está ya? me dijo, pues ahora voy, espera un momento.—Aquella muestra de cariño que no me había dado hacía mucho tiempo, hizo palpitár mi pobre corazón de alegría y de esperanza; esperé que la vuelta de su ternura traería también la de su razón y su conciencia. Vino Leoni á echarse en mis brazos abiertos para recibirle, y me estrechó en ellos con frenesí, haciéndome las más tiernas caricias; pero en el mismo instante, un sentimiento de desconfianza que me fué enviado por la protección del cielo, ó por la delicadeza de mi instinto, me hizo pasar la mano por la cara del que me tenía abrazada. Leoni se había dejado crecer la barba y el bigote desde que estuvo enfermo, y mis manos hallaron un rostro delicado y liso. Lancé un grito y le rechacé con violencia.

—¿Qué tienes?—me dijo la voz de Leoni.

—¿Te has quitado las barbas?—le pregunté.

—¿Pues no lo ves?—me respondió.

Pero entonces advertí que la voz me hablaba desde cierta distancia, al mismo tiempo que otra boca buscaba la mía.

Desasíme con la fuerza que dan la cólera y la desesperación, y lanzándome al extremo opuesto de la estancia, levanté precipitadamente la mecha del quinqué y ví á lord Edwards sentado en el borde de mi cama, estúpido y confuso (creo que estaba borracho) y á Leoni que se acercaba á mí mirándome con ojos desencajados.

—¡Miserable!—exclamé.

Lo que me dijo entonces Leoni hizo en mí una impresión tan terrible, que perdiendo la cabeza con el miedo y la vergüenza, me arrojé por la ventana á peligro de matarme; recogieronme algunos soldados que pasaban por allí á la sazón y me llevaron exánime á la casa, de donde ya habían salido Leoni y sus cómplices cuando volví en mí, declarando que me había tirado por el balcón en un arrebato de calentura cerebral, mientras ellos habían pasado á otro cuarto para buscar socorros, y mostrando en sus declaraciones la mayor consternación. Leoni se quedó junto á mi cabecera hasta que el cirujano que me asistía declaró que no tenía ninguna frac-

tura; entonces salió diciendo que pronto volvía, y nunca más le he vuelto á ver.

Aquí terminó Julieta su historia, y quedó rendida al peso del cansancio y la tristeza.

—Entonces fué, hija mía—la dije—cuando hice conocimiento contigo. Yo vivía en el piso principal de la misma casa; la relación de tu caída me inspiró la más viva curiosidad; pronto supe que eras joven y digna del mayor interés; que Leoni, después de haberte tratado infamemente, te había abandonado en fin moribunda y en la más completa miseria. Quise verte; me acuerdo que estabas delirando cuando me llegué á tu cabecera. ¡Oh! ¡cuán hermosa estabas, Julieta, con tus hombros desnudos, tu cabello tendido, tus labios ardientes con el fuego de la calentura, y tu rostro animado por la energía del dolor! ¡Cuán hermosa me pareciste también, cuando, abatida por la fatiga, caíste sobre tu almohada, pálida y débil como una rosa blanca que se deshoja al ardiente calor de mediodía! No pude arrancarme de tu lado; sentíme subyugado por una irresistible simpatía, y arrastrado por un interés que nunca había sentido; hice venir los primeros médicos de la ciudad, y te procuré todos los auxilios de que carecías. ¡Pobre niña abandonada! yo pasé las noches junto á tu lecho, ví tu desesperación, comprendí tu amor.

Yo nunca había amado; me parecía que ninguna mujer podría corresponder á la pasión que yo era capaz de sentir: buscaba en vano un corazón tan ferviente como el mío; desconfiaba de todos los que empezaba á tantear, y pronto reconocía lo acertado de mi cautela, viendo la sequedad y ligereza de aquellos corazones femeniles. El tuyo me pareció el único que podía comprenderme; un corazón capaz de amar y sufrir como tú habías amado y sufrido, era la realización de todas mis ilusiones. Deseé, sin contar mucho con ello, obtener tu cariño; pero lo que me dió la presunción de procurar consolarte, fué la certidumbre que sentí en mí de amarte sincera y generosamente. Todo lo que tú decías en tu delirio me hacía conocerte tanto como te he conocido después de nuestra intimidad; conocí que eras una mujer sublime en las oraciones que dirigías al Señor en alta voz, con un acento lleno de una dulzura y santidad inefable.—¡Implorabas el perdón para

Leoni, siempre el perdón, jamás la venganza! Invocabas las almas de tus padres y les decías en trémula voz con qué amargura habías expiado tu fuga y tu dolor: á veces me tomabas por Leoni, y me lanzabas terribles reconvenciones; otras veces te creías con él en Suiza, y me estrechabas á tu seno con delirio. Fácil me hubiera sido entonces abusar de tu error, y el amor que se encendía en mi seno convertía para mí en un verdadero suplicio tus caricias insensatas; pero antes hubiera muerto mil veces que sucumbir á mis deseos, y la infamia de lord Edwards, de que hablabas á cada momento, me parecía la más insigne bajeza que pudiera cometer un hombre. Tuve en fin la dicha de salvar tu vida y tu razón, Julieta mía; desde entonces, mucho he sufrido, mucho; pero también he sido muy feliz.

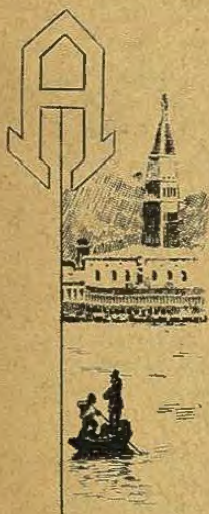
Acaso soy un loco en no contentarme con la amistad y la posesión de una mujer como tú, pero mi amor es insaciable; yo quisiera ser amado como lo fué Leoni, y te atormento con esta desmedida ambición. ¡Sé que no tengo su elocuencia y sus atractivos, pero te amo, te amo con todo mi corazón! Yo no te he engañado, Julieta, yo no te engañaré jamás!... ¡Julieta, Julieta! ¿Cuándo me amarás como tú sabes amar?

—¡Ahora y siempre! me respondió;—me has salvado, me has hecho recobrar la razón, y me amas. ¡Sí, sí! mal hice, lo conozco ahora, en amar á semejante hombre; todo lo que acabo de referirte me ha hecho ver de nuevo mil infamias tuyas que ya casi había olvidado. Ahora lo pasado sólo me inspira horror; bien has hecho en dejarme que te lo contara todo, porque ya me siento más serena, y bien conozco que ya no puedo amar su memoria. Tú eres mi único amigo, mi salvador, mi hermano y mi amante...

—Di también tu marido, yo te lo suplico, Julieta!...

—Mi marido si quieres—dijo echándome los brazos al cuello con una ternura que nunca me había manifestado, y con tanta vivacidad, que me arrancó lágrimas de alegría y de gratitud.

XXIII



El día siguiente me desperté con tan buen humor, que ni aun volví á pensar en salir de Venecia. Hacía un tiempo hermosísimo y templado como en la primavera: mil elegantes damas cubrían los muelles y se reían de los dicharachos de las máscaras, que reclinados en los antepechos de los puentes, embromaban á todo el mundo y dirigían alternativamente desvergüenzas ó lisonjas á las mujeres feas ó bonitas. Era el martes de carnaval, triste aniversario para Julieta; quise pues distraerla y la propuse que saliésemos á dar un paseo, en lo que consintió con gusto.

Veíala yo con orgullo andar á mi lado. En Venecia es poco común dar el brazo á las mujeres; sólo se las sostiene por el codo para subir y bajar las escaleras de mármol blanco que se presentan á cada paso para cruzar los canales. Tenía Julieta tanta gracia y soltura en todos sus movimientos, que me causaba en verdad una alegría pueril sentirla apoyarse apenas en mi mano para pasar los puentes; todos los ojos se fijaban en ella, y las mujeres que nunca miran con placer la hermo-

sura de otra mujer, miraban al menos con interés la elegancia de su traje y de su porte, que hubieran querido imitar. Aún me parece que la estoy viendo; llevaba un vestido de terciopelo morado con un boa y un manguito de armiño; su gorra de raso blanco ceñía su rostro siempre pálido, pero tan perfectamente bello, que á pesar de siete ú ocho años de fatigas y de pesadumbres mortales, todos la daban dieciocho años á lo más; sus medias de seda rosadas eran tan transparentes, que se veía al trasluz su cutis blanco y mate como el alabastro. Luego que pasaba, los que no podían ya ver su rostro, seguían con la vista aquellos menudos piecillos, tan raros en Italia. Y yo era feliz viéndola así admirada, y se lo decía, y ella me sonreía con inefable ternura. ¡Yo era feliz!...

Adelantóse en esto sobre el canal de la Giudecca un buque empavesado y lleno de máscaras y de músicos. Propuse á Julieta que tomásemos una góndola para acercarnos á ver los trajes, y ella accedió como siempre; muchos siguieron nuestro ejemplo, y pronto nos hallamos metidos en un grupo de góndolas y de lanchas que acompañaban con nosotros al buque empavesado, y parecían servirle de escolta.

Oímos decir á los gondoleros que aquella comparsa de máscaras se componía de los jóvenes más ricos y elegantes de Venecia. Todos ellos, en efecto, eran en extremo bizarros y galanes; sus trajes eran riquísimos, y el barco estaba decorado de velas de seda, de banderolas de gasa de plata y de alfombras turcas verdaderamente magníficas. Sus trajes eran los de los antiguos venecianos que, por un feliz anacronismo, ha reproducido Pablo Veronés en muchos asuntos de devoción, y entre otros en el soberbio cuadro de las bodas de Canaán que regaló á Luís XIV la república de Venecia, y que se halla actualmente en el museo de París. Llamó especialmente mi atención en el horde del buque, un joven vestido de un largo ropón de seda verde-claro, recamado de anchos arabescos de oro y plata; estaba en pie tocando la guitarra en una actitud tan noble, tan airosa, que parecía hecho de intento para usar aquellos magníficos vestidos. Hícesele observar á Julieta, que levantó los ojos hacia él maquinalmente, le vió apenas y me respondió:

—¡Sí, sí, muy galán!—pensando en otra cosa.

Seguíamos en tanto nuestro rumbo, é impedidos por las

otras lanchas, estábamos casi en contacto con el buque empavesado, precisamente por el punto donde estaba aquel hombre; Julieta estaba también en pie conmigo y se apoyaba en la baranda de la góndola para que no la derribaran los fuertes encontrones que á cada instante nos daban las otras lanchas. De pronto aquel hombre se inclinó hacia Julieta como para reconocerla, pasó la guitarra al que tenía á su lado, se quitó su careta negra, y se volvió de nuevo hacia nosotros, con lo que pude ver su rostro que era hermoso y noble como el que más; Julieta, que seguía con ojos inmóviles la corriente de las aguas, no lo vió. Llamóla entonces á media voz, y la vi estremecerse de súbito como herida de una fuerte conmoción galvánica.

—¡Julieta!—repitió con voz más sonora.

—¡Leoni!—gritó ella fuera de sí.

Todavía se me figura que fué aquello un sueño; por espacio de algunos instantes creo que perdí la vista y el sentido. Julieta se lanzó hacia aquel hombre, impetuosa y rápida; de repente la vi transportada como por encanto al buque, en los brazos de Leoni; un beso frenético unía sus labios. Tuve entonces una especie de irresistible mareo; toda mi sangre se agolpó en mi cerebro, extraños rumores zumbaron en mis oídos, y un denso velo cubrió mis ojos; ni sabía siquiera entonces lo que me pasaba. Volví en mí cuando estaba ya subiendo la escalera de mi posada; entonces advertí que estaba solo, y que Julieta me había abandonado por Leoni.

Por espacio de tres horas estuve entregado á una rabia indecible, durante la cual parecía un energúmeno... Al caer la tarde recibí una carta de Julieta concebida en estos términos:

« ¡Perdóname, perdóname, Bustamante! Te aprecio, te venero, te bendigo de rodillas por tu amor y tus beneficios: no me aborrezcas porque sabes que no me pertenezco á mí misma, que una mano invisible dispone de mí y me arroja á pesar mío en los brazos de este hombre. ¡Oh, amigo mío, perdóname, no te vengues! Le amo y no puedo vivir sin él; no puedo saber que existe sin desearle, no puedo verle pasar sin seguirle. Es mi señor y yo soy su esclava... ¿qué quieres? me es imposible sustraerme á su pasión y á su autoridad. Ya has visto si he podido resistir á su voz; me llamó y volé á sus

brazos ; una fuerza magnética, un irresistible imán me arrancaba de donde estaba y me impelió á su corazón... Y, sin embargo, yo estaba junto á ti, tenía mi mano en la tuya, ¿por qué no me detuviste? Te faltaron las fuerzas para hacerlo; tu mano se abrió, tu boca no pudo llamarme; ya ves que esto no depende de nosotros; hay una voluntad oculta, una fuerza mágica que dispone y ejecuta estas cosas. No puedo romper el lazo que existe entre Leoni y yo: ese lazo es la cadena que une á dos presidiarios, pero la mano misma de Dios la ha remachado.

» ¡Oh Alejo, Alejo, no me maldigas, amigo mío: déjame, yo te lo pido, sé feliz! ¡Si supieras cuánto me ama aún, con cuánta alegría me ha recibido! ¡qué caricias, qué palabras, qué lágrimas las tuyas! Estoy como en un sueño. Debo olvidar su crimen conmigo, porque estaba loco; después de haberme abandonado, llegó á Nápoles en tal estado de insensatez que tuvieron que encerrarle en una casa de locos. No sé por qué milagro salió de ella enteramente restablecido, ni por qué capricho de la suerte se halla ahora de nuevo en el colmo de la opulencia, pero está más galán, más brillante y más enamorado que nunca. Déjame, déjame amarle, aun cuando deba no ser feliz más que un día y morir mañana; ¿no debes tú perdonarme que le ame tan locamente, tú que me profesas una pasión tan ciega y que merezco tan poco?

» ¡Perdóname! perdóname, porque estoy loca y no sé de qué te hablo, ni lo que te pido. ¡Oh! no te pido que me recojas y me perdones cuando me haya abandonado de nuevo. ¡No, tengo demasiado orgullo para hacerlo... nada temas! Conozco que ya no te merezco, que no podría sostener tus miradas, que no soy digna de tocar tu mano... ¡Adiós, pues, Alejo! ¡Sí! Te escribo para decirte adiós; porque no puedo separarme de ti sin decir que esta idea desgarró mi corazón, y que algún día le harán pedazos tal vez el dolor y el arrepentimiento. ¡Sí, sí, serás vengado! Serénate ahora, perdóname, compadéceme, pide á Dios por mí, sabe que no soy una ingrata estúpida que desconoce tu carácter y sus deberes para contigo; no soy más que una infeliz arrastrada por la fatalidad y que no puede ya detenerse; con todo, vuelvo mi rostro hacia ti y te digo mil veces adiós, y te envío mil besos y mil bendiciones... Pero la tempestad me envuelve y me arrebató; cuando perez-

ca en los escollos en que debo estrellarme, repetiré tu nombre, y te invocaré como un ángel de misericordia entre Dios y yo.—JULIETA.»



Esta carta me causó un nuevo arrebato de cólera, á que siguió una honda desesperación. Sollocé como un niño por espacio de muchas horas, y sucumbiendo en fin al cansancio,

me dormí en una silla, solo en aquella espaciosa estancia donde me había contado Julieta su historia el día antes. Despertéme sereno, encendí lumbre en la chimenea, y dí varios paseos por mi cuarto con paso lento y mesurado.

Quando llegó el día, me senté y volví á quedarme dormido; ya había tomado una resolución y estaba tranquilo. Á las nueve salí de la posada, y tomé por la ciudad ciertos informes que necesitaba. Todos ignoraban por qué medios había restablecido Leoni su opulencia; sólo sabían que era rico, pródigo y disoluto; que todos los elegantes iban á su casa, imitaban su manera de vestir, y se honraban con el título de compañeros suyos de bromas y calaveradas. El marqués Lorenzo de... le acompañaba á todas partes y participaba de su boato; ambos estaban enamorados de una cortesana célebre, y esta mujer, por un capricho inexplicable, rehusaba todas sus ofertas y se mostraba con ellos rigurosa y cruel en sumo grado. Tanto había avivado su resistencia los deseos de Leoni, que la hizo promesas exorbitantes, y estaba dispuesto á hacer por ella los mayores disparates.

Fuí inmediatamente á su casa, y por cierto que me costó no poco trabajo hacerme introducir; al fin me admitió á su presencia y me recibió con aire altanero, preguntándome qué se me ofrecía, en tono de persona impaciente por despachar á un importuno.

—Vengo á pedirla á usted un favor—la dije.—¿Aborrece usted á Leoni?

—Sí—me respondió;—le aborrezco de muerte.

—¿Me será permitido saber por qué?

—Porque ha seducido á una hermana mía de pocos años, que tenía en Friuli, y que era inocente y buena; la infeliz ha muerto en un hospital. Yo quisiera hacer trizas el corazón de Leoni.

—¿Quiere usted ayudarme entre tanto á hacerle una burla muy pesada?

—Sí.

—¿Quiere usted escribirle y darle una cita?

—Sí, con tal de no asistir á ella.

—Por supuesto; ahí tiene usted el modelo del billete que le ha de escribir.

« Sé que has encontrado á tu mujer, y que la amas. Ayer me

cansaban tus galanteos; hoy me halaga la idea de hacerte ser fiel; quiero ver además si el gran deseo que tienes es capaz de hacerte arrastrarlo todo, como aseguras. Ya sabes que doy un concierto esta noche en el mar; te esperaré en una góndola, y te seguiré; tú conoces á mi gondolero Cristófano; estate en el borde de tu lancha; y salta á mi góndola apenas la veas. Pasaré una hora contigo, después de la cual me cansaré de tí, acaso para siempre. Para nada quiero tus regalos; me basta esta prueba de amor. Esta noche, ¡ó nunca!»

La Misana, tal era el nombre de la vengativa ramera, halló este billete muy á su gusto, y le copió riendo.

—¿Y qué hará usted con él cuando le tenga metido en mi góndola?—me dijo.

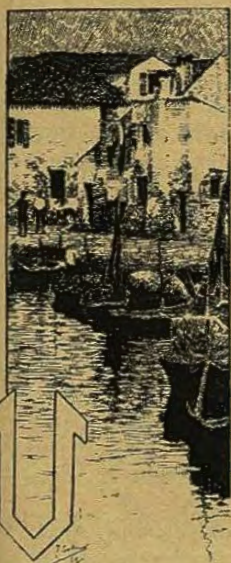
—Le dejaré en la playa del Lido, y le haré pasar allí una noche algo larga, y no poco fresca.

—De buena gana le daría á usted un abrazo de gratitud; pero tengo un amante á quien me he propuesto amar toda la semana. Adiós.

—Es preciso—la dije—que el gondolero esté á mis órdenes.

—No hay duda—me respondió;—Cristófano es inteligente, discreto y robusto; le pongo enteramente á disposición de usted.

XXIV



olví á mi posada y pasé el resto del día en meditar seriamente sobre lo que iba á hacer. Llegó la noche; Cristófano y la góndola me esperaban al pie de mi ventana, y bajé disfrazado con un traje de gondolero. No tardó

en dejarse ver el bote de Leoni, todo iluminado con candilejas de mil colores, que brillaban como espléndidas pedrerías desde la cima de los mástiles hasta la punta de los menores cables, y lanzando cohetes hacia todos lados en los intervalos de una música deliciosa. Sentéme en la popa de la góndola, con un remo en la mano, y no tardé en llegar junto á él. Leoni estaba sentado en el borde, con el mismo traje que el día anterior; Julieta, magníficamente vestida, iba sentada en medio de los músicos, pero se conocía que estaba abatida y sepultada en tristes reflexiones. Quitóse Cristófano la gorra, y levantó la linterna hasta la altura de su rostro; Leoni le reconoció y saltó ligeramente en la góndola.

No bien hubo puesto el pie en ella, le dijo Cristófano que

la Misana le esperaba en otra góndola junto al jardín público.

—Y ¿por qué no está aquí?—preguntó.

—Non sò—respondió el gondolero con muestras de indiferencia, y empezó de nuevo á remar, ayudado vigorosamente por mí, de modo que al cabo de pocos momentos dejamos muy atrás el jardín público. Una espesa bruma nos rodeaba; Leoni preguntó varias veces si llegaríamos pronto, mientras nos deslizábamos rápidamente sobre las serenas aguas; la luna pálida y empañada de espesos vapores, blanqueaba la atmósfera sin iluminarla. Pasamos cual si fuéramos contrabandistas el límite marítimo que no se puede salvar generalmente sin un permiso especial de la policía, y no nos detuvimos hasta llegar á la arenosa playa del Lido, en un sitio bastante retirado para no correr peligro de encontrarnos con ningún sér viviente.

—¡Canallas!—exclamó nuestro prisionero—¿adónde diablos me habéis traído? ¿Dónde están las escaleras del jardín público? ¿dónde está la góndola de la Misana? ¿pero qué es esto? ¡Estamos pisando arena!... Os habéis extraviado con la niebla y me habéis desembarcado donde os ha dado la gana...

—No señor—le dije en italiano;—tenga usted la bondad de dar algunos pasos conmigo y encontrará usted á la persona que busca.

Siguióme en efecto, y al punto Cristófano, con arreglo á mis órdenes, se alejó con la góndola y fué á esperarme en la opuesta playa de la isla.

—¿Piensas despachar de una vez, tunante?—me dijo Leoni al cabo de diez minutos de paseo por las costas.—¿Quieres que me hiele aquí? ¿Dónde está tu señora? ¿adónde me llevas?

—Señor—le respondí volviéndome y sacando de debajo de mi capa los objetos que llevaba conmigo,—permítame usted que le alumbre.

Saqué entonces mi linterna sorda, la abrí y la colgué de una de las estacas clavadas en la orilla para amarrar los botes.

—¿Qué diablos estás haciendo?—me dijo.—¿Has perdido el seso? ¿De qué se trata?

—Se trata—le respondí, sacando dos espadas de debajo de mi capa—de que se bata usted conmigo.

—¿Contigo, bellaco? Ahora verás cómo te doy una buena tunda...

—¡Alto ahí!—le dije agarrándole por el cuello con un vigor que le dejó algo confuso;—yo no soy lo que usted se imagina. Soy noble tanto ó más que usted; además, soy un hombre de bien, y usted es un malvado; con que ya ve usted que le hago mucho honor midiendo su espada con la mía.

Parecióme que mi adversario daba diente con diente y procuraba escaparse, pero yo le cerré el camino.

—¿Qué me quiere usted? En nombre de Satanás, dígame usted quién es—exclamó,—porque yo á fé mía que no le conozco. ¿Á qué fin me ha traído usted aquí? ¿Quiere usted asesinar-me? No traigo ningún dinero conmigo. ¿Es usted un ladrón?

—No—dije;—aquí no hay más ladrón ni más asesino que usted; basta ya de disimulo.

—¿Es usted enemigo mío?

—Sí, lo soy.

—¿Cómo se llama usted?

—No tengo para qué decirlo; ya lo sabrá usted si me mata.

—¿Y si no quiero matarle?—respondió encogiéndose de hombros y procurando mostrar cierta serenidad.

—Entonces le mataré yo á usted—le respondí,—porque juro que uno de los dos ha de pasar aquí la noche.

—¡Usted es un bandido!—exclamó haciendo terribles esfuerzos por desasirse:—¡Socorro! ¡Socorro!

—Es inútil gritar—le dije;—el murmullo de las olas cubre la voz de usted, y estamos muy lejos de todo socorro humano. Estése usted quieto si no quiere que le ahogue; no me irrite usted y aprovechese del único medio de salvación que le ofrezco; yo quiero matarle á usted, pero no asesinarle; bátase usted conmigo y no me obligue á echar mano de la ventaja que tengo en fuerzas sobre usted, como está viendo.

Y mientras así le hablaba, le sacudía del brazo con vehemencia y le hacía doblegarse como un mimbre, aunque era bastante más alto que yo. Conoció por fin que estaba á mi disposición y procuró disuadirme.

—Pero, caballero, si no está usted solo—me dijo,—sin duda tendrá algún motivo para batirse conmigo. ¿Qué le he hecho yo á usted?

—No quiero decírselo—respondí,—y es usted un cobarde en preguntarme la causa de mi venganza, cuando usted es quien debía pedirme satisfacción.

—¿De qué?—repuso azorado.—En mi vida le he visto á usted, y aunque hay muy poca luz para que pueda distinguir sus facciones, estoy seguro de que oigo su voz por primera vez.

—¡Cobarde! ¿no siente usted necesidad de vengarse de un hombre que se ha burlado de usted, que le ha hecho dar una cita para reírse de su credulidad y que le trae aquí á pesar suyo para provocarle? Me habían dicho que era usted un valiente, pero ¿tendré que ponerle la mano encima para despertar su valor?

—¡Es usted un insolente!—dijo violentándose evidentemente para mostrarse sereno.

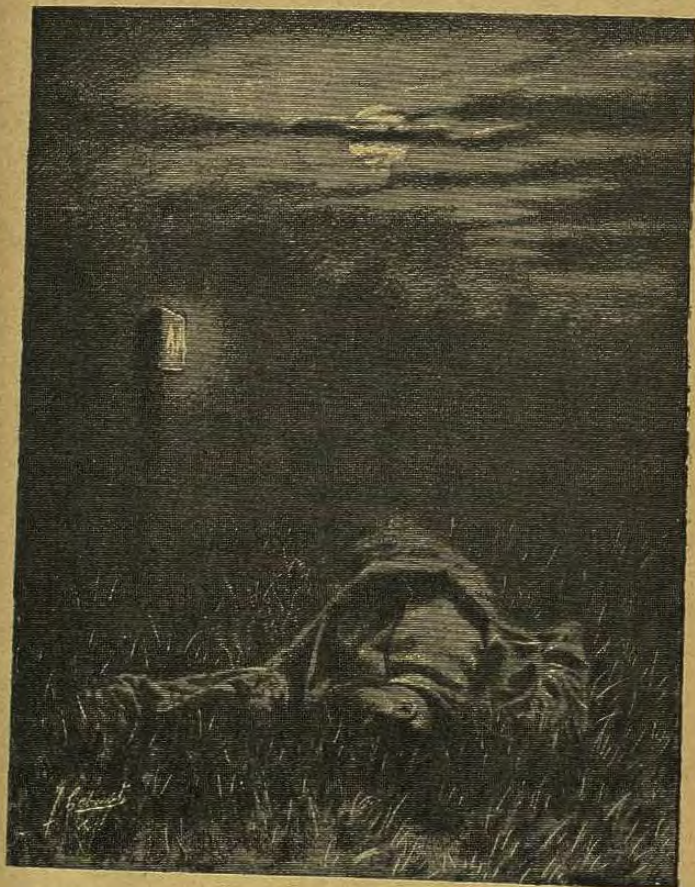
—Lo agradezco—le respondí;—ahora le pido á usted la satisfacción de ese insulto, y voy á dársela de esta bofetada.

Púsele en efecto la mano en el rostro, y el miserable lanzó un bramido de cólera y de terror.

—Nada tema usted—le dije sujetándole con una mano dándole con la otra una espada;—¡en guardia! Sé que es usted el primer espadachín de Europa, y yo estoy muy lejos de ser tan diestro; pero también es verdad que yo estoy sereno y que usted tiene miedo, lo que nos coloca hasta cierto punto en circunstancias iguales.

Entonces, sin darle tiempo para responder, le atacé vigorosamente, pero él tiró su espada y echó á correr; le perseguí, le alcancé, y le llené de improperios por su villanía; le amenacé con tirarle al mar y ahogarle si no se defendía. Cuando vió que le era imposible escaparse, cogió la espada, y sacando fuerzas de flaqueza, halló aquel valor desesperado que da aun al más cobarde el temor á la vida y el peligro inevitable; pero ya fuese porque la débil claridad de la linterna no le permitiera dirigir bien sus golpes, ya porque le obcecara enteramente el miedo y le privase de toda su presencia de ánimo, lo cierto es que el tan terrible duelista me pareció hombre de poquísima destreza. Yo estaba tan decidido á no abusar de mi superioridad con él, que por mucho tiempo no

quise matarle, aunque varias veces hubiera podido hacerlo; pero al fin se precipitó sobre mi espada queriendo hacer una finta, y se clavó en ella hasta la empuñadura.



—¡ Justicia, justicia!—dijo al caer.—¡ Muero asesinado!
—Pides justicia y la obtienes—le respondió.—Mueres á mis
manos como Henryet murió á las tuyas.
Lanzó un sordo rugido, mordió la arena y exhaló el alma.

Cogí las dos espadas y fui á buscar la góndola; pero al cruzar la isla, mil sensaciones confusas se agolparon en mi imaginación; de pronto flaquearon mis fuerzas, y me senté en una de aquellas tumbas hebraicas (1), casi del todo cubiertas por la hierba y que corroe incesantemente el viento áspero y salado del mar. La luna empezaba á salir de entre los vapores, y las piedras blancas de aquel vasto cementerio se destacaban sobre la sombría verdura del Lido. Pensaba yo en lo que acababa de hacer, y mi venganza, cuya idea tanto me sonreía poco antes, me apareció bajo un triste aspecto; sentía como una especie de remordimiento, y sin embargo creía haber hecho una acción legítima y santa, purgando á la tierra y libertando á Julieta de aquel demonio encarnado. Pero yo no me esperaba hallarle cobarde; contaba con encontrar en él un terrible espadachín, y al resolverme á lidiar con él, había hecho el sacrificio de mi vida. Habérsela quitado tan fácilmente me tenía confuso y como aterrado; además, no hallaba satisfecho mi odio con la venganza, antes bien le sentía desvanecido por el desprecio. Cuando ví que era tan cobarde, decíame, debí perdonarle, debí olvidar mi resentimiento contra él, y mi amor á una mujer capaz de preferirme á semejante hombre.

Pensamientos confusos, dolorosas agitaciones se agolparon entonces en mi cerebro. El frío, la noche, la vista de aquellas sepulturas me calmaban tal vez por algunos instantes, sumergiéndome en una especie de hondo estupor, del que salía violenta y dolorosamente recordando de repente mi situación, la desesperación de Julieta y el aspecto de aquel cadáver que yacía no lejos de mí sobre la arena ensangrentada.—Tal vez no haya muerto, dije entre mí, y tuve vagos deseos de ir á reconocerle; casi hubiera deseado volverle á la vida. Las primeras horas del día me sorprendieron en esta irresolución, y entonces pensé en que la prudencia me aconsejaba separarme de aquellos sitios; fuí pues á reunirme con Cristóforo, á quien hallé perfectamente dormido en su góndola, y á quien me costó mucho trabajo despertar. La vista de aquel tranquilo

(1) El espacioso arenal del Lido está destinado en Venecia para cementerio de los judíos.—(N. del T.)

sueño me causó envidia; como Macbeth (1), acababa de divorciarme con él por mucho tiempo.

Volví lentamente brizado por las aguas que tenían ya de púrpura los primeros rayos del sol, y pasé por junto al barco de vapor que hace la travesía de Venecia á Trieste. Era la hora de su partida; las ruedas batían ya el agua espumosa, y rojas chispas brotaban del cañón de la caldera entre espirales de humo negro y espeso: multitud de lanchas traían gran número de pasajeros. Una góndola se rozó al paso con la nuestra, y se amarró al buque; de ella salieron un hombre y una mujer que subieron rápidamente la escalera del paquebote; apenas pusieron los pies en la cubierta, partió la embarcación con la velocidad del relámpago. Volviéronse uno y otro hacia la popa para ver la estela (2), y al punto conocí en ellos á Julieta y Leoni. Creí estar soñando; me pasé la mano por los ojos y llamé á Cristóforo:

—¿Es ese, en efecto—le dije—el barón Leone de Leoni que parte con una dama?

—Sí señor—me respondió.

Prorrumpí en una espantosa blasfemia, y luego, dirigiéndome otra vez al gondolero:

—¿Pues quién era—le dije—el hombre á quien llevamos anoche al Lido?

—Bien debe saberlo su excelencia—me respondió;—era el marqués Lorenzo de...

(1) Personaje de una tragedia de este nombre, de Shakespeare.—(N. del T.)

(2) Llámase así en términos de náutica el surco que deja un buque en las aguas navegando.—(N. del T.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL SECRETARIO

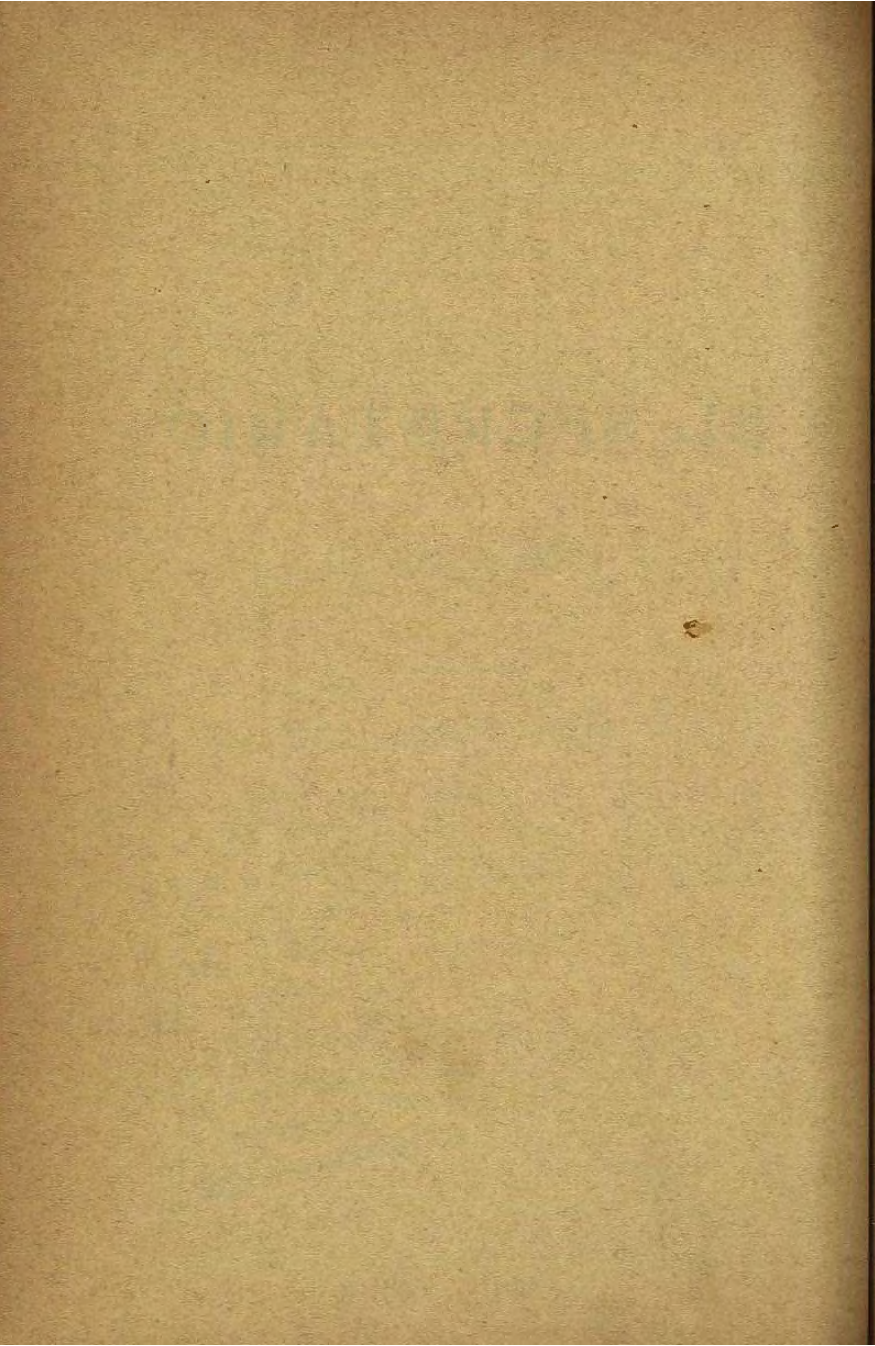
POR

JORGE SAND

Traducción de

D. EUGENIO DE OCHOA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO





ERÍAN las once de la mañana, una de las calurosas de verano, cuando, camino de París á Lyon, viajaba un joven de gallarda presencia: llamábase Luís de Saint-Julien, y con razón precedía á su apellido

el título de conde, porque era en efecto de una de las principales familias de su provincia. Caminaba no obstante á pie y con un pequeño morral al hombro; su traje era más que modesto, y por momentos se le iban hinchando los pies, bajo sus polainas cubiertas de polvo.

Este joven, criado en el campo bajo la dirección de un digno eclesiástico, tenía mucha rectitud de principios, un talento asaz despejado y la suficiente instrucción para aspirar al empleo de preceptor, de segundo bibliotecario ó de secretario particular. Tenía muchas buenas prendas y algunas virtudes; tenía también flaquezas y aun defectos, pero estaba exento de vicios. Era bueno y novelesco, pero orgulloso y tímido, es decir, puntilloso y desconfiado, como todos los que no tienen experiencia de la vida ni conocen el mundo.

Si no basta esta ligera reseña de su carácter para excitar el interés del lector, acaso le concederá la lectora un poco de benevolencia cuando sepa que el joven conde Luís de Saint-

Julien tenía hermosos ojos, manos muy blancas, dientes como el marfil y cabellos de azabache.

¿Por qué razón viajaba á pie? probablemente sería porque no tenía medios de ir en coche. ¿De dónde venía? á su tiempo lo diremos. ¿Adónde iba? ni aun él mismo lo sabía. Sin embargo, en estas pocas palabras pueden resumirse su pasado y su porvenir: venía del triste país de la realidad y trataba de aventurarse á todo trance en el dulce país de las ilusiones.

En los ocho días que llevaba de camino, había soportado heroicamente el cansancio, el sol, el polvo, las malas posadas, y el invencible espanto que camina siempre triste y silencioso al lado de un hombre sin dinero: pero una fuerte desolladura en un tobillo le obligó por fin á sentarse en un poyo inmediato á una casa de postas.

Acertó á pasar por delante de él, al cabo de pocos instantes, una elegante y airosa berlina de camino, seguida de una carretela cerrada y de un coche que contenían, al parecer, la servidumbre ó la familia de algún personaje de distinción.

Ocurriósele al mancebo la idea de subirse á la trasera de uno de aquellos carruajes; pero no bien estaba instalado en ella, cuando el postillón, echando al soslayo una ojeada muy ducha en observaciones de aquella especie, descubrió el perfil del delincuente, que corría con la sombra del coche y de los caballos sobre la blanca arena del camino; paróse inmediatamente y le intimó, con tono imperioso, que se apease de su asiento. Apeóse en efecto Saint-Julien y se dirigió á las personas que iban en el coche, persuadido en su crédula sencillez de que sólo un postillón grosero podía oponerse á una pretensión tan natural como la suya; pero las dos personas que ocupaban el carruaje eran una lectora (1) y un mayordomo, personas de suyo esencialmente altaneras é insolentes: ella y él le enviaron noramala.

— Gente soez y mal criada — les replicó Saint-Julien montado en cólera; — ellos sí que han nacido para ir á la trasera del coche de una persona decente.

(1) Empleo especial en las casas de algunos grandes, sobre todo en Italia; no creemos que la costumbre de tener lector ó lectora esté generalizada en España más que en los colegios y en los conventos.—(N. del T.)

Saint-Julien hablaba en alta voz y con energía, el camino iba cuesta arriba y los tres carruajes andaban lentamente y sin hacer ruido sobre una arena menuda y caliente. La voz del pedestre joven y la del postillón que le insultaba, por hacerse el amable con los viajeros del coche, llegó á oídos de la persona que ocupaba la berlina: asomó la cabeza por la portezuela para ver lo que pasaba detrás de ella, y Saint-Julien vió con una opresión de pecho, muy propia de sus pocos años, el más hermoso busto de mujer que concibió jamás su imaginación juvenil; pero no tuvo tiempo para admirarla despacio, pues apenas puso en él los ojos la señora, bajó él los suyos al suelo con timidez. Entonces aquella mujer tan hermosa, dirigiéndose al postillón y á sus criados, con una recia voz de contralto y con un acento extranjero algo retumbante, les echó una fuerte reprimenda é interpeló con familiaridad al joven viajero.

— Ven acá, hijo mío — le dijo; — súbete al pescante de mi berlina y deja un huequecillo de cuatro dedos para mi galga blanca que va la pobre en el estribo. Ea, despacha; reserva tus cumplidos y tus reverencias para otro día.

No esperó Saint-Julien á que se lo dijeran dos veces y, jadeando de cansancio y de alegría, trepó al pescante y acomodó á la galga entre sus rodillas. Llegado que hubo al fin de la cuesta, partió el carruaje á galope.

En la posta siguiente, á la que llegaron á todo el correr de los caballos, apeóse Saint-Julien temeroso de abusar del permiso que se le había concedido prolongando su viaje de aquella suerte; y como se mezcló á los postillones, á los tiros, á las gallinas y á los pobres que atestan siempre una casa de postas, pudo á su sabor contemplar á la hermosa viajera que no hacia el menor caso de él y reprendía á sus lacayos, uno después de otro, en tono como entre enfadado y festivo. Era en verdad una persona muy singular y cual nunca había visto Saint-Julien otra semejante; era alta, airosa, ancha de hombros, cuello blanco y esbelto y tenía actitudes juntamente marciales y majestuosas. Cualquiera la hubiera dado sus treinta años cumplidos, pero acaso no tenía más que veinticinco; era una hermosura algo cansada, pero su palidez, sus mejillas casi imperceptiblemente hundidas, y el semicírculo azulado que se destacaba debajo de sus rasgados ojos negros,

daban una expresión de voluntad reflexiva, de penetrante inteligencia y de firmeza melancólica á toda aquella cabeza, cuya belleza lineal podía, á mayor abundamiento, ponerse en parangón con los más perfectos camafeos antiguos.

No menos que su desenfado admiraron á Saint-Julien la riqueza y coquetería de su traje de camino. Parecía tan viva como bondadosa y echaba dinero á los pobres con extraordinaria profusión: iban en su coche otras dos personas á quienes no se acordó de mirar nuestro joven, tan embelesado estaba en contemplar á aquella.

En el momento de echar á andar, asomóse de nuevo á la portezuela, y buscando con los ojos á Saint-Julien, le vió que se acercaba con el sombrero en la mano para darle gracias; no se hubiera atrevido el pobre muchacho á reiterar su solicitud, pero ella previno sus deseos, diciéndole:

—¿Cómo es eso? ¿te quedas aquí?

—Señora—respondió—voy á Lyon, pero temía...

—¡Bueno! ¡bueno!—repuso con su voz imperiosa y varonil—allí te dejaré antes de que sea de noche. Ea, arriba!

Llegaron en efecto al caer la tarde. Más de cien veces había tenido tentaciones Saint-Julien durante el viaje de volverse y echar al interior de la berlina una furtiva ojeada; pero no se atrevió á hacerlo conociendo que su curiosidad podía parecer grosería é ingratitud: contentóse con apearse en todas las paradas y mirar á hurtadillas á la hermosa viajera, para examinar sus acciones, escuchar sus palabras y escudriñar su conducta, afectando no obstante un aire indiferente y distraído; mas siempre halló en ella aquella mezcla continua de farfantonería que tanto le daba en qué entender. No se atrevía á dirigir la palabra á ninguna de las personas de su comitiva para satisfacer la imprudente curiosidad que bullía en su cabeza, y no sabía absolutamente cómo responder á estas preguntas que á sí mismo se hacía: —¿Es una reina ó una aventurera? ¿Cómo averiguarlo? ¿Qué se me importa? añadía; ¿por qué he de apurarme tanto por una mujer á quien he visto hoy, y á quien acaso no volveré á ver en mi vida?

Entraron la viajera y su comitiva con gran pompa y boato en la posada principal de Lyon. Indeciso estuvo por un momento Saint-Julien no sabiendo si era aquello una posada ó la casa de su desconocida protectora; mas de todos modos

echó pie á tierra con gran presteza, á fin de largarse más que á paso en la última hipótesis, y de no hacer la desairada figura de un mendigo parásito.

Pero á la vista del posadero que salió seguido de sus satélites en chaqueta blanca al encuentro de la recién venida, detúvose arrastrado por una irresistible curiosidad, y oyó salir de boca del dueño de la casa estas palabras, que le quitaron un peso enorme de encima del corazón:

—Aguardaba á Vuestra Alteza, y espero que quedará contenta.

Disipadas entonces sus penosas dudas, resolvióse Saint-Julien á hacer su primera calaverada. En vez de ir á buscar, como solía, algún escondrijo oscuro y frugal en el barrio más humilde de la población, pidió un cuarto en la misma posada que la princesa á fin de volverla á ver, aunque no fuese más que por un instante y de lejos, exponiéndose á gastar más dinero en un solo día que en los ocho que llevaba de camino.

Sólo halló por doquiera caras melosas y atenciones infinitas, porque le creyeron agregado á la servidumbre de la princesa, y sabido es que los ricos son un objeto de profunda veneración en todas las posadas del mundo.

Después de haberse retirado á su cuarto para adonizarse un poco, se sentó en el patio sobre un banco, y echó una mirada á las ventanas á que supuso que podría asomarse la princesa. No tardaron en realizarse sus esperanzas; abriéronse los balcones, pusieron dos personas un sillón con su correspondiente banquillo en una ventana, y en él se arrellanó grandemente la princesa fumando repetidos cigarrillos ambarados, mientras que un hombrecillo enjuto y la cabeza empolvada, puso una silla junto á ella, desplegó lentamente un papel, y empezó en tono respetuoso la lectura de una gaceta italiana.

Sin suspender su agradable ocupación de fumar uno tras otro los abundantes cigarrillos que le presentaba ya encendidos una lindísima camarista ó doncella, á quien por la elegancia de su compostura tomó Saint-Julien, cuando menos, por una marquesa, la alteza ultramontana le miró entornando los párpados con tal impavidez que el pobre mozo se puso encendido como una grana. Volvióse la curiosa dama á su don-

cella, y sin consideración alguna hacia los pulmones del abate que leía para las paredes:

—Ginetta—le dijo—¿no es ese el muchacho que recogimos esta mañana en el camino?

—Sí señora.

—¿Luego se ha mudado de vestido?

—Así me parece, serenísima señora.

—¿Vivirá aquí?

—Creo que así es en efecto, como dice Vuestra Alteza.

—¿Y por qué interrumpe su lectura, buen abate?

—Creí que Su Alteza no se dignaba escuchar.

—¿Y qué le importa á él? Adelante.

Volvió el abate á su tarea, habló al oído la princesa á Ginetta, que volvió un momento después trayendo un antejo de teatro y con él examinó muy bien la princesa á Saint-Julien. Tenía éste una figura muy delicada é interesante; el cansancio y las penas daban á su rostro pálido una dulce expresión de ternura y languidez.

Volvió la princesa el antejo á Ginetta diciéndola: *Non è troppo brutto*; luego tornó á tomarle, y de nuevo le flechó en el joven. El abate continuaba leyendo.

No había podido Saint-Julien ponerse tan elegante como hubiera sido de desear. Había sacado de su pequeño ajuar de camino un blus de cutí ruso, un pantalón blanco y una camisa limpia y muy fina; pero aquel blus bien ceñido á la cintura dibujaba un talle flexible y delgado como el de una mujer; su camisa abierta dejaba ver un cuello de nieve sombreado por largos cabellos negros; una gorra de terciopelo negro, airosamente inclinada sobre la oreja, le daba una fachita de paje enamorado y poeta.

—Ahora que ya no está cubierto de polvo—dijo Ginetta—parece persona muy bien nacida.

—¡Hum!—dijo la princesa tirando el cigarro sobre el periódico que leía el abate y que prendió fuego precisamente debajo de las narices del digno personaje;—será algún pobre estudiante.

No oía Saint-Julien lo que decían aquellas dos mujeres, pero bien conocía que se ocupaban de él, porque no se tomaban el menor trabajo para disimularlo. Escocióle un poco verse casi señalado con el dedo, como si no fuera un hombre

y como si hubieran creído imposible comprometerse con él, y así, para substraerse á quella impertinente investigación, entró en la sala de los viajeros.

Iba ya á sentarse á la mesa redonda, cuando sintiendo que le daban un golpecito en el hombro, volvió los ojos y se halló cara á cara con la rancia y negra persona del abate que vió poco antes asomada al balcón.

Llamándole á un lado, y después de mil obsequiosas reverencias, preguntóle el abate si quería cenar con su Alteza Serenísima la princesa Cavalcanti. Poco faltó para que le diese un patatús al pobre Saint-Julien; mas luego, vuelto en sí de su primera estupefacción, discurrió que bajo la triste catadura del abate podía muy bien albergarse un natural irónico y zumbón; y así recurriendo á toda su serenidad:

—Seguramente, caballero—respondió—cuando me haya hecho el honor de convidarme.

—Pues esa comisión es precisamente la que traigo—repuso el abate inclinándose hasta el suelo.

—¡Oh! pero eso no basta—dijo Saint-Julien que se creyó chuleado por la misma princesa.—Entre personas de nuestra categoría, bien sabe la princesa Cavalcanti que no se emplea á un abate á guisa de embajador: yo quiero tratar con un personaje más importante que vueseñoría ó recibir una carta firmada por la ilustre mano de su Alteza.

No opuso el abate la menor objeción á esta extraña pretensión, ni expresó su rostro la menor opinión personal en el negociado que estaba desempeñando: saludó profundamente á su interlocutor y le dejó diciendo que iba á llevar su respuesta á la princesa.

Volvió Saint-Julien á sentarse á la mesa redonda, convencido de que acababa de desbaratar un complot fraguado para reirse de él. Tenía tan poco conocimiento del mundo, que sus admiraciones nunca duraban mucho.

—Puede—se decía—que todas estas cosas estén admitidas en la sociedad.

Ya había vuelto á su gravedad habitual, cuando le llamó la atención el nombre de Cavalcanti que oyó pronunciar confundidamente en el extremo opuesto de la mesa.

—Caballero—dijo á un joven que estaba á su lado—¿quién es esa princesa Cavalcanti?

—¿Quién es—dijo el joven atusándose el bigotillo rubio y dándose un aire desdenoso, como de persona que no tiene nada nuevo que aprender en el universo—la princesa Quintilia Cavalcanti? ¡Bah! una princesa como otras muchas.

Iba Saint-Julien á responder, cuando le tocó en el hombro el posadero y le pidió que tuviese la bondad de salir un momento.

—Caballero—le dijo con muestras de verdadero sobresalto—cosas muy extraordinarias están pasando entre usted y su Alteza la señora princesa Cavalcanti.

—¿Cómo? ¿pues qué?...

—¡Ah! ¡es una friolera! ¡Su Alteza le convida á usted á cenar con ella y usted rehusa! ¡Y es usted causa de que su excelente abate Scipione acabe de llevar una solemne peluca! La princesa no quiere creer que haya cumplido bien su comisión y le echa la culpa de la ofensa que recibe... En fin, me ha mandado que venga á pedirle á usted razón de su extraño proceder.

—¡Esto ya pasa de raya!—dijo Saint-Julien;—¡esa señora tiene el capricho de burlarse de mí y yo no he de poder oponerme á que lo haga! ¡Me gusta el empenol...

—La señora princesa es muy absoluta, pero....

—Pero la señora princesa Cavalcanti puede ser todo lo absoluta que quiera, pero aquí no se halla en sus estados y no conozco ninguna ley francesa que me obligue á cenar por fuerza con ella....

—Por amor de Dios, señor, no diga usted eso: si madama de Cavalcanti recibiese una injuria en mi casa, sería capaz de no volver á poner los pies en ella. ¡Una princesa que pasa por aquí casi todos los años! ¡y que no se detiene dos días sin hacer más de cien escudos de gasto!... En nombre del cielo, señor mío de mi alma, vaya usted, vaya usted á cenar con ella. La cena será estupenda: faisanes, jaletinas...

—Ea, hágame usted el gusto de dejarme en paz.

—Por vida mía—exclamó el posadero profundamente consternado y cruzando las manos sobre su enorme barrigón—por vida mía que no lo entiendo. ¡Cosa como ella! un joven que no quiere cenar con la princesa más hermosa del mundo porque teme que se burlen de él! ¡Ah! ¡si la señora princesa supiera que lo hace usted por ese motivo, ahora sí que diría que los franceses son gente muy ridícula!

—Ahora que lo pienso—dijo Saint-Julien entre sí—puede que tenga razón. Y aunque se burlen de mí, ¿qué importa? si así fuera, yo procuraría tomar mi revancha.

—¡Pues, señor!—añadió dirigiéndose al posadero—vaya usted á presentar mis respetos á la señora princesa y dígala que estoy pronto á obedecer sus órdenes.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el posadero:—no tendrá usted motivo para arrepentirse. ¡Va usted á comer las más exquisitas truchas de Ginebra que...!

Y echó á correr loco de contento.

Con el objeto de darle tiempo para despachar su comisión, volvió Saint-Julien á la sala en que estaban reunidos los viajeros. Reparó entonces en un hombre alto y pálido, de bastante buena figura, que rondaba al rededor de las mesas, como si fuera tomando cuenta de lo que decían los demás. Creyó Saint-Julien que era un espía porque nunca había visto á ninguno, y porque en su nimia desconfianza, todos los curiosos le parecían espías; nadie sin embargo tenía menos trazas de serlo que aquel individuo. Era pausado, melancólico, distraído, y no carecía de cierta bobera natural. En el momento en que pasó por junto á Saint-Julien, pronunció dos veces seguidas, entre dientes, y apoyando en las dos primeras sílabas, el nombre de Quintilia Cavalcanti.

Luego se sentó á la mesa é hizo algunas preguntas acerca de ella.

—Yo por mí—dijo una persona á quien se dirigió—nada puedo decir sobre el particular; pregunte usted á ese joven que está junto á la estufa. Es un criado suyo.

Púsose Saint-Julien colorado como un tomate, y volviendo bruscamente la espalda, se disponía á salir de la estancia; pero el extranjero, con singular tenacidad, le detuvo asiéndole del brazo, y saludándole con la amabilidad de un hombre que cree hacer una gran concesión á la necesidad,

—¿Tendría usted la bondad—le dijo—de decirme si la señora princesa de Cavalcanti llega directamente de París?

—No sé—respondió el joven con sequedad;—es persona á quien no conozco.

—¡Ah! caballero, pido á usted mil perdones. Me habían dicho...

Saint-Julien le saludó y volvió la espalda. El viajero pálido, tornó de nuevo á sentarse á la mesa.

—¿Y ha averiguado usted algo?—le preguntó el joven del bigotillo rubio.

—Buen yerro me ha hecho usted cometer—dijo el viajero pálido á la persona que le dirigió á Saint-Julien.

—Usted dispensará—repuso éste;—me pareció haber visto á ese joven en el pescante de su coche.

El joven de los bigotes sabía muy bien que Saint-Julien no conocía á la princesa, pues precisamente le había hecho á él una pregunta semejante á la del viajero pálido; pero era hombre que la echaba de ingenioso y chusco, y trató de prolongar el error de este último.

—No señor—dijo—yo tengo una certeza de que usted no se ha equivocado, pues conozco mucho á ese mozo y sé que es el ayuda de cámara de madama Cavalcanti. Si usted conociese el carácter de esos criados italianos, sabría que no sueltan una palabra gratis; hubiérale usted ofrecido siquiera un peso duro y ya vería usted cómo...

—¡En efecto!—exclamó el viajero que tenía singular empeño en satisfacer su curiosidad. Sacó un luís del bolsillo y salió en busca de Saint-Julien.

Esperaba éste en el zaguán á que viniese el posadero á buscarle para introducirle en el cuarto de la princesa. De nuevo se le acercó el viajero pálido, pero con más resolución que la vez primera, y buscándole la mano, deslizó en ella la moneda que llevaba destinada al intento.

Saint-Julien, que no entendió qué quería decir aquel preludeo, tomó el dinero y le miró continuando con la mano abierta en actitud de hombre que no sabe lo que le pasa.

—Ahora, buen amigo, respóndame usted—dijo el viajero pálido:—¿cuánto tiempo ha estado en París la princesa Cavalcanti!

—¡Cómol ¡Otra vez!—exclamó el joven furioso y tirando al suelo la doblilla de oro;—¡no hay más sino que todas estas pobres gentes han perdido el seso con su princesa Cavalcanti!

Fuése corriendo al patio y muy á punto estuvo en su cólera de irse también de la casa, creyendo que todos estaban de acuerdo para hacer rechiffa de él. En aquel momento le

cogió del brazo el posadero, diciéndole en tono jovial y afectuoso:

—Venga usted, venga usted, caballero, ya todo se arregló: el abate ha llevado su correspondiente récipe, y la princesa está aguardando.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO



Al entrar en la habitación de la princesa, cobró Saint-Julien aquella serenidad de espíritu que alcanzamos cuando las circunstancias acosan á nuestra timidez hasta en sus últimas trincheras. Apretó la hebilla de su cinturón, quitóse la gorra, pasóse la mano por el pelo y entró firmemente resuelto á sentarse con blus de cutí ruso á la mesa de madama Cavalcanti, bien fuese princesa ó comediante.

Paseábase á la sazón por el cuarto, departiendo con sus compañeros de viaje: apenas hubo visto á Saint-Julien, dió dos pasos hacia él y le dijo:

—¡Por cierto, amigo mío, que se ha hecho usted bien de rogar! ¿Teme usted comprometer su genealogía sentándose á nuestra mesa? No hay nobleza que no haya tenido un principio como todas las cosas, y aun la de usted..

—La mía, señora—respondió Saint-Julien interrumpiéndola sin más miramiento—data del año mil ciento siete.

La princesa no tenía la menor sospecha de las desconfianzas de Saint-Julien y soltó una gran carcajada; la traviesa Ginetta, que andaba recogiendo algunos trebejos de su señora, no pudo menos de hacer otro tanto, y el abate, viendo que

la princesa se reía, se echó también á reír sin saber de lo que se trataba.

El único personaje que no tomó parte en aquella algazara fué un oficial alto y fornido, en uniforme de capricho, verde manzana, todo recamado de oro sobre el pecho, tieso y espetado como una bailarina, con bigotes que le llegaban hasta las sienas, con más espuelas que un gallo inglés. Saltábansele de las órbitas sus ojos de halcón, viendo la cachaza de Saint-Julien y el buen humor de la princesa; pero Saint-Julien se fiaba tan poco de todo lo que veía, que creyó sorprender al vuelo entre ellos algunas miradas de inteligencia.

—Ea, sentémonos á la mesa — dijo la princesa, viendo humear la sopa; —saciado el primer apetito, suplicaremos al señor que nos refiera las hazañas y timbres de sus antecesores. Ciertamente es cosa fatal para nosotros soberanos legítimos, que no piensen como éste todos los franceses, pues no nos vendría de allende los Alpes tanta *aria cattiva* (1) para la salud de nuestras aristocracias.

Púsose Saint-Julien á engullir con notable desparpajo, y á mirar con una aparente libertad de espíritu á las personas que le rodeaban.

—Si en efecto estoy sentado á la mesa de una princesa serenísima—dijo para su colete—no es tan grande el honor como yo creía, porque ahí están todos esos galafates á quienes ha tratado como á lacayos durante todo el día, y que van ni más ni menos que yo á participar de su cena.

Acostumbraba, en efecto, la princesa sentar á su mesa, cuando iba de viaje, á sus principales servidores; al abate, que era su secretario, á la lectora, silenciosa dueña que trinchaba con perfección, al mayordomo mayor de su casa, y aun á la Ginetta, su favorita; otros dos criados de menor escala servían á la mesa, y otros dos ayudaban al posadero á subir la cena. — Por lo menos es la querida de un príncipe — dijo entre sí Saint-Julien; —bien lo merece por su hermosura. — Y de nuevo fijó en ella los ojos, aunque esta suposición la quitó gran parte de su prestigio.

(1) Llámense así unos aires fatales, sobre todo para los forasteros, que soplan en Roma generalmente en los grandes calores del medio día. (N. del T.)

Admirablemente hermosa estaba al resplandor de las bujías; su cutis, algo bilioso á la luz del día, tenía de noche una blancura ideal. Á medida que iba llegando la cena á su fin, adquirían sus ojos un brillo deslumbrador, sus palabras eran más profundas, más incisivas, su conversación estaba más llena de chispa y talento; pero á excepción de la Ginetta que, en su calidad de niña mimada, siempre tenía algo que decir, y remedaba con bastante gracia el tono y ademanes de su señora, todos los demás convidados callaban como muertos. La lectora y el abate aprobaban con miradas y sonrisas todas sus opiniones, y no osaban desplegar sus labios; el caballero mayor parecía unir á una muy desapacible disposición accidental, una nulidad de inteligencia reducida al estado crónico. Bien se conocía que la princesa estaba de buen humor de conversar; pero hacía vanos esfuerzos para sacar ni una sola palabra de aquel maniquí bordado en todas las costuras. Saint-Julien no dejaba de sentirse con fuerzas para hablar con ella, pero no se atrevía; tomó, en fin, una resolución, y arrostrando aquella mirada curiosamente glacial que todos dejan caer, en semejantes casos, sobre el que aún no ha hablado, empezó por una franca y atrevida contradicción á un aforismo burlón de madama Cavalcanti. Sin reparar en que disgustaba altamente al caballero, que no entendía muy bien el francés, se expresó en esta lengua; la princesa, que la entendía perfectamente, le respondió en la misma, y por espacio de un cuarto de hora toda la asamblea escuchó su diálogo en un religioso silencio.

Á los veinte años, pronto se pasa del desprecio al entusiasmo; hay tal propensión á augurar bien de los hombres, que á la menor apariencia de saber ó de virtud se cree deberles una reparación inmensa, exagerada. Á punto estaba Saint-Julien de caer en este extremo, aunque aún había momentos en que venía á turbar su mente la idea de una mojiganga hábilmente dispuesta; tentaciones le daban de tomar á toda aquella corte italiana por una compañía de cómicos de la legua.— La prima donna, se decía, hace el papel de esa princesa de retumbante apellido; el edecán no es más que un tenor sin voz y sin expresión; ese mayordomo sordo y mudo está sin duda acostumbrado á hacer el papel de la estatua del Comendador, la Ginetta es una verdadera Zerlina, y en cuan-

to á ese abate estúpido, será seguramente algún banquero judío que la prima donna trae al retortero y que sostiene á toda la compañía.

Acabada la cena, la princesa dirigiéndose á su caballerizo mayor, le dijo en italiano:

—Lucioli, id de mi parte á visitar á mi amigo el mariscal de campo *** que reside en este pueblo, y decidle que la prisa y el cansancio me han impedido convidarle á cenar, pero que vais á hacerle presentes mis finos recuerdos. Id.

Lucioli, aunque algo mohíno en vista de una comisión que podía muy bien no ser más que un pretexto para perderle de vista, no se atrevió á resistir y salió.

Inmediatamente después, preguntó el abate á Su Alteza si tenía algo que mandarle, y oída su respuesta negativa, salió de la estancia.

Saint-Julien, no sabiendo qué pensar, iba á retirarse también, pero ella le detuvo diciéndole que le había gustado su conversación y que quería disfrutarla por más tiempo.

Tembló Saint-Julien de pies á cabeza. Un sentimiento de repugnancia, que casi rayaba en horror, era lo único que podía inspirarle una mujer de augusta cuna entregada al libertinaje: semejante mujer le parecía tanto más odiosa cuanto era más temible, rodeada de mil medios de seducción y el alma llena de perversidad y destreza. Miró pues de hito en hito á la princesa y se quedó en pie junto á la puerta en una actitud altanera y fría.

La princesa Cavalcanti no reparó en ello al parecer; hizo una seña á la Ginetta y dió un libro á la lectora: un momento después salió la doncella con un tocador portátil de laca del Japón que colocó sobre una mesa. Sacó de un saquillo de terciopelo bordado una enorme peineta de concha incrustada de oro, y soltando la trencilla de seda que sujetaba los cabellos de su señora, empezó á peinarla, pero lentamente y con cierta voluptuosa languidez que parecía no tener otro objeto que el de ostentar á los ojos de Saint-Julien el lujo de aquella espléndida cabellera.

Á decir verdad, no había tal vez otra más hermosa en toda Europa. Era negra como el ala del cuervo, lisa, igual y tan reluciente sobre las sienes que hubiera podido pasar por un brillante raso; tan larga y tan espesa, que caía hasta el suelo

y la cubría como un manto. Jamás había visto Saint-Julien otra semejante sino en sus fantásticos sueños juveniles. El peine dorado de la Ginetta centelleaba como un relámpago en aquel río de ébano, ya haciendo revolotear sutiles trenzas sobre los hombros de la princesa, ya dejando caer sobre su pecho grandes mechones, como bandas de azabache; y luego, reuniendo todo aquel tesoro bajo su inmensa peineta, hacía la rielar con mil reflejos como un torrente de tinta.

Con su túnica de damasco amarillo, bordada en derredor de lana carmesí, su falda y su pantalón de muselina blanca, su cinturón de trenza de seda que le ceñía por cima de las caderas bajando hasta las rodillas; con sus babuchas bordadas, sus anchas mangas bobas y su flotante melena, la opulenta Quintilia parecía una princesa romana. Lais, Haidé, no hubieran sido nombres demasiado poéticos para aquella belleza griega del tipo más puro.

Durante aquella ostentación de refinada coquetería, estaba leyendo la dueña sin que pareciese que la escuchaba la princesa, ocupada como estaba en quitarse y ponerse sus sortijas, en limpiarse las uñas con una pasta perfumada y enjuagarlas con una batista guarnecida de encaje.

No podía mirarla Saint-Julien sin una involuntaria admiración; para conjurar á la bella encantadora, hubiera querido escuchar la lectura; pero era un libro alemán que no entendía.

—Fanciulo—le dijo la princesa sin levantar los ojos hacia él,—¿entiendes tú eso?

—Ni una palabra, señora.

—Mistress White—dijo en inglés á la lectora,—leed el texto latino que está al lado. ¿Supongo, señor caballero—añadió mirando á Saint-Julien,—que habrá usted hecho sus estudios de humanidades?

Respondió Luis inclinando la cabeza; la lectora dió principio al texto latino.

Era aquella una obra de metafísica alemana, la más á propósito del mundo para marear á cualquiera.

Interrumpía la princesa de vez en cuando la lectura, y sin suspender por eso la prolija limpieza de sus manos, contradecía y refutaba la lógica del libro con una superioridad tan varonil, con una inteligencia tan penetrante; echaba unas

ojeadas tan exactas, tan profundas sobre las sutilezas de aquel misterioso análisis, que no sabía en verdad Saint-Julien á qué atenerse. Instado por ella á dar su opinión sobre las hondas cavilaciones del ascético alemán, sacó á relucir su escasa ciencia, mas pronto conoció cuán poca cosa era esta en comparación de la de madama de Cavalcanti. Criticóle ella con templanza, rebatió sus argumentos con suma dulzura, y acabó por escucharle con más atención, cuando, abandonando la controversia ergotista, se fió más en las naturales luces de su razón y en las inspiraciones de su conciencia. Quintilia, viéndole en buen camino, le escuchaba con gusto é insensiblemente fué entregándose el joven á aquel placer intelectual que siente el ánimo en darse cuenta clara á sí mismo de las ideas que examina.

Poco á poco fué dejando el lejano rincón y la actitud confusa en que había estado hasta entonces por cortedad. Hallábase en su más brillante período, cuando echó de ver que estaba apoyado en el tocador de madama Cavalcanti, frente por frente de ella y bajo el fuego inmediato de sus rasgados ojos negros. Había dejado ya sus cepillos de uñas y echado á un lado el peine de la Ginetta; de pies á cabeza embozada en su larga cabellera, había cruzado su pierna derecha sobre la rodilla izquierda y ambas manos en torno de su rodilla derecha: en aquella graciosa actitud oriental, mirábale con una sonrisa angélica mezclada á una cierta contracción de las cejas que revelaba un serio interés.

Aterrado del peligro que corría, detúvose Saint-Julien todo cortado en mitad de una frase, pero en vano quiso dar una expresión adusta á su mirada; de ella brotó á pesar suyo una llama amorosa y casta que hizo sonreír á la princesa.

—Basta por hoy—dijo á su lectora;—mistress White, podéis retiraros.

Luis estaba en brasas; la cabeza se le iba, veía con terror acercarse el momento decisivo, pensando en el ridículo papel que iba á hacer repeliendo los favores de tan hermosa dama; mas con todo jurábase á sí mismo que no serviría jamás de juguete á los infames placeres de una mujer, aun cuando llegase á ser el más estragado de los hombres.

Dijole entonces de pronto la princesa con amable naturalidad:

—Buenas noches, hijo mío; supongo que tendrás necesidad de descansar y yo también empiezo á tener algún sueño; no es esto decir que me le haya dado tu conversación; al contrario, me ha sido sumamente agradable y desearía prolongar el placer que me ha resultado de este encuentro. Si tus proyectos de viaje se avienen con los míos, te ofrecería un asiento en mi coche... Veamos, ¿adónde vas?

—Lo ignoro, señora; soy un aventurero sin bienes de fortuna y sin asilo; pero por muy miserable que me encuentre, jamás consentiré en ser gravoso á nadie.

—Lo creo—dijo la princesa con bondadosa gravedad;—pero entre dos personas que se aprecian mutuamente, puede haber un cambio recíproco de servicios útil y honroso para entrambos. Tú posees conocimientos que yo necesito; podemos pues sernos útiles uno á otro. Ven á verme mañana temprano y acaso podremos no separarnos tan pronto, después de habernos entendido tan bien.

Al acabar estas palabras, le dió la mano y se la apretó con la honrada familiaridad de un amigo. Mientras bajaba la escalera, oyó Saint-Julien correr los cerrojos de su estancia.

—Pues señor—dijo,—convengo en que he sido un loco y necio; madama de Cavalcanti es la más hermosa, la más noble y la mejor de las mujeres.



III



UCHO trabajo costó á Saint-Julien conciliar el sueño. Todo aquel día se presentaba á su memoria como un capítulo de novela, y cuando despertó á la mañana siguiente, apenas podía creer que no había soñado todo aquello. Impaciente por ir á ver á la princesa que debía ponerse en camino muy de madrugada, vistióse á

toda prisa y pasó á su cuarto, rebotándole del pecho la alegría y aligerado de ánimo de las injustas dudas de la víspera: halló en efecto á madama Cavalcanti dispuesta á partir. Gionetta la preparaba el chocolate, mientras hojeaba ella un folleto sobre economía política.

—Hijo mío—dijo á Saint-Julien—he pensado en vos; sé á qué punto habéis llegado en vuestros estudios, y no raya éste en exceso de más ni de menos. ¿Habéis estudiado en particular alguna cosa de que no hayamos hablado anoche?

—No señora. Vuestra Alteza me probó ayer que sabe mucho más que yo en todo, razón por la cual no alcanzo en qué pueda yo serla útil.

—Sois precisamente el hombre que yo buscaba. Ahora trato de reducir el número de las personas que me rodean y de

buscarlas más escogidas; pienso reunir en uno solo los empleos de mi lectora y mi secretario; á ella la caso ventajosamente con un hombre de quien necesito reirme un poco, y el otro es un majadero de quien haré un excelente canónigo con mil escudos de renta. Ambos quedarán contentos y vos los reemplazaréis á mi lado; reuniréis los sueldos de que disfrutabais, mil escudos por una parte y cuatro mil francos por otra, amén del aposento, mesa, etc.

Esta oferta, deslumbradora para un hombre sin recursos como Saint-Julien á la sazón, le dió no poco en que recapacitar.

—Dispensad mi franqueza, señora—dijo después de un momento de indecisión;—pero tengo orgullo y soy el único vástago de una noble familia; no tendría á menos ciertamente trabajar para vivir, pero temería, aceptando los beneficios de un príncipe, aceptar también una librea.

—Aquí no se trata de librea ni de beneficios—dijo la princesa;—los empleos que os confiero os colocan en mi intimidad.

—Seguramente no me merezco tanto favor, señora—repuso el joven algo turbado;—pero—añadió bajando la voz—la señorita Ginetta goza también de la intimidad de Vuestra Alteza.

—Comprendo—respondió;—teméis ser mi lacayo.... tranquilizaos, señor conde, yo aprecio las almas nobles y nunca las ultrajo. Si me habéis visto tratar como esclavo al pobre abate Scipione, culpa es de su bajeza, no de mi altanería. Probad cómo os va con mi proposición; si no os fiáis en mi delicadeza, el día en que deje de trataros con el decoro debido, ¿no seréis dueño de dejarme?

—Nada más me queda que hacer, señora—respondió Saint-Julien arrebatado—que poner á los pies de vuestra Alteza mi celo y mi gratitud.

—Y yo los acepto con amistad—repuso Quintilia, abriendo un gran libro forrado de tafete con manecillas de oro;—tened la bondad de escribir vos mismo en esa hoja nuestras estipulaciones, con vuestro nombre, vuestra edad y el lugar de vuestro nacimiento. Yo pondré mi firma al pie.

Luego que la princesa hubo firmado aquella hoja y una copia que Saint-Julien se guardó en su cartera, hizo llamar á

toda su servidumbre, desde el ayudante de campo hasta el jockey, y mientras tomaba su chocolate, les dijo con lentitud y tono absoluto:

—El señor abate Scipione y mistress White dejan de pertenecer á mi casa; el señor conde de Saint-Julien es quien los reemplaza. White y Scipione no dejan por eso de ser mis amigos y saben que no hay en esto desgracia para ellos, sino recompensa. Presento á todos al señor de Saint-Julien; quiero que sea tratado con respeto y que no se le llame más que el señor conde. Que todos mis servidores continúen siéndome fieles y sumisos; bien saben que no los desatenderé en su ancianidad. No hay que sacar los pañuelos y andar en lloriqueos de ternura; sé que me profesáis un sincero cariño. Os saludo; despejad.

Sacó su reloj del pecho, y dijo:

—Dentro de media hora nos pondremos en camino.

Saludó el auditorio y desapareció guardando profundo silencio.

No hallaron las órdenes de la princesa la más remota apariencia de desaprobación, ni aun de asombro en todos aquellos semblantes prosternados. El ejercicio fuerte de una autoridad absoluta tiene un carácter de grandiosidad, á cuyo prestigio no es fácil sustraerse aun cuando se encierra en estrechos límites. Saint-Julien se admiró de sentir instalarse, por decirlo así, el respeto en su alma sin repugnancia y sin esfuerzo.

Volvió á su cuarto á tomar algunos efectos, y ya iba bajando la escalera con su pequeño ajuar de camino debajo del brazo, cuando se llegó á él aquel viajero pálido que tan extraña curiosidad le había manifestado el día anterior, y le saludó dirigiéndole mil obsequiosos perdones por su impertinente equivocación. De buena gana hubiera querido Saint-Julien evitarlo, pero no fué posible; tuvo pues que entrar en conversación con él, esperando salir adelante de aquel paso con cuatro frases de atención, pero ¡vana esperanza! El viajero pálido, asiéndole del brazo, le dijo en el tono patético y solemne de un hombre que convida á otro á su entierro, que tenía que decirle una cosa de la mayor importancia, que pedirle un servicio inmenso. Saint-Julien que, á pesar de sus continuas desconfianzas, era bueno y servicial, se resignó á escuchar los secretos del viajero pálido.

—Caballero—le dijo éste—tómeme usted por un loco, sea en enhorabuena, pero en nombre del cielo, no me tome usted por un insolente y responda á la pregunta que le hice anoche. ¿Quién es esa princesa Quintilia Cavalcanti?

—Le juro á usted, caballero, que no la conozco—respondió Saint-Julien—y en prueba de ello, voy á decirle á usted de qué modo he hecho conocimiento con ella.

Luego que hubo terminado su relación, que el viajero escuchó con sus cinco sentidos, exclamó éste:

—Todo eso es novelesco y raro, y me confirma en la opinión en que estoy, de que esa mujer singular es mi bella desconocida del baile de la ópera.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Saint-Julien, mirándole con ojos asombrados.

—Una vez que usted ha tenido la bondad de contarme su aventura—replicó el viajero—voy yo á contarle la mía. Estaba yo, hace tres semanas, en el baile de la Ópera en París; vino á embromarme un dominó tan lleno de extravagancia, de gentileza y donaire, que quedé absolutamente prendado; la llevé á un palco donde me dejó ver su rostro, que era él más hermoso y expresivo que he visto en mi vida. Seguila todo el tiempo que duró el baile, aunque después de haberme hecho mil zalamerías, se conocía que procuraba huir de mí; logró en efecto eclipsarse por un momento, pero guiado por aquella penetración que nos da el amor, la encontré al pie de la escalera que se disponía á subir en su carruaje elegante, sin armas ni librea. Supliquéla que me escuchase, y entonces me dijo que era persona de calidad, que tenía que guardar ciertos miramientos y que ponía condiciones á mi felicidad. Juré aceptarlas todas; díjome que la primera sería dejarme vendar los ojos; consentí, y apenas estuvimos sentados en el carruaje, me ató un pañuelo sobre los ojos, riéndose como una loca. Cuando se paró el coche, me asió del brazo con mano firme, me hizo apearme y me llevó á tan buen paso, que más de cuatro veces estuve á punto de dar de narices en el suelo; dióme en fin un empujón y caí despavorido sobre un excelente sofá: al mismo tiempo me quitó la venda y me hallé en un precioso gabinete donde todo anunciaba una ilustre afición á las artes y un gusto exquisito. Dejéme examinarlo todo con curiosidad, y por el examen de sus libros vine en conocimiento de

que debía ser persona muy sabia, entendida en el griego, el latín y el francés. Era italiana y se conocía por la nobleza de



sus modales y la elegancia de su conversación que debía ser persona muy principal. Confieso con toda franqueza que me faltó poco para enloquecer de orgullo y de contento, y que

luego quedé deslumbrado y abatido considerando la distancia que mediaba, bajo todos aspectos, entre aquella mujer y yo: cuanto fueron grandes mi confianza y fatuidad durante el baile, lo fueron también mi humildad y timidez cuando me convencí de que no me las había con una intrigante, sino con una persona de circunstancias y de un talento superior. Agrádole sin duda mi timidez, porque desde entonces empezó á mostrarse festiva, y aun cariñosa...

Saint-Julien se sonrojó, y el viajero, habiéndolo advertido, le dijo con aire más grave y rostro más pálido aún de lo acostumbrado:

—Acaso le pareceré á usted por demás presumido y jactancioso, y sin embargo lo que le estoy á usted diciendo en confianza es la estricta verdad. No creo tener trazas de fanfarrón ni de chancero.

—No, seguramente—respondió Luis.—Prosiga usted.

—Era una mujer muy singular, grave, discreta, burlona, altiva, insolente, y... ¿por qué no he decirlo? algo descarada. Después de haberme impuesto silencio con autoridad por una palabra algo atrevida, dijo las cosas más cómicas y menos castas del mundo.

—¡Es posible!—exclamó el joven con indignación.

—Sí señor—prosiguió el viajero.—Y con todo, á pesar de aquellas extravagancias, me enamoré perdidamente de ella, no con aquel amor ideal y puro de la primera juventud, sino con un amor inquieto, abrasador como un deseo. En fin, caballero, aquella noche fuí el más feliz de los hombres, y solicité con delirio el favor de verla al día siguiente, favor que ella me prometió á condición de que no procuraría averiguar su nombre ni su casa: juré, en efecto, respetar su voluntad. De nuevo me vendó los ojos, me sacó de la estancia y me hizo entrar en el coche, del que tuve que apearme al cabo de media hora. Estaba yo aún en el estribo, cuando una mejilla suave y perfumada, que bien reconocí, se rozó con la mía, y al mismo tiempo una voz que no olvidaré en mi vida, me dijo estas palabras al oído: «Hasta mañana.» Me quité la venda; pero me dieron un fuerte empujón, y en un segundo se cerró la portezuela detrás de mí; el coche no tenía faroles, y partió como un relámpago, habiéndome dejado en una de las más intrincadas calles de árboles de los Campos Elíseos. Nada ví,

y pronto dejé de oír el ruido del coche, por más esfuerzos que hice para seguirle. Caía una furiosa nevisca; el suelo estaba cubierto de hielo, sobre el que me escurría á cada paso; tuve pues que tomar el partido de volverme á mi casa.

—¿Y al día siguiente?—respondió Saint-Julien.

—Nunca más volví á ver á mi desconocida, hasta hace un momento, en una de las ventanas que dan sobre el patio de la posada, y es la princesa Quintilia Cavalcanti.

—¿Está usted seguro, caballero?—dijo Luís triste y consternado.

—Otra prueba más tengo—dijo el viajero sacando del bolsillo un reloj muy elegante y abriéndole:—mire usted esa cifra, ¿no es la de Quintilia Cavalcanti, con esta abreviatura *Pra.*, es decir, princesa? ¡Maldita abreviatura, que tanto me ha hecho devanarme los sesos!

—¿Cómo llegó á manos de usted ese reloj?—dijo Saint-Julien.

—Por una rarísima casualidad: yo tenía uno absolutamente idéntico, que dejé sobre la chimenea; al ir luego á cogerle precipitadamente, tomé éste que estaba á su lado, y sólo al cabo de varios días reparé en la cifra grabada por la parte interior.

—Yo no sé si esto es un sueño—dijo Saint-Julien examinando el reloj;—pero juraría que he visto otro muy parecido, hace un momento, en manos de esa mujer.

—¿Un reloj de plata rusa, trabajada en Oriente—dijo el viajero—con incrustaciones de oro esmaltado?

—Creo que sí.

—Pues ábrale usted, amigo mío, ábrale usted, y hallará dentro mi nombre, Carlos de Durtan; hágalo usted, yo se lo pido.

—¿Cómo quiere usted que yo vaya ahora á pedirle su reloj á la princesa? Y además, ¿qué sacaría usted de eso?

—¡Oh! quiero abochornarla como merece; no se hace mofa de ese modo de un hombre de buena fe que se ha sometido á tantas misteriosas precauciones. Es preciso que yo quite la máscara á una infame coqueta, ó bien que me cumpla sus promesas y entonces guardaré eterno silencio sobre su aventura, porque, á decir verdad, amigo mío, aún soy capaz de amarla con todo mi corazón.

—Pues le doy á usted la enhorabuena—dijo Saint-Julien;—yo por mi aborrezco á esa clase de mujeres, y...

—Ya está el coche á la puerta—exclamó el viajero;—voy á aguardarla al paso, á decirla mi nombre en alta voz, á aterrarla con una mirada... Pero por favor, caballero, vaya usted antes á decirla que quiero hablarla, que soy Carlos de Durtan; ella sabe muy bien mi nombre, pues me acuerdo que me lo preguntó. Y además, tiene mi reloj...

Llegó, en efecto, el mayordomo de la princesa á llamar á Saint-Julien; obedeció éste y halló al paje, á la dueña y á todos los demás instalados ya en los coches de la comitiva y prontos á echar á andar. No tardó en presentarse la princesa con la Ginetta; ambas llevaban cubierto el rostro con largos velos negros para preservarse del polvo del camino. La princesa se había levantado el suyo, pero cuando vió su coche rodeado de curiosos se lo volvió á bajar con muestras de impaciencia y despecho. Precipitábase en aquel momento el viajero pálido para verla, pero llegó tarde y no la pudo ver.

Entonces, no atreviéndose á dirigir la palabra á aquella mujer cuyas facciones no distinguía bien, cogió del brazo á Saint-Julien y le pidió por lo más sagrado que le dijese su nombre.

Cedió el joven maquinalmente, y dijo á la princesa:

—Señora, aquí está Mr. Carlos de Durtan.

—No tengo el honor de conocerle—respondió la princesa:—¡Ea, señores, despachemos!

Al oír aquel tono absoluto, los criados de la princesa apartaron sin cumplido á los curiosos, y Quintilia entró en su berlina sin que el viajero pálido se atreviese á hablarla. Saint-Julien le vió apretar los puños de rabia y subirse con precipitación sobre un banco para ver mejor.

—¿Quién es ese hombre que nos mira tanto?—dijo con indiferencia la princesa reclinándose muellemente en la tesera de la berlina, cuyo vidrio ocupaban Saint-Julien y la Ginetta.

—No sé—respondió la Ginetta con candor, levantándose el velo.

—Es un tal Carlos de Durtan—dijo Luis indignado.

—¿No es un relojero?—repuso la princesa con tanta naturalidad, que Saint-Julien no pudo saber si era aquella una pregunta de buena fe ó una imprudente chanzoneta.

La princesa se levantó también el velo, se volvió hacia Durtan y le dijo en tono seco é imperioso:

—Caballero, hágase usted á un lado; no se mira así á una señora.

Durtan se puso pálido como la luna, y quedó fascinado sin poder moverse del sitio que ocupaba.

El carruaje partió á galope.

—¡Qué insolentes son esos franceses!—dijo la Ginetta al cabo de pocos momentos.

—¿Por qué?—preguntó la princesa que ya había olvidado aquel incidente.

—Es preciso—dijo Luís entre sí—que ese Durtan sea un estúpido ó un loco rematado.

Pronto le subyugaron la indiferencia y serenidad de la princesa, y parecióle que había soñado la historia de Durtan; entretanto el camino desaparecía bajo los pies de los caballos y la ciudad de Lyon se eclipsó á lo lejos entre el denso polvo del horizonte.

IV



os días que duró aquel viaje pasaron como un sueño para Saint-Julien. Tenía la princesa un talento singular para sacar de cada cuestión todo el partido posible, para simplificarla, ponerla en claro y engalanarla enseguida con toda la magia de su vasta y brillante imaginación: todas sus opiniones revelaban un alma fuerte, una voluntad implacable, una lógica concisa y severa. Aquel carácter varonil deslumbraba al joven conde; sólo una cosa

le afligía, y era no entrever en él algo más de sensibilidad: un poco más de sentimiento y un poco menos de raciocinio, hubieran hecho aquel carácter más seductor sin quitarle acaso su prestigio: pero Saint-Julien no sabía aún á punto fijo si se engañaba augurando mejor de la belleza de su inteligencia que de la bondad de su corazón. Acaso aquella alma tan grandiosa tenía aún más de una faz que mostrarle, más de un tesoro que revelarle; sólo le afligía verla más dispuesta á la crítica que á la simpatía, cuando se apartaba de la realidad positiva para echarse á volar por el campo de alguna vaga teoría sentimental.

Y por otra parte, sin embargo, apreciaba aquella frialdad de imaginación que debía, á su parecer, provenir de unas costumbres rígidas é irreprehensibles. La casta familiaridad de sus hábitos y de sus palabras acababa de borrar la mala impresión que le hicieron á primera vista sus desenvueltos modales y brusca familiaridad. ¿Cómo conciliar además los principios de orden y de noble armonía que con tanta convicción emitía á cada paso la princesa, con costumbres de desorden y libertinaje? La depravación en un alma tan elevada le parecía una monstruosidad irrealizable.

Poco después le pareció que aquella mujer ocultaba su bondad como una flaqueza, pero que ardía en su alma un tesoro de caridad y mansedumbre. Ocupábase exclusivamente en teorías filantrópicas y se indignaba de hallar en su tránsito tantas miserias sin auxilio: imaginaba entonces medios para remediarlas y se asombraba de que ya otros no los hubieran imaginado antes.

Hablaba de la dificultad de mantener una buena armonía entre los gobiernos y los pueblos, pero no la creía insuperable. Después de haber examinado profundamente y criticado el sistema de todos los gabinetes de Europa, cuyos más recónditos secretos sorprendía su penetrante mirada, erigía sobre bases filosóficas su sistema de gobierno absoluto.

—Los grandes reyes hacen los grandes pueblos —decía;— todo se reduce á este axioma tan sabido, pero todavía no ha habido grandes reyes sobre la tierra. Ha habido grandes capitanes, héroes de ambición, de inteligencia y de valor, pero no un solo príncipe juntamente valeroso, bueno, ilustrado, frío, firme en sus propósitos; en todas las biografías ilustres, siempre asoma por algún lado la flaca naturaleza. No es esto decir que se deba abandonar la obra y desesperar del porvenir del mundo; la inteligencia humana no ha llegado aún al límite en que debe detenerse; todo lo que se puede concebir bien es ejecutable.

Después de haber hablado de esta suerte, caía en profundas cavilaciones; fruncía ligeramente el ceño, y su sombría pupila parecía hundirse en sus órbitas; la ambición dilatada su encendida frente: parecía una hija de Napoleón.

—En aquellos momentos, ¿qué es la caridad, qué es el amor?— se decía Saint-Julien—¿qué son todas las virtudes, y

todas las poesías, y todos los sentimientos delicados y tiernos, para un alma abrasada de esas inmensas ambiciones?

Pero cuando la veía echar á los pobres el oro de su bolsillo y aun parte de sus vestidos, cuando la oía con voz cariñosa y aun maternal, informarse con interés de las dolencias ajenas y consolar á los afligidos, más le llegaban al alma estas muestras de bondad familiar que otras acciones más grandes hechas por otra mujer.

Un día cayó un postillón debajo de sus caballos, y fué gravemente herido. La princesa fué la primera que voló en su auxilio, y sin temor de manchar su rico traje con la sangre y el polvo, sin temor de ser herida por los pies de los caballos, en medio de los cuales se metió sin reparar en nada, le soco-



rrió y vendó con sus propias manos. Hizolo con tanto celo é inteligencia, que Saint-Julien hubiera creído que había en aquello alguna afectación, á no haberla visto reprender seriamente á su paje que ponía el grito en el cielo por un rasguño, reprender colérica á los mendigos que ostentaban á sus ojos llagas postizas, y despreciar en una palabra todas las ocasiones que se le presentaban de hacer gala de una compasión inútil y crédula.

Llegaron, en fin, á Montereale, y la princesa, haciendo abrir su coche, enseñó á lo lejos á Saint-Julien las torres de una lindísima fortaleza en miniatura, que dominaba su capital; pronto apareció ésta también blanca y graciosa, como una tacita de plata, en medio de un delicioso valle. La guarnición, compuesta de quinientos hombres, salió á recibir á su amable soberana; las doce piezas de artillería de los castillos metieron todo el ruido que pudieron, y en las puertas de la ciudad pronunciaron los magistrados su inevitable arenga.

Recibió Quintilia, al parecer, todos aquellos honores con un poco de altivez y de ironía; acaso hubiera soportado mejor aquellas fastidiosas formalidades si las hubiera realizado á

merced de su orgullo el brillo de un más vasto poderío; esto no obstante, tomóse el trabajo de hacer á Saint-Julien los honores de su pequeño principado con suma gracia y amabilidad. Tuvo la sensatez de no mostrarse muy corrida de la ridiculidad de sus magistrados, de la mezquindad de sus fuerzas militares, y de la concisión de sus dominios; no dejó de reirse francamente de todo lo que lo merecía, sin perder no obstante ninguna ocasión de hacerle observar con maña y destreza los efectos de una prudente administración.

Pero todas sus afanes eran superfluos; Saint-Julien, que nunca había visto más que los descascarados torreones del solar hereditario y sus rústicas cercanías, no podía ver sin una admiración pueril, todo aquel aparato de monarquía doméstica. La belleza del cielo, los vivos colores del país, la elegancia del palacio construído en el gusto oriental por los diseños de la princesa, la prosopopeya de los señores de su pequeña corte, los trajes algo anticuados, pero ricos, de los altos empleados, todo tomaba á los ojos del joven conde un aspecto de esplendor y majestad que le hacía mirar su suerte como un sueño.

Cuando llegó á su palacio, tan sitiada se vió Quintilia de agasajos y reverencias, que no pudo ocuparse en instalar á su nuevo secretario; cuando quiso éste tomar algún descanso, los criados, midiendo su consideración por la magnificencia de sus vestidos, le enviaron á una guardilla. Resignóse él sin dificultad; delicado de complexión, y poco habituado á la fatiga, no tardó en dormirse profundamente.

Al día siguiente por la mañana entró á despertarle la Ginetta.

—Señor conde— le dijo con la seriedad propia de persona que conoce toda su dignidad— aquí no está usted bien. Su Alteza no sabe dónde le han alojado á usted; pero como no tuvo tiempo ayer para ocuparse en nada, suplica á usted que espere aquí un día ó dos, que salga lo menos posible, que no se haga ver de muchas personas, que no hable á ninguna, y que esté seguro de que se ocupa de instalarle de un modo de que ciertamente quedará contento.

Después de este discurso saludóle la Ginetta, y salió con aire majestuoso; el joven se conformó religiosamente á las órdenes de su soberana. Un ayuda de cámara, ya algo cano-

so, le llevó manjares sumamente apetitosos, le sirvió respetuosamente sin hablarle una sola palabra, y le entregó algunos libros. Tales fueron las únicas pruebas que tuvo, por espacio de tres días, de que se acordaba de él la princesa.

En la noche del tercer día, cuando empezaba ya á impacientarse y á no recibir mucho gusto de verse así abandonado, oyó, al mismo tiempo que la campana del reloj, que daba las doce, las ligeras pisadas de una mujer, y de nuevo se presentó la Ginetta.

—Sígame usted, señor conde—le dijo con tono respetuoso, pero con una mirada un si es ó no es burlona:—Su Alteza Serenísima me manda que le conduzca á usted á su nuevo domicilio.

Siguióla Saint-Julien cruzando una multitud de corredores en los pisos más altos del palacio; al cabo de mil revueltas abrió la Ginetta una puertecilla, cuya llave llevaba consigo; pero al ir á entrar el joven por ella, lanzóse á ellos un hombre todo encendido y colérico exclamando:

—¿ Á dónde se va ?

—¿ Qué le importa á usted?—respondió la atrevida doncella.

Á la vacilante claridad de la luz que ésta llevaba en la mano, reconoció Saint-Julien al escudero ó ayudante de campo Lucioli, que fulminaba sobre él centelleantes miradas.

—Yo tengo el mando de esta parte del castillo—les dijo—y nadie pasará sin mi permiso.

—Aquí hay otro que vale algo más—dijo la Ginetta presentándole un papel.

Examinóle Lucioli, le hizo trizas entre sus manos con fiera exasperación, y le tiró al suelo profiriendo un horrible juramento; luego desapareció, después de haber echado á Saint-Julien una nueva mirada de rencor y de venganza.

Aquella rápida escena reavivó todas las dudas del manco.

—Ó yo soy un perro—dijo entre sí—ó esta conducta es la de un amante abandonado que ve en mí su sucesor.

Tanto le turbó esta idea que llegó todo trémulo al pie de la escalera: cuando la Ginetta se volvió para entregarle la llave del cuarto, estaba pálido y apenas podía sostenerse sobre las rodillas.

—¿Qué es eso?—le dijo la niña de los vivaces ojos—¿tememos miedo?

—No de Lucioli, señorita—respondió con frialdad Saint-Julien.

—Pues entonces ¿de quién?—le preguntó con ingenuidad. —Pues, señor, aquí está usted en su cuarto; la princesa le pasará á usted recado mañana, cuando pueda recibirle; un servidor particular responderá á esta campanilla. Buenas noches, señor conde.

Echóle esto diciendo una mirada equívoca en la que no pudo Saint-Julien distinguir la ingenua malicia de un niño de la donosa zalamería de una coqueta; casi temió el joven tenerse á sí mismo por sobradamente presuntuoso.

Estaba la estancia primorosamente adornada; era todo tan nuevo y flamante, que no pudo menos Saint-Julien, á pesar de sus escrúpulos, de persuadirse que aquella habitación había sido preparada expreso para él. La austera sencillez de los adornos, la sobriedad de las cosas de lujo, la buena elección de los objetos parecían estar expresamente destinados á su gusto y á su carácter. Los grabados representaban los retratos de sus poetas favoritos; los libros que él prefería llenaban los estantes cerrados con puertas de cristales; hasta había una gran Biblia entreabierta en un salmo que muchas veces había citado con admiración durante el viaje.

—Es imposible que todo esto sea efecto de la casualidad—dijo:—¿pero quién soy yo para que de esa suerte piense en mí, para que me honre con una amistad tan delicada? ¡Quintilia! ¡Quintilia! Cualquiera que sea el escarnio que bagan de mí los hombres, por muy desgraciado me tendría si hubiera de trocar el tesoro de este casto y puro afecto por una noche de tu placer!... Y sin embargo ¿cuál es mi orgullo para aspirar á ser el solo y único amante de una mujer como ella? ¿Soy loco ó necio?

Al día siguiente por la mañana se decidió á tirar del cordón de seda de su campanilla, menos porque tuviera necesidad de un criado, que por un sentimiento de vaga é inquieta curiosidad, aplicada á todas las cosas que le rodeaban: dos minutos después vió entrar al paje de la princesa. Era éste un muchacho de diez y siete años, pero tan pequeñito y endeble que cualquiera le hubiera dado doce.

fisonomía, su aire jovial, atrevido y petulante, su traje teatral, su melena rubia y bien rizada realizaban el más pequeño tipo de paje travieso, de niño mimado que llevó jamás el abanico de una reina.

—¡Cómol ¿eres tú, Galeotto?—dijo con sorpresa el joven conde.

—Sí—yo soy—respondió el paje con altivez; la princesa me pone á tus órdenes, pero escucha: nunca olvides que me llamo Galeotto degli Stratigopoli y que soy tu igual en todo: si la pobreza ha hecho de mi un aventurero, jamás podrá convertirme en lacayo: ten pues entendido que soy aquí amigo y compañero. Yo obedezco á la princesa y la serviré de rodillas porque es mujer y hermosa; pero á ti, nunca consentiré en servirte más que por favor. ¿Estamos?

—No tengo necesidad de un servidor—replicó Saint-Julien—y sí la tengo de un amigo. Ya ves que la casualidad me favorece, ¿no es cierto?

Galeotto le presentó su mano, y una sonrisa amistosa entreabrió su rosada boca armada de una magnífica dentadura.

—Bien me decía su Alteza—prosiguió—que no tardaríamos en entendernos y en vivir como hermanos. La princesa quiere que no tengamos ninguna comunicación con los criados; jóvenes como lo somos, pobres como lo fuimos, no necesitamos ayudas de cámara, pero tenemos necesidad mutuamente de consejos y de compañía; para eso nuestras celdas están inmediatas una de otra, una campanilla comunica de ti á mí... pero, tenlo presente; la misma comunicación existe de mí á ti; y para principiar, escucha.

Salió el paje y poco después sonó como vibrada con autoridad una campanilla escondida entre las colgaduras de la cama de Saint-Julien; comprendió éste y se apresuró á salir de su cuarto; al cabo de pocos pasos, vió á Galeotto en la puerta del suyo.

—Iba á buscarte á la casualidad—dijo Saint-Julien—porque no me has dicho, caro mío, dónde reside tu señoría; pero en fin aquí me tienes á tus órdenes.

—Bien está—dijo el paje—ahora volvamos á tu cuarto que te voy á ayudar á vestir. Esto es cosa de suma importancia—añadió viendo que Saint-Julien ponía mal gesto;—no hago más que cumplir lo que se me ha mandado; déjame.

Sacó entonces Galeotto del bolsillo una llave de plata sobredorada con la que abrió un gran cofre de cedro que servía de cómoda en el cuarto de Saint-Julien: sacó de él algunos vestidos de forma extraña que desagradaron al joven francés.

—Eres un pobre hombre, amigo mío—le dijo el paje:—si temes ponerte en ridículo ecbándote á cuestras un vestido de teatro, no debiste aceptar el dominio de una mujer. ¿Olvidas que hacemos aquí los primeros papeles después de la mona y del papagayo? Eso mismo hice yo la primera vez que me quitaron mis manteos raídos (porque es de advertir que me escapé del seminario por encima de las tapias) para ponerme esta ropilla de seda, estas mangas bordadas y estas plumas con que parezcó un kakatoes (1): lloré, pateé (entonces tenía doce años), quise hacerlo todo añicos y tirar la gorra al tejado; pero la Ginetta, que es una muchacha de talento, me dijo lo que hacía el caso y te aseguro que este es el día en que me encuentro como el pez en el agua.

Mira—añadió el travieso pajecillo contoneándose en frente de un espejo en que se reflejaba de los pies hasta la cabeza—esta pierna hecha á torno y este pie de mujer: ¿no serían cosas tiradas á la calle bajo un pantalón de soldado y una bota húngara? ¿Crees que sería tan airoso mi talle, que serían mis movimientos tan graciosos bajo las trenzas de un dorman ó bajo el paño de un frac grosero? Por lo que hace á mis encajes, no son mucho más blancos que mis manos, que es todo lo que hay que decir, y mis cabellos que acaso te parecerán algo afeminados, conde amigo, tienen el honor de que todos los días los rice y perfume la Ginetta. El cuidado de saber lo que nos sienta bien debe fiarse á las mujeres; donde ellas reinan, créeme, no somos muy dignos de compasión.

—Galeotto—dijo Saint-Julien, cediendo con aire pensativo á sus instigaciones—si es así, te confieso que no es muy de mi gusto esta corte. Tú eres decididor, alegre, brillante; esta vida debe agradarte; además, aún no has llegado á la edad en que se hace sentir la necesidad de ocupaciones más serias; tienes ya, es cierto, la noble altivez de un hombre, pero aún

(1) Loro de las islas Filipinas; tiene el plumaje blanco y una cresta amarilla.—
(N. del T.)

conservas la feliz impresión de un niño. Yo por mí ya soy viejo, tengo un carácter melancólico, un natural reservado y frío. Una vida de bullicio y diversiones no me conviene por ningún estilo; yo no sé agradar á las mujeres; en una palabra, preferiría vivir como un hombre.

—¡Admirable princesa!—exclamó Galeotto abrochándole su jubón de terciopelo negro.

—No quisiera en verdad cargar con un fusil al hombro y formar en un cuerpo de guardia—continuó Luís;—conozco que no he nacido para esa vida apareada, enemiga del desarrollo de la inteligencia.

—¡Sublime sensatez de su Alteza!—repuso el paje, atándole encima de la rodilla un arillo de plata cincelada.

—Pero desearía—continuó Saint-Julien—poder ocuparme aquí en algún trabajo útil, y tener el derecho de consagrar al estudio mis horas de descanso.

—¡Viva su Alteza Serenísima!—exclamó el paje.

—¿Pero qué es eso? ¿No me escuchas?

—Todo lo contrario—respondió el muchacho—y lo que me admira escuchándote, es que su Alteza te conozca ya tan á fondo. Todo eso que me estás diciendo me lo dijo ella anoche, y bien conocerás que después de haberte calado tan admirablemente, tendrá demasiado talento para apartarte de tu vocación. Todo lo que deseas te lo ha preparado ya; ha entrado en el fondo de tu cerebro por las niñas de tus ojos, y ha estudiado tu alma en el sonido de tu voz; ten cachaza por algunos días, y si no estás contento con tu suerte, ya puedes pensar en ahorcarte, porque es señal de que padeces *spleen*. Entretanto mírate al espejo, y dime si la elección de ese traje no revela en nuestra soberana el sentimiento del arte, y la inteligencia del corazón.

—Veo que eres muy irónico—dijo Saint-Julien mirándose sin verse;—yo no soy así.

—¿Eres quisquilloso?

—Acaso un poco, con rubor lo confieso.

—Haces mal; pero á fe mía que no lo digo en broma. Mírate; me voy para no intimidarte.

Cabizbajo quedó el mancebo enfrente del espejo, sin pensar en seguir el consejo de Galeotto; poco á poco fué empujando á mirarse con disgusto al principio, luego con sorpre-

sa, y al fin con cierto placer. Aquella ropilla negra, aquella ancha valona blanca, aquellos largos cabellos caídos sobre las sienes se adecuaban tan bien con el rostro pálido, el continente tímido y la expresión lánguida y algún tanto desconfiada del joven filósofo, que después de haberle visto de aquella suerte no era posible imaginársele vestido de otro modo. Nunca había reparado Saint-Julien en su buena figura, ni se la había advertido tampoco ninguno de sus rústicos amigos; antes por el contrario le habían acostumbrado á mirar la delicadeza de su complexión como una falta de naturaleza y una organización bastante despreciable. Entonces por la primera vez, viéndose semejante á un tipo que muchas veces había admirado en las copias grabadas de los cuadros antiguos, se admiró de no hallarse tan desairado como creía. Brilló en su rostro una ingenua satisfacción, y en ella embebecido estuvo cerca de un cuarto de hora en éxtasis delante de su propia imagen, olvidándose de todo completamente, y tomando el espejo en que se miraba en su inmovilidad contemplativa, por un hermoso cuadro suspendido delante de él.

Dos caras risueñas que aparecieron de pronto en el segundo término destruyeron su ilusión; salió como de un sueño y vió detrás de sí al paje y á la Ginetta que le aplaudían destornillándose de risa. Algo confuso de verse sorprendido de aquella suerte, apoyóse de espaldas en la pared el joven conde y cruzando los brazos esperó á que acabasen de exhalar su loca alegría; pero no bastó á ponerla coto su mirada triste y desdenosa.

El paje dió un brinco sobre la cama apretándose las costillas, y la Ginetta se dejó caer al suelo con el donaire y soltura de una gatita juguetona.

Luego levantándose de repente y cruzando los brazos, se apoyó también de espaldas en la pared, precisamente en frente de Saint-Julien y en la misma actitud que él; luego le miró de pies á cabeza con suma formalidad.

Volviéndose en seguida al paje, díjole en tono grave:

—La pierna algo delgadilla y las rodillas muy juntas, pero no hace mal; nada de eso l...

Picado y corrido estaba ya el conde en alto grado, cuando oyó dar las once; entonces el paje y la doncella dando un

respingo como lebreles al sonido de la bocina, le asieron cada uno de un brazo, diciendo: —Pronto, pronto, á la obligación! — y antes de que tuviera tiempo para saber lo que le pasaba, se halló en la estancia de la princesa.



V

STABA Quintilia reclinada sobre ricas alfombras, aspirando el aroma del sándalo en una larga pipa cubierta de pedrerías; su traje era como de costumbre, á la griega, pero de un lujo asiático. Sus vestidos de seda de la India con fondo blanco

bordado de flores, estaban recamados de infinitos adornos de piedras preciosas; su garganta y sus brazos deslumbraban con sus magníficos diamantes. Un gorro griego de terciopelo azul celeste, puesto de lado sobre sus largos cabellos destrenzados, estaba bordado de perlas finas con rara perfección. Un riquísimo puñal brillaba en su faja de cachemira; dormía á sus pies un cervatillo domesticado del Ganges, alargado el hocico sobre una de sus sutiles patas. Apoyada en el codo y rodeándose del fragante humo del sándalo, la princesa, sólo entreabiertos los párpados, parecía sumergida en uno de aquellos éxtasis cuya serena dulzura saben saborear tan bien los pueblos de Levante. Empezó la Ginetta á prepararla el café y el paje á llenar su pipa, que ella le alargó con aire indolente, después de haberle hecho con la cabeza un casi im-

perceptible saludo amistoso. Saint-Julien permanecía en pie en medio de la estancia, absorto en su admiración, pero sin saber qué hacer ni qué decir.

Quintilia, dando un soplo á la nube de ópalo que ondulaba en torno suyo, distinguió en fin á su secretario que aguardaba con timidez sus órdenes.

—¡Ah!—¿eres tú, Giuliano?—dijo presentándole su hermosa mano;—¿estás bien en tu nueva habitación? ¿Te parece que he sido un buen factotum en tu pequeño palacio? Ya te llegará tu turno de trabajar en el mío; pero mañana hablaremos de eso, hoy quiero presentarte á mis cortesanos: procura no cortarte. ¿Veamos tu traje? anda un poco: ¿qué tal te parece, Ginetta?

—Pienso absolutamente como vuestra Alteza, señora.

—¿Y tú, Galeotto?

—Si esta señorita no hubiera dicho nada, yo hubiera dicho algo; pero no creo que se pueda dar una respuesta más ingeniosa que la que ella ha dado.

—Ginetta—dijo la princesa—te prohíbo que hagas rabiarse á Galeotto; además—añadió viendo el aire triste y abatido de Saint-Julien,—esas niñerías no son del gusto del señor conde y será preciso que con él tengáis un poco á raya vuestra loca alegría.

—Señora—dijo Saint-Julien, que temió hacer el papel de un pedante—déjelos vuestra Alteza, yo se lo suplico, que ejerciten en mí su buen humor. Yo soy un lugareño sin gracia y sin talento; sus sarcasmos me formarán tal vez.

—Eso corre por cuenta de nuestra amistad—dijo Quintilia;—pero todavía no me has contado tu historia, hijo mío, y aún no sé por qué capricho de la suerte el señor conde de Saint-Julien me ha hecho el honor de seguirme al Friuli. Apostaría que en todo eso se encierra alguna aventura de amor, alguna gran pasión de novela acibarada por la inflexibilidad de un padre tirano; tu venida me huele á escapatoria. Sepamos, ragazzo (1), ¿qué calaverada hay de por medio? ¿por qué deuda de juego, por qué mortal desafío, por qué doncella robada ó seducida dijiste adiós á tu patria?

(1) Muchacho.—(N. del T.)

Esto diciendo, apoyó su pie, calzado de una media de seda azulada con bordados de plata, sobre el lomo de su atigrado cervatillo, y al tomar su pipa de manos del paje le besó en la frente con indolencia.

No turbó en lo más mínimo esta familiaridad á Galeotto, que parecía de todo punto resignado á su papel de niño, pero hizo sonrojarse al tímido Luís.

—Veamos—dijo la princesa sin advertirlo—aún nos queda una hora hasta que empiece el ceremonial; ¿quieres contar-nos tus aventuras?

—Más le valdria á vuestra Alteza, señora, mandarme leer un cuento de las *Mil y una noches* ó una novela de Cervantes, cualquiera de las cuales la divertiría mucho más que la de la desaliñada y tosca narración de las oscuras penas de un héroe tan vulgar como yo lo soy.

—Creo comprender tu repugnancia, Giuliano—repuso la princesa;—temes ser escuchado con indiferencia, pero te engañas; no trato de satisfacer una vana curiosidad sino de leer, si me es posible, en el fondo de tu corazón á fin de ilustrar mi amistad sobre los medios de hacerte feliz. Si dudas del interés con que vamos á oírte, aguarda á adquirir más confianza; á nosotros nos toca saber merecerla.

—Necio sería é ingrato, señora—respondió Saint-Julien—si dudase de la benevolencia de vuestra Alteza después de las bondades de que me ha colmado; creo también en la amistad de mi joven compañero y en la discreción de la señora Gina; además, no hay grandes misterios en mi historia y ciertamente no puede la publicidad ni agravar ni mitigar los infortunios domésticos que han herido mi corazón.

Cogió Galeotto de la mano á Saint-Julien y le hizo sentar sobre la alfombra, entre él y el cervatillo favorito; en seguida el joven conde comenzó su historia en estos términos:

«Nací en Normandía, de padres nobles, pero arruinados por la revolución del siglo pasado. Mi madre, al abandonar su patria, tuvo á gran fortuna poder confiar mi educación á un sacerdote, á quien en mejores tiempos había hecho importantes servicios y que, por gratitud, se encargó de mí. Seis años tenía yo cuando me instalaron en la rectoría, en una pobre aldea de mi patria. El cura era todavía joven, pero hombre austero y ferviente como un cristiano de los pri-

meros tiempos de la Iglesia: inteligente é instruído, complaciase en extender el círculo de mis ideas en cuanto es posible hacerlo sin traspasar los límites sagrados de la fe. Juzgaba él todas las cosas humanas con severidad, pero con calma; sus principios eran inflexibles, y la suma pureza de su conciencia le daba el derecho de ser absoluto y firme con los malos; era poco accesible al entusiasmo, y sólo se exaltaba para anatematizar el vicio con palabras vehementes y arrancar la máscara á la vil hipocresía.

»Á pesar de esta noble sinceridad y del horror con que miraba todo maquiavelismo religioso, aquel hombre respetable era poco querido, porque pocos le comprendían. Acusábanle de intolerante y le confundían con los fanáticos que, bajo el hábito del levita, albergan el rencor y suspicaz acrimonia de los corazones ulcerados; pero eran injustos con él, yo puedo asegurarlo. Aquel hombre era el más casto y al mismo tiempo el menos desabrido de los sacerdotes; la firmeza, el espíritu de orden y el amor á la justicia que eran los principales elementos de su carácter, derramaban en su trato y en sus costumbres una serenidad patriarcal. Su hermana, digna y excelente mujer, distribuía las limosnas con discernimiento; su casa era un dechado de modestia, aseo y decoro, y era tal la vigilancia que ejercía el buen sacerdote en su parroquia, que no se veía en toda ella ningún malhechor ó vagamundo.

»En esto se apoyaban algunos filántropos imprudentes para decir que su conducta era más bien la de un inflexible juez que la de un apóstol misericordioso: aquellos hombres no querían comprender que hacía la guerra al vicio y que sólo aborrecía en los hombres la mancha de sus pecados.

»Por lo que á mí hace, todo me agradaba en él, y más que nada aquel virtuoso rigor que desvanecía todas las dudas de mi conciencia y allanaba todos los obstáculos en la senda de mi vida; guiado por él, sentíame capaz de ser virtuoso como él. Sus consejos, sus estímulos y sus elogios me inundaban de una alegría celestial, y yo no temía buscar en un noble orgullo la fuerza que el hombre necesita para arrostrar las seducciones culpables. Exhortábame él á este sentimiento de estimación hacia mi mismo, haciéndome mirar como la más segura garantía contra la depravación de un siglo sin creencias.

»Cuando entré en la adolescencia, una vaga y desconocida inquietud vino á turbar la paz de mis sueños y el fervor de mis oraciones: así se lo confesé á mi preceptor, no como á sacerdote, sino como á mi amigo. Respondiome con franqueza y me reveló todos los secretos de la vida :

»—Si estuviérais destinado á la virginidad del sacerdocio— me dijo—procuraría prolongar vuestra ignorancia ó apagar con el temor los ardores de vuestra imaginación juvenil; pero el germen de las pasiones se revela con sobrada vivacidad para que yo trate nunca de apartaros del mundo adonde os llama el destino; todo consiste en dirigir bien las propias pasiones, para que sean fértiles en nobles pensamientos y en buenas obras.

»Entonces me pintó con vivísimos colores las dos especies de amor que mancillan ó purifican las almas; el balago del placer que, sin el otro amor, sólo conduce al embrutecimiento de la inteligencia, y el amor del corazón que une á los seres virtuosos y produce la unión santa del hombre y la mujer.

»Hablóme de aquella compañera de Adán, de aquella bendición del cielo enviada al sueño del primer hombre como el dón más hermoso que reservaba el Hacedor para coronar la grande obra de la creación: hablóme también de ese sér degenerado que, en nuestra sociedad corrompida, desmiente su celeste origen y embriaga al hombre con el veneno de la lujuria; fruto amargo y eterno del árbol de la ciencia.

»Los retratos de la mujer pura y de la mujer viciosa imprimieron en mi corazón de niño dos imágenes indelebles; una divina y coronada, como las vírgenes de nuestras iglesias, de una santa aureola; otra odiosa y horrible como un funesto ensueño. Que esta idea era errónea en su aplicación inmediata me parece indudable en el día; y, sin embargo, nunca he podido perder enteramente esta obstinada impresión de mi primera juventud. La fealdad del cuerpo y la del alma siempre me parecen inseparables á primera vista; y ver á la hermosura del rostro servir de máscara á la lepra del corazón, es cosa que me indigna como una doble impostura, que me aterra como un completo trastorno en el orden eternal del universo.

«Cuando volvieron á Francia los Borbones, volvieron mis padres de la emigración, y dejé con pena la rectoría para ir á



habitar el ruinoso castillo de mis mayores. Mi padre sacrificó sus últimos intereses para volver á entrar en posesión del solar que llevaba su nombre; pero nunca pudo recobrar más que una muy pequeña parte de las tierras inmediatas, y el sostén de su casa y de un parque que nada le producía, acabó de hacer precaria y triste nuestra

existencia. Esperé, no obstante, al principio gozar una felicidad, nueva para mí, en la intimidad de mi madre, cuyas caricias y tiernos desvelos eran los más dulces recuerdos de mi infancia. Todavía era hermosa á pesar de sus cincuenta años, y á un talento natural, despejado, unía bastante instrucción y no poco conocimiento del mundo; pero por una invencible fatalidad, nuestras opiniones diferían en muchos puntos. Verdad es que mi madre daba poquísima importancia á nuestras discusiones, como si no advirtiera la dolorosa impresión que me hacían; pero era muy duro para mí hallar en una mujer á quien hubiera querido tributar el más santo respeto, una ligereza de principios tan contraria á lo que yo esperaba de ella. Poco á poco la superficialidad con que trataba mi madre mis más caras creencias y la especie de irónica compasión que la inspiraba mi carácter, me hicieron ser algo más audaz y tratar de atraerla á mis ideas; pero entonces me impuso silencio con altivez y me reprendió agriamente lo que ella llamaba el pedantismo de la intolerancia. Mi padre nunca tomaba parte en nuestros altercados; casi siempre, dormido en su poltrona, sólo le interesaba su partida de los cientos que mi madre le hacía, es cierto, con infatigable dulzura; y con tal que nada

turbase su natural indolencia, á todas las caras y á todos los caracteres se avenía. Un conocido de la casa me bizo, casi á pesar mío, el triste favor de confiarme que mi madre había engañado más de una vez, en otros tiempos, á aquel marido demasiado bueno, y me aconsejó que anduviese más mirado y prudente en mis discusiones con ella. Dile gracias por el aviso y lo aproveché; comprendí que ya no tenía derecho para discutir, pues de hacerlo, hubiera sido arrogarme el de censurar la conducta de mi madre; pero limitándome á un frío respeto, sentí desvanecerse en mí aquel ciego cariño á que se dirigían todas mis esperanzas.

»Mis pesares me hicieron melancólico, adusto, y el fastidio se apoderó de mí; en aquel aislamiento del alma adquirí un hábito de disimulo y cautela que acabó de enajenarme el corazón de mis padres. Cruelmente me lo manifestaron cuatro ó cinco veces, y á la última tomé mi resolución; hui de su casa una noche, dejándoles una carta en que me disculpaba humildemente y les prometía que, cualquiera que fuese mi suerte futura, nunca tendrían que avergonzarse de mí. Púseme pues en camino, á la casualidad, tristemente y casi sin recursos, no permitiéndome la estrechez en que vivían mis padres pedirles el menor sacrificio; esperé en la Providencia y también un poco en mi valor. Vuestra Alteza sabe lo demás y, merced á sus bondades, no he tenido que soportar mucho tiempo las fatigas y privaciones de un viaje.»

—Gracias te doy por tu confianza, Luís—dijo la princesa; —veo que tienes un noble corazón, pero déjame que te hable como amiga y reemplace á la madre que abandonaste; porque temo, hijo mío, que estés algún tanto contaminado, sin tú saberlo y á pesar tuyo, del espíritu de obstinación y orgullo de que con razón se acusa al clero de Francia. Ese cura de quien me has hablado, es sin duda un hombre virtuoso y franco, pero acaso no iban muy descarriados los que le acusaban de ser poco indulgente y misericordioso. No me gusta que se expulse de un país á los vagamundos y á los malhechores; más valdría tratar de fijar y dar ocupación á los unos, de corregir ó contener á los otros. Tu madre me parece una buena mujer que tú hubieras debido aceptar con sus virtudes y sus defectos, y aún te estimaría yo más si hubieras ignorado ó sumergido en profundo silencio los errores de su juven-

tud. No te alucines, amigo mío; ese carácter absoluto, esa fría costumbre de condenar en silencio y repeler para siempre y sin perdón todo lo que no se nos parece, puede muy bien hacernos culpables, peligrosos para los demás y aun para nosotros mismos. Ya ves lo que tú has sufrido, y seguramente tu madre, por muy insustancial que sea, habrá llorado tu partida y sus motivos. ¿La das alguna vez al menos noticias tuyas?

—Sí señora—respondió Saint-Julien.

—Bien hecho, hazlo siempre así—repuso—y afánate por lograr que el lenguaje de tus cartas la haga olvidar la acerba pesadumbre que le has dado. En todo caso—añadió la princesa poniéndose en pie y presentándole su mano—bien habéis hecho en decirnos todas esas cosas, señor conde; así conoceremos mejor el respeto que debemos á vuestras desgracias. Hijos míos—dijo á los otros dos testigos de aquella escena—tenéis demasiado talento y delicadeza para no conocerlo también: el corazón de San-Giuliano no es de la misma edad que el vuestro y no debéis tratarle cual á un niño como vosotros. Y tú, Luis—dijo volviéndose al joven conde—preciso es también que hagas alguna concesión á su juventud y procures distraerte con ellos: unidos consagraremos todos nuestros esfuerzos á crearte un porvenir mejor que lo pasado, y si no lo logramos, prueba será de que la amistad es insuficiente y de que tu alma no olvida!

Siendo ya llegada la hora en que debía presentarse por primera vez, después de su vuelta, á toda su corte reunida, púsose la princesa sobre su traje de seda un ropón de terciopelo bordado de oro y forrado de martas cibelinas. Tomó el paje su abanico de plumas de pavo real, y entregó á Saint-Julien un libro espléndidamente encuadernado, en que debía apuntar las solicitudes presentadas á la soberana. La Ginetta, que tenía privilegios especiales, se mezcló á tres grandes señoras austriacas que, por derecho de nobleza, tenían el honroso cargo de presentarse en público como criadas de su Alteza.

Luego que la princesa hubo recibido los homenajes de sus aduladores, presentóles su secretario particular el conde de Saint-Julien; en el tono en que lo hizo, conocieron todos que no era al pie de la letra el que veían un sucesor del abate Scipione y que era preciso conducirse con él de otra manera.

Tanto le acosaron á protestas y rendimientos, que el pobre joven quedó como atontado: muy distante estaba ciertamente de haber concebido tan alta idea de su destino.

—Á fe mía que no me tratarían mejor—se decía—si fuese el esposo de la princesa; y, sin embargo, bien deben saber en qué equipaje llegué á esta corte.

Viendo entonces cuán bajos y rastreros son los hombres, ante todo el que obtiene la privanza del amo, se admiró de haber sido tan tímido.

—¿Dónde está—decía—aquella grandeza que yo soñaba?
¿Dónde están aquellos hombres generosos que sostienen la dignidad de su clase con nobles acciones y tienen el corazón noble y altivo como la divisa de sus ilustres ascendientes?
¿Son tan raros los verdaderos nobles como los verdaderos talentos?

Celebráronse en el mismo día las bodas del ayudante de campo Lucioli con la lectora mistress White. Gran motivo de admiración fué para Saint-Julien ver á aquel gallardo joven casarse con una solterona de humilde esfera y cortísimos alcances; pero nadie participó de su sorpresa: Quintilia dotaba magníficamente á la dueña, con lo que podría Lucioli en lo sucesivo satisfacer su ridícula vanidad y ostentar un lujo insolente. Muy reconciliado estaba, pues, el novio con su situación, y hallaba en el continente grave de su princesa más indulgencia para su amor propio de lo que había esperado.

Presidió, en efecto, la Cavalcanti aquella escena con imperturbable sangre fría: imposible era sospechar en vista de su aire austero y maternal, que se ocupaba en divertirse seriamente á costa de una víctima insolente y villana. En ningún rincón de la capilla se divisó la más leve sonrisa: los labios de Quintilia estaban inmóviles y apretados como los de un matemático que resuelve interiormente un problema difícil; sin embargo, todavía desconfió el conde de aquella afectación, y cuando hacia la media noche se reunió la princesa en su cuarto con él, la Ginetta y Galeotto, no le asombró en manera alguna la escena de que fué testigo. La Ginetta, apretándose la boca con el pañuelo, parecía esperar en violenta impaciencia permiso para soltar la presa, cuando Quintilia, dejándose caer cuan larga era sobre la alfombra, la dió el ejemplo de una risa inextinguible y casi convulsiva. El paje

completó el terceto, y Luis quedó embobado contemplándolos hasta que, moderadas un tanto las risotadas, un fuego graneado de sarcasmos y de observaciones cáusticas vino á hacerle conocer que había presenciado la más solemne y majestuosa mojiganga de que puede ser víctima ó bufón un amante desdeñado ó caído.

—Eso no me gusta—dijo al paje cuando se hallaron solos en su cuarto:—ó ese Lucioli es un pobre sandio á quien chasquean sin compasión, ó es un miserable que se consuela con dinero y á quien sería mucho mejor plantar en la calle.

—Paréceme—dijo el paje en tono seco y formal—que os metéis á criticar la conducta de nuestra bienhechora, y si es así, también yo os diré, señor conde, que *eso no me gusta*.

—Poneos en mi lugar—dijo Luis algo confuso;—¿no pensaríais, viendo cosas tan extrañas, que la princesa es muy cruel con los que osan elevarse hasta su altura, ó muy inconstante con los que á ella hace subir por un momento?

Respondió el paje á estas razones con una carcajada; mas volviendo inmediatamente á su anterior formalidad, salió de la estancia diciendo á Saint-Julien:

—Amigo mio, ni la fidelidad ni la prudencia admiten el espíritu de análisis.

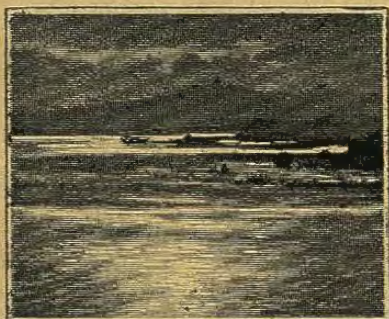
VI



L día siguiente llamó la princesa á su secretario y se encerró con él en su gabinete. Mil proyectos la ocupaban; quería introducir notables economías en su lujo, fuudar un nuevo hospital, cercenar las riquezas de un cabildo, escribir un tratado sobre la economía política y otras muchas cosas más; Saint-Julien quedó pasmado y creyó por un momento que no bastaría ni aun para plantearlas toda la vida de un hombre; pero sentó ella con tanta exactitud los puntos principales, dióle explicaciones tan concisas y luminosas, que pronto empezó á ver claro en lo que había tomado al principio por el caos de una cabeza mujeril. Antes de despacharle, le confió un trabajo bastante difícil que debía presentarle acabado el día siguiente, y de que quedó contenta aunque hizo en él numerosas enmiendas y anotaciones.

Muchos meses emplearon en disponer y llevar á cabo aquellos trabajos. Durante todo este tiempo estuvo la princesa encerrada en su palacio; se suspendieron todas las diversiones y besamanos, estuvieron las calles silenciosas, y no iluminó las fachadas el resplandor de las hachas. Quintilia, vestida de un largo ropón de terciopelo negro y recogido su hermoso cabello bajo una toca á lo María Stuardo, parecía

olvidar completamente el lujo, pompa y bullicio á que era tan inclinada; sumergida en estudios serios y en útiles reflexiones, no se procuraba más distracción ni solaz que el de fumar por la noche en una azotea, con sus confidentes íntimos, á saber: el paje, el secretario y la Ginetta. Paseábase á veces en



góndola con ellos por el pequeño y manso río llamado Celina que cruza el principado; pero toda alegría bulliciosa estaba desterrada de sus conversaciones. Sus proyectos de mañana, sus trabajos de ayer la ponían en un inmediato y continuo roce con Saint-Julien, resultando de esto entre ellos una fa-

miliaridad en que había un no sé qué de sereno y fraternal que era algo más que la amistad y que no se parecía sin embargo al amor. Así lo creía Luís al menos, pero ello es cierto que un solo pensamiento dominaba su alma y absorbía todas sus facultades. Si no hubieran llenado las horas en que la princesa le desterraba de su presencia el constante trabajo que ella le imponía y los breves momentos de descanso que le era forzoso tomar, seguramente le hubieran parecido insupportables; pero apenas se levantaba, pasaba al gabinete de Quintilia y no se separaba de ella hasta la noche; con él hacía todas sus comidas, comidas á la ligera y casi napoleónicas (1). Si reposaba tal vez el ánimo fatigado de sus continuas tareas intelectuales con ideas más agradables, siempre era en compañía de su joven protegido: hablábale de las bellas artes que ambos amaban y sentían profundamente, escuchaba con interés algunas sencillas y tiernas poesías de que se inspiraba el joven á su lado, ó bien le hablaba de las ventajas de

(1) Sabido es que Napoleón, hombre de una actividad increíble, era tan expeditivo para comer como para todo. —(N del T.)

una vida laboriosa y arreglada, de los encantos de una amistad pura y santa. Escuchábala el mancebo con delicia, y al ver su casta frente y su mirada maternal, olvidaba que podía nacer en su pecho, al lado de aquella mujer, una pasión borrascosa ó fatal; persuadiase de que había llegado al término de los deseos de un alma noble; creía haber alcanzado para siempre una felicidad completa y sin remordimientos. Verdad es que á veces, cuando se hallaba solo, al salir de aquellas dulces pláticas, su cabeza se inflamaba, su corazón latía apresurado, su agitación se convertía en un vago dolor, pero un sentimiento piadoso sucedía á estas agitaciones; daba gracias á Dios por haberle sacado de una condición dolorosa para colmarle de tantas felicidades; lloraba como un niño; pronunciaba el nombre de Quintilia y le asociaba al nombre de María, la Virgen de los Cielos. Y después que aligeraba su oprimido corazón con estos éxtasis, emprendía con nuevo ardor la tarea que le había confiado su soberana, y saboreaba anticipada la delicia de merecer y alcanzar sus elogios y su agradecimiento.

Enteramente separado del resto de la servidumbre de la princesa, sólo tenía algunas relaciones con Galeotto: su carácter tímido y algo altivo, sus serias y asiduas ocupaciones y sobre todo el sentimiento de bienestar interior en que se hallaba y que hacía inútil para él toda expansión, se oponían á que tuviese comunicación alguna con los demás; tan retirado vivió desde su llegada á la corte de todo lo que no era Quintilia, que apenas sabía los nombres de las personas que á cada paso encontraba en las habitaciones del palacio; y en tanto una verdadera pasión, devoradora, tenaz, eterna, se encendía en su alma sin saberlo él mismo, á la sombra de aquella peligrosa confianza. La imaginación de aquel joven era tan pura, tan mal conocía el amor, que no creía en sus tormentos y los padecía sin sospechar su existencia.

Así pasaron seis meses; una tarde, hallóse el trabajo terminado. Todo aquel día había estado la princesa más grave y pensativa de lo acostumbrado; escribió de su propio puño una página entera al final del mamotreto que acababa de presentarla Saint-Julien, y mientras en esto se ocupaba, la Ginetta, que se había introducido con mucho tiento en la estancia, esperaba con una especie de ansiedad á que acabase; sus

ojos negros y traviosos se dirigían con impaciencia ya á la puerta donde divisó Luis una punta del ferreruelo de Galeotto, ya á la frente sombría y fruncido ceño de la princesa. Dejó ésta en fin la pluma con aire distraído, se cubrió el rostro con las manos, volvió á tomar la pluma, se entretuvo un momento con una trenza de su pelo que se había soltado, luego se estremeció de repente, trazó con precipitación algunos números, firmó el registro, le cerró, y de un manotazo le echó á rodar al otro extremo de la mesa: en seguida, sin dejar la pluma, púsose en pie, se volvió hacia la Ginetta, y la plantó en un mechón de su negra cabellera.

—¿Se acabó por fin, señora?—dijo lanzando un grito de júbilo.—¿Esa blanca mano va á romper la pluma y á manejar de nuevo el cetro y el abanico? ¿Hemos llegado al término de esta pálida cuaresma? ¿Va á romper en fin el placer la boca del sepulcro en que le ha hundido vuestra Alteza? ¿Puedo tirar por la ventana esta pícara pluma, que me pesa en la cabeza como si fuera de plomo?

—Haz con ella un auto de fe—respondió Quintilia;—ya no trabajo más por este año.

—¡Viva la libertad!—exclamó Galeotto entrando de un brinco en la estancia.—Á riesgo de llevar la merecida reprimenda, no puedo resistir á la tentación de hincar una rodilla en tierra ante mi soberana, y suplicarla que se digne romper las cadenas de su escudero.

—Tiende tu alegre vuelo, linda mariposa—dijo la princesa dándole un beso en la frente.

—¡Virgen María!—dijo el paje levantándose.—Más de tres meses hacía que no honraba tanto vuestra Alteza á su pobre enano. Ya estamos todos salvos, renacemos, rompemos el capullo, resucitamos.... Aleluya! Aleluya!

—Quememos esta maldita pluma—dijo la Ginetta.

—Nada de eso—repuso el paje quitándose la de la mano;—metámosla en el tintero del señor secretario, y vaya todo junto al Celina.

—Alto ahí—dijo la princesa;—respetad el trabajo, la reflexión y la economía. Giuliano mío, ya nos volveremos á ver las caras entre el polvo de los libros; descansen hoy y digamos adiós á estas negras vestimentas; riamos con estos niños; seamos jóvenes y alegres como ellos. Paje, haz ilumi-

nar las cuatro fachadas de mi palacio; tú, Ginetta, vuelve la libertad á mis cabellos y quitame del dedo esta última mancha de tinta.

Frotó Gina las manos de la princesa con esencia de limón; el paje abrió las ventanas y dió desde ellas algunas órdenes en alta voz; luego se llevó á Luís á la azotea, y dándole un soberbio ramillete de flores, le dijo:

—Llévaselo á su Alteza, échate á sus pies y procura que deje caer sobre ti una dulce mirada; sobre todo, despídete para mucho tiempo de ese continente abatido. ¿De qué te admiras? Creías que estábamos convertidos para siempre y que todo había de ir conforme á tus gustos y á tus ideas? Aprende á conocer la amistad; yo que podría vengarme de todo el aburrimiento que me has causado, quiero por el contrario ayudarte á recobrar tu privanza que titubea.

—Te juro, amigo mío, que no lo entiendo—respondió Saint-Julien tomando maquinalmente el ramillete.

—Ea, ea—interrumpió empujándole hacia la estancia—si no eres negado, aprovecha la ocasión porque ya empieza la gresca.

Alzábanse ya en efecto por los aires los armónicos sonos de cien instrumentos y volaban por las calles infinidad de cohetes y carretillas.

—¿Qué quiere decir toda esa algazara?—dijo Luís.

—Eso es obra mía—respondió Galeotto en tono de hombre muy satisfecho de sí mismo;—obra que debe salvar ó perder á no pocos aduladores, hacer volar á los unos como águilas, hacer zampuzar á los otros como gansos.

Saint-Julien empujado por el paje se acercó á la princesa con muestras de turbación y timidez.

Ya estaba transformada en otra mujer muy distinta de la que estaba viendo hacía seis meses; tenía el cabello perfumado, la frente coronada de diamantes de siete colores, loco y magnífico tocado. Su cuerpo había mudado de actitud y su rostro de expresión; indudablemente parecía más joven y estaba más hermosa y seductora que con su ropón negro y su aire meditado, pero á Luís le gustaba antes mucho más...

—Arrodíllate—le dijo el paje al oído—y procura besarla la mano.

Creyó Saint-Julien que se burlaban de él, y casi estuvo á punto de acusar á Quintilia como cómplice en aquella pantomima. Dejóse caer lentamente sobre el cojín de terciopelo que estaba á sus pies, y trémulo y palpitante, alzó sobre ella una mirada que parecía una triste y cariñosa reconvección; pero en vez de hallarla irónica como creía, Quintilia le cogió cariñosamente una mano.

—¿Qué veo? Flores en la mano de Saint-Julien!—le dijo con amable sonrisa;—y precisamente me traes las flores que más me gustan, la rosa turca y la pompadura que embriaga! Vengan, vengan, Giuliano; tú también quieres rejuvenecerte y gozar!... Bien, hijo mío, bien. Hagámosles ver que el trabajo no nos ha vuelto estúpidos, y que nuestras facultades no se han embotado como nuestras plumas.

Esto diciendo, besó Quintilia á su secretario en las dos mejillas; era aquella la primera vez que tal hacía, y tan lejos estaba el joven de esperarlo, que estuvo á punto de desfallecer bajo la violencia de su conmoción interior. Dióle como un vahído, y no le fué posible comprender lo que pasaba en torno suyo.

Hubo grandes fuegos artificiales sobre el río, y una magnífica cena que parecía improvisada, pero que Galeotto y la Ginetta tenían dispuesta muy de antemano, prolongó la diversión hasta muy entrada la noche. Saint-Julien al principio siguió maquinalmente á la princesa; todavía se hallaba bajo la delirante impresión de aquel beso, y así no pensó más que en admirar la hermosura y amable dignidad de los que la festejaban; mas poco á poco todo aquel séquito de cortesanos que ya había perdido la costumbre de ver interponerse entre ella y él, aquel bullicio que no le permitía ser oído él solo, aquel movimiento que, al parecer, embelesaba á Quintilia, llegaron á serle odiosos. Más de una vez sintió impulsos de dejar toda aquella algazara é ir á encerrarse en su cuarto; pero un sentimiento de adusta y recelosa inquietud le detuvo al lado de la princesa.

VII



MIGO mío—le dijo Galeotto á la mañana siguiente—pongo en tu noticia que anoche estuviste soberanamente ridículo. ¿Qué tenías? ¡Triste, pálido, consternado!... Mira lo que haces: la princesa está de humor de divertirse; si no te diviertes, eres perdido.

—¡Perdido!—dijo Saint-Julien;—¿cómo? ¿porqué?

—¿Por qué? porque la aburrirás. ¿Cómo? porque olvidará hasta tu nombre.

—¿Dónde estamos, Dios mío?—dijo Luis pasándose la mano por los ojos con invencible tristeza.—¿Estoy soñando? ¿Cómo ha podido mudar todo de tal suerte en doce horas!

—Tú no conoces el mundo—repuso el paje;—ignoras que se necesita no contar con nada, estar preparado á todo y tener veinte caras para mudar con los que mudan.

—Pero hazme conocer á Quintilia, explicámela: ¿qué me importan los demás?

—¡Quintilia!—dijo el paje bajando la voz;—¡que te explique esa mujer ¡yo! Mira; diez y seis años tengo y no me faltan ambición, travesura y cierta inteligencia... ¡que te explique y no

me afano por comprender; obedezco, adivino lo que me van á mandar... me parece que esto es algo para mi edad: pero que penetre la razón de lo que veo, de lo que oigo y de lo que hago es ya demasiado exigir de mi inexperiencia y de mi juventud. Tú si que debieras, filósofo profundo, ilustrarme á mí.

—Sólo una cosa quiero saber—dijo Luís fijando sus rasgados ojos tristes en los vivaces ojillos de Galeotto.—Bien veo que hay en ella dos mujeres distintas, una verdadera y otra artificial; una que ha nacido lo que es, otra formada por el siglo y por los hombres; ¿cuál de ellas es la obra de Dios?

Tuvo el paje en los labios una contracción nerviosa, como si fuera á decir una palabra cínica: adivinó Saint-Julien las dos sílabas que se asomaban á aquella boca sardónica, y un doloroso estremecimiento corrió por todo su cuerpo; pero mudando de pronto el paje de ademán y de tono con aquella flexibilidad de cortesano que era innata en él:

—Esa pregunta no tiene pies ni cabeza, amigo mío—le dijo paseándose con gravedad por el cuarto:—el amor y la metafísica te han trastornado el seso. ¿Te parece á ti que *nacemos* algo? Bastante hacemos cada cual con nacer noble, canalla ó príncipe. Si yo fuera frenologista, te diría cuál es y cuáles protuberancias del cráneo de su Alteza motivan las contradicciones que ves en ella; pero no siendo más que un pobre ignorante, prefiero admirar sus cabellos de azabache y recibir en esta frente pecadora los besos de una boca ducal, á...

Recordando el beso que había recibido, estremeciéndose el joven conde y se puso sucesivamente encendido y pálido como un difunto; advirtiéndolo el paje y parándose en frente de él con los brazos cruzados:

—Amigo mío—le dijo—tú estás enamorado... ¡hombre al agua!

—¿Yo?—dijo Luís todo turbado;—no lo creas. Venero á mi soberana, la...

—Calla, calla, no digas disparates—repuso Galeotto:—ya no estamos en los tiempos de la caballería andante; en el día un noble y aun un pastelero pueden casarse con una princesa. Estás enamorado, pero eres un loco.

—Déjate de bromas, Galeotto.

—Aquí no hay broma que valga. Ayer cuando recibiste

aquel par de besos, estuviste á punto de desmayarte, lo que para uno que no aspirara más que á medrar hubiera sido de excelente efecto; esas timideces prosperan por esta tierra más que las fatuidades á lo Lucioli. No serás tú á quien te casen con una dueña y te envíen á tomar los aires al campo con cincuenta mil francos de renta y una momia ambulante como mistress White; pero te pondrás, sí, un collarcito de oro al pescuezo y te dejarán encanecer echadito sobre un rueda entre el cervatillo atigrado y la galga blanca.

—¿Y cuál es el importante papel que haces tú aquí?—dijo Luís algo picado.

—Ninguno—respondió el paje;—pero no estoy enamorado, y cuando me besan en la frente, no olvido que soy un dije, un animalito casero, un niño condenado á no crecer; en esta inteligencia, mientras llego á ser hombre y hasta que empiecen á echarlo de ver, voy volviendo á la Ginetta los besos que me dan... Haz lo que yo, Giuliano; la Ginetta es una muchacha excelente.

Tuvo Saint-Julien como un mareo y forzoso le fué apoyarse en el respaldo de una silla que tenía al lado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó con mortal angustia—¿á dónde me habéis conducido? ¿En qué abismo de corrupción me habéis precipitado?

Respondió Galeotto con una sonora carcajada á aquel místico apóstrofe.

El sencillo Luís le miraba con sorpresa y con una especie de temor. Criado en el campo, lleno de inocencia y de candor, no podía comprender la precoz depravación de aquel hijo del siglo, de aquel fruto amargo de la civilización.

—¡Tan joven y tan hefmoso!—prosiguió mirándole con una sinceridad de dolor que aumentó la algazara del paje:—¡con tanta gracia, con una frente tan pura, ser ya tan árido, tan frío, tan calculador! ¡Haber vencido ya el amor y el entusiasmo y los sentidos! ¡Y qué! ¡ni siquiera enamorado de Ginetta!... ¡Irónico é insultante bajo los labios de ésta, desconfiado y frío bajo los labios de aquella! ¿Qué amáis pues, que podéis amar en este mundo, anciano de diez y seis años?

—El dinero y el poder—dijo el paje;—¡el dinero para tener buenos caballos, ricos trajes y mujeres de quienes no tenga que estar enamorado hasta el punto de saltarme la tapa de

los sesos si me son infieles; de esas mujeres que tienen el talento extrictamente necesario, ni más ni menos, para darnos un momento de delirio, único bien que puede dar de si la



mujer, falsa y lasciva como lo es por naturaleza! El poder para humillar á los pícaros y á los necios que me adulan y me aborrecen, para hundir en el polvo esas caras orgullosas que se bajan para mirarme. ¡ Sí, sí! el dinero y el poder; todo

hombre que no sea imbécil ó loco, debe aspirar á esto y despreciar lo demás.

—¿De quién habéis aprendido esos principios?—dijo Saint-Julien;—¿de Quintilia?

—¡Oh! ¡siempre á vueltas con la misma idea! ¿Qué me importa á mí Quintilia? ¿Piensas tú que trato yo de vejetar en esta miserable nación en miniatura? ¿Piensas tú que esta parodia de reino y estas sombras de cortesanos y estas fortalezas de bizcocho, y este palacio que serviría de ramillete en la mesa de un banquero, y estos empleos que desdeñaría el groom (1) de un par de Inglaterra, y todo este verdadero juego de chiquillos es cosa que me cautiva y me seduce? Eso es bueno para ti, virtuoso cleriguillo, que ya te crees en la cumbre de las grandezas humanas y que tomas el teatro de polichinela por la Scala ó por San Carlos (2). Menos feliz, yo no me alucino; conozco que el universo entero no es bastante espacioso para mi actividad y me ahogo en esta estufa donde nos freimos como pobres castañas que una mujer saca de la lumbre en beneficio del diablo. Ea, buen Giuliano, sigue tu vocación y no te cures de la mía: yo sí que debía quedarme patitieso en vista de un candor como el tuyo, porque eres en verdad una excepción, un fenómeno, una maravilla en este siglo de cálculo y de egoísmo. Acaso eres un ángel á los ojos de Dios, pero yo te juro que los hombres te enseñarían por dinero si supieran lo que eres.

—¿Pues qué soy?—exclamó Saint-Julien confundido.

—¿Quieres que te lo diga? ¿No te enfadarás?

—No.

—Eres un simple.

—¿Y Quintilia?

—Algún día te lo diré si nos vemos á cien leguas de aquí.

(1) Lacayuelo.—(N. del T.)

(2) Magníficos teatros, acaso los primeros de Europa, el primero en Milán y el segundo en Nápoles.—(N. del T.)



VIII

RANDES funciones se preparaban en palacio; nunca había visto Saint-Julien un lujo tan desenfrenado ni tan exorbitantes gastos. Nadie podía obtener audiencia de la princesa sino para hablarla de disfraces, de músicos y danzantes; y el pobre

secretario privado, indiferente á todas aquellas cosas, vagaba pálido y triste en medio de aquel desorden, entre el polvo de los preparativos y la turba multa de los obreros. Tres días enteros pasaron sin que viese á la princesa, con lo que cayó en una honda melancolía y lloró su hermoso sueño desvanecido, sus dulces ilusiones perdidas. En la mañana del baile, acordóse de él y le hizo llamar para entregarle el traje que debía ponerse; dióle gravemente las más frívolas instrucciones, pidióle su parecer sobre el corte de las mangas que la estaba probando la Ginetta, y luego olvidó su presencia y le dejó retirarse sin reparar en él.

Magnífico fué el baile, merced al más estrafalario capricho de la princesa; toda la corte representó una inmensa colec-

ción de mariposas y de insectos. Corpiños de mil colores apretaban las cinturas; luengas alas de toda especie de telas, dispuestas sobre imperceptibles alambres, se desplegaban sobre las espaldas ó caían á lo largo de los costados y eran, en verdad, admirables la exactitud de los matices, la forma de los detalles, el corte y actitud de las alas y hasta la fisonomía de cada insecto, reproducida por el peinado ó compostura de la cabeza del personaje encargado de representarle. El buen abate Scipione, transformado en langosta, daba sus co-



rrespondientes brinquitos con sumo donaire en un estrecho vestido de crespón verde-claro. El rozagante Lucioli, bien ceñido en una concha combada de raso color de castaña, y cubierto el vientre de una chupa listada de blanco y negro, representaba admirablemente un abejarrón de la más corpulenta especie conocida. La larga y amojamada marquesa Lucioli, ex-mistress White, estaba estupenda bajo su estrecha falda de terciopelo negro y grandes alas de tafetán amarillo con rayas azules; con su chupada cara pálida, los tijeretazos de sus alas y su manera de andar que se esforzaba, aunque en vano, por ser vivaracha y graciosa, cualquiera la hubiera tomado por la gran mariposa llamada *podalira*, tan desgaliçada y torpe que las golondrinas se desdeñan de perseguirla y la dejan aletear y caer al suelo entre las amarillentas y fes-

toneadas hojas del sicomoro. El pajecillo Galeotto representaba la linda mariposa llamada *Argos*; brillantes pedrerías de todos colores rielaban sobre sus alas de terciopelo azul celeste, forradas de raso matizado de nácar, amarillo y rosa. La Ginetta llevaba un corpiño azul con rayas negras, y batía con graciosa desenvoltura sus transparentes alas de crespón. Luis iba disfrazado de *antiope*, con alas de terciopelo negro franjeadas de oro.

La princesa misma había presidido á la elección y distribución de todos estos trajes. Había consultado á más de veinte sabios y revuelto todos los tratados de etimología de su biblioteca, para llegar á un grado de perfección capaz de hacer perder la chaveta al más grave de todos los profesores de historia natural habidos y por haber. Con rara sagacidad había sabido adecuar cada papel, ó al menos cada color, al carácter y fisonomía de cada individuo. Veíanse en derredor suyo esheltas venecianas vestidas de avispas, de cucarachas y de mosquitos; brillantes oficiales convertidos en grillos, en capricornios, en esfinges; viéronse varios jóvenes abates transformados en hormigas, y el mayordomo en araña. Hubo moscones y lagartijas que produjeron un verdadero entusiasmo; la luciérnaga dió golpe, y las mujeres alborotaron el baile con sus chillidos á la vista del enorme escarabajo sagrado de los egipcios.

Pero entre todas aquellas aéreas cohortes, distinguíase Quintilia por la riqueza y sencillez de su traje. Había elegido por emblema la gentil mariposa blanca de la noche: su falda y sus alas de gasa de plata mate caían graciosamente plegadas á lo largo de su cuerpo; llevaba en la cabeza dos soberbios marabús que, inclinándose desde su frente sobre sus hombros, representaban con suma propiedad dos flexibles antenas.

El piso estaba cubierto de flores; multitud de escalas de seda, ocultas entre guirnaldas de rosas, estaban clavadas á las paredes ó suspendidas de las bóvedas. Los más temerarios trepaban á aquellos frágiles apoyos, se colgaban de ellos, bajaban, subían, se columpiaban entre las columnas ó se lanzaban de una á otra batiendo sus diáfanas alas, lo que formaba un espectáculo verdaderamente mágico, y cuya novedad embelesó por un momento al mismo Saint-Julien; mas pronto

inesperadas angustias le arrancaron de su pueril admiración. Quintilia, colmada de atenciones y galanteos, se abandonaba con tanta alegría al placer de ser admirada, que el pobre mancebo no pudo dudar por más tiempo del error á que le habían inducido seis meses de retiro y de serena felicidad.

—¡Insensato!—se decía;—¿cómo pude imaginar que esa mujer tuviese otra cosa en el corazón que la vanidad de su sexo y el orgullo de su linaje? ¿Qué placer ha sacado de alucinarme y de alucinarse á sí misma con aquellos soñados proyectos filantrópicos, con aquellas altas ambiciones de un alma generosa, cuando sus más ardientes deseos, cuando sus más completas delicias son un pasatiempo ruinoso y el insulso incienso de las cortes?

Y á pesar de estas tristes reflexiones, con ansiedad espiaba todas sus miradas; seguía á hurtadillas todos sus pasos cuando se le figuraba que hacía más caso de un hombre que de otro; su corazón palpitaba, perdía el seso, estaba á punto de dar una ridícula campanada; mas luego se contenía como para darse cuenta á sí mismo de sus propias agitaciones y estremecerse de sentir el amor al mismo tiempo que la aversión.

Habiéndosela descompuesto un poco el peinado en un vals, esquivóse la princesa y entró en sus habitaciones para arreglarle, sin querer molestar á la Ginetta que estaba bailando en otra sala. Retiróse, pues, sola y en silencio á su tocador; pero en el momento de ir á cerrar la puerta, vió detrás de sí un rostro pálido: era Saint-Julien que la había seguido. En el delirio de su pesar había creído verla hacer un guiño á Lucíoli y no pudo contenerse.

—¿Qué me quieres, Giuliano?—le dijo con sorpresa;—parece que estás triste ó enfermo. ¿Tienes algo que decirme? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Os molesto, señora—respondió tartamudeando.—Mandadme que os deje sola.

—No hay para qué—repuso con absoluta indiferencia;—siéntate en ese diván mientras me arreglo estas plumas, y si tienes algo que decirme, ya te escucho.

Sentóse Luis y quedó en silencio. Quintilia, en pie delante de su espejo y volviéndole la espalda, arregló su peinado con mucha cachaza; luego que hubo despachado, pensó en él y le miró en el espejo: parecía un difunto.

Fué á sentarse á su lado, y asiéndole la mano con un desenfado que parecia provenir no menos de la bondad de su corazón que de la marcialidad de su carácter :

—Tú tienes algo—le dijo;—tú sufres ; estás enfermo ó eres desgraciado... ¿cuál de los dos? Habla, ya sabes que soy tu amiga.

Inclinó Luís el rostro sobre las hermosas manos de Quintilia y las cubrió de lágrimas.

—Estás enamorado—le dijo apretándoselas cariñosamente.

—¡ Ah ! ¡ señora !...

—Lo estás, ¿ no es verdad !

—¡ Sí, sí !

—¿ De quién ?

—Nunca me atreveré...

—¿ De la Ginetta ?...

—No señora.

—¿ Luego será de mí ?...

—Sí señora.

—Tanto peor para ti—respondió haciendo un ademán de impaciencia que rayaba en despecho :—tanto peor para los dos.

Creyó Saint-Julien haber herido su orgullo.

—Perdóneme vuestra Alteza—la dijo ;—soy un necio y un insolente ; vais á despedirme, pero yo prevendré vuestras órdenes sobre este punto ; lo único que yo hubiera deseado es una palabra de compasión antes de perder para siempre la dicha de veros, señora !...

—¡ Bah, bah ! tú no sabes lo que te dices, Luís ; no pienso por ahora despedirte, y si te vas será muy contra mi voluntad. Crees haberme ofendido, pero te engañas ; si te amara, te lo diría, y si te lo dijera, me casaría contigo.

Poco faltó para que Saint-Julien se restregase los ojos como hombre que acaba de soñar ; pero no dejó también de mortificarle aquella franqueza.

—Deja ese aire compungido, Giuliano ; por tu vida que le dejes. Mira ; todos los jóvenes son presumidos ó novelescos ; tú no eres presumido, pero eres novelesco. Te crees enamorado de mí y no lo estás ; y ¿ cómo habías de estarlo, cuando no me conoces ?

—Razón tenéis en eso, señora : el cielo sabe que no os co-

nozco; si os conociera, me vería radicalmente curado, ó decididamente incurable; pero es el caso que no sé lo que sois, y esta incertidumbre me mata. Ya os tomo en el secreto de mi corazón por un ángel del Señor, y ya.... sí, no quiero ocultarlo, ya os comparo á Catalina II.

—Salvo los asesinatos, envcenamientos y otras miserias de este jaez, que no constituirían, al fin y al cabo, una gran diferencia—dijo la princesa con seca ironía:—¿no es verdad?

Luego, aventándose con su abanico de plumas,

—Adelante, señor conde—prosiguió—siga adelante su arenga.

—Burlaos de mí, despreciadme—dijo Luís desesperado;—tenéis razón, tratadme como á un loco, lo soy! ¿Qué me importa vuestra cólera? ¿Qué me importa vuestro desprecio? En el momento de perderos para siempre, cuando ya nada arriesgo, todo os lo puedo decir.

—Decid, decid—respondió con mucha calma.

—¡Pues bien! Digo, señora, que esto no puede durar, y que es preciso que yo me ausente. Me tratáis con confianza, y no la merezco; me colmáis de favores, y soy un ingrato. En vez de limitarme á serviros y veneraros en silencio, me ocupo en todas vuestras acciones, sospecho en vos las mayores infamias; os espío como si estuviera encargado de asesinaros, pregunto á vuestros criados, estudio vuestras miradas, comento vuestras palabras, aborrezco vuestro tocado, quisiera matar á los que os admiran.... ¡Estoy celoso, señora, celoso y desesperado! Mofaos de mí, ¡oh! sí, ¡yo os lo pidoll ¡Yo mismo me burlo de mí más amargamente de lo que nadie podría hacerlo! ¡De tres días á esta parte, sobre todo, estoy loco, completamente loco: á cada momento estoy á punto de dirigiros reconvencciones, y de pedir os cuenta de mis tormentos!... ¡Yo á vos!... ¡Yo, vuestro lacayo!... Señora, bien sé que soy vuestro lacayo...

—No hay que apurarse tanto—interrumpió la princesa;—yo no trato de humillaros: esos medios son buenos para quien no tiene otros. Ni sois mi lacayo, señor conde, ni lo seréis nunca; además, aun cuando lo fuérais, un caso habría en que tendríais derecho para hablarme como acabáis de hacerlo; ¿sabéis cuál?

—Ya nada temo, ¡decidlo!

—Os lo diré sin cólera y sin desprecio. Ese caso, Luís, sería aquel en que yo os hubiera alentado á hacerme la corte siquiera por... ¿por cuánto diré? por cinco minutos... ¿Es mucho?

—Muy cruel sois conmigo, señora, y lo merezco. ¡No! no me habéis alentado ni un momento, lo sé; no me habéis dirigido ni una mirada, ni una expresión que pudiera autorizarme á esperar...

—Á no ser que hayáis tomado por pruebas de mi amor ó por señales de mi liviandad, las atenciones y desvelos de una amistad inocente, de un aprecio muy sincero... Muchas veces he oído decir que las mujeres antes de llegar á cincuenta años, no tienen derecho para ser como yo, que la franqueza no les sirve para nada... así lo ví en efecto haciendo la experiencia, ¿pero con quién? con necios ó con malvados. Yo os tomaba por hombre capaz de juzgarme.

—Señora, señora, injusta sois por vida mía. Me habéis preguntado en tono de autoridad; me habéis arrancado mi secreto... «Si estás enamorado, lo estás de mí.»

—Vuestra culpa, Luís, no consiste en decírmelo, sino en estarlo.

—¿Y pensáis que eso depende de mi voluntad?

—¡Tal vez! ¡Si yo fuera hombre, sería amigo de Quintilia, la comprendería, la adivinaría y acaso la estimaría!

—¡Pues bien! dejadme que os comprenda, señora—exclamó el jóven hincándose de rodillas sin acercarse á ella, y aún podrá ser vuestro amigo y también vuestro vasallo.

—Señor conde—dijo la princesa poniéndose en pie—yo no tengo que dar cuentas á nadie: mucho tiempo há que aprendí á despreciar la opinión de los hombres. ¿No habéis leído la divisa de mis armas, *Dios es mi juez?*

Salió de la estancia, dichas estas palabras, y Saint-Julien, sin ser poderoso á levantarse, quedó como herido del rayo.

IX



UEGO que volvió en sí de su primera consternación, triste, desesperado, se cubrió el rostro con las manos, y empezó á llorar como un niño.

—Lo tomas con demasiado calor—le dijo el inalterable Galeotto, que acababa de entrar sin que él le viera:—ya te traigo mejores noticias. Su Alteza te prohíbe salir de palacio, y te manda que vayas á hablarla á su cuarto mañana, después del baile.

—¡Cómo!—exclamó Saint-Julien.—¿Te ha dicho?...

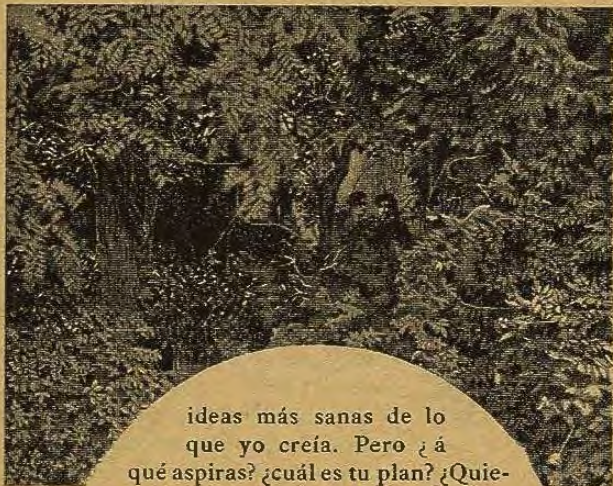
—Lo mismo que te lo estoy contando; pero me parece que basta para adivinar todo lo que ha pasado. ¿Con que, en fin, aventuraste tu declaración? No me parece mal... ¡quién sabe! puede que tu buena fe te aproveche más que á otros su industria... ¿Por qué me miras con esos ojos espantados?... ¿Su Alteza se amoscó seriamente, eh?... Mejor es eso que la sorna del desprecio. Cuando volvió al baile tenía un aire tan sombrío que, á pesar de que al instante empezó á bailar con el duque de Gurck, bien se conocía...

Saint-Julien no le escuchaba; cogióle del brazo Galeotto, y se lo llevó á los jardines.

—Escucha—le dijo—soy tu amigo, y quiero favorecerte. ¿Estás realmente enamorado?

—¿Yo?—dijo el conde, tanto por altivez como por delirio—¡no por cierto! ¿Cómo se puede amar á una mujer á quien no se conoce?

—¡Bravo! Me gusta oírte hablar así: eso prueba que tienes



ideas más sanas de lo que yo creía. Pero ¿á qué aspiras? ¿cuál es tu plan? ¿Quieres ser el amante de la princesa?

Hizo Saint-Julien un ademán de horror que Galeotto no vió.

—¿Quieres—prosiguió—reinar sobre este reducido imperio, mandar á esos pequeños grandes señores? Poco es, pero al fin más es que nada, y para un bachiller hidalguillo no me parece mal por algún tiempo; pero cuenta que hay diez probabilidades contra una de que no reinarás aquí sobre nada, ni sobre nadie. Se puede agradar, pero gobernar, no; con esa mujer no hay que esperar más que ser su amante, es decir, su muy atento y seguro servidor; mira ahora si quieres consagrar tantos afanes y desvelos á ese resultado, en el que tantos otros te han precedido, en el que tantos otros te sucederán.

Este discurso enfrió de tal modo la imaginación del pobre secretario, que se sintió capaz de hablar en el mismo lenguaje que Galeotto.

—Antes de responderte—le dijo—es preciso que lo medite,

y para ello necesito estar en más antecedentes: ¿puedes y quieres dármelos?

—Sí, porque te compadezco, y si me vendes algún día, en mi mano está el desquite: poseo tu secreto.

—¡Pues bien! Cuéntame la vida y milagros de madama de Cavalcanti.

—Eso es mucho pedir.

—¿No quieres?

—No puedo, porque nada sé, ni nadie aquí sabe nada, como no sea la Ginetta, y aun eso lo dudo. Te diré, pues, todo lo que sé, y no seré muy difuso; te diré lo que presumo, y seré muy lógico. A los doce años la casaron por poderes y enviudó sin haber visto nunca á su marido, por fortuna, pues era viejo, feo y tonto. El encargado de desposarse con la princesa se llamaba Max, ni más ni menos, y era bastardo de no sé qué reyezuelo de Alemania. Tenía doce años como la princesa, y diz que fué una ceremonia muy graciosa la de su boda; los dos chiquillos estaban, según cuenta enfáticamente el abate Scipione, atestados de insignias de todos países, de diamantes y de bordados; graves como retratos de familia, hermosos como ángeles, si hemos de creer á mistress White. Al salir de la iglesia se pusieron á jugar á las muñecas, y estuvieron comiendo confites durante todo el baile. No sé de resultas de qué convenios diplomáticos pasó el bastardo Max tres años en la corte de los Cavalcanti; lo cierto es que al cabo de este tiempo fué desterrado con *furor* por los parientes de la princesa; mas ésta, luego que se vió viuda y huérfana...

—Levantó el destierro á Max—dijo Luis.

—Ni por asomo; le echó en olvido, y se enamoricó de no sé cuál de sus pajes; luego... ¿qué sé yo? ¿á quién dejó ella de amar?

Calló Galeotto por un momento, y luego añadió:

—¿Crees tú que haya amado jamás á alguno?

—Yo he de volverme loco—dijo Saint-Julien—ó por mejor decir, ya lo estoy, porque me parece que todos lo están. ¿Qué debo pensar de tí, Galeotto? ¿Te propones insultarme? ¿Quieres batirte conmigo? ¡Habla!

—Tú chocheas; pues ¿qué te he dicho? Lo único que podía decirte. ¿Crees tú que, á excepción de la Ginetta, hay aquí

quien pueda informarte mejor que yo? Haz la prueba, pregunta, mira por las rendijas, y si algo averiguas ven á contármelo, porque yo también soy curiosillo, y quisiera saber lo que pasa; pero puedo asegurarte que por más que olfateo, nada saco en limpio. Aquí nadie habla, por la sencillísima razón de que nadie piensa; nadie sabe si es la más austera ó la más perversa de las criaturas, y probablemente nunca lo sabremos. Semejantes mujeres deberían llevar en la frente un cero para indicar que no pertenecen á la especie humana, y que es preciso tratarlas como abstracciones.

—¿Pero por qué?—exclamó Luis—¿por qué?

—Porque nada dicen, nada hacen, nada piensan y nada sienten como las demás mujeres; son naturalezas misteriosas, inteligencias depravadas, palabras enigmáticas, cuerdas flojas que no tienen tono alguno perceptible al oído, arabescos diabólicos, países como los que aplica la escarcha á los vidrios; en ellos se ve de todo y no hay nada. Ni son mujeres, ni son hombres, ni tienen edad, ni carácter, ni sexo...

—Mucho aborreces á esa mujer—dijo Luis.

—No puedo aborrecerla ni amarla; para mí no existe: es una cosa y no una persona; una cosa rara, curiosa, entretenida á veces.. Me inclino ante su corona, pero su cabeza no vale ni para gobernar una escuela de niñas.

—Pues yo creo que te engañas, yo creo que podría mandar un ejército. Seguramente le falta todo lo que yo buscaría en una mujer, pero tiene lo que admiro en un hombre: acaso es capaz de heroísmo... pero ¿qué nos importa á nosotros que no somos reyes ni generales?... En fin, dejemos esto á un lado; cuéntame todo lo que sabes.

—¿El resto de la historia de Max?

—¿Qué historia es esa?

—Es, como todo lo que sé, un rumor misterioso, una sospecha vaga, y... aquí paz y después gloria.

—¡Pero en fin!...

—Tengo entendido, amigo mío, que su desgracia fué un poco más seria que la de Lucioli... pero mira, dejemos lo que me falta para mañana, y entre tanto unamos nuestros esfuerzos y démonos la mano.

—¿Contra quién?

—Contra la hipocresía mujeril—respondió Galeotto;—jura

que me dirás todo lo que te suceda, y yo juro decirte todo lo que averigüe.

Saint-Julien, agotadas ya todas sus conjeturas, aturdido de tanta charla y no sabiendo ya á qué santo encomendarse, juró todo lo que quiso Galeotto y volvió á los salones del baile.



X

uvo cuidado de no presentarse á la princesa y se contentó con rondar alrededor de la sala en que ella estaba, ya mirándola valsar por entre las guirnaldas entretrejidias en las columnas, ya internándose por las

galerías, en que empezaban á apagarse las luces, siguiendo á algunos grupos misteriosos que se ocupaban al parecer en asuntos más graves que la música y el baile. Saint-Julien, transformado voluntariamente en espía, estaba triste y desazonado; aquella era la primera vez que quería llegar al conocimiento de la verdad por medios que su conciencia desaprobaba, pero hallaba al mismo tiempo cierto placer en la punzante agitación de la curiosidad.

Sentiase algo ofendido de haber sido tratado como un chiquillo, de haber vivido seis meses encerrado en un rincón de palacio donde acaso él solo ignoraba lo que tanto interés tenía en descubrir; creía á la sazón llevar á cabo una legitima venganza, creía casi cumplir un deber consigo mismo destruyendo, con todas las fuerzas de su alma, convicciones que le habían hecho feliz, porque tal vez le habían engañado. Poseía

Saint-Julien en grado heroico aquel egoismo brutal que todos tenemos en nuestras relaciones con las mujeres; no queremos estimarlas sino en cuanto la sociedad las estima y nos avergonzaríamos de ser los únicos en hacerlas justicia. En él sobre todo la desconfianza, peculiar de los caracteres tímidos, y aquel orgullo casi monástico que es como un reverso de medalla en los hombres austeros, daban nueva energía á su resolución. Sombrio, avergonzado, palpitante, creía salir de un sueño y miraba como otras tantas cosas nuevas todas las que veía; no podía oír al paso una palabra insignificante sin buscar en ella un sentido profundo y una luz desconocida. En todos los semblantes que le miraban, creía traslucir una expresión de sarcasmo ó de desprecio, y preciso era que estuviese muy obcecado porque dificilmente podía hallarse cosa más compasada, prudente y grave que aquella corte imbuída en sólidos principios de obediencia pasiva y penetrada de las ventajas positivas de su dependencia. Convencido Saint-Julien de que nada sacaría de todas aquellas serviles criaturas, púsose á observar de cerca á los extranjeros que, si bien no se mostraban menos comedidos en presencia de la princesa, podían muy bien, como vasallos de otros amos, atreverse á formar *in petto* una oposición cualquiera acerca de madama de Cavalcanti.

Había observado Luís, desde el principio del baile, las rendidas atenciones del duque de Gurck, joven y amable carintio, recién llegado á palacio y en obsequio del cual, así se susurraba al menos, se había dispuesto aquel magnífico sarao. Observó después que la privanza del duque decaía notablemente y que en el fúlgido círculo en que, como un sol radiante, arrastraba Quintilia á sus dóciles planetas, el arte del gallardo conde de Steinach brillaba con más vivo esplendor, á medida que la pálida estrella del duque iba alejándose del centro de atracción, como un mundo abandonado del celeste foco de luz y vida. En una palabra, el conde de Steinach había entrado en la órbita de Mercurio, y el duque de Gurck completaba penosamente la larga y fría rotación de Saturno.

Vió Saint-Julien que hacía el duque una seña á Shrab, su consejero privado, y un momento después, esquivándose cada cual por distinto lado, ambos habían desaparecido del salón.

Siguió Luís con cautela á Gurck, y le vió reunirse con su compañero junto al estanque principal, donde protegido por la sombría arboleda del parque, oyó la conversación de los dos austriacos.

—Pues señor—dijo Shrab—paréceme que ya hemos despachado nuestra comisión y que Steinach gana el pleito.

—Yo podría perder toda esperanza como vos—dijo el duque algo picado—si sólo me interesasen en este mundo los



proyectos de nuestro soberano; pero trátase para mí de una ambición más personal. La princesa es hermosísima...

—¡Comprendo!—interrumpió Shrab...—Pero, ¿y si se propone no hacer caso de Steinach ni de vucencia?

—Siempre nos queda un medio—replicó Gurck—y es el de reclamar *el hombre anonadado*.

—Pero dirá que ella no tiene que darnos cuenta ninguna, que no sabe qué ha sido de él...

—Yo la intimaré en nombre de mi soberano que presente la persona de Max ó las pruebas de su muerte...

—Pero en fin, eso sería una exigencia absurda y ridícula; ella responderá que...

Llevóse en esto la voz de Shrab una fuerte bocanada de viento que pasó por junto al estanque, y como los dos interlocutores se iban alejando de Saint-Julien, no oyó éste más que el siguiente retazo de una frase de Gurck comenzada con energía...

—Trescientos infantes que sobrarán para...

Llegaron de esta suerte á un sitio iluminado por la luna, y

no atreviéndose á seguirlos Saint-Julien, tomó el partido de volver al baile; pero al subir la escalera principal se encontró con Galeotto que le andaba buscando. Llevóle éste al fondo de la galería donde le dijo con aire triunfante:

—¡Estupendo! Acabo de descubrir un secreto de estado...

—Y yo—dijo Luís—acabo de entrever un misterio de iniquidad.

—¡Oh! ¡oh!—repuso Galeotto—tu historia me parece más grave que la mía. ¿Sepamos? ¿qué has averiguado? Empezá tú.

Contóle Saint-Julien palabra por palabra todo lo que acababa de oír.

—Eso no me dice nada nuevo—dijo el paje;—yo sé muy bien todo lo que se cree de la desaparición de Max y veo que esos hombres no están mejor informados que nosotros. Por lo que hace á los proyectos del duque de Gurck y de su soberano, voy á explicártelos de pe á pa: escucha. El diminuto principado de Montereale que tenemos la incomparable ventura de ocupar bajo las augustas leyes de nuestra idolatrada soberana...

—Al grano, al grano.

—Acabo de oír hablar de diplomacia y no puedo expresarme en otros términos. Este reducido principado, pues, como te iba diciendo, aunque metido como un diamante entre las montañas del Tirol, ha tenido el honor de llamar la atención de un vecino poderoso que para nada le quiere, pero que, no sabiendo sin duda cómo recompensar á alguno de sus validos, ha pensado naturalmente en gratificarle con la susodicha joya: con este objeto ha enviado aquí al conde de Steinach, hombre irresistible de profesión, que debe subyugar á la princesa, casarse con ella y ser nada menos que nuestro augusto soberano. Por otra parte, otro vecino no menos poderoso quisiera hacer entrar en no sé qué alianza ofensiva ó defensiva á todos los soberanelos del estado lombardo. Sabiendo que nuestra Quintilia es sin disputa mujer de carácter, y que no deja de tener cierta influencia sobre sus vecinos, ha destacado con el objeto de que frustre los planes del conde de Steinach, cuyas opiniones no están de acuerdo con las suyas, al inimitable duque de Gurck y á su escudero el profundo Shrab. Estos dos héroes deben, el

uno con su arrogante figura, el otro con su mágica elocuencia, apartar á la princesa de toda alianza que no sea la de su señor. Resumiendo, pues, esta importante complicación, te anuncio que su Alteza, objeto de estas gigantescas empresas y de estas graves complicaciones, se halla colocada entre dos fuegos, el conde de Steinach y el duque de Gurck; que ambos aspiran á la suprema dicha de ser sus íntimos amigos, lo que prueba que no has escogido el momento más oportuno para hacer tu declaración en forma...

—¿Pero cómo diablo—dijo Luís procurando disimular su despecho—te has compuesto para descubrir todas esas cosas?

—Me han seducido.

—¿Cómo?

—Me he vendido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que he aparentado venderme. He charlado á diestro y siniestro con el paje del conde Steinach, le he inspirado confianza, le he metido en ganas de hablar y le he hecho decir cuanto me hacía falta saber para adivinar lo demás. En seguida, he mostrado la más alta admiración á la cabellera y vuelos del conde, me he hecho pasar por hombre enamorado de su uniforme, fascinado por el mérito superior de su figura, animado de los más vivos deseos de emplearme en su servicio y de acatarle como á soberano, etc., etc. De tal suerte que el paje, encantado de verme tan en los intereses de su amo y suponiéndome de mucho más influjo con la princesa del que realmente tengo, debe presentarme al conde mañana mismo y ofrecerle mi poderosa cooperación para el logro de sus proyectos. ¡Gracias á Dios que ya voy á hacer mi papel de paje tal cual nos le pintan las crónicas, los dramas, los romances y novelas! Ya voy en fin á llevar amorosos billetitos de un amartelado caballero, á cantar sus trovas á los pies de mi soberana, á ensalzar su pujanza en las lides! ¡Oh y cuál voy á reírme de todos ellos! ¡Manos á la obra! Amigo mío, haz tú por ser el corre-vé-y-dile del duque y no nos faltará diversión.

—Yo no tengo gracia para fingir—dijo Luís;—además, dices que te has vendido...

—Poco á poco, entendámonos. El paje me ha prometido montes de oro de parte del conde, y aunque he fingido acep-

tar, no soy italiano hasta ese punto ; mañana sin ir más lejos debo recibir un soberbio caballo andaluz que mostré deseos de poseer : ciertamente se lo devolveré al conde apenas haya logrado desbaratar todos sus planes matrimoniales, pero cuando él vuelva á verle el pelo, estará el pobre animal tan traído y llevado, que no le será fácil llegar desde las cuadras del conde al matadero.

— ¡ Pero esa historia de Max ! — dijo Saint-Julien con aire pensativo.

— ¡ Siempre con tus ideas lúgubres á vueltas ! Eres la murria personificada... Ea, basta de conversación, ande por hoy la broma y mañana será otro día.

XI



UANDO volvió al baile Saint-Julien, llamó su atención un personaje en quien aún no había reparado: era este un lindísimo escarabajo, llamado por los entomólogos *criocero* (1) *del lirio*. Producía este insecto en la asamblea gran sensación, no tanto á causa de su vestido, que excedía en perfección á todos los demás, sino por su cara que estaba maravillosamente imitada; llevaba una careta tan bien hecha, que el profesor de historia natural de la corte se frotó el ojo izquierdo, y se preguntó si tenía ó no delante de su pupila el cristal de su excelente microscopio, y en él un verdadero criocero. Luego que se hubo convencido de que verdaderamente estaba viendo un gigantesco escarabajo en proporciones reales y palpables, cayó en una especie de delirio, y pálido y desenchajado exclamó alzando las manos cruzadas:

—¡Perdóname, oh supremo Hacedor de todo lo creado, per-

(1) Término de historia natural, compuesto de las dos palabras griegas cuya correspondencia en castellano es *carnero* y *cuerno*, con que se designa una especie de insectos que se crían en el cáliz de las flores.—(N. del T.)

dóname la muerte de tantos inofensivos insectos! ¡Sí, lo confieso, he asesinado á las más inocentes mariposas! ¡He atravesado con un alfiler y condenado á horribles suplicios á los más irreprehensibles coleópteros!.. (1). Pero no lo he hecho por odio ni por venganza, ¡no! y de ello pongo por testigo á la luz del sol, ó por mejor á la de la luna, que ya debe haber salido, porque son las dos y cincuenta y cinco minutos, con diez y siete segundos, y en esta estación...

—Por vuestra vida que volváis en vos, buen maese Cantárida (2)—exclamó la princesa, que apreciaba mucho al digno naturalista, apretándose la boca con el pañuelo por no dar á su corte el ejemplo de una jovialidad que hubiera degenerado en insultante; pero habiéndose acercado, como los demás, el criocero, para saber la causa del sofoco que le había dado á maese Cantárida, viéndole tan inmediato á sí, exclamó frenético el malhadado sabio:

—¡Ob espectro, espectro horrible! ¡Oh fantasma vengador!... ¡Aparta, aparta, déjame! ¡Ah! sí; verdad es que anoche mismo te cogí en el cáliz de una azucena; que te arranqué sin piedad de tu palacio embalsamado; que te saqué inhumanamente de entre el polvo de oro en que te refugiabas! Sí, yo dí fin á tu inocente vida; á una vida toda de amor, de libertad, de céfiro y de ventura! Y te despedacé miembro á miembro, víscera á víscera, y te ví morir en las convulsiones de una lenta agonía... ¡Oh! perdón, perdón... ¡ten piedad de mis remordimientos! ¿Qué va á ser de mí, cielo santo, si todos los insectos que he mutilado, descuartizado, empalado, se me aparecen en este instante, armados con sus cuernos, sus dientes, sus sierras, sus garras, sus aguijones?...

No pudo resistir por más tiempo la gravedad de la princesa á tan estrafalario discurso; tuvo la desgracia de encontrar las miradas de la Ginetta, y en el mismo instante, como un empuje simpático, rebosó su alegría en estrepitosas carcajadas; al punto todos los cortesanos, aun los que no habían oído ni

(1) Término de historia natural, compuesto de las dos palabras griegas que corresponden en castellano á *estuche* y *alas*, con que se designa una clase de insectos notables por la forma especial de sus alas.—(N. del T.)

(2) Nombre que dan los naturalistas á cierta especie de mosca.—(N. del T.)

una jota de la arenga de maese Cantárida, se abandonaron sin freno á una alegría convulsiva. Se apretaron los riñones, abrieron las bocas de oreja á oreja, y aun hubo algunos que, hallándose á la vista de la princesa, esperaron obtener alguna atención revolcándose por el suelo de pura risa. Al estruendo de todas aquellas carcajadas, á la vista de todas aquellas contorsiones, creyó el pobre Cantárida que era llegada su hora y que se hallaba en el infierno en medio de una legión de demonios transformados en insectos, con lo que empezó á chillar y manotear como un energúmeno.

—Amigo mio—le dijo la princesa—serenáoos por Dios y considerad que todo esto no es más que una ilusión de vuestro cerebro que debéis tener algo trastornado; de algún tiempo á esta parte os entregáis demasiado al estudio, y vuestra alma sensible os crea remordimientos que envidiaría el más puro y austero de los cristianos. Dejaos, pues, de locuras, y venid á tomar parte en nuestros placeres y á admirar con nosotros el inimitable disfraz de este criocero.

—No, no—respondió el naturalista—eso no es obra del arte; nadie es capaz de imitar la fisonomía de un insecto con tanta perfección; yo mismo no hubiera podido hacerlo, y sin embargo no hay en el mundo más que un solo hombre que me sea superior en el conocimiento de esta ciencia, y es un joven á quien conocí en París y se llamaba...

En este instante el criocero, que estaba precisamente detrás de maese Cantárida, se le acercó al oído y le dijo en voz baja una palabra que hizo al sabio estremecerse de pies á cabeza.

—¡Cielo santo!—exclamó—¿será posible?

Y echándose en los brazos del criocero, le apretujó de tal suerte que se rompió un ala y tres patas, porque es de advertir que el digno profesor había elegido el traje del lindo insecto cuyo nombre le había dado por apodo la princesa.

Viendo ésta terminarse de un modo tan sentimental una escena tan grotesca, dejó á los dos avechuchos retirarse á un lado y hablar allí largamente de sus asuntos, cuando el abate Scipione que, por un favor especial, estaba encargado aquel día de hacer las veces de maestro de ceremonias, se acercó á ella humildemente solicitando el favor de decirla cuatro palabras. Llamóle Quintilia á un balcón corrido, junto al

cual se hallaba, y fué el caso que Saint-Julien, que nunca la perdía de vista, saliendo por otra puerta vidriera, se halló también en el balcón, casi al lado de ella, pero protegido por un denso bosquecillo de geranios y de fragantes clemátides.

—Excelsa señora—dijo el abate—aquí se presenta un incidente de la más alta importancia, pero sobre el cual me es absolutamente imposible tomar un partido cualquiera sin consultar la voluntad expresa de vuestra Alteza.

—Habla, Scipione—respondió Quintilia;—veamos qué es lo que te apura.

—Vuestra Alteza—dijo el abate—me ha dado la consigna de no dejar entrar á nadie con careta, y sólo se ha dignado permitir que cada cual pudiese adaptar á su cabeza ó á su rostro un rasgo distintivo del insecto que representa: así es que unos se han puesto narices postizas, otros frentes metálicas, otros ojos de cristal, etc., pero el caso que se presenta es muy distinto.

—Ea, sepamos!—dijo la princesa impaciente.

—Conozco que abuso del precioso tiempo de vuestra Alteza—repuso el abate—pero no puedo menos de hacerle presente una notable infracción de las leyes establecidas. El criocero del lirio, como le llama, si no me engaño, maese Cantárida...

—¡Bueno, bueno! Adelante!

—Me tomaré la libertad de hacer observar á su Alteza que ese individuo trae una máscara completa, que no me deja ver ninguna parte de su rostro. Esta circunstancia no se le habrá escapado á la alta penetración de mi soberana, por lo que acaso no debí...

Hizo Quintilia un ademán de impaciencia; el pobre abate calló todo confuso; luego prosiguió temblando:

—Creí que era un deber en mí someter al dictamen de vuestra Alteza esta dificultad, y si aprueba la excepción en favor del...



—Nada de eso—replicó bruscamente la princesa.—¿Quién se ha atrevido á quebrantar mis órdenes? ¿Cómo se llama este sujeto?

—¡Dios míol señora, yo nada sé... creía que vuestra Alteza le conocía.

—¡Cómo es eso!—exclamó indignada Quintilia.—Aquí, en mi mismo palacio, en mis salones, hay una persona que no sabéis cómo se llama! ¡Un desconocido, un insolente, un espía tal vez! ¿Y á eso llamáis cumplir con vuestra obligación? ¡Por mi vida que os he de despedir!

—¡Señora!—exclamó el abate consternado y cayendo de rodillas.

—Id, señor mío—repuso Quintilia con tono imperioso—id á averiguar el nombre del que así me desobedece y me provoca; aquí espero la respuesta, y si no es un convidado, que le echen al instante de mi palacio.

El pobre abate, pálido é inundado de un sudor frío, se precipitó al baile repitiendo con sorda voz:—*¡Maschera! ¡ah maschera maledetta!*

—Caballero—dijo al intruso con una arrogancia de que había alarde por primera vez de su vida;—¿quién sois? Su Alteza quiere saberlo.

Acercóse el extranjero al oído del maestro de ceremonias y le dijo su nombre.

Pero no produjo en él el mismo efecto que en maese Cantárida.

—No os conozco—dijo el abate—y como no estáis convidado, tengo orden para hacer que salgáis de aquí.

—Decid primero mi nombre á la princesa—respondió el máscara—y si manda que me retire...

Seguramente hubiera empezado entre ambos un vivo altercado, á no ser por la intervención de maese Cantárida.

—¡Él!—exclamó;—¡hacerle salir á él, al primer entomólogo del mundo, al hombre más amable que he conocido en mi vida!... Quedaos aquí, amigo mío: voy ahora mismo á decir vuestro nombre á la princesa...

—Es inútil—respondió el extranjero;—la princesa me conoce y bastará que el señor tenga la bondad de decirla mi nombre.

Cedió por fin el abate, aunque de mala gana, y volvió al

balcón donde le esperaba la princesa: iba dando diente con diente, y apenas pudo articular el nombre del intruso.

—¡Rosenhaim!—exclamó Quintilia fuera de sí.—¿No me engaña el oído? Habla más alto... pero ¡no, no! Habla más quedo. ¡Rosenhaim dijiste!

—Rosenhaim—replicó el abate, próximo á desfallecer.

Pero la princesa, en vez de llenarle de denuestos, lanzó un grito, y echándose en sus brazos exclamó:

—¡Amigo mío! ¡Amigo mío!

Creyó al principio el cuitado que trataba nada menos que de desgolletarle, pero cuando vió brillar en sus ojos la alegría y sintió sobre sus descarnadas mejillas el contacto de una boca serenísima, se precipitó de rodillas y no pudo expresar su sorpresa y su gratitud sino derramando un torrente de lágrimas. Entonces la princesa, temiendo que la hubiesen oído, echó en derredor una inquieta mirada, y acercándose al oído de Scipione, le habló en voz tan baja, que no pudo Saint-Julien oír más que las últimas palabras:—¡Y sobre todo, calla como un muerto!

—Esto es hecho—dijo Luís para sí:—ya llegó la crisis y seguramente voy á descubrir algún misterio infernal.

Cinco minutos permaneció la princesa en el balcón, inmóvil como una hermosa estatua, iluminada por la luna; luego alzó los brazos de repente hacia el cielo tachonado de infinitas estrellas, lanzó un hondo suspiro, apoyó una mano sobre su corazón y volvió al baile con rostro completamente sereno.

Buscó Saint-Julien con los ojos al misterioso extranjero, pero ya había desaparecido; poco después se retiró la princesa y no se la volvió á ver. Pasó Luís el resto de la noche rondando por el palacio sin poder descubrir cosa alguna, cuando de nuevo se halló cara á cara con Galeotto en la escalera principal.

—¿A dónde vas?—le dijo.

—Ando buscando al criocero—respondió el paje;—pero es preciso que se baya echado á volar por esos aires y que sea un verdadero escarabajo, como decía el buen maese Cantárida...

—Creo que por hoy nada descubriremos—dijo el secretario;—estoy rendido y me voy á acostar.

—Pues yo juro no acostarme hasta descubrir quién es ese pajarraco.

—¿Sabes quién es un tal Rosenhaim?—preguntó Luis.

—Ni por asomo—respondió el paje.

—Pues en ese caso nada sabemos—respondió Saint-Julien, y esto diciendo se retiró á su cuarto.

XII



ON que en fin, amigo Cantárida—decía al día siguiente Quintilia á su sabio bibliotecario—¿toda aquella escena trágica no era más que una pantomima?

—Como he tenido el honor de decírselo á vuestra Alteza.

—¿Pero sabes, caro maestro, que tu comedia podría muy bien parecerme algo impertinente?...

—Acaso haya sido de mal gusto, pero vuestra Alteza debe perdonarme en favor del desenlace.

—Cierto, cierto que sí, amigo mío; pero guárdate de hacer alarde con nadie, sea quien fuere, de esa invención; á todos los has embaucado con ella y no todos tienen los mismos motivos que yo para perdonártela. Estoy segura de que á estas horas no se habla de otra cosa en toda la corte, que de la singular manía que le dió ayer á tu pobre cerebro en lo mejor del baile, de resultas de un trabajo excesivo, de estudios demasiado graves.

—Ya han estado esta mañana más de treinta personas—respondió el sabio—á informarse de mi salud, y por no descubrir-

me, aunque declaré que me hallaba infinitamente más aliviado, afecté evitar con horror toda especie que tuviese relación con la historia de los insectos.

—Y por eso mismo las buenas almas—replicó la princesa—habrán buscado con empeño todos los medios posibles de sacar esa conversación, á fin de satisfacer su curiosidad á riesgo de agravar tu locura: pero explicame una circunstancia que no comprendo bien. Nuestro amigo me ha contado cómo, con el objeto de sorprenderme, te avisó su llegada, cómo tú le recibiste y ocultaste en tu pabellón del parque donde le disfrazaste con toda perfección; ya alcanzo por qué razón, viendo que yo no hacía el menor caso de él, te descolgaste con aquel ridículo monólogo que tanto nos hizo reír á todos mientras tú te reías allá para tus adentros de nuestra credulidad y de tu malicia; pero dime, ¿por qué después que yo procuré calmarte aunque en vano, cuando el criótero se te acercó al oído é hizo como que te decía alguna palabra misteriosa, diste aquel grito de sorpresa y te echaste en sus brazos como si hubieras recibido una noticia inesperada?

—Hícelo, augusta princesa—respondió el profesor—con el objeto de fijar más en él la atención de vuestra Alteza, que si me hubiera escuchado con cuidado, ciertamente hubiera adivinado al punto quién era el personaje en cuestión. Estas fueron al pie de la letra mis palabras...—«¡y sin embargo no hay en el mundo más que un solo hombre que me aventaje en esta ciencia!...»

—Me acuerdo muy bien del resto de tu frase—interrumpió la princesa.—«Y es un joven á quien conocí en París y que se llamaba»... Entonces te dí un buen pellízco en el brazo, porque creyéndote en realidad loco rematado, temí que ibas á pronunciar aquel nombre que jamás debe salir de.... ¡Pero silencio!... ¿No te parece que acaba de pasar alguno por delante de esa ventana? ¡juraría haber visto una sombra en la pared, detrás de nosotros!

—No lo creo—respondió el profesor—pero para más prudencia, cerremos las puertas y las ventanas.

Esto diciendo fué gravemente el profesor á cerrar la ventana junto á la cual el pícaro de Galeotto, acurrucado entre unos jazmines, había escuchado el diálogo precedente; no pudo por lo tanto oír más y volvió al palacio algo mohíno y

fastidiado de que le hubieran impedido apoderarse del famoso secreto.

Pasaron aquel día y el siguiente sin que pudiesen Saint-Julien y el paje ver á la princesa más que en público. No se admiraba el primero de verse proscrito de las habitaciones particulares de su Alteza, y los muchos disparates y locuras que le pasaban por la cabeza, le impedían abandonarse á la pesadumbre que sentía, á pesar suyo, de haber perdido su privanza. No sé si fué un resto de cariño á Quintilia ó su ansia de averiguar lo que tanto anhelaba saber, lo que le hizo acceder á los consejos é instancias de Galeotto, pero ello es cierto que nunca salía de palacio. Desplegaba el paje tanta actividad y sutileza en sus investigaciones, que logró en cierto modo convertir al melancólico y honrado Saint-Julien; comunicóle un poco de su maligna alegría, y el joven, persuadido de que todo aquello era un sueño, adoptaba irónicamente un carácter enteramente distinto del suyo propio.

Pero al cabo de veinticuatro horas, esta disimulación llegó á serle insoportable; su alegría cesó de repente; todo lo que le rodeaba le causaba horror. Sintióse abrumado de fastidio y de tristeza, y una noche, en el momento en que empezaban á alzarse en alas de las frescas brisas los preludios del concierto que se daba en la corte, embozóse en su capa y alejándose con rápidos pasos, cruzó el parque y llegó á una reja que daba sobre el campo. Subió entonces á la cima de una de las colinas que rodeaban el palacio y anduvo errante cerca de dos horas por los espesos bosques circunvecinos, al cabo de las cuales se halló en una hermosa pradera, donde, rendido por el cansancio, se tendió sobre la verde hierba y permaneció largo tiempo sumergido en vagas y tristes meditaciones...

Acababa de levantarse para volver al palacio cuando vió á un joven de gallarda presencia, apoyado en el tronco de un árbol á pocos pasos detrás de él; cuando pasó á su lado Saint-Julien, saludóle cortésmente el desconocido y le siguió á corta distancia. Como el héroe de esta historia había tomado alguna delantera y bajaba á muy buen paso la cuesta del sendero que ambos seguían, llamóle el desconocido dándole el título de *signore* y le suplicó que tuviese la bondad de esperarle un poco.

—¿Qué manda vuestra merced?—preguntó Saint-Julien.

Reconoció el otro en estas pocas palabras dichas en italiano, el acento francés de Saint-Julien, y hablándole en este idioma con suma facilidad aunque con mucho acento alemán, le pidió permiso para volver con él á la ciudad.

—Usted me dispensará si es indiscreta mi súplica—añadió: —soy extranjero y recién llegado á este país; no conozco esta senda y tengo además la vista muy corta. Si no le soy á usted importuno, seguiré sus pasos y me aprovecharé de su mayor experiencia de estos sitios.

—Y en ello tendré una verdadera satisfacción—respondió Saint-Julien á quien desde el primer momento cautivaron la agradable voz y buen porte del extranjero;—voy á acortar el paso y aun así estoy seguro de que con tan grata compañía me parecerá más breve el camino.

Pronto entablaron conversación en efecto, empezando por la música y pasando á todas las generalidades sobre que pueden departir dos personas que no se conocen.

Tan agradable fué para entrambos esta conversación, que estableció entre ellos una especie de simpatía y les inspiró el deseo de prolongar aquel buen rato; propuso el extranjero á Saint-Julien que entrara con él en un café, y habiendo Luís aceptado, pidieron cerveza, con lo que pasaron juntos una hora más. Dijéronse mutuamente sus nombres y su profesión.

—Yo soy de Munic—dijo el extranjero;—me llamo Spark y tengo treinta años; soy estudiante y nada más. No soy rico, pero tengo mucha afición al estudio y soy bastante económico para contentarme con mi suerte y mirar la vida como cosa muy llevadera. Hace algún tiempo que viajo con el objeto de instruirme y la casualidad me ha traído á este pequeño principado cuyo aspecto me ha parecido tan halagüeño que he resuelto pasar en él algunas semanas. Mucho celebraré que nos veamos de cuando en cuando en este café y que demos algunos paseos juntos cuando no tenga usted cosa mejor que hacer.

Aceptó Saint-Julien con mucho gusto y se citaron para el día siguiente á la misma hora y en el mismo sitio.

Cuando volvió Saint-Julien á palacio, ya se había terminado el concierto: acababan de dar las doce y la princesa, ren-

dida de tantas vigílias, se había retirado á su cuarto: mas no bien hubo entrado en el suyo el joven secretario, cuando llamaron con mucho tiento á su puerta y por el agujero de la cerradura le dijo la Ginetta que su Alteza le llamaba.





STABA Quintilia sentada junto á su ventana, y contemplaba la noche, sumergida en una dulce meditación: en su rostro brillaba una expresión de serenidad que nunca había visto en él Saint-Julien. Presentóse éste á su soberana con cierta expresión de desdén y arrogancia; pero su noble y majestuosa actitud le hizo tal impresión que, obedeciendo á un ademán de la princesa, se sentó sin atreverse á desplegar los labios. Ginetta salió de la estancia, y cerró la puerta tras de sí; apenas quedó sola con su secretario, la princesa le presentó su mano, y le dijo en voz grave y cariñosa juntamente:

—Seamos amigos.

Más bien cedió Saint-Julien á su turbación que á su propio deseo, besando respetuosamente la mano de la princesa; luego quedó en pie y como aturdido. De nuevo le hizo seña de que se sentara á algunos pasos de ella, y al punto la obedeció.

—Severa he sido con vos, Giuliano—le dijo con dignidad y dulzura—pero vos habéis sido injusto conmigo; habéis querido tratarme como á otra mujer, y os habéis engañado. Mucho tiempo hace que estoy en una situación excepcional; mi ca-

Esta palabra *tumba* se mezcló á no sé qué idea en la mente de Saint-Julien, inspirándole cierto terror involuntario. La princesa prosiguió:

—Absolutamente insensible á las pequeñas ambiciones que hubieran podido embriagar á otra mujer, resuelta á vivir sólo conmigo misma, y no hallando la vida posible más que con un sentimiento y una idea ajenos de todo lo que me rodeaba solamente, tomé mis medidas para hacer al menos llevadera la existencia que abracé; entreguéme á todas mis inclinaciones, á todas las distracciones, todas las amistades que me rodeaban: á la caza, la ciencia, los viajes, el estudio, el arte, como ya he dicho, sepultado

ad, y sin embargo aún
á esperarla. Si esta
in ella; pero
nico, mi
me



ESTABA Quintilia sentada junto á su ventana, y contemplaba la noche, sumergida en una dulce meditación: en su rostro brillaba una expresión de serenidad que nunca había visto en él Saint-Julien. Presentóse éste á su soberana con cierta expresión de desdén y arrogancia; pero su noble y majestuosa actitud le hizo tal impresión que, obedeciendo á un ademán de la princesa, se sentó sin atreverse á desplegar los labios. Ginetta salió de la estancia, y cerró la puerta tras de sí; apenas quedó sola con su secretario, la princesa le presentó su mano, y le dijo en voz grave y cariñosa juntamente:

—Seamos amigos.

Más bien cedió Saint-Julien á su turbación que á su propio deseo, besando respetuosamente la mano de la princesa; luego quedó en pie y como aturdido. De nuevo le hizo seña de que se sentara á algunos pasos de ella, y al punto la obedeció.

—Severa he sido con vos, Giuliano—le dijo con dignidad y dulzura—pero vos habéis sido injusto conmigo; habéis querido tratarme como á otra mujer, y os habéis engañado. Mucho tiempo hace que estoy en una situación excepcional; mi ca-

gro, y fui feliz: éste es un secreto que no puedo revelarte ahora, pero que espero poderte decir algún día; ten solamente entendido que no fué desde entonces gran mérito en mí llevar adelante mi resolución, y que las ventajas excedieron con mucho á los inconvenientes de mi suerte.

Graves fueron, sin embargo, estos inconvenientes, Luis, y vos me los hicisteis palpar más cruelmente que nadie. Me juzgasteis por las apariencias como hacen todos los hombres, y dijisteis: «Eso no es verdad, porque no es probable.» Con semejante raciocinio se evitan mil decepciones, y se pierde una amistad. Perder una amistad, Giuliano, es una gran pérdida: porque el que hallase una sola amistad perfecta en su vida, casi podría pasarse sin amor. ¡Gloria á las almas generosas que se entregan sin temer traiciones!... Estas beben la copa de Alejandro (1), y arriesgan su vida para ganar un amigo. ¡Pues bien! Yo he buscado amigos, y para hallarlos he arriesgado más que la vida, he expuesto mi reputación, y Dios sabe si ha debido ser infamada por los que no me han comprendido y me han tomado por blanco de sus viles ambiciones. Desengañándoles luego, me he hecho su enemiga, y no hay calumnia que no hayan inventado para denigrarme. ¿Acaso habéis creído, viéndome continuar serena mi camino, que no oía los gritos y los insultos con que me escarnecían? ¿Pensáis que yo recibo imprudentemente á un hombre por confidente, por criado ó por amigo sin saber que le creerán mi amante, y que acaso él mismo irá vanagloriándose de serlo? ¡No, no! Conozco ó preveo todos los peligros á que me expongo; pero quiero arrostrarlos, hallando para ello valor en un manantial inagotable, mi buena fe: los hombres la desconocen, ¡pero no importa! acaso llegaré á convencerlos; sin duda me conocerán algún día, y si este día no llega, ¡tampoco importa! al menos habré abierto el camino á otras mujeres; otras mujeres conseguirán lo que yo no he podido conseguir; otras mujeres se atreverán á ser francas, y sin despojarse de la dulzura de su sexo, adquirirán tal vez la firmeza del vuestro. Se atreverán á fiarse en sus propias fuerzas, á hollar con indignación la prudencia hipócrita, ese antemural

(1) Alusión á la conocida escena entre Alejandro y su médico.—(N. del T.)

del vicio, y á decir á su amante: «Éste no es más que mi amigo,» sin que el amante lo dude ó los espíe...

—¡Sueño dorado!—respondió Saint-Julien—esperanza de un alma entusiasta !!...

—No, yo no soy entusiasta—repuso Quintilia;—pero me conozco, y cuando tiendo la vista sobre mi vida pasada, me digo á mí misma que ciertamente no soy la única en el mundo que no ha mentido jamás. No me toméis sin embargo por una mujer virtuosa, Giuliano; yo no sé lo que es la virtud; creo en ella como se cree en la Providencia, sin definirla; sin comprenderla. Yo no sé qué es luchar conmigo misma; nunca he tenido ocasión para hacerlo, jamás me he impuesto principios, porque nunca los he necesitado; nunca he sido arrastrada á nada involuntariamente: me he entregado á todos mis caprichos sin verme nunca en peligro. Un hombre que no tiene en su alma ningún secreto infame, puede beber hasta embriagarse y mostrar patentes los más recónditos pliegues de su conciencia. Una mujer que no ama el vicio, puede no temerle, puede pasar por en medio de todo ese fango sin coger una sola mancha en sus vestidos; puede tocar las llagas de otras almas, como toca una hermana de la caridad la lepra de los hospitales: tiene el derecho de tolerancia y de perdón, y si no usa de él es porque es mala: ser mala y casta, es ser fría; ser casta y buena es ser honrada. Nunca he creído que esto fuese difícil para las almas bien dirigidas, pero ¡cuán pocas lo están en efecto! Compadezco á las que la fatalidad ha mancillado, pero no las ultrajo; esta es una de las mayores culpas que me imputan, lo sé; conozco lo mucho que me han perjudicado ciertas amistades; sé con qué ironía han recibido mis esfuerzos cuando he querido sostener y consolar á los que la sociedad maldecía, y para esto he hecho uso de toda la energía que me dió el cielo y he permitido á mi orgullo que se alce para hacer cara á la injusticia. Los que se han refugiado bajo mi amparo no han sido abandonados al furor del populacho.

—Lo sé, señora—dijo Luís;—sólo de tres días á esta parte observo lo que me rodea, y sé lo que piensan de vuestra Alteza aun los mismos que la temen y no se atreven á decirlo. Sé que viéndoos dar buena acogida á mujeres desacreditadas y á hombres perseguidos, os acusan de participar de sus pasa-

dos extravíos, y yo admiraría el valor con que los levantáis hasta vos, si no previese, si no supiera que tendréis al fin que humillarlos y abandonarlos donde los tomasteis...

—¿Con que pensáis, Saint-Julien, que no hay curación completa para mis enfermos? Yo por mí nunca desespero de nadie y ambos tenemos razón; vos si me dais un consejo de prudencia; yo, si me impongo un deber de misericordia. Toda la cuestión se reduce á saber si tengo bastante energía para aceptar las funestas consecuencias de mi resolución; si la tengo, ¿de qué se me puede acusar? ¿No tengo el derecho de perjudicarme, si tal es mi voluntad?

—¡Qué carácter tan singular!—dijo Saint-Julien:—no sabré decir si me encanta ó me aterra.

—Me decís lo mismo que me han dicho muchas veces—repuso Quintilia.—Yo me admiro de parecer singular, y cuando empecé, me esperaba á no encontrar más que auxiliares y amigos. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando me dieron á entender que era una local! ¡Local... Cada vez me admiro más de parecerlo. ¡Vos, y los que tal creen, si que sois unos locos!!...

—Pero, señora, ¿qué bien se hace á los malos protegiendo su insolencia?

—Yo aborrezco la insolencia y no la protejo; sólo acojo á los desgraciados y á los arrepentidos.

—Ó á los hipócritas cubiertos con esa máscara.

—Verdad es que he sido engañada, Giuliano; esas son las espinas del camino: punzan, sacan sangre... ¿pero debemos retroceder cuando oímos á lo lejos llanto y quejidos que nos llaman? ¡El temor de ser engañado!... para las almas que sienten la necesidad de hacer el bien, ese temor es una pusilanimidad que es preciso vencer.

—¡Señora, señora!—exclamó Saint-Julien—¡nacisteis para ser reina de un gran pueblo y para hacer grandes cosas!

—Ó más bien—respondió ella sonriendo—para ser hermana de la caridad.

—¿Pero qué bien habéis logrado hacer?—dijo Luís tristemente:—vuestras cárceles son más espaciales, vuestros hospitales son más sanos, y vuestra bondad es un refugio para todos los que la invocan; pero, ¿por haber mejorado la suerte de los miserables, habéis ennoblecido sus almas depravadas, sus malas inclinaciones y su cobarde indolencia? Muchas

veces hemos hablado de esto, señora, y me habéis contestado que en este punto más de una vez han quedado burlados vuestros deseos. Citemos un ejemplo inmediato y en una clase más elevada—añadió, movido por un resto de intención insidiosa y maligna ;—Lucioli pasaba por un intrigante ambicioso ; vuestra tolerancia cerró los ojos por mucho tiempo y le elevasteis hasta vuestra confianza : ya visteis, sin embargo, que tuvisteis al fin que arrepentiros.

—Esa es una de las espinas de que antes hablaba—respondió.—El día en que ese humilde servidor se mostró insolente, le despedí en efecto, y si me hubiera aprovechado la lección, Luís, no os hubiera llamado, no os hubiera dado mi confianza, temerosa de que fuérais un segundo Lucioli. Bien veis, amigo mío, que los locos tienen su sensatez, que vale tanto como otra cualquiera.

Esta respuesta enterneció á Saint-Julien.

—Sois buena y grande—la dijo—y no merezco vuestra amistad.

—Esperad un poco, Giuliano—le dijo sonriendo—aún no estamos reconciliados. Os he explicado mi carácter y mis ideas y vos me habéis comprendido; sólo falta que me creáis, y aún no os he dado ninguna prueba de mi sinceridad.

Palpitó Luís de alegría creyendo que llegaba á la resolución de todas sus dudas. En su alma rígida, la necesidad de estudiar era aún mucho mayor que la necesidad de amar, y por eso estas palabras de Quintilia fueron mucho más dulces para él que una declaración de amor.

—¡Oh! sí—exclamó ingenuamente;—dadme esas pruebas, á fin de que llore de arrepentimiento á vuestros pies, á fin de que os respete y os bendiga hasta la muerte. Sí, sí, probadme que sois sincera y haré todo lo que vos queráis; os serviré toda mi vida, sofocaré este amor en mi pecho antes de importaros jamás...

Detúvose en esto de repente, porque vió fijarse en él con frialdad y aun con una especie de desdén los ojos de Quintilia ; siguió luego un momento de silencio tan precioso para Saint-Julien que, agitado, confuso, empezó á dar pasos por el cuarto.

Volvió la princesa á su habitual serenidad y le dijo :

—Puedo abrir mi papelera y daros pruebas irrecusables de

la pureza de mi vida; en menos de cinco minutos podría hacerlos ver sobre qué se fundan todas las calumnias de que soy objeto y hasta qué punto son vanas y odiosas las secretas jactancias de Lucíoli y de otros muchos. ¿Pero hemos llegado á este punto, Saint-Julien? ¿Este precio me pedís por vuestra amistad?

No se atrevió el joven á responder; púsose pálido y quedó inmóvil.

—¿Me habéis visto alguna vez hacer algo malo?

—¡No señora, no!—respondió.

—¿He manifestado jamás una idea baja? ¿he mostrado un solo sentimiento vil en los seis meses que hemos pasado juntos en mi gabinete?

—No señora.

—¿Habéis tenido alguna vez entera confianza en mí?

—Sí señora, casi siempre.

—¿Qué es lo que os la ha hecho perder?

—No me condenéis á decíroslo, señora; simples apariencias, rumores ridículos, la presencia de la Ginetta á vuestro lado, vuestro desenfado y soltura á veces, y más que todo, vuestras singularidades, vuestros gustos, que se suceden sin excluirse; todo lo que no comprendo me aterra... ¿Pero para qué queréis mi estimación?

—Yo no os la pido, caballero—respondió la princesa;—yo esperaba poder reclamarla.

De nuevo quedaron en silencio, hasta que la princesa haciendo un violento esfuerzo para dominar su propia altivez:

—Sois brutal—añadió—y ningún hombre de vuestra edad se ha atrevido á hablarme de ese modo; eso hace que yo os estime, y que quisiera que me estimarais vos. ¡Pero ved lo que es la confianza, Giuliano! ¿Quién me impediría pensar en este momento que sois el más astuto y hábil ambicioso que se ocultó jamás bajo la capa de una áspera franqueza? Sin embargo, sé que no me engaños, y que realmente me habláis sin rodeos cuando me ponéis en esta alternativa: vuestro retiro ó mi justificación.—¡Mi justificación!—añadió con una expresión de despecho.—Tomad, esa es la llave de mi papera.

Y la tiró con rabia á los pies de Saint-Julien.

—No la levantaré, señora—repuso él, también despechado;

—me miráis como á un insolente, lo he merecido y me voy.

—¡Adiós pues!—dijo presentándole su mano;—es cosa triste que no hayamos podido seguir como antes siendo amigos.

Acercóse el joven para coger su mano, y vió que estaba llorando, lo que disipó en un punto toda su cólera; luego, parándose enfrente de ella cabizbajo y compungido como un niño que no se atreve á pedir perdón, se echó también á llorar.

—Luís—le dijo—¡ah! ¿es posible que mis amigos me hagan sufrir tanto? ¿por qué no son como yo? ¿por qué no creen en mí como yo creo en ellos? ¿por qué todas las simpatías que inspiro, mueren al nacer? ¿por qué me desprecian unos, me desconocen otros? ¿Qué he hecho yo para eso? Cuando toda mi vida ha sido un eterno sacrificio á la amistad, ¿será preciso que yo compre la confianza de aquellos á quienes doy la mía? Cuando os recogí en una zanja, un día en que estabais herido, jadeando, cubierto de polvo, y no muy bien equipado por cierto, ¿por qué no os tomé por un vagamundo y un aventurero de ruin condición? ¿por qué creí en el candor de vuestra mirada, y en la nobleza de vuestras palabras? ¿Tengo yo algo acaso que prevenga en contra mía? ¡Cómo! preguntáis á los demás lo que debéis pensar de mí! ¡no os lo dice vuestro corazón! ¡no he podido ganarle! ¿Y qué me importa vuestra estimación, arrancada por fuerza? Me volveréis lo que me es debido y vuestra alma no me habrá dado nada...

—Tenéis razón—dijo Saint-Julien, echándose á sus pies;— ¡guardad vuestras pruebas, que no las quiero; reservad vuestro amor para el que le ha merecido, y en cuanto á mi respeto, á mi celo en serviros, á mi amistad, si puedo atreverme á repetir la palabra que empleáis, ponedlos á prueba, señora!... ¡Ah! sí; habéis vencido una naturaleza muy desconfiada y adusta: preciso es que Dios haya recompensado vuestra grandeza de alma con un poder muy grande sobre las almas de los demás. ¡Señora! ¡señora! ¡No os quejéis, no! Siempre que vos queráis hallaréis amigos, y, además, si éstos os faltan, ya procuraré multiplicarme hasta el infinito para obedeceros!

Quintilia, anegada en llanto, se echó en sus brazos, y le estrechó en ellos con una efusión fraternal.

Llamaron en aquel momento á la puerta con mucho tiento,

y habiendo abierto la princesa, entró la Ginetta trayendo un recado muy urgente. Pasó Quintilia con ella al balcón, haciendo seña á Saint-Julien de que se quedase. Muy larga le pareció su conversación, tanto deseaba volver á ver á Quintilia, y recibir de sus labios alguna mera palabra amistosa antes de retirarse; una agitación deliciosa le rebosaba del corazón. En su impaciencia manoseaba todos los objetos que estaban esparcidos sobre la mesa, sin mirarlos y casi sin verlos; pero dió la casualidad de que halló su mano el reloj de la princesa, y le abrió para contar los minutos que le robaba la Ginetta. Al echar los ojos sobre el interior de la caja, un frío de muerte corrió por todas sus venas; oprimió su corazón un recuerdo confuso y doloroso, y luego se apoderó de él una irrepreensible curiosidad. Acercóse á una luz, y leyó clara y distintamente el nombre de Carlos Dortan.

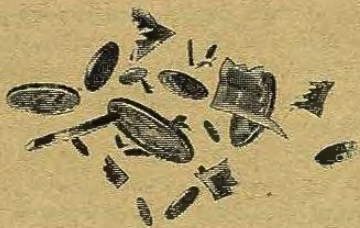
—¡ Infame !—exclamó con sorda voz, tirando con violencia el reloj sobre la mesa;—y luego lo volvió á coger, queriendo convencerse de que no le habían engañado sus ojos. Leyó de nuevo el nombre fatal, observó la caja de platina con los embutidos de oro esmaltado... era absolutamente igual á la que le enseñó el viajero pálido en Lyon, la mañana de su partida, en el patio de la posada.

Aquella historia, que al principio le hizo tanta impresión, no tardó, sin embargo, en borrarle de la memoria. En aquella época Saint-Julien, mucho menos experto, estaba por lo mismo mucho más sobre sí para no fiarse de sus impresiones; díjose, pues, que la aventura del viajero era novelesca é inverosímil, que ni su nombre ni su fisonomía habían hecho el menor efecto en la princesa, y que aun el mismo Dortan no había sostenido su papel hasta el fin, pues no se había atrevido á dirigirla la palabra: forzosamente debía ser un maniático ó un ridículo charlatán, determinado á burlarse de la sencillez de su interlocutor. En fin, no volvió á acordarse de aquella aventura sino confusamente, y como de un sueño doloroso y absurdo.

Profunda fué su indignación al adquirir una prueba irrecusable de la sinceridad de Carlos Dortan. Aquella mujer que tan pomposamente ostentaba la supuesta franqueza de su alma, y que de ella ofrecía pruebas, no le pareció ya más que una descarada histrionisa, una coqueta odiosa, que represen-

taba todos los papeles por su placer, y despreciaba todas las virtudes de que hacía alarde.

Entró Quintilia á la sazón, y Saint-Julien hizo cuanto pudo por disimular el estado en que se hallaba, pero se afanaba muy inútilmente, porque es seguro que la princesa en nada pensaba menos que en él. Dió algunas vueltas por el cuarto con visible agitación, y dijo varias veces á la Ginetta :—Pronto, pronto, mi manteleta con una capucha de terciopelo, y la linterna sorda... Mas habiendo reparado entonces en la presencia de Luis, se conoció que sentía que la hubiera oído; esto no obstante, llegóse á él con suma afabilidad y le presentó la mano, dándole las buenas noches. Besóle Saint-Julien la mano lentamente, procurando mostrar en su ademán la afectada insolencia de un cortesano, y la dirigió la frase más impertinente que pudo discurrir; mas no hubo ella de oírle sin duda, pues le respondió:— Sí, sí, hasta mañana: duerme bien, hijo mío...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV



EVORADO de ira y rencor entró el pobre Luis en el cuarto de Galeotto, á quien encontró dormido sobre una novela.

—¡Ah! eres tú—le dijo bostezando—¿de dónde de bueno? No se te ha visto el pelo en toda la noche.

—Vengo del cuarto de la Cavalcanti —respondió Saint-Julien.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el paje incorporándose;— el señor secretario acaba de ser despedido ó es el más feliz de los mortales, ó es príncipe ya lo menos por treinta y seis horas!

—Jamás me envileceré hasta ese punto—respondió Luis.

—¿Pues qué ha habido?

—Nada, Galeotto, sino que ya sé lo que debo pensar de esa mujer; tú la hacías demasiado favor tratándola de pedante, diciendo que era muy posible que nunca hubiese tenido bastante sensibilidad para cometer una falta... ¡Oh! ¡cómo te engañabas! esa mujer es una impudente ramera que de ningún capricho se priva, que se entrega en secreto á todos los vicios y que tiene la pretensión de pasar por un dechado de castidad virginal y de sentimentalismo alemán: es lo más horrible que hay en el mundo, ¡una hipócrita!

Después de este tremendo prefacio, contóle Saint-Julien todo lo que le había pasado con Quintilia aquella noche.

—Mucho me alegro de saber todo eso que me dices—respondió Galeotto con aire pensativo;—pero en verdad que me dejas pasmado. Muy hábil debe ser esa mujer, cuando ha habido días, aunque pocos, en que á mí mismo me engañaba, y eso que ciertamente nada tengo de crédulo... ¿Pero estás seguro de que no te engañas, amigo mío?

—Seguro, segurísimo, Galeotto, y como siempre he vivido yo también aquí en una continua alternativa, de confianza y desconfianza (con la diferencia de que en mí los días de desconfianza eran muy raros y los otros muy frecuentes), resulta que estoy aún más consternado que tú.

—¡Consternado!—exclamó Galeotto—¿y lo estoy yo por ventura? No, por vida mía. ¿Qué me importa eso á mí? Yo nunca he estado enamorado de ella. Y ¿quieres que te diga lo que se me está ocurriendo en este momento? Es extraño, pero es la verdad. Creo que ahora sería capaz de enamorarme perdidamente de esa mujer.

—¡Cómo! ¡Ahora que debías despreciarla!...

—¡Despreciarla!... ¡qué disparate! Todo lo contrario. Yo la creía pedante, absurda, la hallaba ridícula y me burlaba de ella, pero ahora ya no haré tal porque veo que no la hice justicia; es astuta, embustera, impudente; sabe doblegarse á todos los papeles con tanta destreza que no es posible averiguar su verdadero carácter. ¿Sabes que una mujer así vale mucho y que bastaría ella sola para revolver el mundo si se hallara al frente de un vasto imperio? Con una conciencia tan flexible, con tanto artificio y sangre fría, con tanta perfidia, mucho se puede hacer... ¿y quién nos dice que no lo hará? Preséntase una buena ocasión y ella dará que decir á todas las bocas de la fama. ¿Sabes tú cuál es la primera facultad? La de dominar los ánimos, que es la verdadera grandeza; así se llega á dominar las cosas. Lo dicho, dicho; ya estoy reconciliado con ella, ya no me avergüenzo de ser su paje; podrá darme lecciones, y para sacar más provecho de su escuela, quiero además ser su amante...—Calló por un momento y luego añadió con ademán reflexivo:—Si puedo lograrlo, porque ya veo que la cosa no es tan fácil como parece á primera vista.

—Tampoco es difícil—repuso Saint-Julien:—basta que pases por la calle junto á ella y que le gustes, que ella cuidará de darte su coche é introducirte en sus habitaciones privadas.

—¡Doble motivo, pardiez! Mujeres que tienen tales antojos y los satisfacen con tanto desparpajo, no son para todos; se puede vivir con ella diez años bajo el mismo techo, sin obtener el más leve favor: pueden además resistir al hombre más hábil y más seductor, porque á esas no se las coge por sorpresa. Ahora sí que juraría que Luciola nunca fué su amante; ¡era demasiado estúpido el pobrecillo! Ella hubiera podido abrirle la puerta de su gabinete si el pobre diablo hubiera ocultado los deseos que tenía de entrar en el salón del Consejo. Yo que no tengo el menor empeño de ser príncipe de Monte-Regale, ya me andaré con más cuidado: ganaré su confianza y todo saldrá á pedir de boca.

—¿Con que es decir que lo que me cura de mi insensato amor es precisamente lo que enciende el tuyo?—dijo Saint-Julien.

—Llámalo amor, si quieres; yo lo llamaré de otro modo: curiosidad, disposición, afición á la ciencia, deseo de estudiar el corazón humano.

—¿Y lo que hace que yo la aborrezca y desprecie, te reconcilia con ella?

—Completamente; mas no por eso dejaré de llevar adelante la activa guerra de ardides y observación en que estamos empeñados contra ella; por el contrario, la haré con más celo que nunca, y mis descubrimientos tendrán más importancia á mis ojos. No temas, Giuliano; suceda lo que suceda, jamás te venderé.

—Puedes venderme si quieres, porque no estaré aquí mucho tiempo. Pero escucha, antes de darte las buenas noches, quiero que me cuentes esa historia de Max.

—Lo haré en cuatro palabras. Max era el amante de su Alteza cuando con la muerte del duque su esposo, á quien jamás vió, como ya te dije, quedó soberana libre y absoluta. Estaba Max tan en favor con ella que, según la opinión de toda la corte, iba á darle su mano; así pues, aunque bastardo de diez y seis años, estaba tratado aquí con el mayor respeto. Pero una noche, estando cenando, dió la fatalidad de que se le subieron á la cabeza al joven favorito los vapores del or-

gullo, juntamente con los del marrasquino de Hungría, y sin encomendarse á Dios ni al diablo soltó no sé qué imprudente baladronada en presencia de su Alteza. Es fama que su Alteza frunció las cejas de un modo imperceptible, y no dijo palabra; al día siguiente por la mañana los criados de Max no le hallaron ni en su cama, ni en su cuarto, ni en su palacio, ni en la ciudad, ni en el principado; le buscaron y le aguardaron, pero inútilmente. Nunca más se le vió, ni se volvió á oír hablar de él; parece ser que hubo de por medio un asesinato lindamente ejecutado.

—¿Y nadie pidió venganza de tan horrible atentado?

—Max era un bastardo de quien, sin duda, querían deshacerse en su corte; pero es el caso que ahora tratan de servirse de su nombre como de un espantajo, para obligar á su Alteza á acceder á ciertas miras políticas. El enviado Gurck prepara una pomposa reclamación de la persona de Max, si su gallardía personal no corona sus primeras tentativas. Ya tú estás enterado de estos manejos.

—Y en ellos veo á la justicia del cielo que cae de improviso sobre el crimen impune!

—¡Bah! ¡bah! ahora que miro las cosas bajo su verdadero punto de vista—dijo Galeotto—veo que fué un golpe atrevido para una princesa de diez y seis años.

—¡Tenía diez y seis años! ¡qué horror!—dijo Luis.

—¡Bah! ¡bah!—repuso Galeotto—los crímenes de los príncipes no son como los de los demás. Hay en los grandes destinos humanos resoluciones inevitables, y no es poco saber tomarlas á tiempo y llevarlas á cabo con habilidad: un rapto que no es sonado, un asesinato que á nadie salpica con sangre, un hombre que se elimina como se eliminaría un número, y que se evapora en medio de una ciudad como una gota de agua al sol! Vamos, convengamos en que esto tiene su mérito. Y ni la más leve sombra de remordimiento en una frente de diez y seis años! Y ni un rastro de amargos recuerdos en toda una vida pública. Eso se llama fuerza de alma, y pocos hombres la tendrían.

—Espero que tú no la tendrías—dijo Saint-Julien volviéndole las espaldas.

—¡Aguarda! una palabra—dijo Galeotto deteniéndole.—¿Has descubierto algo acerca de ese Rosenhaïm?

—Nada.

—¿Qué habrá sido de él?... Maese Cantárida está en el secreto.

—¿Á qué apurarnos por la muerte de un hombre — dijo Saint-Julien — en una corte donde un importuno se evapora como una gota de agua al sol?

—Veo que parodias mis metáforas — dijo el paje; — pero te lo perdono si te encargas de penetrar en el pabellón del parque.

—¿En el pabellón donde el profesor de historia natural hace sus experimentos, y se divierte por las noches en echarla de astrólogo y de alquimista, flechando su telescopio hacia la luna y asustando á los perros con inocentes explosiones de electricidad?

—Y donde apuesto las orejas á que está escondido ese amante nocturno; pero al cabo y al fin ese Rosenbaïm no hace más que tres días que está aquí, y tres años hace que veo á la princesa frecuentar el pabellón del parque... ¿Sabes una cosa muy rara que me ha dicho la Ginetta?

—Veamos.

—Un día en que, según costumbre, defendía á capa y espada á su señora, creyó quitarme toda posibilidad de creer en el asesinato de Max, diciéndome que su Alteza le había amado con delirio y que era el único hombre de quien podía decirse otro tanto. Respondíla que así lo creía yo en efecto, con tanto más motivo cuanto aquel era el único á quien había hecho asesinar. Entonces se me enfureció la Ginetta y me dijo que no sólo su Alteza había amado á Max, sino que aun después de muerto le seguía amando, y la prueba, añadió, es que todos los días va á encerrarse en el subterráneo del pabellón junto á una tumba de mármol que ha hecho construir allí en secreto y... Mas por cierto, amigo Luís, que me miras con ojos tan desdeñosos que no me atrevo á continuar esta historia; tan extraordinaria es que te vas á reir si te la repito como me la han contado.

—Como supongo que no la darás crédito..... — dijo Saint-Julien.

—¿Qué sé yo? — dijo el paje. — ¡Las mujeres son tan novelescas! ¡Hay en las cabezas ampliamente dotadas de inteligencia y de energía contrastes tan singulares, misterios tan

tenebrosos! ¡ Ah! En este mundo es preciso creerlo todo y no creer nada; ¡ es preciso ver!...

—Pero en fin—dijo Luis—esa tumba de mármol contiene una caja de oro, si hemos de creer á la Ginetta. Y esa caja de oro qué contiene?

—No lo sé y la Ginetta sostiene que tampoco lo sabe; pero dice que esa caja tiene la forma y el tamaño de las que se usan para embalsamar corazones humanos...

— ¡ Esa historia es asquerosa y horrible! —dijo Saint-Julien con aire sombrío, después de un largo silencio.— ¡ Asesinar á un hombre y llorarle! ¡ Coserle el corazón á puñaladas y arrancárselo luego de las entrañas para embalsamarle y conservarle como una reliquia ó como un trofeo; encerrarse todos los días en un subterráneo con una tumba y un remordimiento y prostituirse en saliendo al primero que pasa... ¡ Si todo eso es posible, séalo en buena hora!

Dió un fuerte taconazo en el suelo y apretándose la frente con la mano, exclamó con angustia:

— ¡ Oh padre mío! ¡ oh mi antiguo solar, mis labradores, mis bosques, mis libros, mi patria! ¿ Dónde estáis? ¿ Dónde está aquel tiempo feliz en que yo ignoraba todo lo que sé ahora?

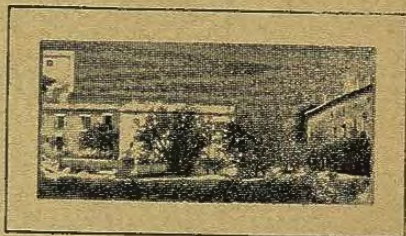
Estaba tan triste y tan abatido que no se atrevió Galeotto á embromarle como solía hacerlo cuando soltaba la rienda á su sensibilidad. Paseóse Luis en silencio por el cuarto y luego añadió con amargo acento:

—Si ese amante desconocido se esconde en el pabellón, debe ser para ella un atroz refinamiento de deleite recibir sus caricias junto al mausoleo de Max; acaso en ese mismo subterráneo fué asesinado el infeliz; acaso su misma tumba sirva de lecho á los monstruosos placeres de Quintilia! ¡ Qué horror! ¡ qué horror! ¡ Me parece que estoy soñando! Esta misma noche se preciaba conmigo, en efecto, de haber sepultado su propio corazón en un ataúd... ¡ bella metáfora por cierto!... pero no me dijo que hubiese sepultado también su cuerpo, ¡ y bien hizo á fe mía!... porque no hubieran faltado muchas bocas para darla un solemne mentís!... ¡ Mira!... levántate y ven á la ventana: ¿ ves aquella luz pálida que atraviesa por entre los árboles del parque? Pues es la de la linterna sorda que mandó encender á la Ginetta para ir á la

cita: padeció esa distracción delante de mí... Pero ¿qué haces?

—¿Qué he de hacer? Vestirme y seguir á la loba.

—Esa es la única palabra puesta en razón que has dicho en todo el día—dijo Luis con sequedad viéndole echar á correr medio vestido, y deslizarse como un gato por los sombríos corredores.



Fué Saint-Julien á meterse en la cama, pero no pudo dormir un punto con sosiego. Soñó que se echaba sobre él una turba de asesinos, que le abrían el pecho y le arrancaban el corazón palpitante, mientras que Quintilia, en pie, inmóvil y pálida, cubierta de pies á cabeza con un manto carmesí, lo miraba todo con horrible indiferencia presentándoles una caja de oro cincelado, llena de sangre.

XV



Asó Saint-Julien todo el día encerrado en su cuarto, resuelto á darse por enfermo si le hacía llamar la princesa, pero no le llamó, y cansado de sufrir solo, salió hacia el anochecer para distraerse un poco. Acordóse entonces del estudiante con quien había hecho conocimiento la víspera, y con quien tenía una cita en el café del Sol de Oro.

Hallóle ya sentado á la mesa, fumando junto á una botella de cerveza aún no destapada y dos vasos boca abajo.

Saludáronse cordialmente pero no pudo Saint-Julien, por más que hizo, mostrarse alegre, y el estudiante, sosteniendo casi él solo la conversación, estuvo aún más amable que el día anterior: juntos permanecieron hasta las once de la noche, hora en que se levantó Spark, diciendo que era esclavo de sus costumbres arregladas y que nunca se acostaba más tarde, pero le propuso un largo paseo para el siguiente día. Nada deseaba tanto Luís como huir de la atmósfera de la corte; hizo preguntar á Quintilia si tendría algo que mandarle aquel día, y como su respuesta fué que podía disponer de sus horas como gustase por todo el resto de la semana, no paró en palacio, por espacio de varios días, más que las horas consagradas al sueño. Empleó todo su tiempo en pasear por

las montañas, ya solo, ya con su estudiante alemán, que cada vez le inspiraba una simpatía más viva.



No tardó Saint-Julien en profesar á aquel joven el más sincero cariño, ni hubiera podido ser de otro modo con su exce-

lente corazón y elevados sentimientos. Era Spark uno de aquellos hombres de una naturaleza tan recta y armoniosa, que á primera vista se les estima, y luego, cuanto más se les trata, se les estima más: era sencillo y franco: no aspiraba a ninguna superioridad y de todo juzgaba con acierto. Fácil era conocer que sabía más de lo que decía, pero su circunspección nada tenía de altanera; procuraba agradar, pero no rayaba en aquella empalagosa afectación de finura que revela poco talento ó un corazón árido y seco. Parecía juntamente hombre de carácter y servicial, sensible para los demás, indolente para sí mismo; tenía en la Providencia una confianza novelesca, pero no pueril, que parecía ser la consecuencia de una vida sin mancilla y de un corazón generoso. Su sensibilidad no era fogosa y febril como la de Saint-Julien, y éste fué sintiendo cada vez más la necesidad de buscar un apoyo en la calma y dulzura de un alma más fuerte y serena que la suya. Oprimido por su acerbo dolor, devorado por su continua incertidumbre, no sabiendo á qué decidirse con respecto á la princesa y aun á sí mismo, resolvió confiarse á aquel hombre tan inteligente, tan bondadoso, y al mismo tiempo tan prudente, y pedirle consejos. No dejaba de inspirarle cierta repugnancia la idea de abrir á otro su corazón, porque á decir verdad no era naturalmente expansivo: Galeotto había sorprendido los secretos de su alma y no los comprendía; además, el carácter de aquel joven era demasiado opuesto al suyo para que pudiese resultarle ventaja ó placer alguno de su confianza con él; antes por el contrario, tenía el arte de irritar todas sus heridas.

Tomó en fin no sin trabajo el partido de consultar sus dudas con Spark, y una mañana hallándose de paseo en la colina donde se vieron por primera vez, suplicóle que se sentase sobre la hierba á su lado y suspendiese sus observaciones botánicas por otras de psicología.

—¿Sobre quién?—preguntó Spark sonriendo;—¿sobre vos ó sobre mí?

—Sobre mí si no lo lleváis á mal, amigo mío; tengo un secreto que me pesa y á nadie puedo confiar; quisiera decírosle.

—Con mucho gusto—respondió el estudiante;—no me recusaré afectando una modestia importuna. Los que hacen ascos

para escuchar una cosa en confianza, son los que temen tener que guardar un secreto ó hacer un servicio.

—Grande es sin duda el que os voy á pedir—dijo Saint-Julien.—No reclamaré el apoyo de vuestro brazo para salir del duro trance en que me encuentro, pero llamaré á vuestro corazón en ayuda del mío; un buen consejo es lo que os pido.

—Y es pedir mucho, en efecto—respondió Spark.—No os prometo satisfacerlos, pero haré por ello cuanto dependa de mí; ambos discurriremos y Dios nos ayudará.

—Vos estáis, amigo mío, con respecto á las cosas que me interesan, en una posición enteramente desinteresada—dijo Luís;—no conocéis á la persona de quien voy á hablaros, y la juzgaréis imparcialmente con arreglo á los hechos que os voy á referir.

—Pero advertid, querido amigo, que es cosa muy seria la que me proponéis. Si desnaturalizáis los hechos ó si ignoráis alguno, podrá suceder muy bien que pronunciemos un juicio erróneo.

—Juzgaréis sólo ateniéndoos á los que conozco y os diré, y como no estáis bajo los hechizos de la víbora, podéis juzgar de todo mejor que yo.

—¿Se trata de una historia de amores y de una mujer, según veo?

—Se trata de una mujer, sí. ¿Conocéis á la princesa Quintilia?

—¿Cómo queréis que la conozca cuando hace sólo ocho días que llegué á este pueblo?

—¿Os ha hablado alguno de ella?

—Sí; algunos particulares á quienes ha protegido, algunos pobres á quienes ha dado limosna, me han dicho que es una mujer muy benéfica.

—Todas esas mujeres lo son—dijo Luís.

—¿Qué mujeres?—preguntó Spark con suma ingenuidad.

—¡Ah! amigo mío, y cómo veo que no la conocéis!—exclamó Saint-Julien;—si así no fuera, no me preguntaríais qué mujer es.

—Veo que no tenéis de ella la más alta opinión—dijo Spark;—pero si en efecto vuestra opinión está ya formada, ¿para qué me consultáis?

—Para saber si debo huir de ella y olvidarla, ó perseguirla

y quitarla la mascarilla. Voy á contaros cuánto me ha sucedido en los siete meses que hace que salí de la casa paterna.

Escuchó Spark la historia de Saint-Julien con suma atención, pero con tanta calma, que no pudo el joven, en ningún paso de su narración, presentir el juicio que formaba el oyente. No se vió un solo pliegue en el bello y sereno rostro del estudiante, y el humo de su pipa se exhaló en bocanadas tan regulares como el día anterior, cuando escuchó á Luís en el café del Sol de Oro leer en alta voz la gaceta de Augsburgo.

Luego que Saint-Julien hubo acabado, hizo Spark una especie de gesto que consiste en acandilar un poco el labio inferior, y que generalmente se puede traducir por estas palabras:—Todo eso no merece la pena de pensar tanto en ello.

Después de breve silencio, dejó su pipa sobre la hierba y le dijo:

—Amigo mío, antes de deciros lo que pienso de la princesa Quintilia, permitidme que os diga lo que pienso de vos. Sois muy noble, pero muy orgulloso; muy virtuoso, pero muy intolerante; muy sincero, y sin embargo muy desconfiado. ¿De dónde procede esto? ¿No habéis sido educado por un sacerdote católico?

—Sí—respondió Luís—y fué mi mejor amigo.

—Entonces, comprendo vuestro carácter, y sin dejar de reconocerle por muy bello, quisiera que tomaseis sobre vos el cuidado de modificarle y alisar su corteza áspera y nudosa. No creo que el pajecillo os haya dado buenos consejos; le miro como un intrigante peligroso y de mal corazón. Lejos de burlarme, como él, de vuestros principios, los apruebo rigurosamente, y declaro que si vuestra princesa Quintilia fuera tal cual la juzgáis en este momento, bien haríais en huir de ella y olvidarla, pero...

Hizo en esto Spark una breve pausa y reflexionó; luego prosiguió:

—Pero creo que os engañáis de medio á medio y que es una excelente mujer.

—¡Cómo! ¿Á pesar del asesinato de Max?

—No creo en el asesinato de Max—dijo Spark sonriendo;—jamás creeré que la muerte de un hombre esté suficientemente probada por su ausencia, y el asesinato de un amante por una palabra ligera por un lado y un fruncimiento de cejas por

otro. Esa historia me parece muy buena para dormir á los niños y darles tristes ensueños.

—¿No creéis en ese crimen? Haced que yo no crea en él; nada deseo tanto como arrancar esta ascua de mi corazón. ¿Pero el vicio, la disolución?

—¡Ah! ah! ¿Sus galanteos, queréis decir? Una mujer puede tenerlos y ser una buena mujer. Yo de mí sé decir que no me gustan esas mujeres, pero no por eso las tiro pedradas, y paso á su lado sin decirlas ninguna injuria. Si la princesa Quintilia está en ese caso, no habléis mal de ella; dejadla y no volváis á acordaros de semejante mujer.

—Todo eso os parece fácil, Spark; pero yo tengo el alma abrasada de cólera y celos.

—Mal hecho.

—Pero en fin, lo que os he contado bien os debe probar que esa mujer es una...

—Lo que me habéis contado nada me prueba, sino que habéis adquirido en la desgracia la costumbre de mirarlo todo con una prevención poco favorable y casi malévola. Arrancad, arrancad eso de vuestra cabeza, amigo mío; es una planta dañosa.

—Pero una mujer que discurre de ese modo sobre el candor y el platonismo y que se echa por amante primero un Luciola, á quien va luciendo por todas partes y que se vanagloria de sus favores!...

—Eh, eh!—dijo Spark.—Ese Luciola se me figura que ha de ser un majadero con sus puntas y ribetes de bellaco, á quien no dejaría yo de solfear las espaldas si le tuviese á la mano y fuera amigo de la princesa.

—Si la ha desacreditado, la culpa es de ella; ¿por qué le ha ido luciendo por todas partes como?...

—Porque es buena y sencilla, como ella misma os lo ha dicho. Sus palabras me parecen sinceras, amigo mío; las creo. Ese carácter me gusta y apruebo esas ideas; yo no digo que deban seguir ese ejemplo las mujeres que no quieran ser calumniadas y perseguidas; pero para un hombre de carácter que se burla de la opinión del vulgo y que no escucha más que la voz de su conciencia, una mujer así es una querida de aquellas á quienes se adora hasta la muerte.

—Confieso, Spark, que vuestra confianza me confunde; no

sé si estoy por abrazaros como al mejor de los hombres ó por compadeceros como á un loco.

—Como gustéis, amigo Luis: me habéis pedido mi opinión y os la digo.

—Y yo daría mi mano derecha por pensar así. Pero, en fin, ¿aquella aventura del reloj? ¿Ese Carlos Dortan?

—Ese Dortan es un bobitonto á quien ella enviaría nora-mala en el momento más critico de la broma.

—¿Y una mujer de decoro se presta á semejantes bromas? ¿Tan poco caso hace del peligro á que se expone? ¿Echa también á broma la venganza de un hombre ofendido? Yo en lugar de ese Dortan seguiría á una mujer así hasta el fin del mundo y la obligaría á cumplir sus promesas, y luego la escupiría en la cara.

Cubrió un vivo carmín la frente de Spark al oír estas palabras, como si con la idea de semejante violencia se hubiera resentido su alma honrada y pura; mas no tardó en volver á su habitual serenidad, y dijo con un tono de certidumbre que sorprendió á Saint-Julien:

—Esa historia es falsa: ese Carlos de Dortan será algún relojero que habrá vendido á la princesa ese reloj y habrá inventado esa sandía aventura para burlarse de vos, ó porque hay entes de una impudencia increíble, ó porque ese pobre hombre está loco.

—Vos lo arregláis todo á pedir de boca, y yo me he dicho todo eso á mí mismo, sin poder persuadírmelo radicalmente... ¿No ví la alegría con que supo la llegada de aquel máscara desconocido?

—¿Y qué prueba eso? ¿No se llora de alegría por la llegada de un hermano y aun de un amigo? Las mujeres son más demostrativas que nosotros, y las italianas lo son entre todas las mujeres.

—¿Pero ese Rosenhaïm está escondido en el pabellón?

—Puede que así esté Rosenhaïm en el pabellón como Max en la tumba.

—¿Luego no creéis en la muerte de Max?

—No sé por qué se me antoja que ese supuesto corazón embalsamado en una caja de oro, late á la hora de ésta en un pecho muy feliz.

—Pero la princesa misma le da por muerto!

—¿Ella le da por muerto? Entonces será verdad; pero todos podemos morir sin ayuda de nadie.

Y cogiendo de nuevo su pipa, empezó Spark á llenarla con suma cachaza.

—Las quejas que os quedan contra ella—añadió después de haber encendido su pipa, se reducen pues á su aire marcial, su alegría juvenil, su latín, su afición á las mariposas, sus trabajos políticos, su doncella Ginetta, su familiaridad con todos los que la rodean, á quienes tiene la bondad de tratar como á amigos, mientras que ellos no la comprenden, incluso vos, Luis... Pues bien! yo en vuestro lugar la querría con todo el corazón, y pasaría mi vida empleado en agrardarla y servirla.

—Pero si lo hiciese así como vos me aconsejáis, volvería á creer en ella, y me enamoraría perdidamente... y si ella no me amase, sería el más desgraciado de los hombres. Yo en todo soy absoluto y exclusivo, Spark; cuando pienso cómo esa mujer me trastornó la cabeza algún día, conozco que si no me curo por la desconfianza, tendré que clavarme un puñal por desesperación.

—No tal—dijo Spark.

—Os digo que me volveré loco si no me ama.

—Y yo os digo que no, que os consolaréis, y todo se acabará; además, ella os quiere mucho; bien lo prueba todo lo que ha hecho por vos.

—¡Oh! demasiado me ha hecho sufrir esa tranquila amistad; demasiados tormentos he abrigado en mi seno! No me atrevo á volver á empezar.

—Sois un ingrato. Me habéis dicho que esos seis primeros meses fueron los más felices de vuestra vida. Escuchad, amigo mío; veo que no estáis en disposición de juzgar del verdadero estado de vuestra alma, que estáis obcecado por el despecho... creed mis consejos. Antes de saber de qué se trataba, no creía poder resolver la cuestión con acierto; ahora tengo suma confianza en mi dictamen, porque las cosas me parecen claras é indudables. ¿Queréis prometerme que haréis lo que yo os diga?

—Os prometo procurarlo—dijo Luis.

—Pues bien! Encerraos en vos mismo y no abráis vuestros pulmones á la emponzoñada atmósfera que os rodea. Vivid

con Dios y con vuestro corazón, que es bueno. Huid de la corte, de los envidiosos, de los necios, de los malvados, y sobre todo del pajecillo Galeotto. Quedaos al lado de la princesa; yo respondo por ella; el otro día la vi pasar á caballo; su fisonomía me gusta porque es de aquellas que no engañan. Servidla fielmente, y no creáis de ella más que lo que ella os diga; si vuestro amor persiste en haceros sufrir, decídselo sin rebozo; habladla mucho de él y con frecuencia.

—¿ Creéis que me escuchará?—dijo Luís cuyos ojos centelleaban de alegría.

—Sin duda os escuchará como ya lo ha hecho; os compadecerá; no os amará probablemente...

—¿ Lo creéis?—dijo Saint-Julien abatido.

—Casi con certeza; pero no importa, habladla y ella os consolará con su sincera amistad. Con esa amistad, Luís, con vuestra afición al trabajo, con una conciencia tranquila y un poco de fe en la divina providencia, no seréis desgraciado, yo os lo fío.

—Y si con todo me engaña!—repuso el joven;—si al cabo de diez años de una vida como la que me pintáis, veo con amargura que no he abrigado más que una quimera en mi corazón?

—Habréis tenido diez años de felicidad, y tendréis derecho para decir á Dios cuando comparezcáis ante su presencia: Me han hecho daño y no me he vengado! Y ya veréis lo que Dios os responderá. Oh! creedme, amigo mío; jamás hay que arrepentirse, ni aun en esta vida, de ser bueno; el que de ello se arrepiente, deja de serlo.

—¡ Honrado y excelente amigo!—exclamó Saint-Julien apretándole cariñosamente la mano.—Sí; seguiré vuestros consejos y vendré con frecuencia á buscar en vuestra compañía el bálsamo de paz que cura las heridas del alma.

Volvió Luís al palacio, descargado el corazón de un gran peso, y por la primera vez al cabo de muchos días, oró con fervor.



XVI

EL día siguiente por la mañana, le hizo llamar Quintilia, y había en su rostro una expresión tal de bondad y contento, que Saint-Julien se sintió muy dispuesto á seguir los consejos de Spark.

—Tengo que dictarte alguna carta—le dijo, dándole con familiaridad un golpecito en el hombro;—siéntate y corta bien la pluma.

Hizolo así el secretario y la princesa le dictó la siguiente comunicación:

«SEÑOR DUQUE:

»Tenéis una arrogante figura, un talento superior y un empleo magnífico; me propongo escribir directamente á vuestro augusto soberano á fin de darle las gracias por haberos elegido para desempeñar cerca de mi persona esa importante y agradable misión. No me es posible veros hoy, con tanto más motivo cuando necesito suma calma y la más austera reflexión para responder, señor duque, á las proposiciones de vuestra excelencia; mucho temería no poder resistir á la persuasiva influencia de vuestro ingenio tratando de viva voz

una cuestión tan grave. Ahora ya, después de una madura deliberación, me creo autorizada por mi conciencia y mi voluntad, á rehusar positivamente la alianza que me ofrece vuestro gabinete. Mis opiniones son invariables en este punto y vos las conocéis. La libertad de hecho establecida por mí, soberana absoluta en virtud de poderes absolutos, etc. etc.»

Dictóle muchos renglones que Saint-Julien hubiera podido escribir por sí mismo, tan al corriente estaba de los sistemas del potentado con faldas de Monte-Regale.

Luego que hubo terminado la parte política de esta carta (y la pasaremos por alto como cosa ajena de esta historia) continuó dictándole Quintilia:

«En cuanto á la pregunta que V. E. me ha dicho que tiene reservada para el caso en que yo me negase definitivamente á entrar en esa alianza, pido por favor me sea expuesta inmediatamente, porque ocupaciones del mayor interés para mí me obligan á hacer un pequeño viaje por Italia: será para mí un verdadero sentimiento abreviar la mansión de V. E. en mis estados y ciertamente desearía que me fuera posible disfrutar de ella por más tiempo.»

—Añadid las fórmulas de costumbre—dijo la princesa y dadme enseguida la pluma.

Luego que hubo firmado y hecho poner en el sobre el nombre del duque de Gurk, tiró de la campanilla y se presentó el paje.

—Llevad esta carta al duque de Gurk—le dijo—y traedme al instante la respuesta. Si solicita verme, le diréis que es imposible.

Mucho sorprendió á Galeotto el tono frío y absoluto de la princesa, por lo que tuvo que echar el resto de su presencia de ánimo para darla á entender que traía para ella un mensaje secreto.

—Yo no tengo secretos en que podáis tener parte alguna—le respondió con sequedad;—explicaos delante del señor conde; os lo permito.

Y como el paje titubeaba, añadió:

—Os lo mando.

Galeotto, desterrado hacía ya muchos días de las habitaciones particulares de su Alteza, sin saber por qué, había contado mucho con el momento en que le sería permitido hablar-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1626 MONTERREY, MEXICO

la: mas aunque ya había comunicado á Saint-Julien su intención de perjudicar al conde de Steinach, y trabajar en su propio provecho aparentando servir y proteger á aquel magnate, le escocía muy mucho sin embargo tenerle por testigo de su conducta. Nada paraliza tanto una estratajema como el ojo de un juez pronto á censurar su torpeza ó á maldecir su perfidia.

Con todo, fué preciso hablar; aventuró pues algunos preludios de una explicación entre chusca y misteriosa y acabó por sacar del seno una carta cerrada bajo tres cubiertas; pero Quintilia, á cuyos pies había hincado el paje una rodilla en tierra, no alargó la mano para recibirla y le mandó que la abriera y leyese en alta voz.

Galeotto estaba cada vez más amilanado.

—¿Me habéis oído?—repitió la princesa.

Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, leyó Galeotto la carta con tono patético y aparentando una turbación que á cada palabra iba en aumento. Era aquello una declaración de amor del conde de Steinach, redactada en términos tan vehementes cuanto podían permitirlo el decoro y alta categoría de la persona á quien iba dirigida. Declamábala el maligno paje en voz trémula y como si le aterrara la aplicación que á sí mismo podía bacerse de las tímidas y apasionadas expresiones de la carta. Varias veces afectó que le faltaban fuerzas para acabar una frase y aun para sostener el papel en sus manos; en fin, representó tan al vivo aquella comedia, que Saint-Julien hubiera caído completamente en el lazo á no ser por la última conversación que habían tenido sobre el particular, en la que le declaró Galeotto sus proyectos y sus esperanzas.

Pero no fué difícil conocer que ni el amor de Steinach ni el que Galeotto aparentaba cobijar tímidamente bajo las alas de la diplomacia sentimental, hacían la menor mella en el corazón de Quintilia.

—Risa da oír tales sandeces—dijo luego que el paje hubo acabado. Y arrancándole la carta de las manos, la tiró en una cestilla de mimbres que tenía debajo de la mesa, en la que solía echar todos los papeles inútiles.—Pero por poco castizo que sea ese italiano—añadió—el conde de Steinach, que no sabe ninguna lengua, ni siquiera la suya, jamás hubiera

sido capaz de escribirle... ¿Vos sois quien ha compuesto esa ridícula jerigonza, señor Galeotto? Y sin esperar su respuesta, dijo volviéndose á Saint-Julien:

—Escribe otra carta que te voy á dictar; Galeotto esperará y la llevará á donde diga el sobre.

Dictóle una fórmula de despedida impertinente y burlona para Steinach, como la que había dirigido á Gurk; la firmó igualmente, la cerró y se la entregó á Galeotto sin desplegar sus labios. Quiso el paje hacer una pregunta; mas ella le cerró la boca con una mirada y con el dedo le indicó la puerta.

En tanto que volvía de su comisión, entretúvose Quintilia en departir con su secretario amigablemente. Parecióle entonces tan franca y tan buena, que cedió más que al consejo de Spark á los impulsos de su propio corazón, y se sintió aún más que nunca dominado por ella. Lo mucho que había sufrido le hacía saborear con mayor delicia aquella dulce sensación; bendijo interiormente á su amigo y cobró de nuevo confianza en la vida.

Al cabo de una hora volvió Galeotto. Habíase ido ensayando por el camino para mostrarse grave y frío; pero no podía disimular el despecho que le causaba haber sido tratado tan á baqueta por Quintilia. Era ésta naturalmente viva y aun arrebatada; pero por lo común olvidaba en menos de una hora sus resentimientos y hasta la causa que los había producido: aquella vez, sin embargo, recibió al paje tan mal como antes le había despachado. Quiso transmitir una respuesta verbal del conde de Steinach, mas ella le interrumpió diciendo:

—Responderéis cuando se os pregunte.

Y tomando la carta de Gurk, la abrió y se la dió á Saint-Julien.

—Leed en alta voz—le dijo—y vos, señor Galeotto de Stratiopoli, sentaos en un rincón, y aguardad mis órdenes.

Saint-Julien leyó:

«SEÑORA:

»La respuesta de vuestra Alteza es tan decisiva, que creería faltar al respeto que la debo insistiendo en mi pretensión; obedezco pues la orden que me da, sometiéndola textualmente la reclamación de mi soberano.

»Un enviado de nuestro gabinete, el caballero Max, encar-

gado, hace quince años, de representar al príncipe de Monte-Regale en los exponsales de vuestra Alteza, se estableció en esta corte con el consentimiento de sus protectores; pero habiendo sido llamado al cabo de cuatro años, no respondió á las órdenes de su gobierno ni nunca más se volvió á presentar. Hoy se le intima la orden de dar cuenta de su conducta durante esa larga ausencia y de comparecer ante mí, duque de Gurk, ministro plenipotenciario, etc., etc., para entregarme ciertos papeles y responder á ciertas preguntas que deben decidir de su identidad. Á falta de este acto de sumisión de parte del caballero Max, vuestra Alteza deberá dar las pruebas de su muerte ó designar el lugar de su retiro; y á falta de esta satisfacción será declarada en estado de hostilidad contra nuestro gobierno, etc...»

—Muy bien—dijo Quintilia;—tomad la pluma y escribid.

«No reconozco en ningún soberano de la tierra el derecho de hacerme una reclamación arbitraria ó una pregunta absurda. Yo no tengo que dar cuenta á nadie de las acciones de los demás, y jamás príncipe alguno, pequeño ó grande, fué el guardián de los extranjeros residentes en su territorio. Todo lo que puedo hacer en obsequio de vuestra corte es permitir os publicar y pregonar en mis estados una orden dirigida directamente al caballero Max, de parte de su soberano; y si él la obedece, será para mí una satisfacción ver cesar las inquietudes de vuestra corte sobre este punto.»

Firmó Quintilia la carta, la cerró y dirigiéndose al paje:

—Ahora, caballero—le dijo,—¿qué embajada traéis de parte del conde de Steinach?

—El conde en su desesperación...—respondió Galeotto.

—Dejad frases á un lado—interrumpió Quintilia—y decidme: ¿á qué se decide?

—Se somete á las órdenes de vuestra Alteza.

—¿Qué órdenes? Yo le he dado á escoger entre retirarse ó callar.

—Callará.

—Sea enhorabuena; ese no pasa de ser un necio y no quiero ofenderle si no me obliga á ello: el otro es un insolente. Id á llevar mi carta y volved.

De nuevo empezó la princesa á departir con Saint-Julien de cosas indiferentes; tenía tanta sensatez y penetración, que al

fin acabó el secretario por declarar absurdas sus sospechas.

Volvió Galeotto, pidiendo de parte del duque de Gurk el favor de una audiencia á solas antes de su partida.

—Ya veremos—respondió Quintilia;—bastante hemos hablado de esos señores por hoy; hablemos ahora de vos, señor Galeotto de Stratigopoli. Llevaréis ese billete á mi tesorero, quien os entregará una cantidad que os pondrá en estado de viajar por algunos años; tal creo que es el objeto de vuestros deseos. No llevaréis á mal que yo disponga dentro de algunas horas, para vuestro sucesor, de la habitación que ocupáis en palacio. Para facilitar vuestra partida, he encargado caballos de posta que vendrán á buscaros esta tarde y os conducirán hasta la frontera; os suplico que conservéis el carruaje para continuar vuestro camino; vos mismo designaréis la dirección que más os convenga seguir. Ruego á Dios que os prospere largos años y tengo el honor de besaros la mano.

Galeotto, herido del rayo, quedó pálido como un difunto y tartamudeó algunas palabras inconexas; mas pronto leyó en los ojos de la princesa que su resolución era irrevocable, por lo que supuso que Luis le había vendido. Indeciso sobre el partido que tomaría, pero precisado á obedecer y resuelto á vengarse, hizo un profundo saludo y salió sin decir palabra.

Quiso Saint-Julien interceder en su favor, pero la princesa le impuso silencio con afabilidad y le permitió que fuese á despedirse del paje.

Hallóle al pie de la escalera principal y manifestó su sorpresa y su sentimiento con tanto candor, que el paje quedó sin saber á qué atenerse acerca de sus viles sospechas.

—Si no eres sincero en este momento—le dijo,—eres el primero de los hipócritas y el último de los hombres. Ello, en fin, nada sé, nada creo; me parece que estoy soñando: no sé lo que me pasa, ni lo que siento, ni lo que debo hacer.

—Debes aparentar que estás resignado á obedecer—le dijo Luis—y aguardar en la frontera á que pase el chubasco: entonces es imposible que su Alteza tenga quejas serias de ti y que no te vuelva á llamar. Habrá sospechado tus enjuagues con el conde Steinach y habrá querido asustarte; pero yo te justificaré lo mejor que pueda, Gina llorará á sus pies, tú la escribirás y al fin se dejará aplacar.

—¿Qué sé yo? qué sé yo?—dijo el paje con notoria descon-

fianza.—Yo no sé si tú me vendes; yo no sé si la Gina me da esta noche por sustituto el paje de Steinach, ó el volante de Gurk, mientras la princesa recibirá en el pabellón al misterioso Rosenhaïm, á quien tan tiernamente abrazaba anoche en el parque llamándole *su único* amor, ó bien al duque de Gurk que acaso llegará á hacerse temer, ó al de Steinach, á quien aparenta desdeñar, ó al tierno Saint-Julien que ha sabido ocultar su devota indignación ó que se ha hecho tolerante... Yo no sé lo que pasa en las cabezas de los demás; si me engañas, buen secretario, espera un poco antes de cantar victoria; aún no me doy por vencido... ¡Esperemos!... Ven ahora conmigo á la tesorería, y te permito que repitas á la princesa todo lo que me veas decir y hacer.

Entraron juntos en el despacho del tesorero, á quien presentó Galeotto el billete que le dió Quintilia cerrado. Cuando dijo el tesorero la cantidad que iba á entregar al pajecillo, tuvo éste como un vahído, tanto era aquella superior á la que había esperado en su mezquina ambición, y aun por un momento estuvo á punto de abandonar el singular proyecto en que había ido pensando por el camino; pero mientras el tesorero contaba la suma, púsose á dar vueltas por el cuarto con la cabeza muy caliente y de nuevo empezó á discurrir. Aquel pequeño capital le ponía en estado de satisfacer su afición á viajar y de ir á presentarse con cierta dignidad en alguna otra corte más importante que la de Monte-Regale; pero si llegaba de esta suerte al logro de un deseo de muchos años, renunciaba á una empresa concebida pocos días antes. En su pasión por la intriga, había sonreído á la esperanza de luchar con la experiencia y lo que él llamaba habilidad de Quintilia; habíase propuesto, por objeto de sus primeras armas en aquel género, desbaratar, aunque no fuese más que por poco tiempo, á dos rivales más favorecidos por la fortuna y más arrogantes que él: echarlos por tierra le parecía una satisfacción necesaria á su amor propio ajado. En fin, mientras que una codiciosa vanidad le excitaba á tomar el dinero é ir á otra parte á buscar otro género de placeres, una vanidad refinada, un verdadero despecho de cortesano, le impelía á sacrificar su hacienda á la esperanza incierta de un frívolo triunfo.

Venció en fin el despecho, y en el momento en que le presentó el tesorero una parte de su caudal en oro y el resto en

letras contra varios bancos extranjeros que él mismo había designado, pidió papel para poner un recibo, hizo en él una declaración de amor á la princesa y la anunció que nada necesitaba en el mundo, pues iba á morir de pesadumbre. Pidió enseguida la carta-orden firmada por ella que acababa de entregar al tesorero, la hizo pedazos, metió éstos en su carta, encargó á aquél que la enviase á Quintilia, tiró desdeñosamente las letras sobre la mesa, dió un revés teatral á los montones de oro, y volviendo la espalda al tesorero estupefacto, salió sin llevarse un maravedí.

Saint-Julien, que no vió en aquel proceder más que un acto de noble altivez, le aprobó y puso en el instante mismo á disposición del paje cuanto poseía.

—¿Qué sé yo? qué sé yo?—repetió éste, siempre sobre sí;—es posible que estés de buena fe y también lo es que me hagas esa oferta sin gran mérito. En todo caso, de nada necesito pues no voy lejos y no se pasará mucho tiempo sin que oigas hablar de mí; puedes decírselo á su Alteza. La frontera más lejana está á tres leguas... Adiós, adiós; mil gracias por tu amistad si es verdadera; si es fingida, ya veremos de pasarnos sin ella.

Subió en su coche hablando siempre en el mismo tono, con lo que dejó á Saint-Julien no menos ofendido que pesaroso de aquellas ruines sospechas. Solicitó ver á la princesa y la refirió la magnánima conducta del paje, suplicándola que le levantara el destierro; pero Quintilia, que había recibido ya la carta de Galeotto por conducto de su tesorero, no dió grande importancia á aquella fanfarronería:

—No puedo complacerte—le dijo;—no vuelvas á hablarme de él, porque me disgustarías sin adelantar nada. Él te acusa de haberle perjudicado conmigo, pobre Giuliano; acepta esta injusticia en castigo de las que tú has cometido y aprende, hijo mío, por experiencia propia, cuán dura cosa es verse acusado sin ser culpable.

XVII



SAINT-JULIEN, precisado á abandonar la causa de Galeotto, fué á pasar la tarde con Spark en el café del Sol de Oro. Contóle lo que había sucedido, y Spark, con su optimismo habitual, declaró que haber despedido al paje era una medida muy prudente de parte de la princesa, y un acontecimiento muy feliz

para Luís: procuró también consolarle de las injuriosas sospechas de Galeotto, diciéndole que el aprecio de semejante hombre era casi una ignominia.

Mientras esto decía Spark, creyó ver Saint-Julien detrás de la cortina de lienzo de la especie de tienda de campaña en que se hallaban, la sombra vaga de un individuo de pequeña estatura que, al parecer, los estaba escuchando: hablaron en voz más baja, y desapareció la sombra. Pero cuando, habiendo dado las once, se despidió Spark de su amigo, según costumbre, sintió éste, al revolver una calle muy oscura, que le daban un golpecito en el hombro. Volvióse al punto, y vió junto á sí un hombrecillo emhozado en una larga capa, el cual

le dijo en voz baja:—Calla, soy Galeotto,—y entraron juntos en una calle desierta á la sazón, hablando con suma cautela.

—¡Cómo!—dijo Luis—¡ya estás de vuelta, y aún no hace seis horas que nos despedimos!

—Y aún es mucho en un imperio donde no se puede cazar una liebre sin exponerse á violar el territorio extranjero. Me apeé en la frontera, tomé una jícara de chocolate, y dejé mi maleta en la posada; luego, tomando varias sendas que yo conozco por las montañas, llegué aquí sin encontrar á nadie en el camino. ¡Poquito á poco, señora Quintilia; aún no tenemos, á Dios gracias, una Siberia á nuestras órdenes! Pero escucha, Giuliano; ya sé lo que debo pensar de ti; me has vendido sin querer, y sin saberlo te has vendido á ti mismo; has sido confiado y bonachón como acostumbras, y fuerza es que yo te perdone el haberme hecho víctima de tu simpleza, porque presumo que no tardarás en serlo tú también. Probablemente tendrán necesidad de tí, cuando no nos han despedido á los dos al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Luis.

—Escucha, escucha—replicó el paje:—he oído toda tu conversación con ese estudiante, ¡el diablo cargue con él! que no sé cómo se llama.

—Se llama Spark, y es el mejor de los hombres.

—Tanto mejor para Quintilia; es su amante, y se conoce que nos recomienda eficazmente. ¡Pobrecillo! puede que algún día podamos recompensarle tantas molestias como se toma por nosotros. Aquí no es de larga duración el reinado de un hombre; hay tiempo y esperanza para todos.

—Yo creo, Galeotto, que has perdido el seso—dijo Luis.—¡Spark, amante de la princesa! ¡Si no la conoce, si acaba de llegar de Munik! ¡El otro día la vió pasar por primera vez y jamás ha puesto los pies en palacio!

—¡Buena razón! Pregunta al buen Dortan cómo se traba conocimiento con esas damas. Tu fumador alemán es bastante bien plantado, y su lánguida cabeza rubia no vale menos que las patillas de Luciolí: dice que la vió pasar el otro día, señal de que él pasaría también ó de que estaba sentado al paso con la gorrita sobre la oreja, y la pipa en la boca. ¿No fuma madama Quintilia como una georgiana? Aquella pipa

la petaría sin duda, le haría una seña, ó la Ginetta le llevaría un billetito...

—Galeotto, tú deliras; la sospecha llegará á ser tu monomanía; si continúas así, pronto tomarás tu propia sombra por un ladrón

—Señor Cándido (1)—dijo el paje—¿sabéis leer, y conocéis la letra de la princesa?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Luís todo trémulo.

—Lleguémonos á ese farol—preguntó Galeotto—y lee ese billete que el señor Sparco ó Sparchi, ó como se llame, dejó caer miserablemente del bolsillo hace un momento... toma, y lee.

Reconoció inmediatamente Saint-Julien la letra de Quintilia, y leyó con estupor estas pocas palabras:

«Pues no puedo ver esta noche á Rosenhaïm en el pabellón, iré á verte, querido Spark; deja entornada la puerta de tu casa que mira al río.»

—Ya ves—dijo Galeotto—que el señor Sparco es un buen diablo, muy guapo, complaciente, nada celoso y verdaderamente filósofo. Nosotros hubiéramos tenido acaso el necio orgullo de querer ser reyes absolutos al menos por tres días; pero á ese digno alemán poco se le importa vaya á buscarle de noche una hermosa princesa, y se quitará la pipa de la boca para decir: ¡Eh! ¡eh! pero tengan la preferencia el pabellón y Rosenhaïm y dilaten su ventura para el siguiente día, y él volverá á tomar su pipa, diciendo: ¡Ah! ¡ah! Hola, hermano Luís, ¿á qué viene esa cara de gato enfadado? Adelante.

—¿Á dónde quieres que vayamos?

—Á la orilla del río, donde veremos pasar á la princesa de *incógnito*.

—Galeotto—dijo Saint-Julien fuera de sí;—creo que eres el mismo diablo en persona.

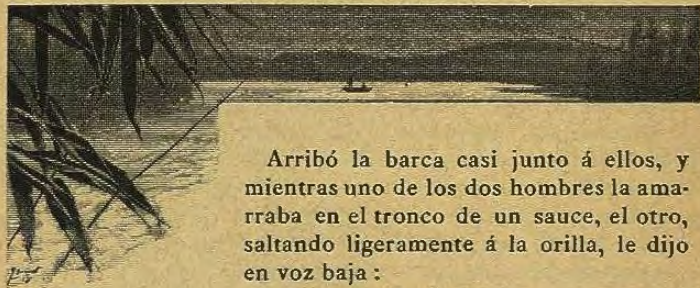
Buen rato tardaron en buscar al rededor de la casa que habitaba Spark un escondrijo desde donde poder acecharlo todo. Perteneecía aquella casa á un ebanista que había consentido en cederla toda entera por algún tiempo; en ella vivía

(1) Alusión al nombre del protagonista de la conocida novela de Voltaire, de este título.—(N. del T.)

Spark, solo é ignorado en el barrio más desierto de la capital. Daban sus ventanas sobre el Celina, rodeado en aquella parte de un espeso bosque de sauces donde fácilmente pudieron esconderse los dos amigos; un cuarto de hora después del toque de las doce, turbó el profundo silencio de la noche un ligero batir de remos y vieron deslizarse por delante de ellos una lancha en que iban dos hombres.

—No es ella—dijo Luís.

—Silencio—repuso Galeotto.—Me parece que conozco ese modo de remar: la Gina es hija de un gondolero de Venecia.



Arribó la barca casi junto á ellos, y mientras uno de los dos hombres la amarraba en el tronco de un sauce, el otro, saltando ligeramente á la orilla, le dijo en voz baja:

—Me aguardarás aquí.

—Sí señora—respondió; y mientras el primero se dirigía con rápidos pasos á la casa del ebanista, el supuesto remero se embozó en su capa y se tendió en el fondo del bote.

—¡Ginal!—dijo el paje con voz atiplada llegándose á ella.

Estremeciése la Gina, púsose al punto en pie y tendió la vista en derredor con inquietud, pero ya el paje había vuelto á internarse en la sombra, donde permanecía inmóvil. Creyó la niña que había sido aquello una ilusión, y de nuevo se tendió en su lancha: Galeotto cogió del brazo á Saint-Julien y le llevó con mucho tiento á unos cien pasos del río.

—¿Dirás ahora que soy el diablo y que te hago ver fantasmas?—le dijo.

—Galeotto—respondió Luís—no sé si esto es un sueño, pero si alguno hace en él el papel de Satanás, es esa mujer impura que tiene en los labios tan castas palabras al servicio de su impudente falsía. Pero dime, ¿por qué es así con nosotros? ¿Por qué no nos trata como á Dortan, como á Spark, como á Rosenhaïm? ¿Por qué no recibimos por la mañana

una cita para la noche sin más ceremonia? ¿Á qué fin afanarse en inspirarnos respeto y temor?

—¿No lo sabes?— dijo Galeotto riéndose;— porque vivimos con ella y necesita servidores que la teman y necios que la admiren. Y luego, las mujeres estragadas son antojadizas, es decir depravadas de cabeza y de corazón: para ellas el placer y el amor son dos cosas distintas. La sandía confianza de un niño, como tú por ejemplo, las divierte y halaga su vanidad; es un pasatiempo para entretener la mañana, mientras llega el amante por la noche, que es también amable á su modo sin agraviar al tuyo. ¿De qué te apuras? Á ti te toca el mejor papel.

—¡Por la eterna condenación del infierno!— exclamó Saint-Julien— que es un papel abyecto y estúpido.

Galeotto se echó á reír.

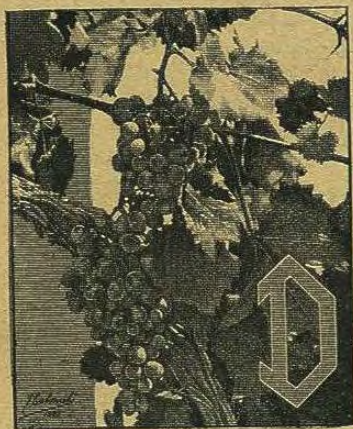
—Buenas noches, le dijo.—Voy á pedir hospitalidad á una pecadora que yo conozco; tú vuelves á palacio y prepara un soneto pastoril para presentársele mañana á su Alteza en un ramillete de alélies.

Saint-Julien, en vez de retirarse, fué á esconderse entre los sauces hasta el momento en que salió Quintilia de la casa de Spark; éste la daba el brazo. Acompañóla el alemán hasta la barca, y parándose entre los árboles, á tres pasos de Saint-Julien, la dió un beso en los labios; aquel beso hizo á Luís estremecerse profundamente, en términos que parecía querer salirse del pecho el corazón.

Despertóse la Gina sobresaltada cuando entró su señora en el bote.

—¡Adiós, adiós!— dijo Quintilia al joven alemán.

Retiróse Spark, pero permaneció asomado á su ventana hasta que se perdió la barca entre la bruma: Luís, escondido entre los sauces, la seguía también con los ojos. La princesa llevaba el sombrero en la mano; el viento hacía ondular sus rizos; estaba en pie y hermosa como un ángel con su traje de hombre.



XVIII

URANTE el resto de la noche, estuvo Saint-Julien entregado á más crueles angustias que nunca. Decididamente despreciaba ya á Quintilia, porque el descubrimiento de aque-

lla última vileza confirmaba todas las demás; para mentir de aquel modo, era preciso tener toda la impudencia que da una larga carrera de vicios. Pero, se decía á sí mismo Luis, ¿por qué tanto disimulo conmigo y tan poco con los demás? ¿Por qué no se ha fiado tanto de mí como se fia de Spark? De Spark, á quien no conoce y en cuyos brazos se echa sin cerciorarse en lo más mínimo del desprecio con que la mirará mañana? Bastante orgullosa para repeler las insolentes pretensiones de Gurk y de Steinach, se entrega sin rebozo á un pobre estudiante cuyo nombre apenas conoce. ¿Por qué no se ha mostrado á mis ojos tal cual es? Acaso la hubiera yo cobrado cariño y este cariño al menos no me hubiera hecho desgraciado. Franca, atrevida, dada á amorosos devaneos,

la hubiera querido como á un hombre; hubiera sido discreto como la Ginetta, en caso de necesidad, y al menos cuando hubiera hablado con ella, no hubiera tenido que estar siempre alerta, no hubiera hecho un papel ridículo, no me hubiera dejado subyugar por falsas virtudes. Semejante mujer nunca me hubiera inspirado amor; pero desde el momento en que me hubiera confesado francamente sus flaquezas, no me hubiera yo creído con derecho para despreciarla; hubiera sido tolerante con ella: la amistad puede serlo. ¿Creía no poder ganar en mí un amigo sin subirse sobre un pedestal y sin divinizar en sí el fango humano? ¡No es ella tan tímida, ella que hace gala de perdonar á los que condena la justicia de los hombres!... ¿Creía poder rodearse de tantas perfecciones sin hacerme que la amara con delirio? ¡Oh! no es ella tan ingenua; bien sabe lo que vale y lo que puede. Pero ¿qué quería de mí? Me ha tomado por capricho como tomó á Dortan, como toma ahora á Spark y con todo no ha hecho de mí su amante: me ha tratado como á un personaje político cuyo aprecio le sería útil y ha puesto en juego toda la habilidad de una hija de Satanás para cerrarme los ojos á la evidencia. ¡Miserable artificio! ¡Echarme á los pies una llave que nada encerraba sin duda y decirme todo lo que debía impedir á un hombre de honor el levantarla! Y en tanto lloraba y yo también... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿No es una infamia burlarse de esa suerte de los que creen en vuestro nombre?...

Y sobre todo, ¿por qué ese refinamiento de hipocresía conmigo? Deja á los demás que crean todo lo que les parece, nunca se ha justificado con Galeotto, y sólo para mí se impone el deber de fingir y aparentar todas las virtudes que desconoce y desprecia.

Volvió Luís á palacio y dió cien vueltas en su cama buscando siempre una respuesta á esta pregunta, pero no halló otra más probable que la que le había dado Galeotto, y era la de que Quintilia, como mujer estragada, quería probar de todo, aun de aquello de que no era capaz; que quería satisfacer su vanidad ó su curiosidad, inspirando un amor verdadero, contemplando desde el seno de la depravación el espectáculo, nuevo para ella, de las tímidas angustias de un corazón puro. No era aquello para ella más que un ensayo, un pasatiempo, un recreo gratis, una partida entablada con un *primo*

que aventuraba todo su porvenir y que debía perder ó ganar sin arriesgar nada en el juego.

Esta idea le arrebató de cólera en términos que no pudo en toda la noche pegar los ojos; todo el día siguiente lo pasó vagando por los bosques. Vió á lo lejos á Spark y se alejó precipitadamente: no sabía en verdad qué pensar de su amigo: ya le miraba como á un escéptico sofista, capaz de estar disertando horas enteras sobre la virtud, pero capaz también de capitular sin dificultad con el vicio, ya como á un intrigante más corrompido aún que la misma Quintilia y empleado por ella en vil oficio de espía.

Cuando, ya muy entrada la noche, volvió á su cuarto, rendido por el cansancio, halló la puerta cerrada por dentro con cerrojo, y una especie de vocecilla de baile de máscaras le preguntó «¿quién es?» por el ojo de la cerradura.

—¿Quién ha de ser?—respondió:—yo, que quiero entrar en mi cuarto. ¿Y vos quién sois?...

Abrióse al punto la puerta y al encontrarse con Galeotto, Luis retrocedió sorprendido.

—¡Silencio! ¡nada de exclamaciones!—dijo el paje.—Me ha parecido cosa chistosa esconderme en palacio precisamente y escoger tu cuarto por asilo; nadie me ha visto entrar... pero llévete el diablo por el plantón que me has dado! Estoy sin cenar y me caigo de debilidad; mira, tú que eres bueno y puedes circular libremente por los corredores, vé á traerme volando algún par de perdices escabechadas, con dos ó tres botellas del mejor vino que encuentres, y si tropiezas al paso con alguna jaletina de rosa ó alguna sandía acaramelada de Alejandría, no dejes de echarla los cinco y la gofra. Un paje italiano no se alimenta como un groom inglés, y desde que he mudado de régimen, me siento todo *splenetic and rash*.



Gran placer tuvo Luís en hallarse con su alegre compañero; la ironía era la única distracción de que se sentía capaz. Dió una vuelta por las cocinas y volvió con un faisán, dos botellas de vino de Chipre y una empanada de pistachos.

Cerraron las ventanas, corrieron las cortinas, echaron todos los cerrojos y en seguida se pusieron á cenar. Las locuras de Galeotto y el calor del vino irritaron de tal suerte la sangre de Luís, que en vez de dormirse en su silla, de lo que al principio amenazó á su compañero, cayó en un estado de exaltación medio febril, medio báquica que divirtió extraordinariamente al paje. Al cabo de una hora de charla calmóse de súbito y quedó tan sombrío que Galeotto, no pudiendo ya humanamente sacarle una sola palabra, tomó el partido de tumbarse en la cama y echar un sueño.

Sentía Saint-Julien dolores bastante agudos en la cabeza y en el pecho, pero ya se le había pasado enteramente la turca; sólo le quedaba una exaltación que le predisponía á la cólera.

—No—se decía paseando lentamente por la estancia al rojizo resplandor de una lámpara próxima á apagarse—no se dirá que me han puesto en una colección para estudiarme con microscopio como uno de los insectos de ese viejo chocho de Cantárida; no iré á arrastrar cobardemente por otros climas la herida que me ha hecho un dardo envenenado, mientras esa mujer se estará aquí haciendo la descripción de mi cerebro lunático y la disección de mis frases de novelas, entre una sesión de metafísica y una amorosa aventura nocturna. ¡No, no, por vida mía! no dejaré incrustar el episodio del secretario privado en la crónica escandalosa de la corte ó en las memorias secretas de la princesa, y si el villano Spark ú otro cualquiera redacta este capítulo, yo le ofreceré un desenlace digno de la oposición. ¡Veamos! ¡veamos! ¡Eh! Galeotto, no te duermas como una ostra y dime qué es lo primero que se dice á una mujer cuando se sale de debajo de su cama.

—¡Ah! eso es según—dijo Galeotto bostezando;—se hinca uno de rodillas y pide perdón con voz doliente; ó bien, y esto es lo más acertado, no se dice nada y se pide perdón después.

—Si grita, ¿qué se hace?

—¿Estás en ti? ¿Gritan acaso las mujeres? Eso ya no se estila.

—¿Y si se enfurece?

—Sería menester ser muy tonto para...

—Comprendo; no se la cree; ¿pero si el temor de ser sorprendida y la inoportunidad del momento le dan virtud?...

—Cuando se emprenden tales hazañas, jamás se debe retroceder ni vacilar, sean cuales fueren los primeros obstáculos: ser insolente á medias, es hacer el papel más desairado que se puede imaginar; valdría cien veces más no serlo ni poco ni mucho. El que no se embarca no pasa la mar, y el que es animoso tiene en su favor noventa y nueve probabilidades, mientras que la virtud de las mujeres no tiene más que una.

—Bien está... adiós, Galeotto: de aquí á una hora habré desaparecido como Max el bastardo, ó quedaré vengado.

—Mira, mira, ¿has perdido el seso? ¿adónde vas? ¿qué te sucede?

—¿De qué estamos hablando hace dos horas?

—Tú lo sabrás; estamos hablando sin decir nada, en consecuencia de lo cual vas á hacer que te asesinen.

—Ese riesgo necesito para sostener mi resolución; si lo que voy á hacer no fuera un acto de temeridad, sería una cobarde villanía. Jamás me sentiría con ánimo para dar un beso á esa mujer si no arrostrase por ella la muerte.

—Y si no hubieras bebido una dosis exorbitante de vino de Chipre... ¡Bah, bah! ¿crees que te pegan á ti esas calaveradas? Vuelve en ti, Giuliano: mírame cara á cara; ¿no ves dos Galeottos?

Paróse Luis en frente de él y le miró de bito en hito.

—Por quien soy que me das miedo de mirarte—dijo el paje: —¡pareces un espectro!...

—Estoy ofendido y quiero vengarme: ¡adiós! —exclamó Saint-Julien; y salió de la estancia llevándose la luz.

No era Galeotto muy valiente y su delicada constitución justificaba hasta cierto punto esta flaqueza; así pues, cuando no por el sobresalto que le causaba el estar solo á obscuras, por el temor de que le hallaran en el cuarto del secretario, si en efecto intentaba éste alguna barrabasada y no le salía á medida de sus deseos, quiso tomar el portante; pero vió con terror que Saint-Julien, en su distracción, había cerrado la puerta por fuera y llevándose la llave consigo. Forzóse le fué resignarse y esperar...

XIX



OGRÓ Saint-Julien escurrirse sin ser visto de nadie por pasadizos excusados hasta el tocador de la princesa; abrióle con mucho tiento, atravesó la alcoba que estaba en tinieblas, y se acercó de puntillas á su gabinete, del que veía salir por la puerta entornada un débil rayo de luz. Aplicando el ojo á aquella

rendija, pudo ver y oír lo que pasaba en el gabinete.

Estaba Quintilia tendida en su hamaca de seda de la India; llevaba una especie de bata holgada y ligera, y sus cabellos caían destrenzados sobre sus hombros desnudos. La Ginetta, sentada en un taburete, mecía blandamente la hamaca, cuyos cordones de hilo de plata tenía en la mano; una lámpara de alabastro, pendiente del techo, derramaba una voluptuosa y templada luz, y de un pebetero de plata encendido en mitad de la estancia se exhalaban suavísimos perfumes.

—Estoy rendida — dijo la princesa; — dame conversación, díme algo, Ginetta, porque si no, me duermo.

—Os dais muy mala vida, señora — respondió la Gina; — ¡todo el día ocupada en los negocios, y toda la noche en los amores!... Apenas dormís cuatro horas, y por cierto que no es bastante.

—Tú hablas por ti, pobre hija mía, y tienes razón, te hago

velar toda la noche, y muchas veces debes maldecirme. Pero ¿no podrías dormir de día, tú que no tienes nada que gobernar?

—¡Ah, señora! ¿quién no tiene también sus desazones?

—Pues ¿no te has consolado ya de la pérdida de Galeotto?

—¿Podía no? ¡Un monstruo que nos calumnia á las dos!...

—Gina, Gina, eres un poco veleta, y haces bien si así abuyentas las penas. Yo no me meto en tus quebraderos de cabeza, no quiero ver más que lo que tienes de buena, tu discreción á toda prueba, tu cariño á mí...

—Y mi gratitud—dijo la Ginetta—porque os la debo, y muy grande.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque siempre habéis sido bondadosa conmigo, y esto es todo lo que sé de vos; en lo demás no me ocupo, y cuando no comprendo algo, no me apuro por comprenderlo. Pero, veo, señora, que os dormís.

—En efecto, no puedo remediarlo. ¿Escucha, Ginetta, qué hora es esa que da?

—Las doce.

—Pues una vez que no salimos hasta la una, prefiero dormir este poco tiempo, y despertarme después; tú me despertarás cuando sea hora.

—En ese caso me voy á trastear por mi cuarto, porque si me quedo aquí en esta media luz, de seguro me duermo también.

—Vé, hija mía, vé, y sé siempre buena y fiel.

Vió Saint-Julien á la Ginetta salir por la puerta opuesta y cerrarla detrás de sí; esperó algunos minutos, y cuando estuvo bien seguro de que la princesa empezaba á dormirse, entró de puntillas y se acercó á ella.

Entonces que ya no la amaba, y que la miraba como á una ramera, al mismo tiempo que una penosa turbación oprimía su pecho, un sentimiento de irresistible curiosidad le excitaba á la insolencia. Podía contar las pulsaciones de su corazón, y respirar su abrasado aliento; dejándose llevar de sus impresiones naturales, sentía una mezcla de deseo y de temor; pero cuando se acordaba del insensato amor que había profesado á aquella mujer, sólo sentía la necesidad de la venganza. Y sin embargo, contemplando aquel rostro tan noble, embelle-

cido por la calma del sueño, empezó involuntariamente á dudar de la infamia con que suponía mancillada su frente. Aquella frente era tan pura, brillaba tan serena bajo sus largos cabellos negros; aquella actitud cansada revelaba tanto olvido del momento presente, tanta indiferencia hacia lo que pasaba en el alma de Saint-Julien, que éste quedó como subyugado por un profundo respeto. Mirábala atentamente, procurando sorprender en el secreto de sus ensueños, en la agitación de su seno, la revelación inmediata de un carácter envilecido y de una depravación habitual. Una sílaba furtiva escapada de sus labios, un suspiro lascivo hubiera bastado para darle la insolencia que le faltaba; pero un sueño tranquilo se parece tanto á la inocencia, que Saint-Julien estuvo por un momento á punto de retirarse en silencio, y de renunciar á su empresa.

Pero el recuerdo de Galeotto que le esperaba, y que se burlaría de él, le hizo avergonzarse de su timidez, y pensando que los momentos eran preciosos, resolvió estampar un beso en los labios de Quintilia; pero en vano... jamás pudo decirse á ello, y se contentó con besarla la mano.

—¿Quién es?—dijo despertándose sin mostrar gran sorpresa ni el menor sobresalto.

—Quien os ama y muere por vos—la respondió.

—¡Giuliano!—dijo incorporándose:—¿qué es esto? ¿qué hora es? ¿dónde estamos? ¿quién me ha cogido la mano? ¿qué quieres, y qué dices?

—Digo que es preciso que tengáis compasión de mí, ó que yo muera—dijo Luís echándose á sus pies, y procurando volver á asirla la mano; pero ella se la alargó sin resistencia, y le dijo con dulzura:

—¡Jesús! ¿pero qué te pasa, pobre Giuliano? ¿por qué has entrado aquí? ¿qué desgracia te amenaza? ¿qué puedo hacer por ti?

—¿No lo sabéis?

—No por cierto: ¿qué hay? ¿qué te han hecho?

—¡Ah!—exclamó Luís, dominado por la indignación—muy hábil sois en verdad; aparentáis ignorar las cosas más sencillas, y sin embargo...

—¿Y sin embargo qué?—dijo Quintilia estupefacta, incorporándose del todo.

Entonces, advirtiendo que tenía el pecho descubierto, no mostró por ello la menor turbación, y le dijo:

—Hijo mío, hazme el favor de traerme aquel chal, y luego me explicarás qué es lo que te tiene tan fuera de ti.

Creó Saint-Julien que no le pedía el chal con otro objeto que con el de hacerle reparar en su desnudez, y la echó los brazos exclamando:

—Quedaos así, quedaos así, ¡escuchadme!...

—Luis, volved en vos—le dijo repeliéndole con dulzura;— es imposible que no os pase algo extraordinario; decidme pues lo que os sucede, porque á fe mía no os reconozco.

—¡Bueno!—dijo Luis entre sí;—ahora hace como que no se acuerda del chal, se hace la desentendida para animarme... Este es el momento...

—¡Oh, Quintilia!—exclamó estrechándola fuertemente á su seno—¿no sabes que te adoro, y pierdo el juicio, queriendo tratar de vencerme? ¿No sabes que no hay humana fuerza que baste para tanto, y que es preciso apiadarte ó morir?

Y mientras así la estrechaba entre sus brazos, sentía encenderse en su pecho los fuegos del deseo; olvidando su odio y su resentimiento, no tuvo ya necesidad de fingir, y como ella le resistía sin cólera y procuraba reducirle á la razón con palabras afectuosas, creó que podía tomar nuevos bríos y empleó la fuerza para besar su rostro y su cuello...

Pero no había previsto lo que sucedió.

Púsose la princesa en pie con la rapidez del rayo, y asíéndole de la garganta se la apretó con mano tan viril, que le hizo caer pálido y medio ahogado á sus pies: era Quintilia mujer de un vigor nada común y de un carácter firme y violento cuando la exasperaban. Precipitose luego sobre él, le puso una rodilla sobre el pecho, y sin darle tiempo para saber lo que le pasaba, hizo brillar á dos dedos de su rostro la punta del puñal que siempre llevaba consigo. Saint-Julien se acordó de Max é hizo un esfuerzo para desasirse; mas ella le apoyó la punta del cuchillo sobre las arterias del cuello, diciéndole: —¡Si haces el menor movimiento, eres muerto!—mientras con la otra mano tiraba precipitadamente de la campanilla cuyo cordón de hilo de oro pendía del techo sobre la hamaca. Cuando por segunda vez procuró Luis escaparse, sintió el agudo acero que le entraba ligeramente en la carne y hume-

decido su pecho con algunas gotas de sangre. ¡Perrol—le dijo Quintilia con el acento de la cólera y del desprecio:—¡mira por tu vida; evítame el asco de arrancártela por mi mano, miserable!!

Oyéronse entonces precipitados pasos. La campanilla de que había tirado la princesa llamaba generalmente al cuarto de la Ginetta; pero cuando sonaba con mucha fuerza, daba la señal de alarma á los criados dormidos en una pieza inmediata. Al oír que se aproximaban aquellos testigos de su vergonzosa derrota, ó tal vez aquellos vengadores de la princesa, hizo Saint-Julien un esfuerzo desesperado y se desasíó, sin más contratiempo que una cortadura poco profunda, y precipitándose hacia la puerta por donde había entrado, huyó á todo correr.



ERO lo que no sabía es que Quintilia, informada de la presencia de Galeotto en palacio, había hecho cerrar todas las puertas y guardar todas las salidas, recomendando que se apoderasen del rebelde á la menor tentativa que hiciese para escaparse.

Viendo pues Saint-Julien en todas las puertas alabardas cruzadas y rostros amenazantes, tomó el partido de ir á encerrarse en su cuarto y esperar allí su suerte. Galeotto, viéndole entrar pálido, desencajado y salpicado el pecho de sangre, exclamó en una especie de delirio :

— ¡ Monaldeschi ! ¡ Monaldeschi (1) !

Esperaba verle caer muerto de un momento á otro; pero habiéndose Luis enjugado el pecho y recobrado sus fuerzas, le contó jadeando lo que acababa de pasar, cosa que no dejó á Galeotto muchas ganas de reir : todas aquellas precauciones

(1) Recordando el trágico fin del infeliz italiano de este nombre, favorito de la célebre Cristina de Suecia.—(N. del T.)

para guardar las puertas, y aquella furia de Quintilia, no le hacían presagiar nada bueno.

—Soy de opinión— le dijo — que debemos á todo trance salir de aquí. Saltemos por la ventana; más vale rompernos

las dos piernas que ser sepultados en tumbas de oro como Max.

Abrió Saint-Julien la ventana, y vió seis hombres con fusiles y bayoneta calada al pie del balcón.

—No hay que pensar en eso— dijo;— toda esperanza de fuga ó de resistencia es inútil; espere-mos, que acaso pasará pronto la borrasca..... Ya nada oigo.

—Quintilia rara vez sale de sus casillas— dijo el paje;— pero la italiana



es vengativa, más de lo que parece. ¡El diablo te lleve, amén! ¡En buena me has metido! Ahora de seguro me toman por tu cómplice, y me degüellan *incógnito* contigo en algún subterráneo de palacio...

Al oír en esto ruido cercano de pasos, miráronse con honda consternación los dos mancebos: Galeotto, pálido y medio desmayado, se dejó caer sobre la cama; Saint-Julien, más animoso porque él había provocado todas las consecuencias de su calaverada, esperó á pie firme á sus asesinos. Entraron

éstos en efecto, y suplicaron atentamente á las dos víctimas que se dejasen vendar los ojos y atar las manos, y como quiso Luís rebelarse contra aquel humillante tratamiento, el jefe de los armados, que llenaban la estancia, le dijo con dulzura:

—Caballero: si hacéis la menor resistencia, emplearé la fuerza; lo que á ambos nos será sumamente desagradable.

Nada había que responder á tan perentorio argumento. Saint-Julien se sometió; en cuanto al pobre Galeotto, tan muerto estaba de miedo, que casi fué preciso llevarle en brazos.

Cuando les soltaron las manos y les quitaron las vendas de los ojos, viéronse en un estrecho calabozo, donde los dejaron á obscuras.

—¡Maldición!—exclamó el paje:—esta será nuestra última morada!

—Plegue á Dios que así sea—respondió Luís—y que no nos dejen perecer de consunción y de frío.

Ambos se sentaron sobre un montón de paja, demasiado consternados para comunicarse mutuamente su terror, y de esta suerte pasaron el día, acaso el más largo y triste de su vida. Pudo más, sin embargo, la fuerza de la juventud que su desgracia, y al fin lograron conciliar el sueño; mas no tardó en despertarles el rumor de los pesados cerrojos que se descorrían, y de las llaves que giraban en sus enormes cerraduras; penetró en el calabozo el siniestro fulgor de un hacha encendida é iluminó la sombría catadura del carcelero, seguido de cuatro hombres enmascarados. Al verlos lanzó Galeotto un grito de espanto, y Saint-Julien creyó que ya le había llegado su hora; entonces, armándose de toda la impavidez de que era capaz, se adelantó gravemente hacia sus verdugos, y les dijo:

—Ya sé lo que queréis de mí; ¡abreviad mi agonía!!

Pero no le respondieron palabra, y le ataron las manos como el día anterior. Mientras le vendaban los ojos, preguntó si iban á separarle de su compañero de infortunio.

—Podéis despediros de él—respondió una voz hueca y lúgubre que salía de debajo de una de las caretas.

Diéronse los dos jóvenes un estrecho abrazo; los enmascarados se llevaron en silencio á Luís, y el infeliz Galeotto quedó solo en la prisión.

Después de haber andado por largo rato, advirtió Saint-Julien que le hacían bajar unas escaleras; de repente se halló con las manos sueltas, y como su primer movimiento fué arrancarse la venda que le cubría los ojos, vió que estaba solo en una bóveda de mármol, magníficamente esculpida al estilo sarraceno. Cuatro lámparas de bronce ardían en los cuatro ángulos de un sepulcro de mármol negro, sobre el cual yacía tendida, en actitud de dormir, una estatua de alabastro; sobrecogido de terror quedó Saint-Julien reconociendo la bóveda y el monumento de que le había hablado Goleotto, y leyendo en la fachada principal del cenotafio las tres letras de plata que formaban el nombre de Max.

—¡Justo Dios!—exclamó arrodillándose sobre la alfombra de terciopelo negro que cubría las gradas del mausoleo:—si dejáis consumir tan negras iniquidades, dadme fuerza al menos para el terrible trance en que me hallo. ¡Prosternado á vuestros pies, Dios mío, en los dinteles de otra vida, os pido perdón de las culpas que he cometido en ésta!

Esto diciendo, inclinóse hacia delante, y habiendo fijado los ojos en la figura de alabastro, quedó pasmado de la viva semejanza que ofrecía... Representaba aquella estatua la cabeza y el cuerpo de un mancebo de quince años, envuelto en un ligero lienzo, semejante á una mortaja; pero en la serenidad de aquel bello rostro y en la pureza de sus líneas, halló Luis una extraordinaria identidad con las facciones de Spark, aunque eran éstas no obstante más abultadas y varoniles.

Un ligero rumor que llegó entonces á sus oídos le sacó de sus cavilaciones; volvió la cabeza y vió no sin terror una especie de fantasma, vestida de negro y armada de un instrumento singular, parecido á una ancha y reluciente espada.

—Ejecutor de infames asesinatos—exclamó el joven;—tú que sin duda derramaste la sangre del que yace en esta tumba, ¡espectro de la venganza! una vez que debo ser tu víctima...

—Amigo y señor conde de Saint-Julien—respondió el sombrío personaje con suma urbanidad:—está usted muy equivocado; ni soy ejecutor de infames asesinatos, ni el espectro de la venganza. Soy un profesor de Historia Natural, pacífico é incapaz de hacer daño á nadie.

Y mientras esto decía maese Cantárida, porque él era en

efecto, en su docto casacón de paño negro y en su verdadero calzón corto de seda, levantó su espadón y lo dirigió hacia Saint-Julien.

—Muy tonto sería yo—dijo el joven para sí—en dejarme acoquinar por ese mentecato cuando estamos solos y nadie me impide echarme sobre él y acogotarle.

Así iba á hacerlo en efecto, cuando maese Cantárida, siempre con la mayor atención y cortesía, le suplicó que cogiese una de las extremidades del instrumento homicida y le ayudase á levantar la losa del sepulcro.

Tan horrible le pareció esta nueva chuscada á Saint-Julien, que retrocedió palideciendo y tendió azorado la vista en derredor, esperando ver acudir á sus asesinos á la menor señal de resistencia.

—No hay que asustarse—le dijo el profesor,—que no corre usted ningún peligro, á menos que piense en fugarse ó en maltratarme, y no le creo bastante mal criado para propagarse á tanto. Sírvase usted ayudarme—repitió;—tal es la voluntad de su Alteza, nuestra idolatrada soberana Quintilia primera, y supongo que no es usted hombre que da entrada en su pecho á pueriles miedos.

Saint-Julien, lleno aún de desconfianza, pero resuelto á mostrarse animoso hasta el fin, ayudó á maese Cantárida á remover la losa del sarcófago; levantó el profesor un gran crespón negro y suplicó á Luís que cogiese la caja de oro en forma de corazón, que estaba debajo. Estremecióse Saint-Julien hasta la médula de los huesos; pero creyendo que acaso no se trataba más que de asustarle con el espectáculo del castigo de otro, sacó la caja y se la presentó con mano trémula al profesor, que la abrió apretando un muelle, y se la alargó diciendo:

—Vea usted lo que hay dentro.

Pasó una nube por delante de los ojos del mancebo, y durante algunos segundos parecióle ver un objeto atroz, sin forma y sin nombre, en el fondo del terrible corazón de oro; pero en fin se le aclaró la vista, su sangre volvió á circular libremente y no vió en el terciopelo blanco de que estaba forrada por dentro la caja, más que un paquete de cartas atadas con una cinta negra.

—Lea usted esos papeles, señor conde—dijo el profesor;—

tal es la voluntad de su Alteza: yo me quedaré aquí para suplir con mis explicaciones los claros que pudieran hacer confuso ó difícil su sentido.

Saint-Julien, no siendo ya poderoso á tenerse en pie, se sentó en las gradas del sepulcro; puso el profesor á su lado una de las lámparas y desplegó el primer papel.

Era éste un expediente matrimonial, legal pero secretamente contraído entre la princesa Quintilia y el caballero Max: este documento tenía de fecha más de diez años.

El segundo era un billete concebido en estos términos:

«He tenido la desgracia de enojaros y la he merecido: el orgullo ha hinchado por un momento mi corazón y con sobrado rigor me habéis castigado, porque era el mio, señora, un dulce y generoso orgullo; la alegría de ser amado de vos, la esperanza de poseer en breve á la mujer más noble del universo, pudieron embriagarme y hacerme olvidar la prudencia en un momento de exaltación, y me tomasteis por un vil cortesano, ansioso de subir al trono y de cubrir con un título de duque su título de bastardo. ¡Oh! el cielo sabe que os engañasteis, Quintilia; habéis sido cruel y sin embargo no os maldigo y voy á morir lejos de vos. ¡Ojalá me compadezcáis, me perdonéis, deis alguna lágrima á mi memoria y halléis en otro corazón el amor que estaba en el mío y que vos habéis desconocido! — MAX.»

—¿No conoce usted la letra de este billete, señor conde?
—dijo el profesor luego que Saint-Julien hubo acabado de leer.

—La conozco en efecto — respondió Luis; — si no estoy soñando, es la de un hombre recién llegado á la ciudad y que se llama Spark.

—Creo que de ello le será á usted fácil cerciorarse, leyendo las cartas siguientes; pero antes de pasar adelante, suplico á usted que observe la fecha de ésta, y que corresponde, como usted ve, al día siguiente del supuesto asesinato de Max; de aquí á dos meses hará quince años. Me han dicho que usted sabe los motivos del altercado que medió entre la princesa y su amante, después de una cena en que éste soltó algunas expresiones algo ligeras; Quintilia tenía entonces diez y seis años, y Max quince; su reyerta tuvo pues toda la importancia que se da en esa edad á las cosas más insignificantes. De-

claró su Alteza al triste Max que nunca sería suya, y en un momento de despecho le mandó que jamás volviese á presentarse á sus ojos. Con harta precipitación siguió él esta orden no meditada; enamorado y altivo, indignado de que se le atribuyese una baja ambición, partió misteriosamente aquella noche, y fué á establecerse en París bajo el nombre de Rosenhaïm; allí, renunciando á toda idea de ambición, á toda esperanza de porvenir, á toda vanidad humana, sepultóse en vida, por decirlo así, y nadie por espacio de cinco años supo qué había sido de él.

La princesa, después de haber llorado su ausencia, cobró algún aliento con la esperanza de que él volvería; resuelta á perdonarle, aguardó á que hiciese las primeras tentativas para obtener su perdón. Al cabo de cierto tiempo, no recibiendo noticia alguna de su amante, creyó que se habría consolado, y aunque devorada de pesadumbre, afectó un olvido completo, y toleró los galanteos de sus nuevos adoradores; pero fiel, á despecho de su resentimiento, al único amor de su vida, no pudo decidirse á hacer una nueva elección. Mucho se ha dudado de la conducta de Quintilia, señor conde, pero yo le presentaré á usted pruebas irrecusables de cuanto digo...

—¿Pues qué — interrumpió Luís — le ha encargado á usted la princesa su justificación? Eso sería hacerme más honor del que merezco y tomarse un trabajo excusado; estoy resignado á todos los castigos.

—No estoy encargado de discutir con usted — respondió Cantárida — y le suplico que tenga la bondad de escucharme, pues mi deber es hablar. Reclamo pues un poco de atención.

Aquel tono seco y frío ofendió profundamente á Luís; calló y escuchó al anciano con aire tétrico, que afectaba parecer indiferente.

El profesor continuó:

—Así transcurrió un año, al cabo del cual la princesa, cediendo á su inquietud y á su dolor, hizo hacer pesquisas en todo el país, y tomar en secreto informes en todas las cortes de Europa, sin que fuese posible averiguar el paradero de Max. Convencida entonces de que se había dado la muerte, y de que había desgarrado el corazón más noble y sincero, una pasión más viva se encendió en el suyo; nutrió su dolor

con toda la exaltación de su edad, pero en secreto, y para mejor entregarse á su amargura en la soledad, hizo labrar esta bóveda y esculpir este sepulcro, donde venía á llorar todos los días.

Pasaron otros tres años, y vino á establecerse en Monte-Regale. Buscaba la princesa en el estudio de las ciencias una distracción á sus pesares y un refugio contra las seducciones de la vida, á las que había hecho voto de resistir hasta la muerte; me conoció, tuve la satisfacción de agradarla, y me ofreció aposento en su palacio. Habiéndola llamado á París un asunto de interés, me permitió que la acompañara, lo que acepté con gusto, pues nunca había visto aquella célebre capital, y deseaba examinar las preciosas colecciones científicas que encierra.

Visitando los gabinetes de historia natural y las bibliotecas, hice conocimiento con el supuesto Rosenhaïm, cuyo noble carácter, interesante figura y afectuosos modales, me cautivaron desde el primer momento. No tardó en unirnos con estrecha amistad el amor de la ciencia; sus profundos conocimientos y alta capacidad me pasmaron; pero al mismo tiempo me afligía ver siempre pintada en su rostro una mortal melancolía, y cuando le hablaba de cualquier otro punto que no fuese la ciencia ó la filosofía, me estremecía contemplando el desaliento profundo que manifestaba aquella alma tan joven y tan pura. Procuré ganar su confianza, y al fin me declaró que un amor desgraciado le había hecho odiosa para siempre la sociedad; que el único vínculo que le unía á los hombres se había roto, y que, renunciando á toda carrera de ambición, se había establecido en París en la más oscura condición, y que no había consuelo á sus sinsabores más que en la ciencia y las artes que cultivaba con entusiasmo.

Estas palabras me conmovieron profundamente y así le pedí licencia para verle y tratarle con más intimidad: llevóme á la buhardilla que habitaba, viviendo muy pobre, pero limpia y brillante, con infinidad de flores y de pájaros. Examinando en una ocasión con delicia una acride (1) de África, no pude menos de exclamar: ¡Dichoso usted que posee una planta

(1) Especie de planta parásita. (N. del T.)

tan rara! Muchas veces se la he descrito á su Alteza Quintilia, y nunca he podido adquirirla... Pero no pude continuar, aterrado de la impresión que le había causado este nombre; púsose pálido como una azucena y se dejó caer sobre una silla; luego se puso encendido como la púrpura y me hizo las más raras é incoherentes preguntas. Á cada una de mis respuestas le daba una especie de delirio, y cuando supo que su Alteza estaba en París, se precipitó hacia la puerta como un insensato y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, que fué muy pronto, merced á la eficacia de mis auxilios, no me fué posible obtener de él más que explicaciones vagas é inverosímiles; rogóme sobre todo por lo más sagrado que nunca hablase de él á la princesa y que le proporcionase medios de verla sin ser visto. Díjele que debía asistir al día siguiente á una sesión de botánica en casa de un amigo mío, profesor de gran mérito; en ella se introdujo en efecto mi amigo; pero tan escondido estuvo en no sé qué rincón, que no pude hablarle ni aun acercarme á él.

Había yo oído hablar muy confusamente de la historia de Max é ignoraba en aquella época el secreto dolor de la princesa; no pensé pues en noticiarla mi encuentro con el joven naturalista ni se me pasó por la cabeza ni aun remotamente que pudiesen ser una misma persona Max y Rosenhaïm; pero tanto llegó á chocarme por fin la mudanza que siempre se efectuaba en el rostro de mi amigo al solo nombre de Quintilia, que creí deber anunciar esta circunstancia á la señora Gina. Esta doncella, de quien tanto tienen que decir las malas lenguas, pero cuyo entrañable carino á la princesa nadie pone en duda, hizo los mayores extremos de alegría escuchándome y exclamó:—¡Oh! sí, él es, seguramente es él! Yo nunca dí crédito á su muerte...—Quiso decírselo al punto á su señora, pero se detuvo reflexionando que si se engañaba en sus conjeturas, no había más que ulcerar con una amarga decepción el alma de la princesa. Aconsejóme que los reuniese un día como por casualidad, asegurándome que si mi amigo era Max en efecto, Quintilia se echaría en sus brazos...

—Pero me ha recomendado el secreto en términos tan positivos—la dije—que temería ofenderle...

—Pues por lo mismo—repuso la Ginetta—es conveniente y necesario hacer lo que propongo.

Pusímonos pues de acuerdo y al día siguiente persuadí á Rosenhaïm á que viniese á ver una colección de medallas antiguas que acababa de comprar para el gabinete de su Alteza. Juréle (y confieso que por primera y última vez de mi vida juré en falso, pero con sana intención) que la princesa nunca ponía los pies en mi casa, aunque estaba ésta muy inmediata á la suya; dejóse, pues, persuadir Rosenhaïm, y la Ginetta por su parte se dió traza igualmente para llevar á la princesa á mi cuarto á ver mis medallas. No tengo ni con mucho bastante elocuencia para describir la escena de que fuí testigo; baste decir que pronto siguió á aquella patética reconciliación un enlace, cuyo testimonio legal acaba usted de leer.

La princesa quería declararse y llevar á su esposo con toda pompa á Monte-Regale; pero nada en el mundo pudo determinar á Max á dividir con ella su trono, sobre lo cual puede usted leer, si gusta, la segunda carta que tiene en su mano.

Saint-Julien, excitado por el novelesco interés de aquellas aventuras, leyó lo que sigue:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI



o, amada mía; no, jamás! La naturaleza humana es frágil y está llena de miserables pasiones: una sola es grande y hermosa, el amor; pero éste es una llama divina que es preciso guardar como se guardaba en la antigüedad el fuego sagrado en pebeteros cerrados sobre un altar de oro; un perfume que es preciso guarecer y sellar, por miedo de que se evapore, una preciosa huella que no se debe exponer al roce de la circulación, por miedo de que se borre. ¡Oh! sí; ¡sea nuestro corazón un tabernáculo misterioso y sagrado donde se oculte el dios! Vivamos el uno para el otro sin que lo sepan los hombres; no me obligues á ostentar entre los envidiosos y los indiferentes una frente radiante de alegría que sería un insulto para todos ellos y que se esforzarían en empañar á tus ojos. ¡No, no! hartó me ha hecho ya sufrir el emponzoñado contacto de tu corte y no sé además cómo debería conducirme para no perderme en ella. Siempre fué mi carácter opuesto al disimulo y á la desconfianza, y á pesar de haber pasado mis primeros años en esa atmósfera letal, nunca he podido corregir mi imprudente vivacidad y nunca tampoco olvidaré lo que por ella he sufrido, ni á costa de cuántos años de miseria y desesperación he expiado un momento de locu-

ra. Si entonces hubiéramos sido unos simples particulares, si hubiéramos estado en medio de una familia pobre y honrada, sin nada que temer los unos de los otros, yo hubiera podido ser mucho más expansivo, Quintilia, y verte sonreír á mi cándida alegría. ¡Pero, ah! yo era un aventurero, un bastardo, tú eras una princesa y nuestro enlace debía ser un misterio; yo no tenía derecho para hablar de mi ventura y no podía regocijarme sin pasar por insolente y vano. Hoy me ofrece tu generosidad una remuneración cuyo gran valor conozco y aprecio, amada mía, pero no la necesito. Ser amado de tí, estrecharte en mis brazos y llamarte mi esposa; verte con menos frecuencia, pero sin testigos importunos, sin enemigos de mi felicidad, colocados siempre entre tú y yo; poder abandonar me á mi delirio, á mi gratitud, sin que se me atribuya jamás un vil motivo de interés; suspirar á los pies de mi querida, de mi esposa sin que parezca que rastreo ante mi soberana ó que solicito una merced de mi bienhechora, ¿no es esto, dime, una felicidad más segura y más verdadera? Yo he contraído además en la soledad y en el trabajo gustos y costumbres tan diferentes de todo lo que se usa en derredor de tí, que siempre en tu corte estaría yo fuera de mi centro y sería desgraciado. Déjame pues en mi amada oscuridad; yo he hallado en mi infortunio una amiga generosa que me ha libertado de mí mismo, que me ha preservado del suicidio y que, por espacio de cinco años, me ha ayudado á vivir sin tratar de arrancarte de mi corazón, ni de empañar la pureza de tu imagen en mi memoria: esta amiga es la aplicación al estudio, é ingrato sería si la abandonase ahora que he hallado el dulce objeto de todos mis deseos, de todas mis esperanzas. Déjame en mi humilde vivienda, que es el templo en que la he servido, el santuario en que se ha revelado á mí, al que ha hecho descender del cielo á la ciencia vestida de su túnica estrellada. Mi vocación está allí, no lo dudes, de ello estoy bien convencido; permíteme que vaya todos los años á pasar una temporada contigo, pero que nadie lo sepa y que mi nombre se borre de la memoria de los hombres. Sea tu corazón la única página en que yo le halle escrito cuando vaya á ofrecerte el mío, siempre enamorado, etc...»

Prosiguiendo el hilo de su discurso, dijo el profesor á Saint-Julien que después de mil vanos esfuerzos para sacar

á Rosenhaim de su retiro, acabó Quintilia por consentir en darle su mano en secreto y en volver sin él á sus estados; pero entonces siempre había ido á pasar todos los inviernos algún tiempo en París, y todos los veranos iba Max á habitar por algunas semanas el pabellón del parque. Siempre había estado embozada en el más impenetrable misterio su permanencia en Monte-Regale y siempre llegaba él de improviso, procurando de esta suerte á su mujer la más dulce sorpresa y probándola que contaba con ella hasta el punto de no temer ser nunca mal venido. Esta unión ha sido siempre tan feliz y tan pura—continuó el profesor—que bien puede citarse como prueba de la excelencia de las leyes de Licurgo, que imponían á los maridos el deber de no ir á reunirse con sus mujeres sino con todas las precauciones que toman los amantes para no ser observados.

Á instancia del profesor, abrió Luís otras muchas cartas de Max y de Quintilia, dictadas todas por una ternura exaltada, unida á la más absoluta confianza y á la más dulce y santa amistad.



XXII



A lectura de aquellas cartas inspiró á Saint-Julien un sentimiento doloroso.

—Bastante he visto ya, caballero—dijo al profesor;—si la princesa quiere humillarme con la comparación que hace de mi carácter con el de Max...

—Yo tengo para mí—interrumpió Cantárida—que la princesa no hace comparación entre ustedes dos; pero escuche usted el resto de esta historia.

El día del baile entomológico llegó el caballero Max disfrazado por mí, y la princesa, sorprendida en medio de las incomodidades de la diplomacia que en vano se esforzaba por cubrir con los rumores del baile, jamás recibió á su esposo con tanta alegría. Instalóse al principio, según costumbre, en este pabellón; pero tomando en consideración las súplicas y las amenazas del duque de Gurk, creyó la princesa que en vez de ocultar á Max, acaso pronto sería necesario darle á conocer. No es esto decir que la importe justificarse de las horribles sospechas que los gabinetes vecinos afectan abrigar sobre la desaparición de ese hombre, pues bien sabe que no son más que otros tantos ardidés, y en cuanto á la opinión pública, hartó ha aprendido á su costa el caso que de ella debe

hacerse, para doblagar la cerviz ante sus fallos; pero el temor de una guerra la impedirá arrostrar decididamente el resentimiento de un príncipe más poderoso que ella. No quiere exponer la tranquilidad de sus vasallos por una cuestión de interés personal.

Decidióse, pues, que Max dejaría de ocultarse y viviría tranquilamente en el principado bajo nombre supuesto, con el fin de dejarse reconocer en caso de necesidad. Poco deseoso de mostrarse en público, habita una casa retirada y rara vez se deja ver en las inmediaciones de palacio, por lo que nadie hasta ahora ha reparado en él; quince años de ausencia le han mudado de suerte que no será fácil que le reconozcan á menos que presente pruebas de su identidad, paso que pienso dar cerca del príncipe



de Gurk. Han existido entre ellos relaciones particulares en las que no se ha conducido el duque de un modo bastante decoroso para desear que Max esté aún en vida, y ciertamente bajará de tono apenas le diga el esposo de la princesa dos palabras al oído, lo que piensa hacer esta noche sin ir más lejos, porque es el caso que su Alteza, después de haberse reído grandemente de la arrogancia de Gurk, empieza ya á no poder aguantarla.

Ahora que está usted al corriente de todo, sírvase usted leer las últimas cartas que Max escribía hace pocos días á su Alteza.

«¿Sabes, bien mío, que se habla mucho de ti y que algunos grandes señores, tan humildes y cortesanos contigo á las luces del baile, murmuran de ti que es un primor en las sombras alamedas de tu jardín? Como el pabellón les inspira

poca desconfianza, vienen á sentarse en la obscuridad en los bancos que le rodean y, separado de ellos por las persianas del saloncito, oigo todas sus impertinentes baladronadas. ¡Dios me libre de repetírtelas y de nombrarte los tontos que las inventan! Si, creyéndolos tus amigos, te confiases á ellos, mi deber sería no ocultarte nada; pero sé el caso que haces de ellos y no le hago yo mayor de sus sandeces que tú de sus personas.

»Quiero sin embargo comunicarte una observación que se me ha ocurrido oyendo comentar tus acciones y lo que ellos llaman tus liviandades. Dicen que tus secretarios particulares, tus escuderos y tus pajes son tus galanes, y yo te acuso precisamente de lo contrario y es de que no los tratas bastante como á personas. Los escoges gallardos y bien formados como si se tratara de comprar un caballo ó un perro; les das empleos y trajes de hombres, pero tanto caso haces de ellos como si fueran de otra especie que tú y yo.

»Eso no me parece bien, amada mía. Tú no eres orgullosa, lo sé; no procedes de ese modo más que por sencillez é irreflexión, pero eres imprudente y cruel acaso sin saberlo. ¿No consideras que esos hombres son jóvenes? ¿que son capaces de ambición y de amor? Si, alucinados por la esperanza de alcanzar una condición más elevada, soportan lo que tiene de ridículo su condición presente, los envileces ó contribuyes al menos á que se envilezcan á sí mismos. Si por cariño á ti se someten á todos tus caprichos, ¿no consideras que te es preciso pagar ese afecto ó pasar por ingrata? Tú eres bondadosa con ellos, lo sé, nunca los humillas ni con tus palabras ni con tus acciones, los colmas de dádivas y satisfaces todos sus gustos con prodigalidad; ellos deben adorarte, Quintilia, porque bien sé yo cuánta es tu delicadeza en todo, pero no creas que eso basta para hacerlos felices. Si te aman como deben, tus dulces palabras y tus amables sonrisas, por poca sensatez y nobleza de alma que tengan, no pueden consolarlos de la abyección á que los condenas. Á muchos peligros expones su corazón; son jóvenes, irreflexivos, algo preciados de su mérito tal vez; tú los admites en tu intimidad, les muestras sin doblez todo ese carácter exterior de bondad, de alegría y de loca familiaridad que haría perder la chaveta al mismo maese Cantárida si su afición á los insectos no le tuviese en

el fondo del pabellón á cubierto de tus inocentes seducciones; y cuando los pobres cuitados se lisonjean de poseer al menos tu confianza, ven que no les has enseñado más que tu vestido. Entonces les aterra no conocer el misterio de tu destino; se preguntan si eres un ángel ó un demonio, uno de aquellos picos de hielo que el sol no derrite jamás ó uno de aquellos negros torrentes, que se derrumban con estrépito, talando cuanto se opone á su ciego y terrible ímpetu. Entonces, Quintilia, esos hombres, si son malos, se convierten en enemigos tuyos: este á mis ojos es el menor inconveniente; tus enemigos no existen para mí: pero á esos hombres, si son buenos, los haces desgraciados; esto es lo que te ha sucedido con Saint-Julien. Créeme, él te quiere, y, ya sea amor ó amistad lo que te profesa, lo cierto es que sufre de verse tan bien tratado y tan poco querido. Según lo que me has dicho de él, es un joven delicado é inteligente; no juegues con su reposo, amiga mía; explícate con él; si te inspira más confianza y aprecio que los otros, no se lo dejes ignorar; si no le tienes en más estima que á Galeotto ó á tu galguita, no le dejes concebir funestas esperanzas, porque tu corazón es mío, bien lo sé, y mi compasión á los demás no llega hasta el punto de querer repartirle con ellos, sábelo Dios!»

Respuesta.

«Nos vimos ayer tan de paso, que no tuve tiempo para explicarme contigo completamente acerca de Saint-Julien, y pues tengo esta hora disponible mientras él está escribiendo en una mesa inmediata unos despachos que le dicto yo, voy á quitarte toda inquietud sobre este punto, á fin de no tener que hablarte esta noche más que de ti mismo.

»En primer lugar, convengo en que acaso no estoy exenta de culpa con los demás; soy en efecto muy aturdida y á veces harto egoísta en mi fastidio y en mis diversiones, lo que proviene de que siempre vivo sola en medio de todos, sin más amor que un recuerdo; sin contemplar más que una forma ausente y sin poder participar de las impresiones de los que me rodean. Cuando salgo de mis largas distracciones para caer en medio de ellos en la realidad, me hallo como una sonámbula que hace cosas extravagantes é inesperadas en un estado que no es ni la vigilia ni el sueño. Me acusan de ser rara y conozco en efecto que así es la verdad; tengo mil ca-

prichos que se desvanecen antes de satisfacerlos: en los esfuerzos que hago para ahuyentar mi tristeza ó mi alegría interior, parezco brusca y fría á los que un momento antes me hallaban expresiva y cariñosa: procuraré corregirme, te lo prometo, pero mucho trabajo me ha de costar ser como todos los demás, advertir á todos lo que pasa al rededor de mí, prever los inconvenientes de cada cosa y evitar el peligro para mí ó para otros... Uno hay que nunca puedo temer y es el de distraerme de ti; y esta gran seguridad de mí misma en que vivo, esta confianza que tengo en mi fuerza contra todo lo que no es tú, me hace en apariencia inaccesible á los males ajenos, y es porque no veo, es porque no comprendo lo que dices, lo que haces ni lo que piensas; y es que ni yo misma sé lo que digo, ni lo que hago pensando en ti. Sí, dices bien, esto no es más que egoísmo y tienes razón en reñirme; me corregiré si puedo.

»Pero, por ahora, creo que no hay motivo para que estés con cuidado, pues ya no están conmigo los que hubieran podido ser mis enemigos ó mis víctimas: sólo tengo á mi alrededor á la Gina, á quien quiero y lo merece, á Galeotto y á Saint-Julien. El tal Galeotto, empezando por él, es, yo te lo aseguro, de la verdadera especie de los perros sabios: con él no soy injusta, tratándole como á tal; es un títere sin corazón y sin seso, bonito, bien peinadito, con mucho pico para decir fruslerías; él á nadie quiere, ni á mí, ni á la Ginetta que, sin embargo, piensa algo más en él de lo que la permite su confesor. Le gustan los confites, los lazos, las plumas, el baile, los fuegos artificiales, los caballos, las sortijas de pedrerías y los cumplimientos: convengo en que le tomé por su linda figura: ¿sería regular que llevase la cola de mi manto ducal un enano disforme ó un negrito? Antes así era la moda; pero era una moda muy fea. Á mí los monstruos no me inspiran más que horror, y nada me gusta tanto como rodearme de objetos hermosos y de hermosos rostros. En todo me gustan el lujo y la belleza, y todo lo que halaga los sentidos de un modo noble: en esto me parezco á Galeotto; pero tengo de ventaja sobre él una cabeza y un corazón, y mezclo el sentimiento de las bellas artes á mis antojos: eso te gusta en mí, y á veces te entretienes un día entero en dibujarme un traje de baile; por eso siempre te corresponden sus primicias. ¡Oh!

¡qué delicia es para mí ponérmele por primera vez, y recibirte en el pabellón con mis más brillantes atavíos de reinal ¡Tú me miras con tanto placer, te pasan por la cabeza tantas ilusiones, tanto amor, tanto delirio y poesía, cuando me posees exclusivamente en todo el esplendor de mi opulencia! Porque yo soy coqueta, tú lo sabes y no lo niego, pero el vulgo no ve más que las galas de que tú has gozado antes que él; el vulgo no admira más que tus sobras.

»Pero volvamos á Galeotto; te digo y te repito que ese nada tiene que temer conmigo, nada absolutamente.

»Por lo que hace á Saint-Julien, no diré lo mismo. También á éste le preferí por su buen parecer; pero como hallé en él más bien la expresión de un alma noble que el brillo de una belleza de relumbrón; hice de él, no un paje, sino un secretario particular, es decir, un agradable compañero de estudios, un amigo sincero, y una especie de confidente de mis proyectos filosóficos, literarios, científicos, políticos, etc., porque, ¿qué no tengo yo en la cabeza? ¡Y tú trabajas sin tregua en ensanchar el círculo de ideas en que se lanza mi alma sedienta de saber, no amando más que á ti en toda esa creación que amo á causa de ti!

»Mucho quiero y estimo á Saint-Julien, no lo dudes; no juego con su reposo, no. Sé que me ama más de lo que yo quisiera; no sé cómo ha sucedido esto, porque yo creía no haberle hecho ver de mi carácter más que lo que debía establecer entre nosotros una amistad varonil. El mal está ya hecho; pero procuraré repararle y hacerle comprender lo que puede y debe esperar y conocer de mí: desgraciadamente se mezclan á su amor sospechas y acusaciones que no me gusta rebatir por mí misma: allá veremos: puede que sea necesario que tú me ayudes; ya volveremos á hablar de esto. Adiós, hasta esta noche; ámame, Max, ámame tal cual soy; ama mis errores y mis defectos; si tú los tuvieras, yo los amaría.»

La siguiente carta, de fecha más reciente que las anteriores, era la última de la colección.

»Pues no puedo verte hasta esta noche, Quintilia mía, quiero sin más dilación escribirte dos letras. Saint-Julien me ha franqueado su corazón; el pobre muchacho te ama con delirio, pero le han llenado la cabeza de absurdas y odio-

sas calumnias: yo le he aconsejado que se quede contigo, y procure convertir su amor en una dulce y serena amistad; coadyuva á sus esfuerzos, sé indulgente y bondadosa con él: seguramente puedes curarle y convencerle. Pero escucha; despierte inmediatamente á tu pajecillo Galeotto, como el más venenoso áspid que jamás se ocultó entre flores; échale volando; esta noche te diré la razón. Temo también que la Ginetta sea culpable de alguna ligereza; veremos. Luís me ha hablado también de no sé que trapisondas de un reloj y un relojero, de que no he entendido palabra, y que no te quiero decir hasta que tenga noticias más circunstanciadas sobre tan ridícula aventura. Lo que me ha dicho Saint-Julien me prueba que la Ginetta es fiel á toda prueba, y que podemos contar con su discreción; pero es acaso demasiado coqueta y no harás mal, si se realiza lo que presumo, en echarla un buen sermón, y perdonarla enseguida. Hasta esta noche.

SPARK. »

—Ahora que ya hemos despachado aquí—dijo el profesor—tenga usted la bondad de seguirme.

—¿Adónde?—preguntó Luís.—Después de lo que acabo de leer, veo que he sido el juguete de las más absurdas sospechas y no puedo creer en una venganza indigna de Quintilia. Déjeme usted que vaya á echarme á sus pies; yo obtendré su perdón...

—De aquí á una hora—interrumpió Cantárida—será usted puesto en libertad. La princesa debe venir aquí con el duque de Gurk, antes del baile, y usted podrá verla al salir; entre tanto, espero que tendrá usted la bondad de venir conmigo.

Siguió Luís al profesor, esperando poder quitársele de encima en el jardín; pero al cruzar las calles de árboles que ya empezaban á iluminar los criados, vió que le seguían de cerca los cuatro hombres que le habían preso. Forzoso le fué pues resignarse y seguir mal de su grado al profesor.

Hiciéronle entrar en palacio por una escalerilla falsa, por lo que supuso iban á conducirle á su cuarto y á tenerle prisionero en él hasta su explicación con Quintilia; pero se engañaba de medio á medio, pues vió que le llevaban á las habitaciones de la princesa; entonces el profesor, habiéndole acompañado hasta el despacho de su Alteza, le entregó una llavecita, diciéndole: «Sírvasse usted abrir esa papelera y ente-

rarse de los papeles que contiene.» Saludóle en seguida profundamente y se retiró después de haberle encerrado con llave; Saint-Julien tiró al suelo con despecho la que acababa de entregarle el profesor.

—¿Y qué me importa ahora?— exclamó —¿para qué quiero respetaros, si no tratáis ya más que de hacer que os tema? ¡Oh, Quintilia! ¡Vuestro orgullo me ha perdido! ¿Por qué me habéis tratado como á un antiguo amigo, á mí que no os conocía? Max merece todo vuestro amor por su confianza, pero ¿á quién sino á él habéis dado el derecho de creer de esa suerte en vos sin ser ridículo? ¡Ah! ¡hubiera sido preciso adivinaros! Demasiado exigente habéis sido en verdad... ¿no debisteis conocer el amor que, á pesar de mis sospechas, ardía en el fondo de mi corazón? Aquel odio, aquella sed de venganza, aquella locura que me impelió al crimen, ¿no eran las consecuencias de una violenta pasión?... ¿Estoy solo aquí? ¿No estáis escondida detrás de esa pared para ver y oír lo que hago y digo? Quintilia, ¿me escucháis? ¡Pues bien! ¡Escuchadme, escuchadme! ¡Soy un miserable!... ¡Estoy desesperado!...

No pudo decir más y se dejó caer sobre una silla, derramando un torrente de lágrimas; ningún rumor, ningún movimiento respondió á sus sollozos: solo en la media luz que expedía la lámpara de alabastro, tendía sus tristes miradas sobre aquel gabinete que le recordaba los días más venturosos de su vida.

— ¡Oh! ¿qué le diré para disculparme?— pensaba el desgraciado entre sí:—¿cómo podré hacerla olvidar el mas grosero insulto que puede hacer un hombre á una mujer honrada?

Ocurriósele en su incertidumbre la idea de conformarse á las órdenes de Quintilia, esperando hallar entre sus papeles alguna carta de la princesa para él, pensamiento que le hizo palpitar de alegría. Abrió la papelera, leyó muy por encima todas las cartas que contenía: no había entre ellas una sola línea para él.

XXIII



L cronista de la princesa Quintilia, que nos ha transmitido los documentos relativos al caballero Max, no ha podido darnos detalles circunstanciados sobre lo que contenía su papelera. Tampoco Saint-Julien se explicó nunca sobre el particular, pero debía ser una colección de cartas autógrafas dirigidas á la princesa, pues sabemos de positivo que luego que hubo terminado aquella lectura, se

cubrió el rostro con ambas manos y sumergióse en profundas reflexiones; cogió luego la pluma y escribió lo que sigue:

« Faltaba añadir un testimonio á estas y yo os le doy voluntariamente, señora. De rodillas en vuestra estancia, solo, y devorado el corazón de remordimientos, declaro que he sido infame con vos, que he pagado vuestros beneficios con la más negra ingratitud. Fácil me sería hacer como todos aquellos cuyas firmas he visto en estas cartas, es decir, someterme á una desgracia merecida, diciendo á cuantos quisie-

ran oírlo que he sido vuestro amante: todos ellos lo han dicho, sin curarse de las pruebas de lo contrario que dejaban en vuestras manos. Sabían que no os permitiría vuestro noble carácter hacer uso de ellas y así os han calumniado impunemente. Yo he sido criminal más que ellos, pero no seré tan vil; no responderé con una infame sonrisa á los que me preguntan lo que ha pasado entre vos y yo durante seis meses de intimidad, antes les diré:—Pedid á Quintilia que os enseñe el testimonio de mi gloria que tiene en sus manos. ¡Oh! sí; recibid este testimonio, señora, como una expiación de mi crimen, como el grito de una conciencia despedazada por el dolor de haberos ofendido. Me otorgasteis la casta protección de una hermana y yo os recompensé con insultos y ultrajes; merezco todos los castigos que queráis imponerme, pero creed que no hay ninguno más humillante ni más cruel que el que yo me impongo á mí mismo firmando este escrito.

LUÍS DE SAINT-JULIEN.»

Luís, habiendo dejado este papel sobre los otros, se paseó por el cuarto con profunda agitación. La hamaca suspendida en medio de la estancia, la lámpara mustia y triste, el abanico de plumas de pavo real olvidado en el suelo junto á una chinelada bordada de plata y oro, un resto de perfume que embalsamaba el aire, las doce que daban en el reloj del palacio, todo recordaba á Saint-Julien el momento fatal en que le impelió su error á una odiosa tentativa. Con sus remordimientos y su desesperación, su amor se reavivaba más profundo y más grave; arrodillóse junto á la hamaca y hesó la chinelada como una reliquia.

—¿No hay nadie aquí para compadecerme?—exclamó con vehemencia,—porque aún soy más desgraciado que culpable. ¡Oh! ved, ved mis lágrimas, ¿creéis que no son sinceras? ¡Quintilia, si me oís, tened compasión de mí! Gina, Gina, no me oís, ¿no queréis interceder por mí? Y vos, Max, vos que sois feliz, ¿no seréis generoso conmigo? ¿No me perdonaréis para que vuestra Quintilia, vuestra esposa, me perdone también? ¡Ah! ¡la amo con pasión, pero soy vuestro amigo, y no tengo celos y me resigno á sufrir y á llorar!... Vos no podéis llevarlo á mal, porque bien sabéis que estaba loco, y visteis lo que sufría... ¡entonces erais mi amigo! ¿No lo sois ya? ¡Spark!... ¿dónde estáis? Sólo en vos espero! Spark! Spark!

Cansado de apurar inútilmente sus fuerzas contra la puerta inflexible, dejóse caer desalentado junto á la ventana entreabierta. Aquella noche había baile también; habiéndose efectuado una aparente reconciliación entre la princesa y el duque de Gurk, aquella fiesta debía coronar el mes consagrado á los placeres. Vió Saint-Julien el ala principal del edificio que



miraba al Celina espléndidamente iluminado; los acentos de la música llegaban á sus oídos, y desde el ala oscura en que se hallaba entonces, podía ver pasar y repasar por las anchas ventanas del salón del baile los magníficos trajes, las plumas, gasas, diamantes y bordados de las damas y caballeros: dos ó tres veces le pareció reconocer el traje griego que casi siempre llevaba la princesa. Aquel espectáculo exasperó de tal suerte su dolor, que re-

solvió salir de su inacción, aunque tuviera que echar la puerta al suelo.

Pero sin duda se acababa de mudar la consigna, porque la primera puerta á que llegó no le ofreció la menor resistencia y se halló en los corredores escasamente alumbrados. Quiso penetrar en el baile; pero no se lo permitieron porque no estaba en traje de ceremonia. Bajó entonces precipitadamente la escalera principal, y á poco rato de estar en el jardín, un personaje nuevo en la corte, pero que Saint-Julien se acordó confusamente de haber visto en otra ocasión, se acercó á él y le pidió con empeño que le concediese un momento de conversación á solas.

—Me parece que su fisonomía de usted no me es desconocida—dijo Luís siguiéndole á un sitio apartado.—¡Sí! no me engaño: ¡usted es Carlos Dortan!

—¡Silencio!—le dijo el viajero pálido con aire misterioso;—si mi nombre llegase á oídos de la princesa, tal vez haría que me echaran.

—¿Y qué le trae á usted aquí?

—Hablemos bajo, por amor de Dios. Cuando le encontré á usted en Lyon, yo también iba á Italia; hallándome en Venecia y oyendo ponderar á muchas personas los talentos y hermosura de la princesa Cavalcanti, el amor, el despecho, la esperanza, ¿qué sé yo?... En fin, vine aquí, y con ayuda de un soberbio traje y de un nombre supuesto, he logrado engañar al maestro de ceremonias é introducirme en palacio; pero á nadie conozco, y temo que mi aislamiento en medio de tanta gente inspire sospechas. Tenga usted pues la bondad de venir conmigo hasta que salga la princesa; entonces... ¡allá veremos!

—Cualquiera que sea su proyecto de usted—respondió Luís con frialdad—desde ahora le tengo por absurdo, con tanto más motivo cuanto usted no conoce á la princesa, y su aventura de usted con ella es un sueño ó una ficción.

—¿Qué significa ese tono?—dijo Dortan montado en cólera; —¿en vez de servirme, viene usted á insultarme?

—¿No es usted un relojero?—preguntó Luís.

—¡Yo relojero!—exclamó Dortan estupefacto.—Hace un momento oí decir á una dama que padece usted una inflamación cerebral, y veo en efecto que está usted delirando.

—¡Que estoy delirando!—repuso Saint-Julien—veamos, ¿quién es usted? De dónde conoce usted á la princesa? Déme usted su palabra de honor... Sí, tiene usted razón, creo que estoy loco.

Sentáronse juntos en un banco: después de una breve pausa, y habiendo reflexionado sobre aquel inesperado encuentro, ocurriósele á Saint-Julien una idea muy singular. Cansado del penoso papel que estaba haciendo á sus propios ojos, trató de persuadirse de que realmente no era culpable, de que Quintilia acababa de engañarle de nuevo, y de que la llegada de Dortan era una circunstancia fatal, una previsión del destino para retirarle del abismo en que iba á precipitarse de nuevo: su desconfianza innata se despertó en él con todas sus objeciones y sus dudas. En realidad de verdad nunca había visto bien explicada la historia del reloj; podía ser muy bien que la princesa amase á su marido, y le prefiriese á los amantes; pero también era posible que se buscara á veces ciertas distracciones, sobre todo, en el misterio y la impunidad. ¡Con el carácter de Spark era esto tan fácil!

Esta idea, confusamente improvisada en su cabeza, le mo-

vió á hacer mil preguntas á Dortan, y tenían las respuestas de éste tal carácter de verdad, que no sabía realmente el pobre Luís á qué atenerse.

—Pero en fin—le dijo—¿por qué no la habló usted en Lyon cuando la vió entrar en su coche?

—La ví, la reconocí, y estoy cierto, ciertísimo de que era ella; pero miraba con aire tan asombrado, afectaba tan admirablemente no haberme visto en su vida que, la verdad, me turbé, y el temor de dar una campanada me impidió...

Lanzó en esto Dortan un grito de repente, se puso én pie, volvió á sentarse al punto, y asiendo del brazo á Luís, le dijo con voz apenas inteligible:

—¡Allí está! ¡Sí! ¡Ella es, ella es!

—¿Dónde?—preguntó Saint-Julien con ansiedad mirando á todas partes.

—¿Cómo? ¿No la ve usted?—dijo Dortan bajando más la voz; —allí, á pocos pasos de nosotros, vestida de sultana...

—La que acaba de dejar caer su abanico para que lo coja aquel chisgaravis?

—La misma.

—¿Y esa es su conquista de usted, su princesa Quintilia?

—¡Sí, lo juro por mi honor!

—Bah, bah, amigo mío—dijo Saint-Julien, poniéndose en pie para retirarse —veo que ha padecido usted una pequeña equivocación. Esa es la Gina, la Ginetta, la doncella, la confidente, la camarista, como usted quiera llamarla.

—¡Es posible!—exclamó Dortan consternado;—¿no me engaña usted?

—No por cierto; acérquese usted á ella sin temor y verá que es una niña muy amable y nada severa. Usted creyó poseer una princesa, y ahora se encuentra con que no hay princesa que valga; pero mejor es así, créame usted.

Alejóse precipitadamente, y más corrido que nunca de sus eternas sospechas, dió gracias á Dios por haberle hecho vencer la última, y se dirigió hacia el pabellón en que se hallaba á la sazón con el duque de Gurk la princesa, resuelto á merecer su perdón con el más ferviente arrepentimiento.

XXIV



CERCÓSE al pabellón sin ningún obstáculo; pero todos los esfuerzos que hizo por hablar á la princesa en el jardín, al que salió poco después entre una numerosa comitiva, en la cual vió á Dortan que parecía no haber sido del todo mal recibido por la Ginetta, y todas las diligencias

que practicó para obtener luego una audiencia en palacio, fueron igualmente inútiles. Dirigióse á la casa de Spark, pero estaba desierta; le esperó hasta el amanecer, pero en vano; en fin, rendido por el cansancio, tomó el partido de alquilar un cuarto en una posada. Luego que hubo tomado algún descanso, fué á palacio y entró en su habitación, en la que halló al buen abate Scipione que le recibió con su acostumbrada urbanidad y le dijo:

—Aquí me tiene usted ocupado en arreglar sus efectos á fin de empaquetarlos y transportarlos al sitio que usted me indique. Su Alteza nos ha hecho saber que algunos intereses de familia le obligan á usted á dejarnos, por lo que estoy traspasado de sentimiento y ocupado en instalarme en esta estan-

cia, pues es la voluntad de nuestra idolatrada soberana devolverme el empleo de secretario particular que ocupaba antes del señor conde.

Saint-Julien, demasiado orgulloso para mostrar su dolor, indicó al abate la posada en que se había instalado interinamente. Después de nuevas é inútiles tentativas para ver á Quintilia y á Spark, resolvió esperar algunos días más, persuadido de que recibiría de un momento á otro el perdón de la princesa; pero no fué así. En fin, llegada la noche del tercer día, le ocurrió la idea de ir á ver á maese Cantárida y de humillarse hasta el punto de suplicarle que intercediese por él.

—Ignoro absolutamente—le dijo el profesor—los motivos que han dictado la conducta de su Alteza con respecto á usted; yo no he hecho más que obedecer puntualmente sus órdenes. Si usted me pide explicaciones, no puede dirigirse á peor conducto; pero si me pide usted un consejo de amigo, hele aquí: «póngase usted en camino y no espere aplacar á su Alteza: jamás la he visto revocar una decisión formal: así como le cuesta mucha violencia emplear el rigor, así le es imposible retroceder cuando una vez se ha decidido á castigar. Atendiendo á que le han sido á usted entregados con toda exactitud á fin de cada mes los emolumentos de su empleo, no le hará á usted la princesa como al señor de Stratiópoli, la afrenta de ofrecerle dádivas que usted rehusaría sin duda; limitase pues á exonerarle de su destino lisa y llanamente, y es de suponer que desea que no haya en esto ninguna humillación exterior para usted, pues no se le ha oído la menor expresión de descontento ni ha expedido ninguna orden pública que le obligue á usted á salir de sus estados. Con todo, salga usted de ellos, yo se lo aconsejo, antes de que sus vanas súplicas le atraigan los sarcasmos de sus enemigos, y la nota de imprudente ó importuno.

Conoció Luis que el profesor tenía razón; la conducta de Quintilia implicaba un desprecio más profundo é irrevocable que todas las muestras de indignación y enojo que había esperado. Al siguiente día por la tarde, paróse á la puerta de su posada una silla de posta con las armas de la corte; de ella se apeó el abate Scipione, y haciéndose introducir en el cuarto que ocupaba el joven, le dijo:

—Abajo está, señor conde, el carruaje que ha hecho usted pedir á su Alteza para conducirle hasta Milán.

Antes de que hubiese dado Saint-Julien en lo que debía responder, entraron los criados, cerraron sus baúles, los ataron á la zaga del coche y haciendo como que obedecían sus órdenes, le empaquetaron, por decirlo así, con su equipaje: hizole el abate mil respetuosos saludos y partieron los caballos á todo galope. Al salir de la ciudad, trajeron otros criados de su Alteza á un hombre embozado en una capa y le hicieron sentar junto á Luis: el embozado era Galeotto.

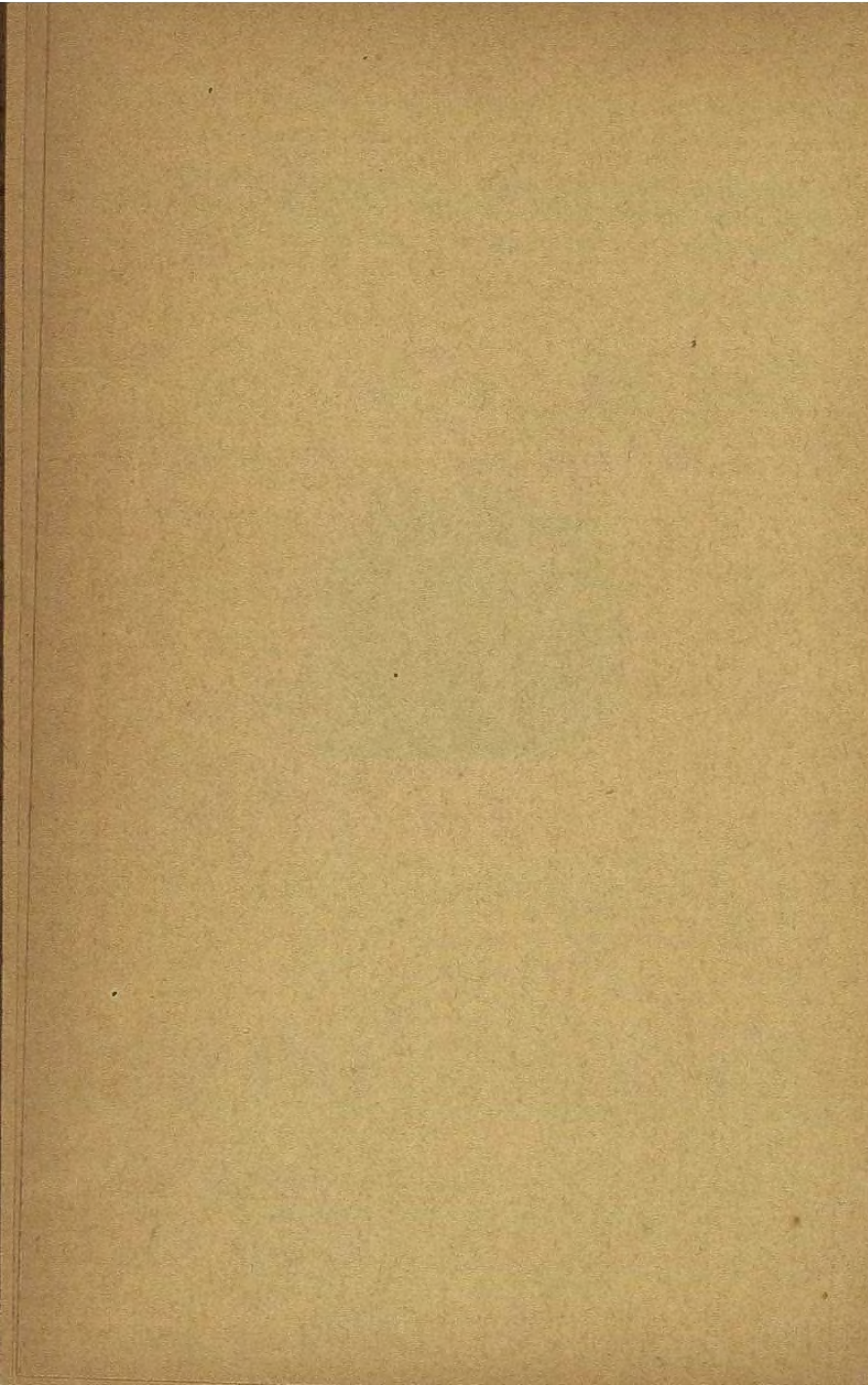
—¡Lorado sea el cielo!—exclamó el paje—¿todavía estás por estos mundos de Dios? Ya había yo rezado un padre nuestro por tu alma.

—Mil muertes preferiría al pesar que me devora—respondió Saint-Julien;—pero, ¿de dónde vienes y qué ha sido de ti desde que nos separamos?

—Ahora salgo del cautiverio en que me dejaste, con la única diferencia de que me pusieron en una pieza más cómoda y mejor ventilada que nuestro maldito calabozo: hace un momento que me pusieron en libertad, después de haberme leído una sentencia de destierro perpetuo, acompañada de su correspondiente promesa de pena de muerte, si vuelvo á poner los pies en el territorio de su Alteza la princesa Quintilia de Cavalcanti, etc., etc., lo que si Dios quiere no me sucederá jamás; de ello pongo por testigos á todos los santos y á todos los diablos.

Escuchó Galeotto no sin sorpresa, pero con poco arrepentimiento, la relación de las últimas aventuras acaecidas á Saint-Julien. Algo conmovido al principio, acabó por dar mate á su compañero riéndose de que tan pronto se dejase abatir por la adversidad. Cuando llegaron á Milán, abrió su cartera que le habían devuelto con el resto de su equipaje, y en ella halló en billetes de banco la suma que rehusó pocos días antes. Guardóse muy bien entonces de rehusarla y se despidió de Saint-Julien, no sin ofrecerle antes sus servicios que éste no tuvo á bien admitir.

Luego que quedó solo, titubeó Saint-Julien acerca de lo que debía hacer y estuvo malo por espacio de algunos días; perdió en fin todo resto de esperanza, y se encaminó á Normandía, su patria.



ÍNDICE

| | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------|--------------|
| <i>Leoni Leone..</i> | 5 |
| <i>El Secretario.</i> | 171 |

J. SANDA

LEONI

LEONE

PQ2407
L28

